

**SELECCION  
DE DISCURSOS**



MINISTERIO DE EDUCACION Y CULTURA

BIBLIOTECA ARTIGAS

Art 14 de la Ley de 10 de agosto de 1950

COMISION EDITORA

DR JOSÉ MARÍA ROBAINA ANSÓ

Ministro de Educación y Cultura

JUAN E PIVEL DEVOTO

Director del Museo Histórico Nacional

ADOLFO SILVA DELGADO

Director de la Biblioteca Nacional

JUAN C GÓMEZ ALZOLA

Director del Archivo General de la Nación

---

COLECCIÓN DE CLÁSICOS URUGUAYOS

Vol 144

FRANCISCO SOCA

SELECCION DE DISCURSOS

Tomo III

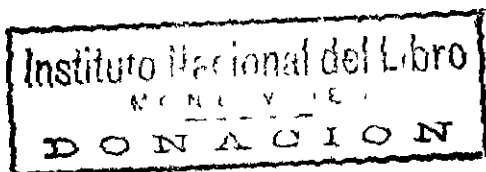
Preparación de la edición a cargo del Departamento de Investigaciones Históricas del Museo Histórico Nacional y cuidado del texto a cargo de los Profesores ELISA SILVA CAZET, MARIA ANGELICA LISSARDY DE MONSERRAT, JOSÉ PEDRO BARRAN y BENJAMÍN NAHUM

FRANCISCO SOCA

# SELECCION DE DISCURSOS

9.262.547

TOMO III



MONTEVIDEO

1972

Urady C - 1-17-11-16. 1-17-16



## LEY ORGANICA DE LA UNIVERSIDAD \*

A pesar de mi actuación en la Universidad creía poder sustraerme al deber de tomar parte en este debate, tan clara me parecía, tan luminosa, la doctrina de que esta ley arranca, pero la acerba crítica de sus adversarios no ha dejado bien clara ni la intención ni el pensamiento de los que han contribuido a elaborarla o a prestigiarla

Quiero, pues, decir algunas palabras que, siquiera tengan como punto de partida una impresión puramente personal, podran acaso contribuir a disipar la atmósfera de vaguedades en que ha envuelto esta ley la habilidad de sus adversarios

Estos, por lo pronto, han puesto demasiada solemnidad en el tono y demasiada pasión en el juicio, cosas todas fuera de lugar en estas cuestiones serenas de la inteligencia, en que todos procuramos con la sola y profunda preocupación del bien público y el amor casi maternal de la institución universitaria, encauzar, de la mejor manera posible, los esfuerzos, los trabajos de las jóvenes generaciones

¿Qué podemos buscar nosotros, qué podemos procurar nosotros, viejos universitarios, ligados a la enseñanza por veinte años de servicios, espíritus libres habiendo pasado toda nuestra vida en destruir pre-

---

\* *Diario de Sesiones de la H. Cámara de Representantes* Sesiones de 23 y 25 de abril 12 y 14 de mayo de 1908 Tomo CXCVI, págs 555-567 572-589 Tomo CXCVII, págs 116-119, 136-146 Montevideo 1909

juicios, en derribar funestas autoridades pitagóricas, nosotros que hemos enseñado con el ejemplo la suprema autonomía del juicio, que es la base misma de la libertad del pensamiento, que podríamos proponernos sino buscar para la enseñanza superior la mejor ley, la mas libre y la mas fecunda?

Y sin embargo, el doctor Pena le grita al doctor Salterain, con una entonación casi épica, que defienda la vieja Universidad, su alma mater, en la crisis por que atraviesa, como si alguien hubiera pensado en agredirla, como si se tramara contra ella, en el misterio, yo no sé qué conspiración tenebrosa, y el doctor Salterain responde al conjuro, y ha hablado con tal abundancia, y con tal elocuencia de libertad comprometida que se creería que ésta es una ley de despotismo cesáreo elaborada para encadenar la libertad del pensamiento, para convertir la Universidad en un simple rodaje administrativo o en un vil resorte de la política

Pues qué ¿no ha dicho que esto no es más que la repetición a cien años de distancia del malon napoleónico de 1808, que debía entregar al César maniatada e indefensa la instrucción superior en Francia?

Esto lo ha dicho el doctor Salterain y está en la versión taquigráfica

Me parece que los hechos son demasiado solemnes por si mismos para que pueda todavia acentuarlos la palabra

El doctor Salterain, es verdad, ha salvado nuestras intenciones con la caballerosidad y la cultura que le son características, pero la verdad es que nuestra sagacidad y nuestra ciencia quedan singularmente comprometidas

Yo no tengo ninguna inquietud sobre la acogida que la Camara dispensara a esas escapadas de elocuencia a que estan sujetos desde Cayo Graco todos los oradores

En nombre de la libertad, palabra tragicamente seductora, se lleva a las multitudes a todas partes

Pero estos Cuerpos frios, serenos, eminentemente intelectuales, son poco sensibles a las sonoridades del verbo y sólo se inclinan ante las ideas fuertes y los hechos brutales. Se piden hechos, hechos precisos, hechos claros, hechos utilizables. Y esto es lo que falta a los adversarios de este proyecto

Vasta doctrina, citas mas o menos pertinentes, palabras elocuentes, a veces conmovidas, hechos raros

Yo voy a ensayar seguir el camino inverso

Y desde luego, hablar de libertad, y hablar con tal énfasis y abundancia, con motivo de una ley de organización universitaria, importa perder de vista el punto fundamental, el punto luminoso en estas cuestiones de enseñanza superior

La libertad universitaria no depende de estas leves de forma exterior y de simple organizacion de los Consejos, depende de algo mas grave, de algo mas durable y más hondo, depende de la libertad del pensamiento, de la libertad de exteriorizar desde la tribuna todas las verdades, de economia, de sociología y de derechos, que son la piedra angular de todas las libertades en la vida y en la historia

Mientras los pueblos tengan el recurso de la tribuna universitaria, nada se habra perdido por completo, y podrán volver siempre de todas las esclavitudes y de todos los oprobios

Pero esta libertad suprema, no ha estado jamás comprometida en nuestro país. Nuestros despotas de un día, han podido agredirlo y desconocerlo todo, la vida y el honor de los ciudadanos, la fortuna pública y privada, los derechos y las libertades más sagradas todo lo que la civilización ha conquistado definitivamente por el hombre, pero hay algo a que no han podido llegar jamás ni aun en las épocas mas sombrías de nuestra historia a la conciencia de nuestros profesores, a su palabra valerosa y ardiente que ha proclamado siempre desde la tribuna universitaria, la inviolabilidad de los derechos individuales, base intangible de las sociedades políticas

Una ley universitaria no podría nunca comprometer la libertad del pensamiento, o acaso lo podría, pero tendría que ser tan brutal y tan atentatoria que no cabría en nuestras costumbres ni en nuestros tiempos

¿Y sería, por ventura, atentatoria esta ley, que viene de los más puros universitarios, de aquellos que han hecho de la Universidad el culto y el amor de su vida?

Pues yo me levanto y digo y digo con una convicción profunda, con una convicción que es un amor, que es una pasión "Esta ley que proponemos es una ley de libertad, la más grande, la más completa, la mas generosa ley de libertad que se ha hecho paso, aun como concepción abortada en la historia entera de las instituciones universitarias inmensamente superior a la actual como concepción científica, como instrumento de progreso, como adaptación al medio, como punto de partida de los futuros trabajos de la juventud uruguaya"



El principio que le da base el que forma su espíritu, es la autonomía —la autonomía de las Facultades dentro de la Universidad— la autonomía de la Universidad dentro del Estado, la autonomía completa, autonomía administrativa, autonomía económica hasta donde esto es posible en una Universidad oficial, absoluta autonomía científica, una autonomía real, sincera, sin reatos, sin reservas mentales, la autonomía que se acuerda a las instituciones que se aman

Si esta ley llegara a votarse la Universidad podrá, de hoy mas, dirigir sus destinos de una manera absoluta e incondicional, será dueña entera de sus deliberaciones y de sus actos

En efecto todos los Cuerpos son electivos, todas las autoridades son electivas Los Consejos de Facultad los eligen el Cuerpo de Profesores y la Sala de Doctores, al Consejo Superior lo eligen los Consejos Especiales, y el Consejo Especial es enteramente libre dentro de la Universidad, y la Universidad es enteramente libre dentro del Estado, es decir, una República dentro de la República

Yo no veo quien podría ser más exigente en materia de libertad universitaria

Pero además, los Consejos privados, los Consejos Especiales, que son la base de toda la ley, son cuerpos que por su composición responden al ideal de las instituciones libres en las democracias Son cuerpos que, desde luego, se interesan vivamente por la Facultad de la cual tienen la guarda Estan a ella ligados por compenetración intelectual, por vínculos materiales, por vínculos morales, por los lazos más grandes que haya en el mundo

Además, estos hombres, por sus profundos estudios, por su luminosa experiencia, conocen a fondo todos los grandes problemas de pedagogía superior; conocen las cosas, es decir, los móviles. Por otro lado, tienen la serenidad de espíritu que emana del hábito del pensamiento y de la naturaleza misma de los asuntos sobre que han de girar sus resoluciones, asuntos casi siempre de orden impersonal y científico. Por su situación científica y social están a cubierto de todas las influencias externas, visibles o subterráneas que pudieran comprometer su juicio.

Por consiguiente, conciencia luminosa del fin perseguido, serenidad de espíritu, independencia completa ¿no son éstas todas las condiciones reunidas del juicio libre en las libres instituciones de una democracia?

Pero hay más: estos Cuerpos son libres en la base, son libres, porque es libérrima la elección, porque emana de hombres instruidos, conscientes y fuertes, formando el cuerpo electoral más perfecto que cabe en la más avanzada concepción del gobierno libre.

Por consiguiente, libertad intelectual, moral y material en la base, libertad intelectual y libertad moral y material en las deliberaciones, en las resoluciones ¿se puede pedir más? ¿Hay quien pueda ver en esto la opresión, sin una ofuscación inconcebible?

Pero se dice: "Hay una sombra en vuestro cuadro, el Rector lo elige el Poder Ejecutivo."

¡Pero señor! Los que esto dicen no han comprendido el proyecto.

En efecto, el Rector, en la economía de esta ley, es un resorte insignificante: el Rector ¿qué es aquí? Hay Rector, porque hacen falta Presidentes

a los cuerpos deliberantes y representantes externos a las instituciones sabias; nada mas Pero el Rector podría suprimirse, y la ley quedaria lo mismo, con la misma fuerza y la misma eficacia ¿Acaso los Presidentes marcan rumbos y determinan las resoluciones de los cuerpos deliberantes?

Tendrán sobre ellos alguna influencia, sin duda la que pueden tener por la autoridad de su nombre, por sus virtudes y por su talento

Pero ¿hay influencias mas sanas en el mundo?

¿Por qué?

Es que en esta ley todas las resoluciones emanan ya de los Consejos, todo lo hacen los Consejos de las Facultades, todo lo hace el Consejo Superior

¿Qué tiene que hacer el Rector?

Presidir las sesiones de ese Cuerpo, absolutamente nada mas, nada tiene que resolver, nada tiene que determinar, y esto es tan cierto que un hombre que no será sospechoso para el doctor Salterain, el doctor Pena, así lo ha reconocido expresamente y dice y sostiene que en la economia de esta ley la elección de Rector no tiene absolutamente ninguna importancia Y es sobre esta pequeñez, es sobre este cargo condecorativo sobre lo que se ha erigido toda la oposición a esta ley, y es esta plaza sin funciones la que haria de una ley liberal un resorte político y un instrumento de despotismo Son simples afirmaciones caprichosas e inconsultas

Pero hay más la elección de Rector no tiene nada de fundamental Hemos admitido que sea el Poder Ejecutivo el poder elector, por cuestión de pura conveniencia, como lo indicaré mas tarde, pero no hay aquí ningún principio comprometido, y lo mismo po-

dríamos admitir nosotros, si la Cámara así lo pensara, que la elección se verificara por el Cuerpo de Profesores nunca por la Sala de Doctores. La ley quedaría la misma, exactamente la misma, no habría ninguna objeción que hacerle ni de forma ni de fondo.

Y entonces, ¿a qué vienen todas estas protestas ardientes y casi indignadas con motivo de la elección de Rector, que no puede jamás ser motivo de graves dificultades entre los miembros de esta Honorable Cámara, pues todas las soluciones son igualmente plausibles, e igualmente recomendables?

Pero esta ley muestra toda su superioridad cuando se la compara con la actual.

En efecto, ¿como se forma el Consejo en la ley actual? De varias maneras. Hay algunos miembros honorarios nombrados por el Poder Ejecutivo a propuesta del Consejo Universitario; hay que suprimirlos, porque son miembros puramente nominales y jamás asisten a las sesiones, salvo alguna que otra honrosa excepción. Hay uno o dos miembros —no sé cuantos— de origen electivo, pero que por su pequeño número no tienen ninguna eficacia dentro del Consejo, y entonces, ¿de que se compone el Consejo real, efectivo, el Consejo eficaz?

El Consejo eficaz se compone de estos cinco miembros: el Rector y los cuatro Decanos.

¿Quién nombra al Rector? Al Rector lo nombra el Poder Ejecutivo. Es verdad que hay para esta elección una fórmula ligeramente complicada: la Sala de Doctores debe elegir y entregar una terna al Poder Ejecutivo.

¡Pero señor! ¿Habrá en esta Cámara un solo representante que me diga a mí que el Poder Ejecuti-

vo no puede siempre introducir su candidato en la famosa terna cuando lo quiere resueltamente? La terna es en realidad terna de un solo nombre. Esto es lo positivo, esta es la verdad innegable de las cosas: el Poder Ejecutivo, en los tiempos más regulares, tendrá siempre en la terna su candidato real y el futuro e incontestable Rector de la Universidad. Decir lo contrario es mecerse en deleznales ilusiones y engañarse a sí mismo sin engañar a nadie.

Resulta, pues, que el Consejo Real, efectivo, se compone del Rector y de los cuatro Decanos, el Rector nombrado por el Poder Ejecutivo, los cuatro Decanos por el Rector y el Poder Ejecutivo.

Si el Rector elige bien, se concibe que será el señor de la Universidad y la Universidad un simple unicato, si el Poder Ejecutivo elige bien, se comprende perfectamente que la Universidad será una simple oficina administrativa o un vil rodaje de la política.

Es verdad que esto no sucede, porque el Poder Ejecutivo ha demostrado siempre un profundo y muy plausible respeto por los hombres distinguidos de este país, que han dirigido y dirigen la enseñanza superior, porque el Rector que ha elegido los Decanos, sus colaboradores, los tiene en la más grande estima, es su leal amigo, y no comprometería nunca con exigencias excesivas e indecorosas su situación oficial.

Pero esta es virtud de los hombres y no virtud de las instituciones. La institución no es por eso menos profundamente viciosa, y en época anormal puede conducir a verdaderos desastres.

Además, este Cuerpo carece por completo de libertad intelectual.

En efecto lo primero que no conoce son los móviles de su incumbencia, que le son a menudo enteramente extraños

¿Y qué confianza ha de inspirar y qué autoridad puede tener un Cuerpo de esta clase, un Cuerpo que no conoce siquiera los factores elementales de los problemas que ha de resolver?

Yo digo, y lo probaré en breve que tal Cuerpo no es mas que la fusión de todos los despotismos, y, entre ellos, el peor de todos, el mas funesto, el mas frio, el más tranquilamente implacable, el despotismo de la ignorancia inconsciente

Pero es tiempo ya de abandonar estas vagas generalidades y atacar el problema de frente y demostrar de una manera terminante y decisiva la absoluta necesidad de esta ley y sus inmensas ventajas

Hay en economía política un principio fecundo entre todos el principio de la división del trabajo

Este principio puede formularse en general de esta manera aphque cada cual sus facultades a cosas que conozca a fondo y pueda realizar cumplidamente y deje a los demás las otras partes del trabajo De este conjunto de trabajos parciales, coordinados y subordinados, resulta la economía social, la fortuna pública y privada el bienestar de los pueblos y de los individuos Y esta ley se aplica a todas las esferas de la ciencia y la actividad humana que cada cual si quiere ser fuerte, haga solo lo que sepa hacer bien y haya hecho muchas veces Fuera de esto no hay mas que error, dolor, ruinas y resonantes fracasos

¿Qué sucedería si los médicos defendieran el honor y la fortuna de los ciudadanos, si los ingenie-

ros curaran a los enfermos, si los abogados echaran puentes o levantar torres? Que los enfermos se morirían, dejando detras de si lagrimas y remordimientos, que la fortuna y el honor de los ciudadanos dependerían del primer enredador audaz que quisiera comprometerlos, que los puentes y las torres se derrumbarían con estrepito

Es que, estan aqui comprometidas las leyes mismas del pensamiento y las mas fundamentales reglas de logica

Para deducir es necesario conocer las premisas, para elevar los hechos a la categoria de leyes es preciso conocer los hechos mismos de una manera acabada, minuciosa y profunda fuera de esto no hay más que fantasia o vulgar charlatanismo

Y bien por una singular aberración, fruto de tradiciones mal comprendidas y demasiado respetadas, la institucion intelectual por excelencia, la Universidad, ha violado constantemente estas simples reglas de lógica o de simple buen sentido

En efecto el Consejo Universitario que la dirige, está obligado a resolver a diario no solo los grandes problemas de pedagogia superior y de administración, que son comunes a sus facultades, sino las cuestiones mas estrictamente tecnicas, más rigurosamente técnicas y especializadas en ciencias, de que no tiene las más elementales nociones

¿No es esto comprometer friamente el porvenir intelectual de la República?

Pero yo quiero hacer tocar a la Cámara los inconvenientes de este sistema, y la invito a entrar conmigo a una de las sesiones del Consejo

Espero que nadie se fastidiará, completamente a lo menos, si yo logro pintarla con fidelidad

Es posible también, que los irónicos encuentren motivos de fruiciones perversas

Pero declaro, desde luego, que si a mí se me escapara una sonrisa, no se dirige nunca a los hombres. Los hombres son profundamente respetables, y los que componen el actual Consejo, de una gran honorabilidad y de una gran competencia y sobre todo de una perfecta distinción es a la institución y nada más que a la institución

Pues bien entremos

El Decano de Medicina tiene la palabra. Propone dos cosas: la una, compleja, trascendental y profundamente técnica: un nuevo plan de estudios, la otra, simplísima en apariencia: la elección de un profesor

El Decano desenvuelve con brío y elocuencia sus principios pedagógicos y naturalmente, para apoyar su doctrina recorre la rama entera de las ciencias médicas

Primero, arroja una mirada rápida para dar al Consejo una vista sintética de la situación y la dignidad relativa de las ciencias subordinadas en el vasto cuerpo de la medicina universal

Luego, vuelve al punto de partida y se detiene en las ciencias particulares y las analiza y las descompone y las disecciona a fondo. Comienza por la Anatomía, pasa a la Fisiología, a la Patología, a la Higiene y a la Obstetricia. No perdona ninguna ciencia, no hace gracia de ningún detalle

En fin después de esta laboriosa excursión al través de las ciencias médicas en sí mismas, vuelve al punto de partida y las compara unas con otras, las combina y las mezcla, las ordena y las jerarquiza, las une y las separa, agota toda la materia y todo el



vocabulario hasta que al fin llega a sus conclusiones, y declara que a sus planes esta encadenada la suerte misma de la Facultad, que, si no se aceptan, es el estancamiento, el retroceso, acaso el desastre, y si alguno de los miembros del Consejo —de los antiguos, de los que han visto pasar tantas cosas eternas— observa que es el décimo plan que ha pasado ante sus ojos y preconizado siempre con el mismo vibrante entusiasmo y las mismas previsiones apocalípticas, una respuesta técnica lo fulmina y lo clava en su asiento.

Silencio no es el silencio precursor de las grandes tempestades, penetrado, sorprendido, aplastado por esta erudición desbordada y este tecnicismo sugestivo, tan elegante como eufónico, simplemente admira Hay, sin duda, algunas oscuridades en el cuadro vagamente entrevisto. Pero ¿no ha dicho Voltaire que solo son claros los arroyos de poco fondo?

¿Que puede hacer el Consejo? ¿Qué pueden opinar los abogados y los ingenieros del Consejo, en frente de una cuestión tan rigurosamente médica tan absolutamente extraña a sus estudios y preocupaciones habituales? Lo que dice el Decano, desde lo alto de su autoridad y de su indiscutible competencia.

Bien ¿qué hace ese Consejo? No puede hacer mas que una cosa votar lo que pide, manda y ordena el Decano.

En efecto ¿qué razón nueva, y qué nuevas razones médicas podría oponer a las formidables razones expuestas por el Decano? Y ¿con qué autoridad y con qué seriedad se pondría en frente del representante natural de la Facultad de Medicina? Votará, pues, con el y por él, no puede hacer otra cosa.

Pero en esta palabra votar se encierran cosas sumamente graves. No se han violado, sin duda, las

leyes elementales del pensamiento y del juicio, a lo que se resiste siempre un hombre de robusto buen sentido. Pero ha pasado algo peor. Al votar el Consejo ha abdicado de la soberana autonomía y de los derechos del pensamiento, cosa que nunca debe hacer un Cuerpo de esta altísima dignidad escolar y científica.

Ha hecho algo más: ha entregado a las flaquezas, a las debilidades, acaso a secretas ambiciones de un sólo hombre el porvenir entero de la Facultad, la Facultad es un simple, un vulgar unívoco. A tales extremos conducen a los hombres más nobles y distinguidos las leyes y las instituciones mal comprendidas.

Pero el azar de las elecciones sin regla, que rige actualmente para el Consejo, ha podido llevar un médico a su seno, como ha podido dejarlo sin ninguno, las dos cosas pueden suceder y suceden.

El médico se levanta y declara absurdo y funesto todo lo que el Decano ha declarado necesario y sapientísimo, y para apoyar sus afirmaciones emprende de nuevo el viaje enmarañado al través de las ciencias médicas y las recorre y examina y analiza todas con la misma minuciosidad implacable del Decano. Sale de la Anatomía y pasa a la Fisiología, a la Patología, a la Higiene y a la clínica y llega sin respirar a la Obstetricia, y vuelve atrás otra vez al punto de partida y mezcla, y combina, y separa, y subordina, y maneja, y jerarquiza, y hace cabalgar las ciencias unas sobre las otras hasta que por fin llega a la formidable conclusión señalada y condena sin apelación y sin piedad el sistema entero del Decano.

El Decano replica, naturalmente, y nuevo viaje a través de la ciencia médica, y nuevo cabalgar, y nue-

vo revolver de las ciencias particulares, y contraréplica, y dúplica y todos los volúmenes, todas las bibhotecas que surcan el aire en torbellino como las raquetas locas de cien volantes en delirio, ¿qué harán, pues, los abogados y los ingenieros del Consejo frente a esta oscura y ardiente controversia, en una lengua que casi no comprenden, sobre ciencias de que no tienen las elementales nociones y aún sobre las mas graves y trascendentales cuestiones que en estas mismas ciencias preocupan y dividen a los más consumados especialistas?

¿Qué hace este Consejo de ingenieros y abogados? ¿Por quién se decide? ¿Por quien se resuelve en esta oposición brutal e intransigente? No puede, en realidad, hacer mas que una cosa: votar con el Decano, votar lo que pide y mande el Decano

En efecto, para conocer la situación que las ciencias ocupan en la Medicina, es preciso conocer estas mismas ciencias. Para justipreciar las razones y los hechos expuestos en el debate, es necesario conocer estas mismas ciencias, ciencias médicas, y estos hechos, hechos médicos, realidades médicas. Sería, pues, necesario que los abogados y los ingenieros del Consejo fueran anátomos, fisiólogos, patólogos, clínicos y parteros, pero no lo son. ¿Qué haran pues? Votar de autoridad: votar con el Decano, que resume en sí el prestigio de la Facultad: entregar de nuevo la Facultad a un solo hombre, abdicar de nuevo de la autonomía del juicio y de los derechos del pensamiento.

Puede, es verdad, votar en contra, y a veces se ha hecho, pero entonces es entregarse al azar, al capricho y a la más desenfrenada fantasía.

Pero, se dice nosotros --dicen algunos-- no podemos tal vez juzgar directamente una cuestión demasiado especial, demasiado técnica pero podemos elegir entre las razones alegadas en el debate

A éstos sí no los comprendo yo

Para conocer las razones alegadas en el debate, hechos médicos, realidades médicas, es preciso conocer estos mismos hechos, y conocerlos a fondo, minuciosa y acabadamente, es necesario estar en condiciones de pensarlos, medirlos y descomponerlos, es decir que los abogados y los ingenieros deben ser otra vez anatómos y fisiólogos y clínicos y pateteros, pero no lo son, ¿y entonces? Entonces invoca el buen sentido

El buen sentido es una facultad maestra, es una facultad decisiva, es la salsa del talento

¿Qué digo? Es mucho más que eso es algo como el lastre que, como a un globo, ata el genio a la tierra y le impide perderse en las nubes

El buen sentido es el que hace fecundas la ciencia y la experiencia, pero el buen sentido abandonado a sí mismo desamparado, conduce a los mayores desastres

Ensayad de curar enfermos con el buen sentido y se morirán sin remedio, ensayad levantar monumentos y os aplastarán bajo sus ruinas

Los que invocan el buen sentido para juzgar de cosas que no entienden, son pedantes peligrosos o buenas gentes que ignoran por completo las reglas del método científico en la investigación de la verdad

Otros como el doctor Pena, alegan la ilustración general que debe tener, según ellos, todo hombre moderno

Yo tengo la mas grande estimación por la ilustración general, sobre todo cuando ella es tan vasta como la de aquel distinguido compatriota, pero a condición de que no vaya demasiado lejos, porque si no, toma otro nombre, el nombre con que la ha azotado la ironía moderna se llama snobismo. Pero si la ilustración general se contiene en sus justos límites es una de las más grandes fuerzas de los ciudadanos en la vida pública y sin duda alguna en la vida privada.

En efecto la ilustración general es lo que nos permite a cada instante tomar resoluciones graves en cuestiones que se salen del círculo de nuestras preocupaciones habituales, es la que nos permite a nosotros en esta Cámara juzgar a diario cuestiones a las que ciertamente no hemos consagrado nuestra vida, con perfecta seguridad y sin temor ninguno de incurrir en graves errores.

Pero un Cuerpo Legislativo —lo ha dicho el doctor Salterain— no es un Consejo.

En el Consejo, las cuestiones que se ponen a diario, casi todas son rigurosamente técnicas, estrictamente técnicas, y requieren una instrucción también técnica, rigurosamente especializada.

Sin duda, algunas raras cuestiones técnicas se presentan a veces al Cuerpo Legislativo, pero el Cuerpo Legislativo conformándose a la tradición y al método científico, se ha referido siempre en tales cuestiones a las autoridades técnicas.

Por lo demás, que los asuntos más simples que se presentan al Consejo son de orden estrictamente técnico, va a verse en la segunda cuestión que yo he querido discutir en esta Cámara. Tan simple en



aparienta es también una complicadísima cuestión de medicina trascendental la elección de un profesor.

Los cánones están en regla — el hombre viene ungido por todas las aureolas — las auras más propicias lo traen naturalmente al seno del Consejo. El Decano — hombre con muchas ideas y muchas pasiones — excelente amigo, mal eremigo lo proclama. Todo esta, pues, en regla. ¿Qué ha de hacer el Consejo? ¿qué puede hacer? ¿qué razón técnica puede oponer al consenso universal y a la autoridad del Decano? No puede hacer más que una cosa — votar, y vota lo que pide y manda el Decano, y el unicato reaparece de nuevo más odioso y más insoportable que nunca, porque se trata de cuestiones puramente personales.

Es verdad que puede haber otro médico en el Consejo. Este médico se levanta y dice: ese hombre ha nacido en los salones y lo han inventado las señoras, los hombres han seguido naturalmente y el Decano se ha inclinado con demasiada complacencia, no tiene nada en el cerebro no merece la cátedra, debe rechazarse sin más trámite y para probarlo, nuevo viaje al través de la ciencia médica y nuevo harrar de la anatomía y fisiología, la clínica y la obstetricia.

Naturalmente, para juzgar su personalidad científica debe examinar sus títulos y sus trabajos, títulos médicos, trabajos médicos. En fin, llega a la conclusión indicada, resueitamente adversa al Decano y al candidato.

El Decano replica, de nuevo viaja al través de la ciencia, y nueva exhibición de títulos médicos, de trabajos médicos, de documentos crumentemente médicos. Replica, duplica y contrarréplica.

Y nuevos embarazos de los abogados e ingenieros del Consejo en medio de esta oposicion radical entre dos hombres de actividad y de ciencia, en frente de esta controversia girando sobre hechos y documentos que son para ellos singularmente oscuros

En fin, todo el cuadro anterior reaparece agrandado, y tomando inusitado relieve en el potente claroscuro de los antagonismos personales

Hay que saber que es extraordinariamente difícil juzgar a un hombre de ciencia

Voy a tratar de hacer comprender a la Cámara esta dificultad singularísima

Se presentan dos hombres a una Academia Ustedes observen el movimiento exterior El uno se presenta con un libro magnífico, un volumen casi grandioso Si se lee, se encuentra que está escrito con ingenio, y que ha puesto cierta travesura y como un sello personal en el vestir de las ideas ajenas El otro se presenta con un folleto de diez páginas

Pues bien con el folleto de diez páginas se entra a la Academia, y con el libro imponente y soberbio se vuelve uno a su casa

¿Por qué?

Por una cosa muy sencilla porque el gran libro no comporta ningún trabajo creador, ningún hecho nuevo desconocido, ninguna contribución original al progreso de la ciencia, porque el capital intelectual de la humanidad en nada se ha enriquecido por el nuevo esfuerzo malgastado o al menos de pura y banal eficacia pedagógica Hay un nuevo transporte y una nueva manipulación de viejas ideas y viejos hechos Eso es todo y eso es nada.

El pequeño trabajo de diez paginas tiene un hecho nuevo o gñal un hecho que enriquece el capital científico o el patrimonio de realidades sobre las cuales se levanta la ciencia del hombre

Peró, ¿como saberlo?

¡Ah! Esto es muy difícil

¿Saben ustedes lo que hay que hacer?

Hacer la bibliografía

¿Y saben ustedes lo que es hacer la bibliografía?

Recorrer desde Hipocrates hasta Charcot, toda la historia de la Medicina. De otra manera, se descubrirían todos los dias hechos que estan a veces descubiertos desde largas centurias y aun minuciosamente descriptos en cualquier libro abandonado en el fondo de las bibliotecas

Lo que hay que saber, pues, es si el hecho es nuevo. ¡Cualquiera puede imaginarse el trabajo que dará el inmenso mamotreto para saber con certeza lo que tiene de propio en las entrañas para saber si la suma enorme de hechos que abarca constiuyen una contribución positiva y un progreso real de la ciencia!

Esto es tan difícil, que las Academias a cada instante cometen los más grandes errores las mas grandes injusticias, que los medicos mas ilustrados también los cometen, que los medicos comunes, los simples prácticos aún muy solidos y muy distinguidos, no pueden absolutamente abordar estos problemas

¡Cuántas veces, consultado, he debido rechazar como cosas viejas, obras que sus autores creían originales!

Bien pues si esto es muy difícil para las Academias, si esto es muy difícil para los medicos, aun los mejores, ¿como no ha de ser difícil para los ingenieros y para los abogados?



Las cosas me parece que caen de su peso

Así es ¿qué hará el Consejo en frente de esta nueva y violenta controversia? ¿por quien se resolverá?, ¿juzgará por sí mismo la cuestión? Pero la ciencia le hace traición y solo al pensarlo siente que la tierra falta bajo sus pies, no podrá hacer más que una cosa, y es votar lo que pide, y casi ordena el Decano, porque es el órgano más serio y más autorizado. Y es lo que se hace siempre, no sin protestas que no pueden menos de escapar a las almas altivas en estos dolorosos conflictos de la conciencia

Pero votará al fin. Y al decir esto hago rigurosa historia

Yo he oído decir a los mejores y muchas veces "yo voto por una autoridad pero yo no sé lo que voto, yo no puedo hacer otra cosa que entregarme al Decano y dejarle la responsabilidad de los sucesos"

En cuanto a mí, declaro que en todo el tiempo que presidi el Consejo, en cuestiones extrañas a la Medicina, yo no votaba nunca sino lo que pedía, mandaba y ordenaba el Decano, porque me parecía que era el órgano más autorizado

El Consejo puede, es verdad, separarse del Decano, pero para entregarse al azar, al capricho, en la pura fantasía para ir a escollar en mayores y más graves desaciertos

Se dirá, tal vez, que mi pincel es muy vivo, que recargo demasiado las tintas. Muy bien lo admito, pero yo pregunto a los hombres de buen sentido de esta Cámara, ¿no queda bastante para juzgar ya las monstruosas deficiencias del sistema imperante? Pero yo no exagero nada. yo pinto con un pincel fidelísimo, inhábil, sin duda, pero fidelísimo

En efecto los planes de la Facultad de Medicina, cabalgando los unos sobre los otros han llevado a la Facultad a una especie de crisis aguda de la cual recién empieza a entreverse la solución, y en cuanto al personalismo que allí ha reinado a menudo, uno de los consejeros, el doctor Salterain lo ha pintado con una frase tan acerada tan cortante que no me atrevo ni siquiera a repetirla en esta Cámara

He aquí, pues lo que es el Consejo Universitario un conjunto de hombres muy distinguidos, muy ilustrados, muy bien intencionados, que han de resolver a diario cuestiones técnicas, absolutamente técnicas, en ciencias en que nada entienden. En realidad no es tampoco eso porque, como he dicho antes, los hombres de buen sentido se resisten invariablemente a violar las leyes fundamentales del pensamiento y del juicio, en realidad no es eso, en realidad es el despotismo de un solo hombre, en cada Facultad, a quien la Facultad no ha nombrado, que lo rechaza, a veces por sus tendencias, por sus ideas y por su misma persona

Pues señor ¿no es esto violar todas las reglas del método? ¿no es esto violar los principios más inconcusos de gobierno, que sustraen a las pasiones de un solo hombre los grandes intereses de las instituciones y de los pueblos?

Pero se dirá, se dice, el doctor Salterain lo ha dicho, lo han repetido al unísono todos los Rectores consultados pero vuestras afirmaciones son simples vistas del espíritu, porque van contra la realidad viviente porque van contra la historia entera de nuestra institución universitaria

¿Pues qué! Bajo la égida de ese Consejo, ¿no ha hecho la Universidad inmensos progresos? ¿Qué

era la Universidad de ayer? ¿Qué era la Universidad de hace veinte o treinta años? ¿Qué es ahora?

Antes se componía de unos cuantos alumnos, de unos cuantos profesores, casi sin local, casi perorando en sesiones peripatéticas

Todo se reducía a la enseñanza del Derecho y a unas cuantas nociones vagas de ciencia

Ahora la Facultad de Preparatorios ha ganado en comprensión, y ha ganado, sobre todo, en sentido práctico. Las aulas rebosan de máquinas y de retortas, y los jóvenes pueden ver y tocar, desiderata su prema de la ciencia y la pedagogía moderna, lo que antes apenas podían oír

La Facultad de Medicina ha llegado a adquirir un vuelo extraordinario, tiene un cuerpo de profesores que ciertamente puede desafiar la comparación con cualquier país de la América Latina y nuevas Facultades han surgido y van gallardas hacia sus destinos la Facultad de Matemáticas, la Facultad de Veterinaria, la Facultad de Comercio, la Facultad de Agronomía, y nuevos magníficos edificios rebosantes de alumnos

Muy bien esto es verdad, y cuando los hombres de mi generación se retrotraen al pasado, y recuerdan sus primeras y penosas iniciaciones en la ciencia, se pasman del camino recorrido y admiran sin reserva, pero lo que es inconsulto, lo que es anticientífico y caprichoso, es atribuir al Consejo Universitario, a una institución tan absurdamente concebida hecha para ponerse en el camino del progreso, para detener el vuelo de la ciencia nacional, todos estos inmensos progresos

Pues bien con mavor razón, con muchísima mayor razón, hago la afirmación netamente contraria: los

progresos de la Universidad se han logrado a pesar del Consejo Universitario por la sola expansión de las fuerzas naturales de la República, por el movimiento ascendente del progreso y la fuerza civilizadora de las sociedades

¿Qué podía hacer el Consejo en frente del torrente de la reforma, para que pudiera resistir la ola que avanzaba amenazadora y triunfante? Hay corrientes a las cuales no pueden resistir las instituciones carcomidas, sin desmoronarse o las siguen o sucumben. ¿Que hubiera sido del Consejo si se hubiera puesto enfrente de una reforma que estaba en el ambiente, una reforma que traía profundas necesidades morales, profundas necesidades económicas, una reforma que obedecía al movimiento natural de la vida entera de la República?

Pero quiero todavía que mi afirmación en su brutalidad sea inexacta. Es todavía una petición de principios, una singular petición de principios hacer honor al Consejo, de todos los progresos alcanzados. Sería lo mismo que negar el progreso que negar la fuerza expansiva de todos los fenómenos sociológicos que triunfan siempre y brutalmente de todos los obstáculos

Que no se ha opuesto. Muy bien, pero ¿podía hacerlo? Que ha favorecido ese movimiento. Pero ¿quién puede probarlo? ¿Quién puede decir los progresos que hubiera alcanzado la instrucción superior con instituciones universitarias más sabias y mejor comprendidas?

Y aquí podría yo detenerme en el capítulo de las acusaciones, pero paso de largo, porque no quiero envenenar con agresiones personales la serenidad de este debate, para hacer la historia de la Universidad

tendría que herir en carne viva y emitir juicios que no serian siempre glorificaciones

Yo no quiero hacerlo, no me hace falta para mi tesis, y al contrario, puedo aceptar y acepto sin embargo, al menos como punto de partida convencional, que la acción del Consejo Universitario si no ha sido totalmente inofensiva, no ha sido tampoco funesta. Acaso ha sido útil como lo son los gobiernos despoticos a los pueblos en formación

Es que esta reforma, Señor presidente, viene a su hora, con la lógica férrea y la previsión infalible de los fenomenos sociológicos. Ayer era acaso innecesaria, era acaso inoportuna, hoy responde a un anhelo universal y angustioso que esta en el ambiente y repercute en todas las instituciones y en todos los cerebros

Es que atravesamos por una época de formación intelectual y científica en que los sucesos marchan por sí mismos y con una tal fuerza de proyección que las instituciones mejor comprendidas no hubieran podido ni favorecerlos ni perturbarlos

Tomemos como ejemplo la Facultad de Medicina. Hace veinte años las cátedras eran res nullis y el primer patán podía aspirar a la honrosa investidura. Es que faltaban por completo los hombres, y la Facultad tomaba su bien donde lo hallaba

Pero el tiempo y el mundo marchan. Las nuevas generaciones, audaces, fuertes, vibrantes de entusiasmo — que no bastaba a entibiar el frío del ambiente — empezaron a trabajar, empezaron a acercarse a la naturaleza, a poblar sus cerebros de ideas, a enriquecer su joven experiencia. Los hombres empezaron a surgir, y a medida que surgían se imponían por la fuerza de la necesidad ineludible; las cátedras los esperaban,

las Facultades les tenían las menos y así lentamente, lentamente, se fueron llenando sus cuadros hasta que hoy, como he dicho antes, constituyen un conjunto tan armonioso y tan potente que puede desafiar la comparación con toda la América Latina

Ahora es otra cosa empieza a notarse en la República el fenómeno que es común, ordinario a todos los grandes centros científicos de Europa empiezan a sobrar hombres

Para llegar a la cátedra no es todavía necesario entre nosotros dejar atrás, en el camino, un reguero de vencidos, como pasa en los grandes centros, pero el acceso es ya difícil penoso a menudo

Todos hemos asistido recientemente a una oposición emocionante, en que dos candidatos igualmente ilustrados han entregado a los azares de un concurso una posición social laboriosamente conquistada

Vale, pues algo el honor de sentarse en una cátedra de la Facultad de Medicina, y añado que empiezan a quedarse fuera de la Facultad compatriotas sumamente distinguidos como el doctor Salterain y algunos otros más

Ahora bien las cosas han cambiado, los profesores no se nombrian ya por sí mismos, ahora hara falta a los Consejos de una muy acertada especialización, ahora sera preciso elegir entre candidatos igualmente distinguidos, con iguales o parecidos títulos, ahora será preciso una ecuanimidad y una justicia impecables, porque de otra manera se iria a los más lamentables, a los más dolorosos, a los más terribles errores, como que se trata de decidir del destino entero de un hombre y toda la trayectoria que ha de seguir en la ciencia y en la vida, como que se trata de exaltar o de hundir, de salvar o de matar hombres.

La competencia es, pues, de hoy en adelante un simple deber de honradez

Hacen falta, pues, una ciencia profunda y conocimientos especializados a los Consejos Ese Consejo híbrido y monstruoso en que las ciencias se confunden sin comprenderse, no responde ya a las necesidades de los tiempos Es verdad que el Consejo puede siempre referirse al Decano, pero el Decano es un hombre con sus flaquezas, con sus ambiciones y sus asperas rivalidades, y si se separa del Decano, se expone, como he dicho antes, a mayores y más funestos desaciertos

La Facultad de Matemáticas tiene una historia parecida a la de la Facultad de Medicina La Facultad de Matemáticas era ayer un pequeño grupo de estudiantes, reunidos para estudiar juntos, hondos problemas científicos, y sus progresos han sido tan rápidos, tan fulminantes, que es hoy un cuerpo poderosísimo — sabio y respetable — y que ha dado al país una magnífica legión de ingenieros que se extienden por nuestra campaña y la transforman y la preparan a su magnífico destino

Es ya una Facultad potente, rica y fecunda, y reborda de fuerzas intelectuales y grandes medios de trabajo experimental También ella está madura para el gobierno propio, porque han pasado para ella y con mucho las angustias y las escaseces de las primeras iniciaciones.

La Facultad de Veterinaria, la Facultad de Agronomía En esas Facultades, ha sido necesario contratar profesores extranjeros, y elegir los profesores directamente, porque el concurso es imposible en los primeros pasos de una Facultad

\*  
\*\*

Me ocupaba, al sonar la hora en la última sesión, de las Escuelas de Veterinaria y Agricultura

Decía que, siendo estas escuelas nuevas, el concurso no era práctico para la provisión de las cátedras, yo quería llegar a esta conclusión para elegir los profesores, a menudo extranjeros, se necesita una competencia especialísima más, si cabe, que para los casos ordinarios en los cuales el concurso decide muy a menudo ¿Y entonces? Y entonces parece que el Consejo especial también se impondría para estas Facultades

Pero es el caso que estas Facultades incipientes y rudimentarias se acordarían mal con instituciones de esta clase

Son, en efecto Facultades todavía incompletas y además hechas con elementos extranjeros o con elementos tomados donde se puede

Me parece que en estas condiciones no es prudente entregar el gobierno de la Facultad, a la Facultad misma ¿Y entonces? Entonces la Comisión ha ideado una organización especial un Consejo de Patronato debería tener la dirección administrativa

La dirección científica estará siempre encargada con certeza al director, porque no hay otra manera de conducir en este orden de cuestiones, el director es el más competente y el único que puede y debe decidir del valor de los títulos y condiciones científicas de las personas que aspiren a ocupar el profesorado ¿Como podría intervenir en estas delicadas cuestiones un Consejo de Patronato por definición enteramente incompetente?

De suerte que, aun con el Consejo de Patronato, será también esta Facultad, del punto de vista científico, un simple y vulgar unívoco, pero, ¿que ha de



hacerse? Es una imposición de las circunstancias contra la cual no veo medio de rebelarse

Esa Facultad no esta madura para el gobierno propio y debe pasar por todas las penosas transiciones por que han pasado las otras Facultades

Es un mal, pero es un mal que no tiene remedio, porque es el mal de las cosas y de los organismos jóvenes El tiempo cortará todos estos males y en un día no lejano podremos tal vez dotar a estas escuelas de Consejos propios, rigurosamente científicos y estrictamente técnicos

Así es que no se ve para estos problemas otra solución que la que les ha dado la Comisión, el Consejo de Patronato puramente administrativo designara también los profesores, pero esto sólo de una manera nominal, el que elegira siempre y realmente sera el director de la Escuela

Esta es toda la cuestión, bien simple, de la Escuela de Veterinaria Yo no veo por qué ha provocado tan indignadas protestas y tan vivas discusiones

En realidad, la escuela queda como antes estaba, nada se cambia, los títulos que daba son los que dara, la dignidad científica que tenia la conserva intacta, su papel y sus vastas proyecciones sobre la economía nacional quedarán inalterados

¿A qué vienen, pues, tan largas y airadas discusiones?

Sin embargo, la Comisión separa la Escuela de la Universidad

Muy bien tomemos esa Escuela con su Consejo de Patronato y pongámosla dentro del Consejo Universitario ¿Qué ha ganado en esta trasposición, en este simple cambio de lugar en el espacio? Nada la tarea difícil, la tarea verdaderamente espionosa es el nom-

bramiento de profesores ¿Lo haría el Consejo Universitario con mas competencia que el Consejo de Patronato? No lo creo no hay aun ningun veterinario ni ningún agricultor La competencia no es mayor ni es menor es rula en los dos casos ¿Y entonces? Entonces nada habrá cambiado en las Escuelas de Veterinaria y Agricultura, que se las ponga fuera o dentro de la Universidad, las cosas pasaran de la misma manera

En cuanto a si, del punto de vista científico, debe estar dentro de la Universidad o fuera de ella, tambien poco hay conclusión seria que sacar, las dos cosas se practican en el mundo entero, y es todavía mas frecuente que las escuelas de Veterinaria no pertenezcan a las instituciones universitarias

Pero en verdad aquí yo no veo ningún motivo de indignación o de inquietud o de protesta, que se haga de la Veterinaria una rama anexa a la Universidad, o que se la separe por completo de ella el resultado es exactamente el mismo La Veterinaria no gana ni pierde nada en estas trasposiciones inocuas

Sin embargo, puede que fuera mas util o mas prudente dejarla bajo la superintendencia del Consejo Acaso el Consejo Universitario, por la distincion y la dignidad científica de las personas que lo componen, le daría mas seriedad, mas representación y mas autoridad a las Escuelas de Agronomía y Veterinaria

Así es que en la discusión particular pueden acaso presentarse todas estas proposiciones, y por mi parte yo no tendría ningún inconveniente en aceptarlas, aun cuando los motivos de nuestra resolución tengan en este caso bien poco peso En todo caso esto corresponde por completo a la discusión particular

La Facultad de Derecho es la que para mí, requiere más imperiosamente un Consejo especial. Esta Facultad presenta singularísimos signos de descomposición. Los profesores son, parece, muy sabios y distinguidos, pero pasa en esa Facultad algo muy singular no hay en ella reprobados.

Ahora bien esto es tan extraordinario tan sorprendente, tan anómalo, que yo apenas lo comprendo.

No hay Facultad alguna en el mundo que no tenga un porcentaje muy grande de estudiantes rechazados. ¿Qué diría un maestro europeo si oyera estas cosas? Si lograba quedarse serio, se diría, asombrado ¿son todos genios acaso en ese país? No, señor, no son todos genios ni mucho menos, es que hay en los profesores una complacencia tradicional contra la cual sin duda nadie se atreve a partir el primero. De todos modos hay en eso una anomalía y debe cesar por honor de la Facultad de Derecho y de las instituciones universitarias de la República.

El remedio parece ser un Consejo propio, que ligado a la Facultad por poderosos lazos tenga la guarda y el interés de su dignidad y se ocupe de la postura que debe guardar esta Facultad en el conjunto de las instituciones universitarias.

Volviendo al punto de partida, del cual me he separado involuntariamente, digo que el Consejo Universitario, como se ve, si no ha hecho bien, tampoco ha hecho mal, gracias naturalmente al ambiente en que ha debido desenvolverse, gracias a la manera como los sucesos se han desarrollado.

Acaso ha hecho bien — como decía en la sesión pasada — el bien que hacen a las sociedades en formación los gobiernos despóticos, pero ésta no es una razón para conservarlo. Si ayer pudo ser inofensivo, mañana

sera tal vez un obstáculo puesto en el camino del progreso y de la cultura nacional. Es que los tiempos han cambiado las Facultades son otras, han dado un vuelco completo, y a nuevos tiempos, nuevas instituciones.

Las ciencias aver, organismo rudimentario, llegan hoy a la edad adulta, la investigación original, el trabajo propio, que es la marca del saber real en los pueblos empieza también a dibujarse en el ambiente.

Los hombres empiezan a sobrar, y empieza la lucha, hace falta pues, a nuestros luchadores de hoy — que serán nuestros sabios de mañana — una justicia impecable en las alturas, es decir una impecable competencia una competencia especializada y rigurosamente técnica.

Las Facultades ayer formadas apenas por los alumnos y los profesores, son hoy instituciones poderosísimas de una extrema complejidad y de un delicado engranaje, llenas de inmensos laboratorios, de vastos institutos de escuelas prácticas, de museos, numerosas clínicas, desbordantes de alumnos y funcionarios técnicos. Y estos hechos nuevos, estas cosas nuevas, estos nuevos órganos singularmente especializados, sutilmente especializados, requieren, piden a gritos nuevo gobierno, nuevas autoridades, nuevos Consejos, también sutilmente especializados competentísima y rigurosamente técnicos.

Así, pues, la reforma está en la atmósfera, la traen todas las fuerzas visibles o subterráneas de que se forma el ambiente en las cuestiones sociológicas.

Es hoy en día una aspiración de todos los cerebros y de todas las instituciones, y vendrá. Si no viniera ahora vendría mañana, vendría en breve, porque de otro modo la aspiración se convertiría en protesta y la protesta en clamor que habrían de oír hasta los más

empecinados No se resiste mucho tiempo a esta cosa augusta la coalicion de todas las fuerzas intelectuales y de todas las instituciones sabias de una nación

El Consejo Universitario, si se conservase, no podría ya funcionar, escollaría en dificultades e incongruencias de tal género, que su marcha seria una larga serie de ruinas y llevaria las instituciones universitarias a un derrumbe final inevitable

Se ve, pues, en qué queda la famosa afirmacion de que el Consejo ha cumplido bien su misión y que podrá seguir cumpliéndola en el futuro Que la haya cumplido bien no está probado ni mucho menos que la cumpla bien en el futuro, eso es una simple afirmación inconsculta y contraria a las mas legítimas previsiones

El pasado no es el presente ni el porvenir Los tiempos son otros La ciencia ha llegado a la edad adulta, y puede y quiere y debe marchar por sí misma

Así, pues, no hay ninguna razón ni científica, ni historica, ni practica, para conservar una institución tan arcaica, tan en pugna con el ambiente en que nos desenvolvemos, tan contraria a los anhelos de realidad, de verdad y de ciencia que es la marca de nuestros tiempos

Debe, pues, reemplazarse, ¿pero cómo reemplazarla? Simplemente haciendo lo que se hace en todo el mundo sin excepción ninguna, más que en la Republica Oriental entregar la Facultad al gobierno de la Facultad misma, entregar a los médicos la Facultad de Medicina, entregar a los abogados la Facultad de Derecho, entregar a los ingenieros la Facultad de Matemáticas

Pero dentro de ese sistema caben soluciones diversas

La práctica casi universal es ésta el gobierno de la Facultad está encargado al Consejo, formado por el conjunto de sus profesores, pero en este sistema el Decano tiene y debe tener poderes muy extensos y que dentro de nuestro medio están dejados con más prudencia a los Consejos

Además, en estas instituciones, en estas corporaciones numerosas las ideas y las fuerzas se dispersan y las menores cuestiones engendran discusiones interminables que esterilizan la acción de la Facultad y la embarazan en sus naturales movimientos

En los Cuerpos deliberantes, el número es un factor precioso, en los Cuerpos sobre todo ejecutivos eminentemente ejecutivos, como lo sería el Consejo de Facultad, es acaso un grave defecto

Además sucedera que con el tiempo se seleccionara en realidad el Consejo y quedarán en él solo los más activos, los más energicos los que, por tradición y por gusto se hayan ocupado de cuestiones de pedagogia superior De suerte que la sola evolución de los sucesos hará una selección formará un Consejo que tendría la guarda y el gobierno real de la Universidad

Y si eso ha de suceder por la fuerza misma de las cosas, ¿por qué no consignarlo desde ya en la ley? Es lo que ha hecho y propuesto la Comisión un Consejo compuesto de ocho miembros tendrá la delegación de la Facultad

Bien ¿Pero cómo elegir este Consejo?

La palabra delegación ya lo dice Parece que para dar una delegación se debe tener el poder, la soberanía ¿Y quien puede tenerla fuera de la Facultad misma?

Por otra parte, si ésta es la ley del gobierno autónomo de las Facultades, parece que los electores o los

elegidos deberían salir todos de la Facultad misma y sus naturales dependencias técnicas. En efecto si es el gobierno propio de la Facultad, nadie puede dar su voto por los Consejos si no pertenece a la Facultad o sus especiales anexos, porque de otro modo lo gobernaría al menos por el voto.

Además, las Facultades tienen toda la responsabilidad, toda la gloria, como todo el vituperio de los títulos que expiden.

Los hombres que lanzan a la sociedad pueden cometer desaciertos, faltas y hasta crímenes y estos últimos repercuten sobre la Facultad que los ha ungido con el prestigio de su autoridad y de su nombre.

Parece, pues, que sea solamente la Facultad la que tenga el derecho de marcar el límite al esfuerzo que exige a sus laureados para acordarles la peligrosa investidura.

De suerte que, según estos principios, si hay un Consejo, ese Consejo debe salir todo entero de la Facultad, que fuera de la Facultad no caben electores ni elegidos.

Por otra parte, para dirigir una Facultad se necesita tener principios y tener experiencia, principios de alta pedagogía y una experiencia a veces luminosa. Y los hombres, si algo son, son principios, ideas, métodos, sistemas. Elegir un hombre, es elegir un sistema y marcar el derrotero de la Facultad a veces por largos años.

Ahora bien ¿quién puede encontrarse en mejores condiciones para responder a estos principios que los profesores mismos, para quienes la pedagogía superior no tiene secretos y quienes la han sometido al precioso control de la experiencia, por un tiempo a veces dilatado?

Los profesores, en efecto, están dentro de la Facultad y en su interioridad más recóndita. Hay entre ella y ellos un cambio perfecto y constante de ideas y de emociones. Viven de su propia vida, se exaltan en sus días de gloria y se abaten en los días de grandes humillaciones.

Conocen, pues la Facultad, en sus más delicados resortes, conocen sus aspiraciones, sus anhelos, sus vacíos, su desiderátum, conocen, además, los hombres con quienes comparten el honor de instruir a la juventud. Los conocen en sus ideas, en sus tendencias, en su carácter, en todo lo que un hombre representa para el porvenir de la Facultad.

¿No forman pues, el Cuerpo ideal, de electores y elegidos, dentro de las más libres instituciones?

Pero hay quien sostiene — y lo hizo con mucho brío en la Comisión, mi distinguido compañero el doctor Cachón — que debe ser la Sala de Doctores quien elija el Consejo.

Muy bien esto requiere ya un poco de atención.

Yo creo que la Sala de Doctores debe desaparecer casi por completo de nuestra tradición universitaria. La Sala de Doctores es un cuerpo frustráneo, casi fantástico, mejor para decirlo brutalmente, es un cuerpo que no existe.

Legalmente, se forma de todos los graduados de las Facultades y en este sentido tendría una autoridad imponente, la autoridad del número, que, tratándose de puros intelectuales, no es, ciertamente, una condición despreciable, pero en realidad, no es exacto. De los jóvenes que salen de la Facultad, muchos se van muy lejos y no pueden seguir a la Facultad en todas las peripecias de su vida, ni aun en las más emocionantes, otros se quedan, pero la Facultad sale por



completo del círculo de sus preocupaciones habituales, en fin, un pequeño número se ocupa mas o menos de la Facultad, en ese sentido, que por lo menos concurre a las elecciones y vota mas o menos libremente

¿Cuántos son los que se ocupan de la Facultad? Baste ver las listas de elección de Rector, es un número muy reducido, nunca llegan a mas de 80 ó 90 los votos totales

Pues bien ¿Cuántos profesores hay en las Facultades reunidas? No tengo el dato exacto en este instante, pero tal vez 60 ó 70 entre profesores y sustitutos que votan casi siempre. Quiere decir que el número de miembros de la Sala de Doctores es verdaderamente insignificante, y este pequeño número se atribuye la representación de todo el vasto cuerpo de la Sala de Doctores

¿Qué se diría de los electores de Montevideo si quisieran elegir Juntas para toda la República?, porque al fin y al cabo, la Universidad es una institución nacional. Se diría que es una usurpación incalificable

Pero, sobre todo, un Cuerpo tan nimio es un Cuerpo que no existe, es un Cuerpo completamente ilusorio. ¿Y es un Cuerpo que apenas existe el que ha de formar la base de las instituciones universitarias?

Pero hay mas. La primera condición de un elector es que se interese por el acto electoral, o, a lo menos, que éste no le sea completamente indiferente. Se verían cosas singulares si los orientales votaran para mandarines en China, y ésta es la condición que falta por completo a la Sala de Doctores

Los jóvenes que abandonan la Facultad, olvidan pronto a la vieja madre en la cual han pasado tantas horas amables. Y nadie puede hacerles reproche ¡es la ingratitude de la naturaleza! Así debe ser. Estos jó-

venes, desde que salen de la Facultad, se encuentran frente a frente con la Esfinge, es decir con la vida y sus misterios y sus luchas, luchas que han adquirido una intensidad y una violencia tan extrema en la época moderna, que piden todo el espíritu y toda el alma.

Ahora bien, ¿quién puede pedir a un hombre de carne y hueso que vive en la perpetua angustia de una batalla, quien puede pedirle que se abstraiga del estudio de los problemas de pedagogía superior? ¿Y quien puede exigirle que siga a la Universidad en todas las peripecias de su vida? ¿Quien puede pedirle siquiera que la ame, a él cuya alma esta embargada por otras tantas pasiones y otros tantos afanes? ¿Quién puede pedirle que se preocupe y se inquiete por ella? No lo hara y no lo hace, lo prueba la experiencia de una manera irrevocable. No votara siquiera y si vota lo hara empujado, arrastrado por las exigencias de una amistad demasiado imperiosa, a la cual se somete sin examen.

¿Y es a estos indiferentes, a estos forzados a quienes ha de entregarse el destino de las Facultades?

Pero hay mas, en nuestro medio la situación universitaria no ejerce la especie de atracción o de fascinación de las grandes ciudades europeas.

Por eso hay hombres superiores y muchos de gran talento fuera de las Facultades.

En este sentido, la Sala de Doctores sería un Cuerpo electoral perfecto, pero hace falta algo mas que talento, hace falta conocimiento profundo de los problemas pedagogicos, conocimiento de las Facultades, de sus anhelos, de sus esperanzas, de sus vacíos, de sus necesidades; hace falta conocimiento de los hombres, ya que, como he dicho hace un instante, los hombres no son nada o son ideas, principios, métodos o

sistema, y que elegir un hombre es elegir un sistema, es determinar la trayectoria entera de la Facultad

¿Y estos hombres, hombres políticos, abogados, médicos, que viven con la preocupación natural de su situación en la sociedad y en la vida, estos hombres pueden conocer bastante las instituciones y los hombres? ¿Estarán seguros, al dar su voto, de que dan su voto por el mejor hombre, para mayor gloria de la ciencia nacional?

Pero en realidad, estoy razonando en el vacío. Ello no se pondrán siquiera estos angustiosos problemas votarán por amistad, votarán por pasión, votarán simplemente arrastrados por las no siempre desinteresadas camarillas electorales. Eso es todo.

Pero, se dice, el voto de la Sala de Doctores será inofensivo, porque gracias a las vinculaciones que existen entre alumnos y profesores, éstos dominarán siempre en la elección.

Yo no sé si poner un arma tan poderosa en manos inexpertas puede ser un acto inocente. Lo acuerdo, sin embargo, señor Presidente, pero si el voto es inofensivo es decir, si es inútil, si para nada les sirve esta facultad por la cual ellos mismos no se interesan, ¿para qué dejársela? Para dar — decía mi distinguido amigo el doctor Cachon — una ilusión de libertad al pueblo.

Yo creo que no se daría a nadie ilusión de ningún género, pero quiero suponerlo. ¿Y es por una ilusión de libertad que ha de incurrirse en tantas transgresiones de las reglas más fundamentales del método científico y ha de ponerse esta mentira en la base misma de la ley?

Lo primero que deben los legisladores a sus representados, es la lealtad y la franqueza; los problemas



deben abordarse con verdadero coraje intelectual y con la sola preocupación de la verdad y los intereses reales del pueblo

Pero se dice todavía la Sala de Doctores es la libertad y es la tradición

¡La libertad! Podría hablarse de esta manera si la Sala de Doctores tuviera enfrente a un poder despotico ¿Pero a quien tiene en frente? Al Cuerpo de Profesores simplemente

¿Y cual es de estos dos Cuerpos el más autónomo y el más libre, del punto de vista intelectual, del punto de vista moral y del punto de vista material? ¿Quien puede vacilar en la respuesta? ¿Quien puede siquiera discutirlo?

No me detendré, pues, a considerar un argumento tan deleznable

¡La tradición!

La tradición es, sin duda, una bella cosa, es la poesía y como el perfume del pasado, es el vínculo que nos liga a nuestros abuelos y todos le debemos un ardiente culto, pero a una condición que no se ponga en nuestro camino, que no venga a turbar la lucha, la áspera lucha en que todos estamos empeñados

La tradición es el pasado, y el pasado debe morir

¡El mundo marcha, y el que se ponga en el camino de la legión que avanza, será aplastado!

El que se sienta, se duerme, y el que se duerme, se muere, decía Soleilland al describir la retirada épica de 1812 a través de las heladas estepas de Rusia

Los pueblos que se duermen en el arrullo de la tradición, pueden despertarse en la esclavitud o en la ruina

¡Que viva la tradición si ha de ser solo la poesía y el encanto de la vida, que muera si ha de ponerse en

el camino del progreso, si ha de contener la expansión civilizadora de los pueblos!

La tradición universitaria es una bella, una sonriente tradición

¡Que viva si se acuerda con el espíritu de la época!,  
¡que muera si se pone en frente de los progresos de la institución universitaria!

Nosotros no hemos querido matarla por completo, lejos de eso, le acordamos una parte en esta ley. La Sala de Doctores elegirá algunos miembros de los Consejos de Facultades

Se dirá, tal vez, que hay una contradicción entre lo que acabo de decir y esta disposición de la ley

No hay contradicción ninguna, pero, aunque la hubiere, sería la contradicción natural de las cosas humanas y que aceptan los hombres de espíritu práctico como una imposición brutal de la realidad

Se podría decir — comentando una frase célebre — el que no se contradiga tres veces al día no es siquiera un hombre. Pero no hay contradicción alguna

Esta ley no es una ley de autonomía absoluta es una ley de transición, el tiempo dirá si habrá que aumentar o disminuir las facultades a los Consejos especiales, pero sobre todo, el Cuerpo de Profesores elige ya un número suficiente de miembros, para que la intervención de la Sala de Doctores no sea en ningún caso peligrosa

Pero, sobre todo, el objeto capital de esta disposición es responder a una de las objeciones más aparentemente graves que se ha hecho a los Consejos de Facultades

Se ha dicho en estos Cuerpos formados de profesionales, los intereses comunes crean antagonismos y rivalidades irreductibles seducción de un hombre su-

perior sobre cerebros de menor cuantía, confabulaciones de hombres superiores contra la superioridad del talento, simple unión de voluntades para luchar en común por la fortuna y por la gloria, lo cierto es que en el seno de estos Cuerpos se forman camarillas asperas, violentas, ambiciosas, aspirando a monopolizar todas las influencias y a abatir todas las nobles rebeldías.

Esto lo han dicho — no con este lenguaje ciertamente — y lo han repetido al unísono, el doctor Salterain, el doctor Pena, el doctor Berinduague, el doctor Acevedo, todos los ex Rectores que han intervenido como consejeros en este asunto

Yo comprendo, apenas, que hombres que han vivido y que conocen por una larga y dolorosa experiencia las naturales e inevitables flaquezas humanas, hagan semejantes objeciones

La materia de las instituciones es el hombre, y el hombre marcha por la vida con el fardo de sus pasiones auestas

Las virtudes impersonales son muy raras, y acaso no son amables

Atenas, el pueblo más profundamente humano que haya existido, y que tal vez existiera jamás, destierro a Aristides para siempre y en cambio fue fiel a Pericles, el que salvo con sus lágrimas a Aspasia. Los que puedan sobreponerse siempre a los intereses, a las pasiones, que tiren la primera piedra

De cualquier modo, los hombres dentro de los Consejos, serán todo lo bueno que pueden ser, y nada más

Que habra camarillas, que habra ambiciones mas o menos inconfesables, ¿quién puede dudarlo, si son hombres? Pero hacen falta Consejos Especiales a las Facultades, es preciso formarlos como se pueda

¿Se ha descubierto otra cosa, que hombres para formar Consejos?

Es verdad que los adversarios del proyecto tienen una panacea maravillosa el Consejo Universitario, compuesto, sin duda, de ángeles del cielo

El Consejo Universitario es una corporación solemne y majestuosa por encima de las flaquezas humanas! ¿Pero cómo! ¿no ven que el Consejo Universitario presenta agravados, sutilizados, todos los defectos de los Consejos Especiales? y tiene la primera, la más grande de las flaquezas la incompetencia, que es el error y que es la injusticia, la injusticia a veces monstruosa, y el error y la injusticia, ¿no valen todas las camarillas reunidas de todos los Consejos?

Pero hay más, señor Presidente el Consejo es la camarilla de uno en cada Facultad, es decir la más odiosa, la más despótica y la más intolerable de las camarillas para hombres libres

Y este razonamiento tiene tal fuerza, que todos los impugnadores de la ley lo han querido descartar a toda costa, todos han escogitado medios para evitar este funesto unicato que ha dominado tantos años en el Consejo.

Todos proponen que se integre el Consejo, sobre todo el doctor Pena, con delegados de las Facultades

Muy bien, pero entonces, señor Presidente, tendremos un Consejo de Facultad dentro del Consejo General, ¿y estos profesionales semisalvajes habrán perdido su garra de acero por estar en el seno del Consejo?

¿Se habrán convertido de leones en simples corderos?

No las camarillas se formarán de la misma manera

¿Y que harán entonces frente a una camarilla de médicos los abogados y los ingenieros? ¿Formarán ellos una camarilla aparte? Pero carecen de competencia, tendrán que elegir entre las camarillas, es decir, encamarillarse a su vez, si se me permite este vocablo, y vendremos así a parar en una verdadera danza de camarillas

Tal es el Consejo Universitario y a tales resultados se viene cuando se desconocen los principios fundamentales, los principios científicos de la organización de las corporaciones universitarias

Pero lo que hay de positivo es que semejantes camarillas no se formarán, y no se formarán porque no tienen ambiente. Los puestos científicos en este país empiezan a presentar ciertas dificultades, pero para llegar a las cátedras no se precisa tampoco dejar un reguero de víctimas en el camino. No hay, pues, los grandes incentivos y los grandes intereses de los grandes centros científicos europeos. No hay pues ambiente para las camarillas y esa es una afirmación puramente fantástica

No obstante, nosotros hemos sido prudentes. nosotros hemos querido reservar el porvenir y es por eso que hemos propuesto abandonar a la Sala de Doctores los estudiantes y farmacéuticos algunos de los miembros del Consejo que podrán también ser profesionales o al menos tener títulos facultativos

Si se forman camarillas, la intervención serena de estos miembros desinteresados las romperá, sin duda, y las romperá de una manera eficaz y decisiva, tarea para la cual es inepto el Consejo Universitario, quien no conoce los problemas, ni los hombres, ni los intereses que están en juego



Esos miembros, perteneciendo a los cónclaves y estando dentro de todas las iglesias, sabrán descubrir detrás de los bellos discursos y las nobles actitudes plásticas, los propósitos inconfesables y las intenciones aviesas.

Lo que para el Consejo es imposible, será para ellos un simplísimo juego

Así es que esta pequeña modificación destruye por completo la única objeción algo seria que pudiera hacerse a los Consejos de Facultades

De toda esta fastidiosa discusión resulta, me parece, claramente establecida la necesidad de los Consejos de Facultad — Consejos especiales, Consejos técnicos — que tendrían la dirección científica la dirección administrativa y la dirección económica de las Facultades, que constituirán en fin el gobierno de las Facultades

¿Pero en los Consejos especiales, en los Consejos de Facultad debe empezar y acabar toda la organización universitaria?

Es lo que ocurre en muchos países hoy adelantados. Yo creo sin embargo, que la Universidad no debe desaparecer y voy a dar las razones en que me apoyo

Las ciencias particulares no son entidades aisladas en el conjunto de los conocimientos humanos, forman parte de un todo armónico, que es la ciencia universal

Si el sabio ha de reducirse a los estrechos límites de la práctica, puede prescindir de la ciencia universal, pero si quiere elevarse a los principios, a las generalizaciones fecundas, llenas todavía de vivientes realidades, entonces sentirá el vínculo que ata la ciencia, que cultiva a la ciencia universal, de la cual no puede desprenderla por ningún artificio de análisis o, mejor, lo puede pero a condición de particularizarse,

pulverizarse y deslucirse en el mas ciego empirismo

La especializacion excesiva conduce a la negacion de la ciencia

Esto no quiere decir que la especialización sea un mal, lejos de eso, es el mas grande instrumento de progreso y un postulado, por lo demas del vuelo gigantesco de la ciencia moderna, que no cabe ya en ningún cerebro humano

Pero es preciso no olvidar los principios y las ciencias madres, a las cuales deben gravitar las especializaciones si han de ser fecundas

Es o es fácil demostrarlo. La materia de la ciencia es el hombre y la naturaleza y en el hombre las funciones y los organos conspiran a un fin unico, que es la vida. En la naturaleza, los seres, las cosas y las fuerzas estan también en una estrecha dependencia y un intimo engranaje, y sobre el hombre y la naturaleza reina una magnifica unidad, una soberana armonia

Asi, pues, si la materia de la ciencia es una la ciencia debe ser una

¿Como, pues, pueden separar e ciencias que aspiran a presentar los diferentes aspectos de la naturaleza y de la vida? Las ciencias son humanas y se unen en la comunión en la ciencia universal

Pero si la ciencia es una, la enseñanza debe ser una, y la Universidad se impone

Creemos Facultades en que las ciencias se estudien, se estrechen y se particularicen, pero creemos Universidad, vasto conjunto de Cuerpos enseñantes en que las ciencias se armonicen sin confundirse, sin perder su personalidad propia, que es su fuerza.

Ningun hombre debe aspirar a la ciencia universal, sería un ensueño, y una locura, pero todos deben sa

ber que todo esta unido en la naturaleza como en la ciencia, que cada cual culive su jardin y realice su obra, pero que mire a veces el sitio que ocupa en el mundo de las ideas y de las cosas

La generalizacion es la base del espiritu científico, y el espiritu científico es el ambiente necesario para los grandes pensadores y los grandes artistas

Se piden sabios que piensen, decia un autor alemán hablando de la enseñanza superior en su patria, y otro respondia la especializacion es la maldicion de la ciencia alemana

Estos principios tienen tal fuerza de seducción sobre los espíritus selectos, que han llevado a hombres muy distinguidos a las conclusiones mas extrañas

Así el doctor Pena, queriendo hacer — lo que es imposible — la teoria científica del Consejo Universitario, cita a Spencer y cita a Poincaré, haciéndoles decir, en mi concepto, más de lo que ellos quieren

Poincaré, como Goblet, como Jules Simon, como Jules Ferrv, como todos los hombres que se han ocupado a fondo de la instrucción superior en Francia, se sentían apenados por la dispersión de las Facultades y querían unirlas en un centro común en la Universidad Pero ni Poincare ni Spencer ni Jules Simon, ni Goblet, ni ningún inglés, ni ningún francés, ni ningún hombre en el mundo, ha pensado jamás en quitarles su autonomia y su personalidad propia a las Facultades, fundiéndolas en un centro común informe y monstruoso, no han pretendido por ejemplo, que la Facultad de Derecho dirija a la Facultad de Medicina, y que la Facultad de Medicina dirija a la de Matemáticas, porque si tal hubieren pretendido, una carcajada inextinguible habría resonado en todas las rincones de la Europa Solo entre nosotros puede ha-

blarse de semejante cosa sin tenerle. Es que Poincaré y Spencer no olvidan, como parece hacerlo en este caso el doctor Pena, la mitad de la verdad

Poincaré y Spencer y Goblet y Ferry y Liard, saben que la unidad y el encadenamiento de las ciencias es una cosa grande, bella y necesaria, pero no olvidan que, si en el mundo hay una vasta unidad en las fuerzas y los fenómenos, hay también variedad y no de uno solo, sino de los dos aspectos de la naturaleza y que de la vida resulta la ciencia. La contemplación de la unidad conduce a la metafísica, la contemplación de los fenómenos al empirismo. La ciencia es otra cosa: la ciencia es la realidad referida a los principios. Que haya unidad sea, pero, si se suprime la variedad, se suprime la ciencia.

De aquí el error fundamental del doctor Pena, a lo menos para estas cuestiones universitarias porque no se lo que puede opinar en otra clase de asuntos. El doctor Pena desconoce la especialización de los órganos y las funciones sociales y quiere confundirlo todo en una unidad panteísta, tan vaga como estéril porque es contraria a la naturaleza humana, y quiere ahogar las Facultades en ese pandemonium del Consejo Universitario especie de Torre de Babel en que todas las ciencias se encuentran sin comprenderse, error fundamental, error decisivo porque es contrario a la especialización, que es el postulado de toda la ciencia, de toda la sociología, y de toda la filosofía modernas.

Desde Bacon, el estudio de los fenómenos domina en el mundo.

Yo no creo que el doctor Pena quiera llegar a estas conclusiones, pero yo creo que salen naturalmente de sus premisas.

Nosotros, pues, no queremos crear simplemente Facultades, nosotros queremos crear sobre las Facultades, la Universidad

De ahí que sobre los Consejos parciales, sobre los Consejos de Facultades propongamos un Consejo General, del cual éstas en cierta manera dependerán, pero conservando intacta e intangible su personalidad, su individualidad propia. Si le arrancáramos su autonomía si la subordináramos por completo al Consejo Superior, le quitaríamos su fuerza y su instrumento de progreso

Así, pues, hay cierta subordinación de los Consejos de Facultad al Consejo Superior, pero de una manera muy restringida

Dejamos, por ejemplo, al Consejo superior, la facultad de modificar las disposiciones de los Consejos inferiores por tres cuartas partes de votos

Todas las corporaciones, compuestas al fin de hombres pueden cometer graves faltas o profundas injusticias. Es para estos casos extremos que reservamos a las víctimas el supremo recurso del Consejo superior

Y este recurso no es inútil o platónico, como lo decía hace pocos días el señor director de "El Siglo"

El decía que las tres cuartas partes de votos no podrían obtenerse jamás

En primer lugar, es un mal cálculo y el director de 'El Siglo' pareció ser muy mal aritmético pero sobre todo no ha comprendido la intención de la ley en proyecto. Si justamente lo que nosotros hemos querido es que cuando estén de acuerdo los dos delegados de la Facultad, cuando los dos voten juntos en ningún caso el Consejo Superior pueda modificar la resolución

Un Consejo compuesto de abogados, ingenieros y médicos no puede desechar una resolución de la Fa-

cultad de Medicina contra los dos únicos miembros competentes que tiene en su seno

Sin embargo, yo creo que la indicación que hace el director de "El Siglo" debe tomarse en cuenta. El propone que en vez de darse al Consejo superior la facultad de modificar por tres cuartas partes de votos las resoluciones del Consejo inferior, se le diera la simple facultad de rechazarlas, y sólo cuando este insistiera por dos tercios de votos se estuviera a lo dispuesto por resolución.

Esta fórmula es indudablemente superior a la nuestra porque deja la solución definitiva del conflicto al Cuerpo verdaderamente competente, a los Consejos especiales.

Pero, en fin, estas son cosas que pueden proponerse y discutirse en la discusión particular.

Al frente de ese Consejo hemos puesto un Rector. Nosotros hemos querido que el Rector sea una de las grandes personalidades del Estado, uno de los tres o cuatro grandes dignatarios de la República, y así debe ser.

El Rector es el representante y algo así como la encarnación de la ciencia nacional.

¿Y hay funciones más altas que las funciones científicas en una República?

¿Hay algo en un país libre que no venga de la ciencia?

Por eso hemos querido que en la elección del Rector intervengan dos de los grandes Poderes del Estado, el Poder Ejecutivo y el Poder Legislativo.

Creíamos con esto ver acalladas todas las protestas, pero, lejos de eso, la elección de Rector es el punto que ha dado lugar a las réplicas más amargas y a las más furibundas diatribas, como si, deteniendo la elección

de Rector a dos de los grandes Poderes del Estado, se hubiera atentado a la majestad de la patria

Y sin embargo parece racional y parece justo que sea el Poder Ejecutivo el que elija Rector, a lo menos con la anuencia del Senado

En efecto en la economía de esta ley no entra para nada la intervención del Poder Ejecutivo, y sin embargo, es una Facultad del Estado pagada por el Estado

El Estado, pues, debería controlar sus actos, ya que no puede hacer otra cosa, pero ¿cómo los controla si no tiene ningún delegado en el seno de ese Cuerpo? Si el Rector es elegido por el Cuerpo de Profesores o por la Sala de Doctores, es la Universidad que se controla a sí misma, cosa contraria a todo principio de buena administración y de buen gobierno

Parece, pues, indudable, que sea el Poder Ejecutivo el que deba elegir Rector

Pero, no es ésa tampoco la razón en que yo personalmente me apoyo para inclinarme a abandonar al Poder Ejecutivo la elección de Rector Esa razón es una razón puramente práctica

En nuestro país, el Poder Ejecutivo, por la fuerza de las leyes, por la fuerza de las costumbres, tiene un poder ilimitado ¿Qué haría un Rector hostil, al frente de la Universidad? Este Rector conduciría a la Universidad a la bancarrota

En efecto todo progreso dentro de la Universidad, viene del Poder Ejecutivo casi siempre

Todos conocemos la historia de estos últimos tiempos, y no tengo necesidad de insistir sobre historia tan reciente

¿Que haría, pues, un Rector hostil? No haría nada Alrunado por la serie de desastres que se producirían

a su paso, resignaría su cargo y dejaría que un ciudadano más juiciosamente elegido viniera a salvar los intereses universitarios puerilmente comprometidos

Este es un hecho que puede, tal vez si se quiere, ser doloroso, pero es un hecho práctico un hecho real. La Universidad no puede tener, de ningún modo, un Rector hostil al Poder Ejecutivo, el Rector debe ser persona grata

Y, ¿que inconveniente para el progreso y la libertad universitaria puede tener un Rector elegido por el Poder Ejecutivo, sobre todo cuando, como he dicho antes y lo repito ahora, ese cargo es un cargo puramente decorativo y cuando la iniciativa del Poder Ejecutivo debe tener la consagración del Senado, es decir, del más alto Cuerpo del Estado?

Es verdad que se recusa al Senado por incompetente. Esto es ya bien curioso cuando se acepta la competencia de la Sala de Doctores, y es más curioso todavía cuando se quiere comparar el Senado a la Sala de Doctores en materia de indiferencia por las instituciones universitarias

Desde luego, el Senado es tan competente como la Sala de Doctores, si es que se puede ser más o menos incompetente que una corporación que casi no existe. En efecto, el Senado en su inmensa mayoría forma siempre parte de la Sala de Doctores, puesto que se compone de puros universitarios. Pero sobre todo no es la competencia la que haría faltar a la Sala de Doctores para elegir Rector. El Rector no está en el caso de los Consejos de Facultad y para acertar, bastará elegir un hombre lleno de autoridad y distinción. La cuestión está en otra parte, como vamos a verlo enseguida.



En cuanto a la indiferencia del Senado por las instituciones universitarias indiferencia comparable a la de la Sala de Doctores, es un error profundo y casi una acusación voluntariosa. La Sala de Doctores no tiene ningun interes personal en la eleccion de Rector. El Senado lo tiene y lo tiene muy profundo. En efecto uno de los primeros deberes de los Cuerpos legislativo es estudiar a fondo, es ocuparse con amor, es interesarse vivamente por todas las cuestiones publicas que se presentan a su consideración altisimas cuestiones, en cuya solución, tienen el deber de evitar el error o la injusticia. Y ¿serian las cuestiones universitarias las más interesantes, las mas importantes de todas, las únicas cuestiones que los hallarian indiferentes y apáticos y en que se sustraerían a sus mas sagradas obligaciones? Se ve que es ésta una afirmacion caprichosa e inconsulta, y no merece discusion mas amplia. Pero la cuestion está toda entera en otra parte, como acabo de decirlo. La intervencion del Senado realzara éste que sería un milagro para los adversarios del Proyecto hacer que jamas un hombre indigno pueda estar al frente de la ciencia nacional.

El Senado, la mas alta corporacion del Estado dignifica y exalta todas las funciones en que interviene como elector. El cargo adquiere así un relieve una nobleza y una solemnidad tales que solo puede ser llenado por una personalidad prestigiosa — por un hombre verdaderamente superior, superior por su historia y la autoridad de su nombre, superior por sus virtudes y sus preclaros talentos.

Ademas el cargo en si mismo es una de las mas altas, de las mas nobles investiduras del Estado. Es, como lo he dicho, el representante exterior y como la encarnación viviente de la ciencia nacional, es decir

de la más alta, de la más augusta, de la más trascendental acaso de las funciones del Estado. Nadie que no sea un varón fuerte y casi ilustre puede ocuparlo sin violencia y sin provocar universales e indignadas protestas.

Ahora bien ¿habría jamás en la vida normal un Gobierno que se atreviera a proponer al Senado y ante el país que escucha y mira, un hombre indigno o un hombre inferior para tan altísimas funciones? ¿Habría un Gobierno que se atreviera a violar todos los respetos humanos que hacen del Rectorado una especie de sacerdocio superior, casi sagrado?

Y si lo hubiera, y si hubiera un Gobierno que hubiera perdido el instinto de conservación hasta un punto tan extremo una carcajada universal e inextinguible sería el castigo moral de una acción tan inconsculta. Pero ¿qué Gobierno sensato pondría en su contra la ría? La primera víctima sería el mismo Rector, el cual abandonaría un cargo que sólo podría ejercer sin autoridad y aun en medio de la ironía incisiva o la irrespetuosidad descarada.

Hay más aún, abandonado el Poder Ejecutivo exclusivamente se puede estar seguro de que jamás iría al Rectorado un hombre indigno del cargo o un hierofante extraviado de la política. Hay respetos humanos que tienen una fuerza incontestable y son inviolables como un templo.

Pero, ¿quién elegiría el Rector si no fuera el Poder Ejecutivo? ¿La Sala de Doctores? ¿Los Cuerpos de profesores reunidos?

A la Sala de Doctores debían amputársele para siempre estas funciones. Es un Cuerpo trunco fragmentario fantástico, un Cuerpo que casi no existe, un Cuer-

po que ha demostrado siempre una indiferencia musulmana por la institucion universitaria. Hay, sin embargo, quien lo defiende, pero ¡con que razones! Lo más serio que se les ocurre es que ha cumplido sus deberes y que ha elegido siempre Rectores dignísimos. No se pregunta siquiera la parte que en estas felices elecciones tiene el Cuerpo de Profesores que es en el día muy numeroso y aunque en este momento no tengo datos precisos, creo que debe formar la gran mayoría de los habituales votantes.

Pero, sobre todo, no piensan en este hecho simplísimo y que rompe los ojos: nadie puede elegir mal Rector de la Universidad. Que elija el Poder Ejecutivo solo o con anuencia del Senado — que elija el Cuerpo de profesores — que elija la Sala de Doctores, nunca podra resultar un candidato indigno de tan altísimas funciones.

Es que el cargo mismo, como lo he establecido impone un profundo respecto — y que en situal tan ancho y elevado no caben enanos. Y hasta las camarillas que dirigen la accion entre telones, en esta cuestion de elecciones de Rector, las camarillas que llevan a votar casi a la fuerza a los rebeldes doctores — hasta esas camarillas saben bien que no podrían jamas imponer al Poder Ejecutivo, juez de ultima instancia en estos asuntos, un candidato indigno o siquiera inadaptado. Y esto de las camarillas electoras es tan exacto que un hombre que debe saberlo por estar dentro de la Universidad me ha dicho muchas veces que el que se lo proponga con resolución, elige Rector a quien le parezca.

No hay, pues, que hacer a la Sala de Doctores, honor de virtudes que no son virtudes de los hombres sino virtudes de las instituciones.

Se dice es verdad pero si la Sala de Doctores elige bien, aunque sea por la fuerza misma de las cosas y las instituciones, ¿que interés hay en suprimirla? Es supremo interes de la institución universitaria que elijan no solo un hombre digno o superior sino un hombre que este dentro de los tiempos y los sucesos. Un candidato inadap'tado podria ser fatal para los intereses universitarios.

Ademas, como lo he dicho antes, en el sistema de las ternas de la Sala de Doctores el que realmente elige es el Poder Ejecutivo. Elige desde luego entre los tres miembros de la terna, lo que es ya un vinculo muy poderoso con el nuevo Rector. Y ademas el Poder Ejecutivo pondra siempre su candidato en la terna. En la ultima eleccion, los adversarios trabajaron con una energía y una actividad febriles contra el candidato real del Poder Ejecutivo y le opusieron sus hombres mas representativos. Fueron vergonzosamente derrotados. Los ejemplos contrarios que se citan por ahí no prueban nada. Eran otros tiempos y otros gobiernos, gobiernos indiferentes o gobiernos anormales. Por lo demas ¿que valor pueden tener los triunfos de la Sala de Doctores, cuando se sabe que la elección es hecha por camarillas electorales, a veces bien intencionadas, que comprometen los votos por exigencias de amistades mas o menos imperiosas y con prescindencia completa del candidato?

El Rector podria también ser elegido por el Cuerpo de Profesores reunido. Este sistema es perfecto y por mi parte no tengo objeción que hacerle. Ni aun probablemente la objeción puramente practica a que me he referido antes. Estos hombres maduros y de perfecto equilibrio no usan nunca a elegir un Rector anacronico o simplemente hostil al Poder Ejecutivo. Pero es indu-

dable que en la economía de esta ley encuadra mejor la elección de Rector por el Poder Ejecutivo con la garantía del Senado — porque es una Universidad del Estado y porque ya todos los cargos son de origen electivo. Parece natural que el de Rector, al menos, que en esta organización es un cargo de control venga de los Poderes del Estado. Pero, repito, yo no tendría ninguna dificultad en abandonar la elección de Rector a los Cuerpos de Profesores reunidos.

Además, al dejar al Poder Ejecutivo la elección de Rector estamos en buena compañía.

Francia, la libre Francia, la Francia latina, honor de nuestra raza, ¿no elige su Rector por medio del Poder Ejecutivo desde hace un siglo? Y eso, ¿le ha impedido ser el más vivo, el más potente, el más luminoso foco de ideas libres de la tierra?

Pero, sobre todo, los que buscan fórmulas en Alemania y en Francia, mismo en Inglaterra sobre todo en Inglaterra y en Estados Unidos, cuya organización universitaria es completamente distinta a la nuestra, olvidan una pequeña cosa, que buscamos un Rector para la República Oriental del Uruguay, y que la República Oriental del Uruguay, aunque pequeña, aunque joven aunque modesta, tiene una fisonomía propia enérgica — y es curioso, que tal la ha tenido en todo tiempo. Acaso es una fuerza de la tierra y está en su aire recio, en sus rocas abruptas — en sus lomas y en sus fecundos valles.

Los charrúas murieron todos sin doblarse. Y Artigas, el viejo Artigas, ¿no es acaso la personificación de nuestro genio y de nuestra raza? ¡Artigas el fiero, el libre, el indomable Artigas!

No nos inquietemos, pues, de lo que se hace en otras partes. A nuestro medio y a nuestro ambiente conviene

el Rector elegido por el Poder Ejecutivo con anuencia del Senado

Debemos, pues, hacerlo y haciéndolo, haremos un positivo servicio a las instituciones universitarias

Tendría que tratar todavía un gran número de puntos, pero temo fastidiar a la Cámara, temo prolongar enormemente este debate que podrá tomar todavía dos o tres sesiones. Dejaré, pues, estos asuntos para la discusión particular. Ninguno es esencial al proyecto y puede, por consiguiente, prescindirse de ellos en este momento

El mismo asunto de los planes de estudio no es esencial y cualquiera que sea la solución que reciba, la ley queda la misma. Voy, sin embargo, a decir dos palabras sobre este punto. Me mueve a ello la insistencia con que los adversarios de este proyecto invocan la solución propuesta por la Comisión contra el proyecto mismo. Es uno de los tantos errores, una de las tantas malas interpretaciones, una de las tantas pruebas de que no han comprendido la ley. Lo que esta ley tiene de esencial, lo único que hay un altísimo interés en salvar es la autonomía de las Facultades, el gobierno propio de las Facultades y su separación del Consejo Universitario. Ahora bien, ¿que tiene que ver con todo esto la cuestión de los planes de estudios? El plan de estudios es una norma general una regla general de conducta de las Facultades, pero dentro de esa regla, la vida entera de la Facultad pertenece a los Consejos y estos Consejos son enteramente libres de dirigirla a su capricho. Supongamos que su plan de estudios persista el mismo, invariable, por diez años. ¿Todo lo que pasa en esos diez años es, pues, nada?

¿El mundo de resoluciones que esto importa, el vértigo de vida que esto representa y significa, nada valen y para nada cuentan? Y esa inmensa y dilatada acción ha sido la acción de los Consejos, ejercida con una absoluta libertad en su ilimitada e inalterable autonomía. ¿Qué le falta? Únicamente haber elaborado ella misma la pauta y el plan que ha ejecutado durante largos años. Si hubiere elaborado el plan de estudios, si pudiera modificarlo a diario, tendría sin duda, todavía mayor libertad y mayor autonomía. ¿pero esto quiere decir que no tenga ya una inmensa libertad y una inmensa autonomía? ¿Pero debe tener la facultad de modificar los planes? ¿Conviene a los intereses universitarios que la tenga? Yo creo que sí — yo creo que los planes de estudios no deben venir al Cuerpo Legislativo, pero eso no me autoriza a mí ni a nadie para desconocer la profunda liberalidad de la ley y la autonomía casi ilimitada que acuerda a los Consejos.

Pretender lo contrario es querer hacer atmósfera con palabras, es desconocer la verdadera cuestión en debate. Repito todavía una vez la esencia de esta ley, lo que hace su inmensa superioridad sobre todas las leyes anteriores, es la creación de los Consejos de Facultad autónomos y libérrimos dentro de la Universidad, es la modificación profunda del monstruoso artefacto que se ha llamado hasta ahora Consejo Universitario.

Por lo demás, los planes de estudios, cualquiera que sea la solución que este asunto reciba, no podrán nunca disminuir la autonomía de la Facultad, porque por tradición y por deber de circunspección, la Cámara aceptara siempre los planes que vengan de los Consejos. Es verdad que podría modificarlos. ¿Pero nece-

sita acaso para modificarlos, de ley alguna, y no lo ha hecho va tantas veces?

Para concluir, voy ahora a considerar una de las objeciones más trascendentes que se han hecho a estos proyectos de reorganización y mejoramiento universitarios. El universalismo excesivo conduciría al proletariado intelectual.

Sancionando esta ley prestaremos un gran servicio a la ciencia nacional. Es, sin duda, una ley de pura forma, de pura organización exterior, los males de nuestra enseñanza superior quedarán todavía en pie, graves y amenazantes, pero solo esta ley puede extirparlos. Creando Consejos especiales dentro de las mismas Facultades, Consejos de hombres energicos, sabios y sinceros, los males aparecerán en brutal relieve y sólo los ciegos dejarán de ver, solo los sordos dejarán de oír, solo los débiles o los malvados quedarán inactivos en frente del derrumbe que amenaza.

Y cumplida esta obra de saneamiento moral, la Universidad podrá marchar gallarda hacia sus bellos destinos.

Realizado su prestigio, atraera los más vigorosos cerebros y las más fuertes voluntades, una juventud poderosa llenará sus conclave y podrá emprender, al fin, la gran jornada del trabajo, la gran jornada que ha de darnos la ciencia propia, la ciencia original y ha de incorporarnos, al fin a la gran caravana de los que trabajan por el bien del hombre.

Y estas consideraciones me llevan a la objeción capital de que he hecho mención hace un instante. Se ha dicho por hombres muy distinguidos y muy sinceros con esa cultura científica intensiva vais a dar en el mal moderno que se llama pauperismo intelectual — fuente de inmensos dolores privados y grandes per-



turbaciones sociales La Ciencia es una diosa fatidica que ha sembrado el mundo de victimas ¡Cuan os que hubieran hallado su camino en otras esferas de la actividad humana, deben a los espejismos y las fascinaciones de la ciencia una vida fracasada!

¿Es esto verdad, de una manera absoluta? Todas las rutas del hombre estan sembradas de victimas y yo no sé si hay dioses propicios para los débiles Se cuentan los fracasados de la ciencia y no se cuentan los fracasados del comercio, de las artes y de la industria Sin duda porque, victimas oscuras, no llevan sus dolores a la plaza pública

Además, los fracasados de la ciencia, ¿podrían hacer otra cosa en el mundo? ¿Esos ideólogos servirían para tareas positivas o bajamente practicas?

Además ¿como resistir al empuje brutal de la Naturaleza?

Es que se trata de una ley universal de vida en las sociedades En todas las esferas de la actividad humana estan detras de los triunfadores los vencidos Ninguna grandeza se edifica sino sobre grandes dolores y grandes males La armonía superior de los destinos humanos es un sueño Los fuertes no nacen como por generación espontanea — nacen de la lucha, — la lucha los revela y los denuncia Y toda lucha supone victimas

La ciencia, como todo, es hija de la lucha

Los sitios de grandeza y de gloria son pocos y los hombres son muchos y muchas las nobles y legítimas ambiciones Y todos se abalanzan hacia la cumbre, a la conquista del bien entrevisto

La lucha se inicia, se desencadena, se hace furiosa y decisiva Acaba al fin, pocos han llegado, los más

quedan en el camino. E los son la gran legión de los indigentes intelectuales

¿Qué haran? ¿Iran acaso por el mundo como sombras dolientes e inútiles en medio de la gran colmena de trabajadores fecundos?

Aunque así fuera, la ciencia es fatal, la ciencia es necesaria. Los pueblos sin ciencia son pordioseros que viven sobre tesoros ocultos. Toda riqueza y todo bien vienen de la ciencia en las sociedades modernas. La ciencia es, así, la condición misma de la vida colectiva. De este modo, el pauperismo intelectual es una de las consecuencias de la vida moderna y uno de los mayores signos de progreso. Los pueblos sin pauperismo intelectual son pueblos perdidos o pueblos jóvenes cuya vida esta toda entera por delante.

Suponed, en efecto, un país prodigioso en que faltan por completo los proletarios intelectuales. ¿Qué pasa, pues, en esa tierra? Podeis decirlo sin examen. No hay hombres, no hay lucha, no hay ciencia.

El pauperismo intelectual es, así, el signo de la abundancia de hombres, la mas grande riqueza de los pueblos.

Los fracasados, los vencidos, son algo mas que un signo y algo como un índice sociológico del desenvolvimiento de las ciencias en las naciones. Son todavía grandes y fecundos agentes de progreso y como los preciosos obreros de la ciencia. Me explico.

Ellos no llegarían nunca a ser los guías y los maestros, los que jalonan las rutas y muestran los grandes derroteros pero los seguiran de cerca y seran sus grandes colaboradores. Los maestros solos no crean la ciencia. Hacen falta a los grandes creadores agentes discretos y abnegados que sigan de cerca los fenomenos.

Toda idea grande es vasta y compleja. Los vencidos, los fracasados, todos los que han quedado en el camino, son los soldados de la gran batalla que el sabio libra en el fondo de las retortas y en el misterio de los laboratorios.

Que haya pues hombres, muchos hombres, hombres a quienes el dolor los haya hecho humildes, hombres baratos, y la ciencia propia, la ciencia original, la ciencia que es algo más que copia servil o imitación simiesca, la ciencia que vuela con sus propias alas y se lanza en todas las nuevas rutas y se atreve a todos los misterios, habrá tenido su día luminoso.

¿Por qué, pues, empeñarse en una lucha estéril contra el pauperismo intelectual? ¿Se vencen acaso las cosas eternas? Además, el pauperismo intelectual es el signo y la condición misma de la ciencia y del progreso.

Sin duda hay en estas conclusiones una fría crueldad. Pero ¿qué hemos de hacerle!

Cuando los artistas describen los grandes paisajes de la naturaleza y de las almas ¿los creen acaso? Ven, pintan y pasan.

Yo quisiera para el hombre un destino mejor y me apiado de todos los que sufren, me atraen todos los humildes y me conmueven todos los vencidos de la vida. ¡Ah! Los que han abierto su camino en el mundo a golpes de hacha, tienen en el alma una profunda piedad por todos los gladiadores vencidos, y acaso una misteriosa compasión por los grandes triunfadores en las luchas de la vida.

Ellos saben cómo la lucha desgasta las almas y qué sedimento de agudo dolor hay en las alegrías mismas de la victoria.

Aceptemos, pues, como hombres, todas las inevitables fatalidades de la vida y empujemos los pueblos hacia adelante. El progreso traerá, sin duda, días mejores y destinos más armoniosos.

Entretanto, trabajemos, eduquemos, preparemos el ambiente para los grandes días futuros de la ciencia nacional. ¡Oh! La ciencia no lograra sin duda, destruir todas las terribles desigualdades humanas. ¿Cómo podría lograrlo? La desigualdad es la naturaleza y es la condición misma de la vida social. Ir contra la naturaleza es ir a la destrucción inevitable. Pero la ciencia sola puede mejorar la vida universal y crear una justicia superior que será, al mismo tiempo, piedad leal y activa por todos los humildes, por todos los vencidos, por todos los fracasados. Y con este homenaje, con esta esperanza, con esta profesión de fe de un socialismo superior, cierro estas humildes palabras en defensa de la institución universitaria.

\*  
\*\*

*Sr. Soca* — Yo voy a decir solamente dos palabras relativas a las afirmaciones del señor diputado Ponce de León.

Nos trae con muchísimo entusiasmo el ejemplo de las Universidades inglesas y yanquis.

Repito que esa organización enteramente libre, con otras bases completamente distintas que las de una Universidad oficial, no es aplicable a nuestro medio.

El señor diputado Ponce de León dice que lo que eligen los estudiantes es el Consejo Directivo de las Facultades, en los Estados Unidos.

Muy bien Pero ese Consejo Directivo de las Facultades ¿esta o no compuesto de profesores? Si esta compuesto de profesores, son profesores

*Sr Ponce de León* — Y aquí también van a estar compuestos, en su mayoría de profesores

*Sr Soca* — Son los profesores entonces los que se vigilan y dirigen a sí mismos, — es decir, que el mismo defecto que tiene la organización que proponemos lo tiene la organización americana, y si no son profesores, entonces, se cae en un absurdo estupendo Gente que no tiene la autoridad ni la competencia de profesores, dirigirá precisamente a los profesores — es decir, los más ignorantes y los mas nulos dirigián a los más sabios y a los más ilustres

Pero yo no tengo necesidad de recurrir a semejantes sutilezas

Yo le puedo decir al doctor Ponce de León lo que él tal vez ignore

El señor Ponce de León ha visto sólo en los libros la organización universitaria de los Estados Unidos y de Inglaterra

Yo la he visto en la realidad Yo he vivido muchos años en Francia y me he codeado con innumerable cantidad de médicos yanquis y médicos ingleses

Yo no digo que esos sean países de fuerte mentalidad, países de una elevada y potente ciencia nacional

Los Estados Unidos han llegado a tener una ciencia propia dentro de la America, lo cual es bien extraordinario, pero una cosa es la ciencia propia, que revela el esfuerzo y la potencia de la raza y otra cosa es el resultado inmediato y practico, es decir la formación de médicos o abogados o ingenieros

¿Sabe usted qué es lo que pasa en los Estados Unidos, al menos en muchísimas de sus Universidades? Se juega a quien da los títulos mas baratos y en menor tiempo, se es médico muchas veces en tres o cuatro años.

Semejante Facultad con semejantes móviles pregunto yo, ¿se podrá comparar con estas Facultades oficiales?

A mí me parece que esto no es lógico ni razonable. No podemos traer la organización yanqui ni inglesa, completamente distinta a la europea en general, para iluminar nuestra propia organización.

Son razas distintas, de origen distinto. Las Facultades allí estan organizadas de tal manera que tienen que obedecer a los que las han creado, a los que han dado el dinero. Son facultades sostenidas por sí mismas con recursos de particulares que imponen determinadas condiciones.

*Sr Ponce de León* — Organizadas así, han hecho grandes a los Estados Unidos.

*Sr Soca* — No, señor, está equivocado.

Hay dos cosas en esta cuestión: la creación de ideas y la producción de hombres eminentes, la creación de simples prácticos.

Como creadores de ideas, esas razas poderosas, a pesar de lo lamentable de su organización, han hecho cosas muy serias y hasta grandes.

La raza inglesa, potentísima, ha dado hombres eminentes, y los yanquis mismos tienen hombres de ciencia superiores, pero lo que nos interesa mas a nosotros es el resultado práctico inmediato, el práctico el médico y el abogado común.

Sabemos lo que son los prácticos ingleses y los prácticos yanquis.

Yo no puedo ni quiero discutir en público esta cuestión delicadísima, pero pregúnteselo el doctor Ponce de León a cualquiera que haya vivido en Europa. Por lo demás, ¿qué puede ser una carrera que se hace en su totalidad en tres o cuatro años, y qué pueden ser las Facultades que se disputan los alumnos y los llaman y los lisonjean y los miman como se ha dicho, para atraerlos y fijarlos? Así es que les dan derechos que nosotros no tenemos por que darles, de ninguna manera.

Las bases de la organización son completamente distintas no tenemos por qué adoptarlas, no tenemos por qué atraer, mimar y lisonjear a los estudiantes, disminuyendo el esfuerzo que legítimamente debemos exigirles y dándoles facultades que no les hacen falta y de las cuales usaran de seguro en contra de los grandes intereses de la ciencia.

Lo que tenemos que hacer es todo el bien posible por ellos y por la ciencia nacional.

Hay una perfecta solidaridad entre los estudiantes y las Facultades.

Queriendo mucho el bien de las Facultades se quiere mucho el bien de los alumnos.

Por eso no son sospechosas de tiranía o de opresión de ningún género.

Digo, pues, sin exteriorizar todo mi pensamiento porque no quiero hacerlo — vuelvo a repetir — que es completamente inaplicable el régimen yanqui e inglés a este país, a esta organización oficial porque ni el origen, ni las tendencias, ni los fines son los mismos.

Son, al contrario, completamente distintas, radicalmente distintas y si se me provoca, diré muchas cosas que sé y que sorprenderán a los lectores de libros laudatorios a toda costa.

En cuanto a la observación del doctor Amézaga yo la he meditado un poco y no deja de tener cierta lógica

En Francia por ejemplo, forman parte de lo que se llama — no el Consejo de la Facultad, sino el Consejo General, — forman parte a veces los agregados, pero estas funciones están reservadas a los agregados en ejercicio, los que han hecho su tiempo están completamente excluidos

Así, por ejemplo, para nombrar Decano se reúnen, no ya los profesores solos sino los sustitutos, los agregados, y todos ellos eligen el Decano, pero naturalmente, los antiguos agregados están excluidos

De suerte que tiene cierta razón de ser esa observación y podría dar base a modificaciones que, por mi parte, aceptaría aunque no tengo las aprehensiones del doctor Amézaga

En realidad los profesores agregados, los jefes de laboratorio, podrían hasta excluirse de la elección sin ningún inconveniente. Los hemos admitido por una transacción porque éstos son un intermediario entre la Sala de Doctores y el Cuerpo de Profesores, pero los inconvenientes, decía, no son muy grandes por esto, porque los jefes de clínica, como los jefes de laboratorios, como los sustitutos están íntimamente ligados a los profesores, forman una especie de comunidad en que nadie manda, porque nadie manda entre gente ilustrada y culta, entre hombres siempre de una dignidad superior pero en la que todos se entienden, en la que todos marchan unidos, de manera que es difícil, es mucho más difícil que los agregados se unan entre sí que a los profesores

Los profesores y los sustitutos jefes de clínica, jefes de laboratorio, forman un cuerpo unido íntimamente



por las más nobles y grandes vinculaciones que haya en el mundo, por las vinculaciones intelectuales y estas vinculaciones se rompen por un interés mezquino cualquiera.

Así que yo creo que no habrá inconveniente en conservar el artículo como está

La cuestión está bien estudiada y esas coaliciones entre agregados no existen

Francia, por ejemplo, a cuyo modelo debemos volver siempre, porque es la que mejor se adapta a nuestro temperamento y a nuestra propia alma, en Francia, digo, no existen tampoco esas uniones accidentales, y son hasta imposibles porque los profesores agregados forman con los profesores, Cuerpo en que se toman resoluciones comunes y solidarias

Yo admito, pues, la observación del doctor Amé- zaga, que es muy juiciosa, aunque, repito, no comparto sus inquietudes a este respecto

Me parece, señor Presidente, que este asunto se ha debatido suficientemente ya

\*  
\*\*

*Sr Soca.* — En esta discusión me parece haber reinado, sobre todo en la última sesión, una cierta confusión, confusión que yo mismo he compartido, ya por el descosido natural de una absoluta improvisación, ya por la falta de vigor, precisión y relieve en la exteriorización de mis ideas. Lo que me sorprende sobre todo es que en esta discusión se haya vuelto constantemente sobre ideas ya discutidas y ya pulverizadas en mi primer discurso. O no quieren comprender o no han comprendido las famosas contradicciones que estaban sólo en su imaginación, que fueron a su tiempo discutidas

a fondo y reducidas a su justo valor. Demostré así que estas contradicciones eran las de la naturaleza, eran las contradicciones propias de las cosas y los sucesos que se imponen como un hecho brutal a los hombres equilibrados y prácticos. Después he analizado hasta la saciedad la famosa muleta de las camarillas — y he hecho la debida justicia a las glorias legendarias de la Sala de Doctores, y si hubiera de añadir algo a este capítulo de hinchadas hiperboles diría sólo que la Sala de Doctores es completamente inocente de todas las virtudes que se le atribuyen. Es preciso olvidar lo que he dicho brutalmente en mi discurso para volver sobre semejantes cosas. He probado hasta la evidencia que, buena o mala, completa o deficiente, todos los progresos de la institución universitaria son la obra del Consejo en parte, del Consejo y de algunos hombres muy distinguidos y muy laboriosos y, mas que nada, del natural desenvolvimiento de las fuerzas civilizadoras de la República, pero de ningún modo la obra de la Sala de Doctores. He probado en efecto, que el Consejo real, que el Consejo efímero el Rector y los cuatro Decanos, son autoridades casi completamente extrañas a la Sala de Doctores y nombrados el primero en realidad, si no en apariencia, los cuatro últimos incontestablemente por el Poder Ejecutivo. ¿Donde están, pues, esas glorias tan celebradas de la Sala de Doctores? Son una pura fantasía, en mi concepto al menos, y respetando la opinión de los colegas que creen lo contrario. Creo, pues, que al menos para precisar mi pensamiento debo todavía añadir unas palabras. Voy acaso a repetir un poco mi discurso anterior, pero me parece indispensable. Seré breve — deseché todo temor la Honorable Cámara. Voy a tratar de precisar los puntos capitales con tal rigor que po-

dran convencerse hasta los más recalcitrantes. Se trata de elegir Consejos para las Facultades y hallar para formar esos Consejos el mejor cuerpo electoral posible.

Hay que hacer desde luego una distinción muy neta entre la elección del Consejo de Facultad.

Para la elección de Rector todos son competentes, hasta la misma Sala de Doctores. Es que en la economía de esta ley el cargo de Rector tiene muy limitadas funciones. Pero a pesar de eso, el cargo es tal que por sí mismo, por su propia dignidad y su propia nobleza imponen al que ha de ocuparlo una gran autoridad y un gran prestigio. De este modo bastará elegir y no se podrá menos de elegir un hombre distinguido para que el fin real de la función de Rector se haya llenado.

Pero el caso de los Consejos es otro. Los Consejos de Facultad son corporaciones técnicas, eminentemente técnicas y de una inmensa trascendencia. A la composición de los Consejos está encadenada la suerte de la Facultad. Con tal Consejo se va al derrumbe, con tal otro a la glorificación y al progreso.

Resulta que para elegir bien los Consejos son necesarias cualidades diversas.

En primer lugar, algo de la ciencia de esos mismos Consejos — tener principios de pedagogía superior — y haber hecho pasar esos principios por el contralor de la experiencia, — los principios por sí solos conducen a las más extravagantes fantasías.

Tener, pues, principios y tener experiencia y además conocer a fondo los hombres que están al frente de la enseñanza y que — como he dicho antes — si son algo, son ellos mismos métodos, principios, ideas o sistemas. Y todavía más: se necesita el conocimiento

íntimo de la Facultad y sus vacíos y su desiduratum y, en fin, un interés profundo por la institución universitaria, tan profundo que casi se confunda con el interés propio

Ahora busquemos el cuerpo elector que mejor se adapta a estas exigencias y a estas necesidades

Y desde luego, declaro que tampoco me asusta la fórmula radical, la fórmula que prescinde de intermedios y de electores y constituye simplemente los Consejos con el Cuerpo de Profesores, — fórmula que tiene en su favor la práctica universal y el ejemplo de los primeros países de la tierra. Pero no es el caso de discutir una fórmula que nadie ha prestigiado hasta ahora, y debemos discutir solamente la cuestión de los Consejos electivos

Pues bien, no hay más que dos Cuerpos que puedan elegir los Consejos de Facultad, — el Cuerpo de Profesores, — la Sala de Doctores — Toda la cuestión esta, pues, en saber, no si estos Cuerpos como Cuerpos electorales son en sí mismos buenos o malos, sino en saber cuál de los dos es el mejor y cuál responde más cumplidamente a los intereses universitarios — y cuál de los dos ofrece la perspectiva de un Consejo más serio, más autorizado, más sabio y más fecundo

El Cuerpo de Profesores es para mí el Cuerpo elector ideal, tiene todas las cualidades y casi no tiene ningún defecto

En primer lugar tiene principios y tiene experiencia, conoce los móviles y tiene por consiguiente una perfecta libertad intelectual, que es la base de todas las libertades. Además, como también lo he dicho, por su situación científica está a cubierto de toda presión exterior visible o subterránea que pueda viciar el juicio, es decir que tiene la más perfecta libertad moral y la

más perfecta libertad material Además esta ligado a la Facultad por los vínculos mas fuertes que haya en el mundo — por compenetracion intelectual — por intereses materiales La fortuna misma de los profesores está a menudo encadenada a su actuación en la Facultad. A la Facultad deben su fortuna todos los grandes médicos del mundo

Además los profesores son hasta cierto punto los directores de la Facultad por derecho propio, pues formandola y constituyendola como la forman y constituyen, si ella ha de tener un gobierno autónomo ese gobierno debe empezar y concluir en sus jefes y representantes naturales

Además, tienen la responsabilidad de los titulos que acuerdan, responsabilidad a veces grave y solemne, es decir que tienen la plena responsabilidad de la acción, y parece entonces natural que tengan también libertad plena para conducirla, según su propio saber y su propia experiencia

Además viven la vida de la Facultad en su intimidad más profunda y conocen todos sus anhelos, sus vacios y su gran desideratum Por otra parte, conocen los hombres que comparten con ellos el honor de instruir a la juventud, los conocen en sus ideas, en sus sentimientos, en su carácter, en todo lo que un nombre encarna y representa para el porvenir de las Facultades

Así, pues, el Cuerpo de Profesores tiene la mas perfecta libertad intelectual y una acabada libertad moral y material, tiene por la Facultad un interés tan profundo que se confunde con el interés propio, tiene el derecho, por tener la responsabilidad, y además una insuperable competencia para elegir entre los principios y entre los hombres que los encarnan

Buen, pues, miremos ahora del otro lado, del lado de la Sala de Doctores. No me cansare de repetirlo hasta que oigan los sordos o los empecinados: la Sala de Doctores es un Cuerpo trunco, frustráneo, fantástico, y por decir la frase mas enérgica una verdadera mistificación. La Sala de Doctores casi no existe. Deberia componerse de un numero imponente de intelectuales que, en su conjunto, tendria una autoridad avasalladora. Pero, por desgracia esa no es la realidad. Desde que salen de la Facultad los jovenes medicos, abogados e ingenieros, se dispersan a los cuatro vientos. Unos se van lejos y otros se quedan pero absorbidos por las justas preocupaciones de una existencia llena de inquietudes, la Facultad sale por completo del circulo de su vida. Algunos, muy pocos, si no la olvidan ampoco de una manera absoluta y por lo menos, aunque arrastrados, forzados, violentados, concurren al menos en los días de grandes batallas electorales.

Por eso la Sala de Doctores es en la realidad un cuerpo mínimo, un Cuerpo insignificante — y este Cuerpo insignificante se atribuye la representacion de toda la Sala de Doctores, que se compone de un número verdaderamente imponente de miembros muy selectos. Esto seria una usurpación si no fuera una simple mentira. La Sala de Doctores en su conjunto seria un Cuerpo respetable, pero ella no es Sala de Doctores ni es nada. ¡Y es a esta ficcion, es a esta negación que se agarran con tanto ahinco espíritus muy selectos!

Pase todavia por el numero si la Sala de Doctores tuviera otras cualidades. Pero no las tiene sino negativas. Y la primera de éstas es la indiferencia musulmana por los intereses de la Facultad. Desde que salen de la Facultad los jóvenes graduados la olvidan por

completo, la Facultad se sale por completo del círculo de sus preocupaciones. Y, como lo demost're acabadamente, es natural que así sea. Esos jóvenes desde que abandonan las aulas se encuentran frente a frente con la vida y sus inquietantes enigmas, y la vida les pide todas las fuerzas del corazón y del espíritu.

¿Es humano exigirles que amen a la Facultad y la sigan en las peripecias de su vida? Y aunque se les pidiera no lo harían y no lo hacen. Lo prueba de una manera elocuentísima la experiencia de cincuenta años. No votan o sólo votan en escaso número y violentados por exigencias de amistades imperiosas a las que se entregan sin control y sin examen.

Además carecen de competencia. No es que no haya hombres eminentes o muy distinguidos fuera de la Facultad. Pero estos hombres no se han especializado y ni siquiera preocupado de los problemas de la pedagogía superior, y aunque lo hubieran hecho carecerían por completo de experiencia, sin la cual como he dicho antes, los principios más justos y más puros conducen a los más grandes errores y a los más grandes fracasos.

Además no conocen a los hombres sino de oídas, no los conocen en la intimidad de sus ideas y en los repliegues de su carácter como habría que conocerlos para elegir con acierto. Si los hombres quedaran los mismos, la vida de estudiante y sus provechosos recuerdos les permitirían acaso dirigirse con acierto. Pero los hombres cambian y cambian sobre todo las ideas.

Además, la Sala de Doctores no es un Cuerpo autónomo. Los profesores tienen con los jóvenes graduados — y me refiero sobre todo a la Facultad de Medicina, que es la que conozco mejor — grandes y du-

rables vinculaciones. De aquí resulta que la influencia de los profesores en la elección sería decisiva — por que cada profesor tiene su círculo — y ese círculo le sería fiel hasta el fin y le acompañara en todas las jornadas. Resulta, pues, que esta famosa Sala de Doctores ni siquiera voto propio tiene, al menos en la mayoría de los casos. En la mayoría de los casos, el voto de la Sala de Doctores no será más que el voto de los profesores multiplicado. No obstante, como puede haber excepciones y las hay sin duda no puede creerse que la Sala de Doctores sea un Cuerpo anodino y absolutamente inofensivo. Puede al menos decidir la victoria en favor de las fórmulas más funestas.

Así, pues, la Sala de Doctores es un Cuerpo frustraneo y sin autoridad, porque carece de número real — es un Cuerpo que absolutamente no se interesa por la suerte de la Facultad — es un Cuerpo fundamentalmente incompetente, es un Cuerpo que carece de autonomía real.

Si comparamos ahora estos dos Cuerpos, resulta lo siguiente: el Cuerpo de Profesores tiene una absoluta libertad intelectual y una perfecta libertad moral y material. La Sala de Doctores carece de libertad intelectual y tiene evidentemente menos libertad moral y material. El Cuerpo de Profesores tiene un vivo interés por la Facultad, tan vivo que se confunde con su interés propio. La Sala de Doctores tiene por la Facultad una indiferencia invencible y de hecho jamás vencida. El Cuerpo de Profesores tiene el derecho que emana de su responsabilidad. La Sala de Doctores no tiene ningún derecho porque no tiene ninguna responsabilidad y los que tal creen confunden los títulos profesionales con los títulos científicos, cosas fundamentalmente distintas. El Cuerpo de Profesores tiene una



perfecta competencia y un íntimo conocimiento de los hombres, la Sala de Doctores una competencia muy dudosa y solo conoce los hombres de oídas o por el consenso popular, criterio singularmente peligroso

Yo sé que los adversarios afirman que pueden juzgar los miembros de la Sala de Doctores como los profesores. Esto es falso, tres veces falso: los defectos de los sistemas y las faltas de los hombres solo se conocen viéndolos vivir, viéndolos desenvolverse, viéndolos fracasar o triunfar en la prueba de la observación y de la experiencia. A mí me ha pasado que para juzgar un hombre y un plan en la Facultad de Medicina, he necesitado tres años de constante estudio.

Ahora, ¿cuál de estos dos Cuerpos es el mejor? ¿Cuál ofrece más garantías como principios — más garantías como experiencia — cuál de ellos ofrece a la Facultad mayores perspectivas de progreso y de futura grandeza — más garantías de seriedad y de autoridad en la ciencia, en el mundo? Poner la cuestión es resolverla. Podrá sostenerse que la Sala de Doctores es buena, pero nadie podrá negar que el Cuerpo de Profesores es mejor. Y si es mejor, ¿por qué hemos de elegir el peor? En las cosas del corazón, en las cosas del pensamiento, en las cosas de la acción, en las cosas humanas, terrenas y universales ¿hay un ser que pudiendo elegir lo mejor elija lo peor? ¡Esto sólo se comprendería por un capricho incomprensible o una incalificable extravagancia!

Es, pues, evidente, es un hecho que rompe los ojos: el Cuerpo de Profesores es superior a la Sala de Doctores y es el Cuerpo de Profesores el que en la disyuntiva debe elegir los Consejos de Facultad.

Es verdad que vuelve la famosa muleta de las camarillas. El Cuerpo de Profesores es, sin duda, supe-

rior a la Sala de Doctores, pero los profesores, ligados entre sí contra espíritus más o menos superiores podrán desorganizar al fin la Facultad, sobre todo se añade en nuestro medio reducido, demasiado nuevo y todavía embrionario. Pero esto es un profundo error y una fantasía voluntariosa e inconsulta. Las camarillas no son posibles en nuestro medio, porque carecen de ambiente, porque, como lo he dicho antes, los cargos científicos no ejercen la especie de fascinación de los grandes centros científicos europeos, en que la lucha adquiere proporciones épicas. Entre nosotros los cargos científicos no son todavía, salvo excepciones, un título que abra todas las puertas y eleve a todas las alturas. Lejos de eso, tienen un valor social y un valor mercantil casi nulo si bien se encuentran entre nosotros casos excepcionales en que los médicos deben su fortuna a la cátedra.

Si, pues, no existen las causas que pueden crear en los grandes centros las coaliciones de pasiones e intereses entre los profesores, ¿cómo han de existir los efectos? ¡Y lo que es estupendo e indica el conocimiento que tienen de esta cuestión los adversarios de esta ley, es que han pretendido que esas coaliciones se produjeran sobre todo entre nosotros! ¡Pero si no hay nada que perder ni nada que ganar en esas camarillas fantásticas!

Pero hay más si por un fenómeno incomprensible esos círculos funestos tendieran a formarse los elementos subordinados que toman parte en la elección como los jefes de clínica y de laboratorio, los escribanos y los agrimensores restablecerían pronto el equilibrio. Sin duda los hombres más distinguidos tendrían una mayor esfera de influencia y atraerían la mayor número de estos elementos, pero como es contra ellos

que la agresion sería dirigida, las fuerzas opuestas se neutralizarían y habría solo una nueva intriga abortada en los anales universitarios

Pero es que ni aun en los centros superiores de cultura científica las camarillas triunfan de todos los obstáculos. Podrán sin duda tentarse coaliciones contra los hombres que se imponen por las altas cualidades de espíritu. Toda superioridad tiene algo de impertinente y se crean a veces rivalidades implacables. Pero en el mundo moral como en el mundo material hay dos fuerzas opuestas y contrarias, de las cuales resulta el equilibrio en el universo, en las sociedades y en las almas.

El hombre superior puede inspirar celos violentos y suscitar agresiones inconfesables, es la fuerza de repulsión, pero tiene también un poder de atracción que enfrena y reduce todos los odios y todas las miserias. Es el prestigio eterno del pensamiento cuando tiene alas y sabe cernirse en las alturas. La fuerza centrífuga hace equilibrio a la fuerza centrípeta. Y ¿que resulta? Resulta lo que enseña ya la experiencia de largas centurias: que del conflicto de todas las fuerzas secretas que luchan en el seno de estos elevados cuerpos científicos surge siempre una solución de equidad y de justicia. Los que valen triunfan siempre al fin de una manera bruta y decisiva en su lucha con la necesidad, la envidia y la injusticia. Habrá sin duda a veces dolorosas excepciones. Pero ¿cómo evitarlas si se trata de hombres? Son sin embargo cosas raras. Todos los hombres superiores han entrado siempre en todas partes. Es cuestión de tiempo y de lucha. Y si en los grandes centros de ciencia, en que los intereses antagónicos son formidables, las camarillas son imposibles o estériles, ¿como han de ser posibles en nuestro me-

dio todavía tan modesto y tan rudimentario? Tomemos como ejemplo la Facultad de París, o mejor el conjunto de sus grandes institutos de enseñanza superior ¿Quién puede negar que en esa facultad famosa o en esos grandes institutos, a pesar de algunas inevitables caídas, las soluciones han sido siempre, al través de luchas épicas nobles y equitativas? Todos los que valen entran, suben y se imponen

Pero hay más yo sostengo que lo único que puede dar lugar a coaliciones odiosas y camarillas despoticas, es precisamente la Sala de Doctores Y llamo la atención de la Cámara sobre las razones que voy a exponer porque son las más importantes, las más decisivas, las que resuelven a mi modo de ver y sin réplica la cuestión de la Sala de Doctores

Entre los profesores y los alumnos se forman en todas partes íntimas y poderosas vinculaciones Esas vinculaciones son tan profundas tan durables y tan generosas que constituyen una nueva paternidad moral que tiene a veces todas las funciones y todas las ternuras de la paternidad de la carne y de la sangre

Esas vinculaciones vienen por caminos diversos En los alumnos por la admiración, por el deslumbramiento, por la atracción y la generosa simpatía que inspiran siempre las altas cualidades del pensamiento a la idealidad siempre superior y siempre alerta de los espíritus juveniles, por el reconocimiento de las nobles protecciones, por la gratitud casi mística hacia los que, partecadores supremos, han hecho salir a luz nuestras propias almas — y nos han abierto todos los grandes senderos de la verdad y de la vida

En los viejos, el afecto viene por el encanto natural de la juventud — su entusiasmo vibrante su audacia sin límites, su amor profundo por todas las nobles y

grandes cosas de la inteligencia — la pureza, la espontaneidad de sus afectos. Pero más que nada por otra razón superior, — por algo que viene de lo más hondo de la naturaleza humana, — por algo que en las almas graves, en las más activas almas, en las almas profundas de los grandes sembradores de ideas es como un hambre de maternidades supremas: la necesidad de sentirse comprendido, de sentirse prolongado, de sentirse reproducido, de sentirse revivir sobre todo en un alma joven que ha de dar a nuestras ideas de un día al menos la eternidad de una vida!

¡Ah! ¡Qué singular encanto tienen para nosotros los que viven de nuestro cerebro y van por el mundo sembrando nuestro pensamiento!

Ahora bien, estas vinculaciones profundas entre profesores y alumnos van más allá de las aulas y persisten a veces tanto como la vida. No hay acaso en el mundo amistades más hondas y más eternas que las amistades entre maestros y discípulos. El doctor Salterain, que ha sido discípulo bueno y fiel discípulo, podrá decir, podrá pintar acaso la especie de iglesia mística que forman en los grandes centros científicos el Maestro venerado y los que deben a su ciencia generosa su alma y su sitio en la sociedad y en la vida. Eso no muere nunca, eso salta sobre las aulas y se proyecta sobre toda la existencia. Quiere decir, pues, que el profesor tendrá siempre sobre los jóvenes médicos — hablo sobre todo de medicina porque es lo que conozco mejor — un ascendiente que podrán apenas quebrar las bajas influencias que agarran al hombre desde que entra en las luchas definitivas de la vida.

Ahora bien, para decirlo al pasar y repitiendo lo que he insinuado más arriba, ¿en qué queda la auto-

nomía real de la famosa Sala de Doctores enfrente de estas extraordinarias vinculaciones?

Pero hay más todavía. En la Facultad de Medicina los profesores no se vinculan por igual a los discípulos. Muy lejos de eso, la diferencia es enorme, chocante y peligrosa. Hay cátedras por las cuales pasan los alumnos como meteoros — y son casi todas. Los profesores no conocen de sus discípulos ni el nombre. Pero hay profesores con los cuales las vinculaciones son eternas: son los profesores de clínica. Los estudiantes pasan en sus servicios a veces largos años en una perpetua intimidad, en un comercio constante de ideas y sentimientos, midiéndose y estimándose recíprocamente en la prueba suprema de las ciencias prácticas, en la prueba que en la Medicina es a veces una emocionante tragedia, en la acción en la batalla eterna y decisiva con el dolor y con la muerte. Y en esta lucha se apoyan, se sostienen, sienten sus codos y casi sienten sus almas. Además la protección material, la generosa atención del discípulo por el Maestro en la misma lucha de la vida, añade al cuadro su nota última y definitiva.

Así pues, los profesores que tienen una real y potente vinculación con los futuros médicos con la futura Sala de Doctores, son los profesores de clínica, y de éstos — que son ya muy pocos — los que tengan la fuerza amable y el desprendimiento fácil de que se fabrican los conductores de hombres en los pueblos y en las instituciones. ¿Y cuantos son estos hombres? Uno, dos, tres... y he ido ya demasiado lejos.

Quiere decir, pues, que está concentrada en una o dos manos toda la circulación de la Facultad con las jóvenes generaciones.

¿Qué quiere decir esto? Que en el regimen de la Sala de Doctores los profesores que tienen capacidad para imponerse tendrán una fuerza enorme, decisiva y perturbadora

*Sr Herrero y Espinosa* — Legítima, muy legítima

*Sr Soca*. — Perfectamente, todas las cosas son legítimas hasta cierto punto, más allá son una simple usurpación

*Sr Herrero y Espinosa* — La mas legítima de todas, señor

*Sr Soca* — Voy a contestarle, puesto que parece desearlo Si un profesor por una serie de influencias legítimas llega a hacerse el árbitro de la Facultad vamos al despotismo, vamos al gobierno unipersonal, vamos al unicato, vamos a todas las odiosas incongruencias del régimen actual. Cuando una influencia legítima conduce a tales extremos, a tales absurdos, es nuestro deber suprimirla por ministerio de una ley

Si un Presidente de la República se hace elegir diez veces seguidas, por todas las influencias legítimas que pone a su servicio el puesto que ocupa, entonces renunciemos a las instituciones democráticas, preparémonos para todos los despotismos, todas las tiranías y todas las violencias

Hay que distinguir dos cosas las Facultades y los hombres

Yo he dicho que los miembros de la Sala son indiferentes con las Facultades pero no he dicho que sean indiferentes con los hombres, porque eso sería un error monstruoso Los hombres pueden ser y son a menudo indiferentes con las ideas — pero no son indiferentes con los hombres mismos Es la vinculacion de la pasión ciega y mala si se quiere, pero humana e invencible La otra no — la vinculación con las ideas

es la vinculacion de los seres superiores Para inclinarse delante de las ideas — para dejarse arrastrar por las ideas puras, — es necesario un alma alta, bien templada y rara Para inclinarse delante de los hombres basta un alma rampante que sea buena o que sea mala — que esto es otra cosa

*Sr Massera* — Juzga muy mal a la humanidad el doctor Soca

*Sr Soca* — La juzgo como es, la juzgo como me lo ha enseñado una larga, triste y dolorosa experiencia

*Sr Massera* — Muy pesimista Hace un momento era todo lo contrario

*Sr Soca* — Hace un momento, señor, era exactamente lo que soy ahora Yo no cambio las cosas y los sucesos Soy lo que debo ser en cada instante, soy optimista cuando hay que serlo, soy pesimista cuando hay que serlo porque soy un hombre de realidad y de verdad, porque así es la vida porque así es la naturaleza, porque así es el hombre, porque así es la sociedad

(Interrupciones)

He perdido el hilo de mi discurso con estas interrupciones

Quiere decir, pues, que esas famosas camarillas siempre invocadas y nunca demostradas no se verán nunca con el Cuerpo de Profesores porque les falta el ambiente, y se verán siempre con esa famosa Sala de Doctores, que cuanto mas se la estudia más se descubre su insanable inferioridad

Ahora voy a discutir un argumento presentado por el Doctor Rodríguez con su clara palabra, adoptado por el doctor Massera y accentuado por el doctor Martínez en su oratoria tan atica y tan precisa



Decían estos señores pero si esos hombres se mantienen alejados de la Facultad y sienten por ella una indiferencia rayana en el desdén o un desamor ravano en la ingratitud, si no tienen principios de pedagogía superior — si estan, en otros términos poco menos que perdidos para la Universidad — lo natural y lo lógico no es abandonarlos a su suerte, dejarlos sumergirse cada vez mas en la ignorancia y perderlos por completo para la Facultad, lo lógico no es matar la Sala de Doctores o anularla por medidas artificiosas, que son una simple y pura ironía lo lógico es mejorarla, elevarla, aproximarla a la Facultad hasta que, si es posible, se confunda con ella misma

Esta objeción me parece estupenda y yo no sé si mi amigo Rodríguez y los señores Massera y Martínez se han detenido a analizar su propio pensamiento, que más bien parece un sentimiento o un simple movimiento primo, generoso sin duda pero inconsulto

*Sr Rodríguez (don G L)* — Si está en el informe de la Comisión de que forma parte el doctor Soca Se lo voy a leer después

*Sr Soca* — Yo voy a decir lo que pienso sobre este asunto

En primer lugar ¿qué quiere decir esto mejorarlos, elevarlos, acercarlos a la Facultad? Quiere decir, sin duda, que habra que invitarlos a trabajar mas, a estudiar mejor los problemas pedagógicos que se ponen a cada instante en la vida universitaria — que habrá que enseñarles a amar la Facultad y a interesarse más por sus destinos

Ahora pregunto yo, ¿quien tiene interés en que estos fenómenos se produzcan? ¿El individuo? ¿La Facultad? ¿La sociedad en general?

El individuo, es decir, el simple y humilde miembro de la Sala de Doctores, no tiene ninguno. El está entregado a las profundas y naturales preocupaciones de la vida, — absorbido en los problemas casi siempre angustiosos que le ponen a cada instante sus intereses y su propia gloria — en el trabajo, en fin que es la base y como la urdimbre de su propia vida. ¿Que interés puede tener el individuo en que lo arranquen de su centro y lo saquen de la órbita de su acción especializada y fuerte para acercarlo a una entidad ideal que para él está en la región de los principios — y no lo conmueve ni lo atrae ni mucho menos lo arrastra? ¿Qué habra ganado con esto su cultura práctica, su cultura utilizable y su situación en la sociedad, en la ciencia? Nada, absolutamente nada.

Pero ¿ganaría siquiera la Facultad? Nada tampoco, absolutamente nada. ¿Qué puede hacer este hombre — si lo fuerzan a que estudie, a que se acerque a la Facultad — a que la siga y la ame siquiera sea a palos como el médico de Moliere? Todo lo que puede hacer es elevar su punto de mira, ser un miembro más completo y más respetable de la Sala de Doctores. Pero ¿qué le importa todo esto a la Facultad que le importan estos hombres de afuera — si tiene en su propio seno hombres infinitamente superiores por su ciencia por su experiencia y por su conocimiento profundo de todos sus problemas y todas sus necesidades? ¿Para qué necesita la Facultad a la Sala de Doctores si tiene el Cuerpo de Profesores, y el Cuerpo de Profesores por mucho que progrese la Sala de Doctores le será siempre superior por su elevada cultura y su fecunda práctica? La competencia de la Sala de Doctores solo igualaría a la del Cuerpo de las Facultades cuando todos sus miembros se convirtieran en profesores.

La sociedad tampoco ganaria nada con que distrajeran del papel que para bien de todos habria señalado a sus miembros utiles en la inmensa distribucion de trabajo humano

Pero por fuertes que sean estas razones, queda todavia por exponer la razón capital contra la doctrina que estoy impugnando. Esa razon ya se ha gritado al doctor Martinez el otro dia. Es ésta que no se remonta el curso de los tiempos — que no se pueden hacer marchar los ríos hacia sus fuentes — que no se detienen con palabras los aludes que ruedan por la falda de la montaña — que no se vence a la naturaleza — que no se dirige a los hombres contra sus pasiones, sus instintos y sus intereses

El que lo intente va al inevitable fracaso. Un individuo vive preocupado, absorbido por la custodia de sus intereses y la dirección de su accion en el mundo — si es médico en la agitación de sus grandes luchas sociales y en ese eterno juego tragico en que se pierden vidas humanas. ¿Quién lo va a arrancar de ese ensimismamiento y esa angustia para llevarlo a oficiar de hierofante en una institucion y en un acto que para él no representa nada?

Esto es imposible, porque está enfrente la naturaleza humana en lo que tiene de más irreductible y de más hondo — la necesidad de intensificar, de especializar la acción para triunfar en la sociedad y en la vida. Iría tal vez, pero distraído, indiferente — porque yendo, por el camino, le trabajarían, allá en las profundidades del ser, sus propios anhelos, sus propios amores, sus propias pasiones — que piden todas las fuerzas concentradas del cuerpo y el espíritu

Y ésta es la verdad. No hablo de fantasia, repito la historia de cincuenta años de la Sala de Doctores. Esa

corporación no ha hecho nada, todo lo ha hecho la natural evolución de los sucesos y la inteligencia y la buena voluntad de algunos hombres fuertes que la Universidad ha hallado en su camino

Queda así dicho lo que deseaba decir para aclarar y precisar mi pensamiento. No he añadido nada a mi anterior discurso. Quería simplemente dar más relieve y más fuerza probatoria a mis ideas.

Creo haber establecido la insalvable nulidad de la Sala de Doctores, y si algo me extraña, si algo no comprendo es que espíritus tan selectos como el doctor Rodríguez, el doctor Massera, el doctor Lagarmilla, el doctor Martínez se empeñen en defender una institución tan anacrónica y tan contraria al espíritu de los tiempos. Es acaso el pasado que se prende como una garra a nuestras almas — es la tradición amable y amada que nos seduce y nos halaga.

*Sr Rodríguez (don G L)* — Y que describía tan admirablemente el doctor Soca ese pasado.

*Sr Soca* — ¿Qué separa de nosotros a los adversarios de este proyecto? Apenas frágiles barreras de prejuicios murientes y miserables eslabones de cadenas rotas.

¿Por qué, pues, insistir, por qué defender una institución semejante? Hay que dejar los muertos en sus tumbas. La Sala de Doctores ha vivido, ha hecho su tiempo, ha preparado acaso sus servicios o por lo menos ha respondido de una manera simpática a un anhelo de nuestras almas. De otro modo ¿la defenderían con tanto calor tan nobles espíritus? Pero, en fin, los tiempos han cambiado, el ambiente es otro, la especialización domina el mundo, el realismo ha ganado todos los espíritus y nada tienen que hacer aquí nuestras generosas simpatías.

No podemos buscar para los Cuerpos especiales, hombres que en nada se han especializado. Los especialistas están todos en las Facultades, en los países bien organizados. Acaso no lo están todos aquí. Pero ésta es una época de transición. La vida moderna va de prisa. Dentro de diez años habrá pocas cosas nuevas. No legislamos para la hora presente, legislamos también para el porvenir. ¿Esta organización que queremos modificar no ha durado acaso cincuenta años? Dentro de cincuenta años esta ley que proponemos, cualquiera que sea su liberalidad y su audacia, habrá también hecho su tiempo.

He dicho.

## DISCURSO SOBRE VACUNACION OBLIGATORIA EN 1910\*

En mi informe de 1891 he estudiado la cuestión de una manera completa, me parece. Desde ese informe han corrido veinte años, pero los hechos allí acumulados conservan todo su valor. Añadir nuevos, sería exponerse a repeticiones fastidiosas sin ventajas para la doctrina.

La cuestión es doble: tiene el lado científico, es decir, si la vacuna es eficaz como profiláctico de la viruela, y tiene el lado legal, a saber si la vacuna puede imponerse por ley de la Nación.

Del punto de vista legal no se ha dicho al respecto nada nuevo: todo cuanto el doctor Paulhier ha manifestado está ya ampliamente refutado en el informe.

Sin embargo, algunos antivacunistas de nuestro medio han avanzado una objeción que tiene cierta novedad. Dicen, por ejemplo, que la vacunación obligatoria viola la libertad de pensamiento.

El argumento es tan frágil, tan deleznable que se necesitaran pocas palabras para reducirlo a la nada.

El pensamiento existe en tres formas: en el fuero interno, en la expresión hablada, en la aplicación en actos. El pensamiento en el fuero interno es naturalmente libre hasta en las mazmorras rusas. Entre él y las violencias del medio social está la conciencia, ha

---

\* *Diario de Sesiones de la H. Cámara de Representantes*. Sesiones de 13, 15, 20 y 27 de octubre de 1910. Tomo CCVII, págs. 80-85, 91-103, 120-127, 144-159. Montevideo, 1911. Sesión de 9 de mayo de 1911. Tomo CCIX, págs. 304-309. Montevideo, 1912.

rrera insalvable El pensamiento traducido en palabras, tiene, en los países mas libres, limitaciones infranqueables El pensamiento traducido en actos puede tropezar y tropieza a menudo con el pensamiento del Estado, es decir, con la ley, la ley pues, limita necesariamente el pensamiento que quiere llegar al acto

Pero en esta cuestión de la vacuna, indudablemente imponerla es atacar la libertad de los ciudadanos, pero hay mil leyes que la atacan de mil maneras

¿Puede atacarse, pues, por medio de una ley de vacuna obligatoria? ¿Es legítimo dictar una ley de esta naturaleza? Esta es la cuestión que se plantea en este momento

Y bien Hay que preguntarse primero si la vacuna es eficaz, si la vacuna es inofensiva y si la vacuna es necesaria Si la vacuna es eficaz, es inofensiva y es necesaria, puede imponerse sin vacilaciones, como se imponen tantas otras leyes sanitarias, por la suprema razon de la salud publica

De suerte que la cuestión legal se reduce así a la cuestión científica, resuelta la cuestión científica, la cuestión legal esta resuelta inmediatamente, y es por eso que decia el otro día el doctor Manini Rios, con justa razon, que lo unico que quería era que la ciencia demostrara que la vacuna era eficaz, la cuestión legal estaba desde ese instante terminada

Por ahora voy a limitar a estas palabras mi estudio de la cuestión legal

El discurso del doctor Paulher me dará más tarde ocasion de volver sobre algunos otros puntos de detalle

En cuanto a la cuestión científica, repito, está resuelta las pruebas que apoyan la vacuna son tan formidables que no puede quedar la menor duda en un

espíritu no prevenido. Más todavía ya no se discute como no se discute el principio de Arquímedes o la ley de la gravitación universal. Es un hecho de sentido común, un hecho definitivo, un hecho incorporado ya y para siempre al capital intelectual de la humanidad.

Es casi tan ridículo atacar la vacuna como defenderla, y esto es lo que decía poco más o menos esa revista inglesa de que hablaba el señor diputado Salterain.

M. Lefort que es enemigo de la vacunación obligatoria va mucho más lejos y dice "para poner en tela de juicio la eficacia de la vacuna se necesita ser un necio, un extravagante o un malvado".

Yo no voy tan lejos y no acepto esas palabras, en toda su integridad, por respeto a los colegas de esta Cámara que muy sinceramente combaten la causa de la vacuna. De todas maneras me creo eximido por el momento.

Entretanto, creo que debo volverme contra ciertas objeciones que los antivacunistas nacionales han difundido con un celo y con una tenacidad verdaderamente extraordinarias.

Al discutir la cuestión de la vacuna, yo no separo mucho a los hombres de las doctrinas. Creo que para atreverse a la vacuna, un hecho tan solidamente establecido, se necesita cierta talla, sin la cual el argumento parece una broma.

Por consiguiente, hay cierta unión entre el hombre y la doctrina y — repito — es por eso que confundire muy a menudo en esta ligera refutación al hombre y a la obra.

Hay dos clases de antivacunistas: los antivacunistas legos, de una ciencia fácil y superficial, simples charlatanes científicos, y los antivacunistas serios.



Los primeros tienen por instrumento la fantasía y por método la afirmación sin pruebas, los otros son hombres de cierta autoridad y cierto nombre, y siguen en sus réplicas los procedimientos normales de la ciencia

Yo voy a ocuparme desde luego de los primeros, y me referiré solamente a los antivacunistas europeos, dejo por completo, por el momento, a los nacionales, que tendrán su capítulo aparte También dejo por completo al doctor Paulher, a quien volveremos a encontrar más tarde

Para reducir hechos a leyes, la primera condición es que haya un observador, es decir, un hombre fuerte y sereno a quien los hechos, materia de estudio, sean familiares ya en su base, científicos, ya en sus rasgos peculiares y brutos

En esta cuestión de la vacuna, cuestión de medicina si las hay, será conveniente ser, por lo menos, médico Poned si os place, a doce zapateros y a doce médicos, o, si cabe, profesores académicos o sabios, de frente de una pustula de vacuna, y decidles que os determinen sus causas su evolución, sus virtudes y sus destinos finales Y ahora ¿quién tendrá probabilidad de ser mejor y más justo? ¿Los doce zapateros o los doce médicos? Si un conclave de hombres serenos e imparciales observara la controversia ¿a quien pedirían una norma para su vida o una base para sus leyes? Ahora bien, la inmensa mayoría de los antivacunistas del mundo, son legos es decir gentes que nada saben de medicina que son extraños a menudo a toda ciencia, y a veces hasta a la ciencia de si mismos ¿Que valor, pues pueden tener sus contestaciones y polémicas virulentas contra la vacuna?

Desgraciadamente estaría ya cerca de arrepentirme, según el doctor Paullier — yo le he hablado ahora de los antivacunistas legos solamente — sin embargo hay antivacunistas médicos, y ellos los citan con gran complacencia, y cuando han traído a su causa un homeópata o un curandero, no caben en sí de gozo.

Bien, lo primero que los antivacunistas ignoran, es la manera, el criterio con que deben apreciarse los títulos científicos. Los títulos que ellos enumeran, en la inmensa mayoría de los casos no tienen valor ninguno, no se cotizan en la ciencia. El título de médico por sí mismo, puede señalar a un hombre eminente pero puede cubrir la indigencia mental del que, por medios reprobados, aspira a una notoriedad que no merece.

De todos modos, póngase a doce charlatanes científicos de esa especie particular, y a doce sabios de verdad en frente de la vacuna y dígaseme todavía quien tiene probabilidades de ver mejor y más justo. ¿A quién un cónclave de hombres serenos que observara de afuera la extraña justa, a quién pediría una norma para su vida y una base para sus leyes?

Es verdad que hay antivacunistas científicos hombres de ciertos títulos, y algunos, raros, de incontestable seriedad. Perfectamente ya los encontraremos más adelante, pero, sin embargo, quiero consagrarles, al pasar, algunas palabras.

Por lo pronto no son todos los que los antivacunistas citan.

Muchos de ellos, como W. Reichow y Berheim no son, de ninguna manera, antivacunistas y si los antivacunistas los incluyen en su escuela es porque los juzgan con el criterio o con el artificio de dudosa buena fe de la cita fragmentaria del párrafo aislado, trunco y

muerto, de que yo hablaba el otro día, sin tener para nada en cuenta todo el hombre y toda su obra. Citan también a Spencer, que es simplemente un antivacunista metafísico, especulativo, que nunca se ha puesto el problema experimental delante de sus ojos, le ha consagrado unas cuantas líneas ambiguas, dentro de las ideas generales, pero sin pretensión de conclusiones experimentales.

Es verdad que hay también, fuera de éstos, antivacunistas de ciertos títulos y de cierta seriedad y yo no lo niego.

El más ilustre de todos es Wallace, naturalista eminente, cargado de títulos y de honores muy merecidos, pero a Wallace le falta la única fuerza que tiene en esta cuestión el médico: la autoridad médica.

Es un abogado y naturalista extraviado en la medicina, a la que sus panfletos virulentos lo muestran completamente extraño.

Hay otros como Vogt, profesor dicen de Berna, gran embrollon de cifras, y a quien el grave y severo Lotz convenció de mentira, hace más de veinte años.

Ruatta, el profesor de Peruggia, de que hemos hablado largamente en la otra sesión, y de quien acaso hablaremos todavía, el matemático hombre de los cálculos deslumbrantes, el hombre que ha dicho — en Florencia se han denunciado ciento cincuenta casos de accidentes de vacuna y en las demás provincias no se ha denunciado ninguno, pero sí, suponemos que se denuncien esos mismos casos en las demás provincias imagínense los lectores ¡qué mortandad! ¡vean qué hecatombe! ¡qué horrible desastre! Y yo añado si en Montevideo se hubieran denunciado cincuenta mil ¡qué catástrofe! Pero no se ha denunciado ninguno.

Ahora hay otros, como Krooshank, hombre disinguido segun los antivacunistas y que parece realmente tener algún título. Hay algunos más todavía de alguna seriedad. Pero estos y los otros, todos juntos no alcanzan a una docena, yo lo garantizo. Dejo naturalmente los simples médicos que en Inglaterra no escasean, pero éstos son personajes ridículos a quienes nadie toma para nada en cuenta — sin valores en el mundo de la ciencia.

Bien. De todos ellos ninguno es un hombre verdaderamente eminente: el único es Wallace y no es médico. Los demás son hombres de cierto valor y de alguna pequeña situación científica, pero hombres mediocres, hombres ante cuya autoridad nadie se inclina. Los hombres a quienes los verdaderos sabios no escuchan para nada.

Pero yo quiero suponer por un momento que todos los charlatanes sean serios, que todos los serios sean superiores y que los superiores tengan una autoridad imponente.

Yo pregunto, entonces, ¿qué son, que significan y qué encarnan esos diez o doce extraviados y mediocres enfrente de todos los miembros de todas las Academias, Facultades y Consejos de las cinco partes del mundo que encarnan en su conjunto la ciencia universal y son los autores de estos progresos, de estas maravillas, de estos milagros de la ciencia a que asistimos asombrados y que nos hacen creer, por momentos, en una nueva y portentosa creación del mundo?

¿Qué son y qué significan las contestaciones virulentas de la vacuna de esos mediocres desorientados enfrente de la falange inmensa de todos los sabios, de todos los miembros de las Academias de las cinco partes del mundo, que se yerguen indignados contra los

que profanan el dogma de Jenner, que comprometen una de las más preciosas conquistas de la humanidad en todas las edades?

No son nada, absolutamente nada y la autoridad está toda entera de parte de la vacuna

De un lado, pues, diez o doce hombres mediocres, todo lo más de cierta autoridad, con Wallace a la cabeza Wallace el más mediocre de todos como médico, y de otro lado la ciencia entera — todos los médicos del mundo, los más ilustres, los más serenos, los de mas prestigiosa y decisiva autoridad — los que han rehecho la medicina en el siglo XIX

Ahora, vea el señor Paullier “qui dit oui, qui dit non” No, dicen esos hombres, que son diez o doce mediocres, sí, dice la ciencia de todo el mundo en un concierto desconocido en todo otro asunto de medicina Esa es la pura verdad, esa es la realidad En materia de autoridad la autoridad está toda entera por la doctrina de la vacuna

Vamos ahora a entrar en la psicología de los antivacunistas — hablo siempre de los antivacunistas legos y repito que no comprendo en esta parte de mi discurso, al doctor Paullier ni a los antivacunistas nacionales — quiero tener las manos libres

Lo primero que falta a estos señores es cerebro y sentido educados, vasta cultura médica, incontestable autoridad He ahí una pústula de vacuna en plena flor escencia ¿Qué le dice el antivacunista lego? ¿Qué sabe de los profundos cambios que se van a operar en el organismo? ¿Qué sabe de juego sutil de acciones y reacciones del cual resulta el milagro, el asombro de la humanidad?

No sabe nada y no sabrá nada, aunque lo lea en nuestros libros porque una instrucción médica, como

toda instrucción sistemática, es un todo armonioso en que las partes se sostienen recíprocamente

Para saber algo de inmunidad, tendrá que saber fisiología, tendrá que saber anatomía, tendrá que saber higiene, tendrá que saber bacteriología, en fin, tendrá que saberlo todo. Se puede tener, sin duda, una cultura superficial sobre un punto de medicina, pero cuando quiera traducirse en hechos y doctrinas, la fragilidad aparece y el error se filtra por las junturas de una instrucción absolutamente insuficiente.

De aquí nacen las enormidades, las monstruosidades que afirman los antivacunistas con un aplomo tal, que al escucharlos se cree oír a niños comentando las panfletas o los libros galénicos.

Así, si un individuo tiene la viruela al día siguiente de la vacuna, dirán enseguida "La vacuna le ha traído la viruela", porque ignoran que la vacuna no preserva sino desde el undécimo día, porque ignoran que todas las enfermedades tienen un período de incubación en que permanecen silenciosas, que la viruela ha estallado al segundo día de la vacuna, estaba ya en el organismo y lo minaba desde quince días antes. Dirán que la vacuna animal es el vehículo de la sífilis porque ignoran, ignorancia monstruosa, que la sífilis es una enfermedad humana por excelencia humana, y que jamás puede transmitirla la vacuna de las terneras. Acusarán a la vacuna de propagar la tuberculosis porque ignoran que en la linfa de la vacuna no hay germen ninguno de tuberculosis, como se ha demostrado. La acusarán de dar todas las pestes y hasta la muerte porque ignoran que en la linfa de la vacuna, bien sembrada y bien recogida, no hay más gérmenes de vacuna y microbios inofensivos y que si es la vacunación ocasión de infecciones secundarias, no es nunca

la causa, porque la causa es la impureza la putrefacción, la mala preparación, la preparación ineficiente o criminal de la linfa

Si desean acumular pruebas, hechos, contra la vacuna, muestran enseguida su absoluto desconocimiento de los métodos científicos

Decía en la sesión anterior que los antivacunistas en nada muestran su desconocimiento de los métodos más elementales como cuando se proponen recoger hechos y acumular pruebas contra la vacuna. Parecen ignorar que para que los hechos puedan reducirse a leyes deben ser numerosos, vistos por un observador impecable, en las mismas condiciones, en el mismo ambiente, en la misma época y en el mismo país si es posible. Que un hecho solo, aun bien observado, no prueba nada, y que en estas cuestiones en que tan gran papel juegan las reacciones de la máquina humana, ondulantes y móviles por excelencia, se necesitan a veces, centenares millares, millones de hechos para imponer convicciones inmovibles. Parecen ignorar que un hecho no puede tramarse de oídas, por tradición, después de haber sufrido la deformación inconsciente de las multitudes. Que ese hecho debe ser seguido personalmente desde el principio hasta el fin, con atención angustiosa en todos sus pormenores, y en todos sus fenómenos subordinados

¿Qué hacen, al contrario, los antivacunistas?

Ven el hecho, los interpretan con su visión roja característica y se lanzan enseguida a las generalizaciones más audaces y más demolidoras. Ven la viruela sobrevenir en un vacunado y acusan enseguida de inutilidad perfecta a la vacuna, sin preguntarse si el enfermo está fuera de la inmunidad, sin preguntarse si la viruela es benigna o maligna, olvidando los hechos

innumerables en que no sobreviene ninguna viruela después de la vacuna, aunque los vacunados vivan, coman, respiren y duerman con los variolosos

Ven morir en una ciudad muy vacunada veinte veces más enfermos de viruela que en una mal vacunada, y enseguida aparece todo el diccionario de improprios contra la vacuna Error profundo, ilusión pueril, crimen odioso grosera superstición, error de un siglo anticientífico, como dice Wallace, y a este respecto — lo diré al pasar — no he visto, no he oído jamás tontería mayor en boca de un sabio, al menos si es al siglo XIX al que se refiere Llamar anticientífico al siglo XIX, al siglo de la electricidad al siglo del vapor, del microfono del teléfono de la bacteriología y de la sero'erapia, a este siglo colosal en que la humanidad, gracias a las ciencias físicas marcha a saltos por el camino del progreso, en que gracias a las ciencias morales, la justicia y la piedad empiezan a vivir entre los hombres, en que la biología esta en camino de rehacer el hombre y transformar las sociedades en medios mas clementes y amigos, me parece por lo menos extraño

Pero, en fin, prosigamos

Pues bien para decir esto, para afirmar lo que afirman los antivacunistas del caso de Leicester, que es al que me refiero, se necesita desconocer las leyes más elementales de las epidemias de viruela, se necesita olvidar que cuando hay viruela deben morir muchos vacunados y muchos que no lo son, que cuando no hay viruela no deben morir ni vacunados ni no vacunados, que en diferentes ciudades, y en la misma epidemia, muere muy diferente cantidad de variolosos, que en la misma ciudad y en diferentes épocas, la mortalidad es igualmente muy distinta



Tomemos un ejemplo que nos toca de cerca Montevideo Estúdiese la estadística de la mortalidad de Montevideo Como lo ha dicho el doctor Salterain con mucha sagacidad, cada cuatro o cinco años hay en Montevideo una epidemia de viruela, pequeña o grande Pues bien la mortalidad es, a veces minima, a veces enorme, a veces mueren 20, otras 100, otras 500, algunas mas de 1 000, y esto ¿por qué? Porque la virulencia de las epidemias es eminentemente diversa en todos los casos, así es que en el mismo medio en las mismas condiciones higienicas, con las mismas leyes sanitarias con las mismas costumbres, la mortalidad es profundamente distinta

Han muerto veinte en una pequeña epidemia en uno de los años pasados, y en este año, en que se ha extremado el rigor de las medidas sanitarias, ya creo que los muertos llegan a trescientos y tantos

Por consiguiente, el ejemplo de Leicester que presenta Wallace, como una experiencia casi providencial para probar la inutilidad de la vacuna, no prueba absolutamente nada Para que probara algo, sería preciso, como he dicho, desconocer por completo las leyes más elementales de las epidemias de viruela y de todas las epidemias. Lo único que prueba es la excelencia de la desinfección y del aislamiento; pero esto no lo niega nadie, los vacunistas son los primeros en reconocer que la desinfección y el aislamiento son un precioso aliado de la vacuna

El curioso criterio de los antivacunistas se ve bien claro cuando quieren contestar las cifras formidables que apoyan la vacuna Estas cifras son extraordinarias, como que son el fruto de un siglo de observación atenta y honrada, y prueban de una manera irrefragable que la mortalidad por viruela ha disminuido

enormemente en este siglo y está cerca de extinguirse en muchos países civilizados. Los antivacunistas no niegan el hecho pero dicen “¿Quién nos dice que la causa de esta disminución sea la vacuna? Pueden ser mil causas diversas” Esta afirmación de los antivacunistas es, en mi concepto, extremadamente grave, porque es la negación misma de la ciencia y sus métodos más luminosos.

Cuando disponemos las condiciones de una experiencia para que nazca un hecho, si este hecho se produce, decimos que es causado por aquellas condiciones, y si la observación se repite una, dos, cien un millar de veces, si se repite en todos los países de la tierra, en todas las zonas, en todos los climas, por sabios de distintos temperamentos, de diversas culturas, si se repite un año, dos, tres diez por todas las generaciones sucesivas durante un siglo — entonces decimos que éste es un hecho definitivo un hecho incorporado para siempre al patrimonio intelectual del hombre.

Y ésta es la base de toda ciencia: así se ha hecho la fisiología, la anatomía, la higiene, así se han logrado las conquistas, los perfeccionamientos, los progresos, las maravillas que la ciencia ha realizado en las sociedades modernas.

Negar esto es negar que caminen los automóviles, que vuelen los aeroplanos, que las naves surquen los mares vencidos en carreras fantásticas.

Si, pues, un sabio ha visto que la vacuna preserva de la viruela, si lo ha visto una, dos, cien mil veces, si esa observación se ha repetido en todos los países de la tierra, en todos los climas y por sabios de diversas culturas — si la observación se ha repetido y confirmado durante todo un siglo, ese hecho es verdadero, y

negarlo es pronunciar la quebra del espíritu, el fracaso definitivo del pensamiento humano

A los antivacunistas les falta el grano de experiencia, sin el cual los sistemas más grandes y fecundos quedan para nosotros oscuros, indescifrables o muertos.

Vemos, comprendemos el sistema, apreciamos sus líneas, sus proporciones, toda su arquitectura, entreve- mos sus lejanas proyecciones, pero le dejamos ir a sus destinos sin nosotros

Si por el contrario, responde a algo nuestro, a una observación propia, a una emoción, a una sensación propia, a algo íntimo, a algo vívido y palpitante, entonces penetra en nuestras almas, se difunde en nues- tras facultades gana nuestra voluntad y obliga nuestro esfuerzo, y casi sin quererlo nos convertimos en cola- boradores del autor y propagandistas ardientes de la doctrina

Al antivacunistas vulgar que no ha vivido una vida de médico larga y fecunda, le seducen fácilmente las estadísticas caprichosas, los milagros de las series, las excepciones desconcertantes, que, sin embargo, confir- man las reglas universales, pero al médico, al que ha vivido, al que ha visto mil veces que los vacunados no tienen viruela, al que visto mil veces que los vacuna- dos atraviesan los enjambres de variolosos en putrefac- ción, incólumes, intargibles, como brujos, protegidos por talismanes misteriosos, al que ha visto que la vacu- na corta las epidemias de viruela como un hachazo, a ese, las declaraciones de los antivacunistas, los juegos malabares de cifras dóciles, le dejan frío

Oíra, mirará asombrado y seguirá su camino silen- cioso y despreciativo, cumpliendo sus graves deberes,

vacunando siempre, arrancando vidas humanas a la mutilación, o a la muerte

Pero se dice al contrario, los médicos carecen para apreciar la vacuna de aquella serena imparcialidad que es necesaria, que es indispensable en las cuestiones científicas. Esto lo dice Wallace, lo repite en todas las páginas de sus panfletos, y lo ha traído a esta discusión el doctor Paullier.

Creo, pues, que merece una refutación completa

Si los médicos no tienen imparcialidad en las cuestiones de medicina ¿quién ha de tenerla? ¿Los zapateros o los masajistas?

Si los abogados no tienen imparcialidad en las cuestiones de derecho ¿quién ha de tenerla? ¿Los carpinteros o los veterinarios?

Las cuestiones de medicina deben ser resueltas por los médicos, las cuestiones de derecho deben ser resueltas por los abogados. Lo impone el principio de la división del trabajo y la especialización, que es el nervio y la fuerza de las sociedades modernas.

¿Que sería de una sociedad en que las cuestiones de medicina se entregaran a los zapateros y las cuestiones de derecho a los masajistas? Sería una sociedad de niños, de locos, un pueblo de la edad de piedra.

Es que sobre la imparcialidad hay una cualidad más alta: es el saber y la competencia.

El saber es la suprema imparcialidad, la ignorancia es la parcialidad suprema<sup>1</sup>

¿Que debe, pues, hacer un Parlamento que debe hacer un Estado en presencia de un grave problema social? ¿A quien debe encargar su solución?

¿A los sabios y a los experimentados, o a los necios y a los inexpertos?

Que los sabios pueden ser parciales, muy bien es un gaje de la vida social, absolutamente inevitable, pero puede facilmente buscarse a las gertes honradas y sinceras que no faltan, por honor del hombre, en nuestras sociedades.

Pero ¿por qué los médicos no han de poder juzgar con imparcialidad la cuestión de la vacuna — la vacuna que es una cuestión de medicina social, que es una cuestión de interés público que es una cuestión absolutamente impersonal, de que todo interes privado, particular y mezquino está excluido? ¿Por qué los médicos en presencia de la vacuna habrían de ir en contra de la verdad y habrían de seguir el error, sin interés de ningún género? ¿Por pura y simple perversidad? Sería una tontería suponerlo ¿Por orgullo de clase, por amor a las ideas recibidas?

Esas manias no duran nunca más que una mañana y ademas, el que esto dijera, saltaría por ignorancia o por capricho sobre toda la historia la cual demuestra que los médicos son los hombres mas libres e independientes del mundo

Estudiese el desenvolvimiento de la medicina en el siglo XIX se ven solamente sistemas que se derrumban, y nuevas y mas firmes concepciones que surgen de esos mismos sistemas

Los medicos no tienen ídolos ni fetiches para ellos los hombres y las ideas no significan nada en si mismos y los botan al abismo de un gesto desde que han hecho su tiempo

Hay sin duda, medicos empecinados, atados al error por toda la vida, pero la clase medica, el cuerpo universal de hombres de ciencia que cultivan la medicina, ése es de una independencia feroz, de una incompa-

rable libertad de espíritu y de una sinceridad que resiste a todas las pruebas

Es una inmensa alma tendida afanosamente sobre la verdad, y que sólo ante la verdad se sacrifica, que solo ante la verdad se inclina

Así pues, en este rodar de sistemas muertos y este reconstruir de nuevos sistemas se pasa el siglo XIX, y se llega a la catastrofe final al último tercio de ese siglo demolidor, y aparece Pasteur es como si un nuevo sol se hubiera levantado sobre los antiguos horizontes proyectando nuevas y potentes luces sobre la ciencia humana

La vieja medicina, las viejas etiologías, las nosologías ilustres, la terapéutica, la higiene, se agitan, se estremecen, crujen y se deshacen

Es el desastre ¿Y dónde están los médicos en esa hora solemne? Buscadlos, y los encontraréis erguidos, de pie sobre las ruinas de sus antiguos sistemas, apertrechados a entrar en nuevas rutas a seguir derribando errores, aunque nazcan de sus propias entrañas, a seguir buscando nuevas verdades, nuevas maneras de defender la vida de las acechanzas que la cercan

Y esos hombres que no han hecho otra cosa que ahogar los amores de sus almas y marchar sobre su propia vida, esos hombres que conocen todas las amarguras de las grandes renunciaciones ¿esos hombres no serian capaces de resolver con imparcialidad sus propios y mas miserables problemas? Esos hombres inique os ¿habrian realizado con el error y contra la verdad un pacto monstruoso que ha durado cien años?

Pero Wallace va más lejos en el orden de las acusaciones infamantes

Los medicos no desenmascaran la vacuna por el vil interés de la ganancia.

Error grosero, porque la vacunación es una función grande, universalmente gratuita, y que sólo puede interesar a los vacunadores oficiales, que son átomos perdidos en el campo de la medicina, error grosero, porque el interés de los médicos estaría en favorecer o fomentar las enfermedades y no en prevenirlas y aniquilarlas error grosero, porque los médicos han inventado y hecho su amor supremo de la higiene y la profilaxis, ciencias cuyo ideal lejano y superior es la desaparición de la medicina

Y esperando el día prometido, trabajan sin cesar en mejorar y alargar la vida, en destruir las enfermedades, en aliviar las miserias, los dolores, las angustias humanas, a pesar de sus propios dolores, a pesar de sus propias miserias, dando a la noble tarea todas las energías de sus almas y todos los minutos de su existencia.

Ya han semidestruido o encadenado un gran número de enfermedades, la fiebre amarilla, la peste bubónica, el cólera, la difteria, han disminuido la mortalidad de casi todas las enfermedades infecciosas han elevado el medio de la vida y sueñan con Metchnikoff en hacer de la vejez una nueva primavera, y aspiran en un movimiento de suprema piedad social, aspiran a llevar la alegría de la salud y de la vida a los hogares sordidos de los miserables, de los tristes, de los eternos vencidos de la existencia ¿y esos hombres habrían conservado la vacuna, por el más bajo interés que haya en el mundo por el interés de la ganancia vil, a pesar de la salud, a pesar de la miseria, a pesar de la muerte de sus semejantes?

Prosigamos después de este paréntesis escudriñando el alma de los antivacunistas

¿Cómo se forma un antivacunista? ¿Por qué un espíritu sensato y juicioso de ordinario incurre en esa extraordinaria aberración? Los insinceros, por razones inconfesables, los sinceros, que son la inmensa mayoría, sin duda, por pasión — son almas generosas y nobles muchas veces, pero excesivamente sensibles en quienes la pasión toma el sitio de las ideas

Le han vacunado un hijo y al día siguiente aparece la viruela. Esta sucesión de hechos que no tienen ninguna relación real hacen vacilar a un espíritu sin aplomo, y saltando todas las vallas de la lógica, rechazando las sugerencias de una serena experiencia dicen *post hoc propter hoc* después de esto, aquello — la vacuna es la causa de la viruela, y su corazón de padre, su sensibilidad enfermiza se estremece se agita, se enloquece y lo fija en el error para toda la vida y en adelante no hará otra cosa que buscar falsas razones para apovar su convicción y falsos autores para confirmarla. Y hará más — se convertirá en un adversario entusiasta de la vacuna, se convertirá en apóstol, e ira por el mundo sembrando la mala simiente mareando con su palabra de inspirado — tanto más eficaz cuanto es más sincera — las mentes frágiles de las gentes de pueblo, y aun de muchos hombres distinguidos o superiores, y a esto se unen otros. De aquí las Ligas anti-vacunistas, la legión ardiente de los adversarios de Jenner, cuya prédica desenfrenada ha conmovido las más viejas sociedades, y hecho peligrar la vacuna en los pueblos más equilibrados de la tierra.

Así — ¡corolario melancólico! — basta apenas la vida de un hombre de ciencia real de mente superior y férrea energía para iluminar algún rincón perdido del destino humano. ¡a ellos les basta un dolor, un espasmo de sus nervios en delirio para crear un mundo!



Ahora seria el momento de tomar una a una, y destruir las, las objeciones de los antivacunistas nacionales

Estas objeciones, la gran mayoria son tomadas de los antivacunistas científicos, y las hallaremos en seguida, las otras, las de cosecha propia, son tan deleznable, tan frágiles, tan manifiestamente falsas, que yo no tengo el coraje de atacarlas todo mi orgullo de médico se yergue contra esa humillante controversia

Puede que lo hiciera venciendo graves respetos humanos pero me lo impide otro hecho mayor

Nuestros antivacunistas carecen por completo de autoridad, y hasta de seriedad Desde luego, no hay entre ellos médicos, no han logrado atraer uno solo, a pesar de sus desesperados esfuerzos

Esto hace honor al cuerpo médico uruguayo, al cual, después de este gesto, me siento poderosamente ligado

¿Con quién, pues he de debatirme, yo medico, yo profesor, yo miembro de una Facultad que resume toda la autoridad en estas cuestiones? He aquí la composición de la legion antivacunista abogados procuradores, escribanos, zapateros, masajistas, pintores y curanderos Entre esas personas hay hombres muy distinguidos muy honorables, y algunos muy amigos míos, particularmente estimados, pero ¿qué autoridad tienen para levantarse contra todos los medicos y contra todos los cuerpos sabios de la Republica en una cuestion esencialmente medica?

Así, todos los medicos, sin excepcion ninguna, todas las sociedades medicas, sin excepcion ninguna, proclaman la eficacia victoriosa, incontestable, indiscutible de la vacuna, y todos los curanderos, escribanos, procuradores, zapateros, masajistas y pintores de la legion antivacunista, la niegan ¿a quienes ha de creer la Cámara?

Si se trata de curar una pulmonía ¿por qué ha de escucharse a quien ha de oírse, a los médicos o a los bailarines?

Los antivacunistas, según se dice, se han dado un jefe singular — yo no sé si todos lo acatan, pero muchos lo siguen — hombre inteligente, sin duda, puesto que a ser verdad lo que publica la voz del pueblo ha sabido imponerse a gentes no conuents

Este señor no es médico, pero cura todas las enfermedades, y ha inventado sistemas maravillosos contra la viruela

Así los médicos más sabios del mundo, los primeros de los primeros, declaran que la viruela no tiene terapéutica específica de ninguna clase, que nada puede hacer por un varioloso, si no es apenas sostener el organismo, para que pueda desenvolver sus defensas naturales, que si el enfermo no hace el trabajo, el médico no puede ni sabe hacerlo

Este señor ha cambiado todas esas cosas

Así, pues, siempre si es cierto lo que proclama la voz del pueblo llegamos a esta conclusión no es médico, pero inventa nuevos sistemas curativos, y se vergue toda su talla delante de los más grandes médicos del mundo, no es médico, pero acepta cargo de vidas humanas, las mismas que sólo acepta temblando el verdadero sabio, temeroso de errores que matan hombres

Y después de esto, creo que podemos prescindir de la masa de los antivacunistas nacionales, entre los cuales no cuento al doctor Paulker

Y aunque lo fuera, usted se merece una contestación especial

Vamos ahora a conversar con los antivacunistas científicos He hecho de ellos un ligero esbozo, y no volveré sobre este asunto

En cuanto a sus doctrinas, tampoco voy a seguir las minuciosamente en todos sus detalles, en toda la trama complicada de sus diagramas y de sus especiosos razonamientos. Seria demasiado largo y prodigiosamente fastidioso. Tendré sin embargo, que ocuparme de todas estas cosas en la medida que a ello me obliga la exposición de mi amigo el doctor Paulhier, aunque más adelante.

Por ahora voy solo a considerar aquellas objeciones que el celo febril de nuestros antivacunistas ha popularizado entre nosotros.

Se sabe que no hay noticia sobre la vacuna, sobre todo desfavorable a la vacuna que llegue a Montevideo, que no sea difundida rápidamente en folletos y en hojas sueltas por todas partes.

La primera objeción, aquella sobre que más han insistido, aquélla en que han agotado toda la terminología de su retórica especial, es la tuberculosis. La vacuna podría — según ellos — transmitir la tuberculosis.

Si esto es así, la vacuna es un mal terrible, es un verdadero crimen porque, en efecto, la tuberculosis es la peste moderna. La tuberculosis se traga el tercio o el cuarto de las existencias humanas, la tuberculosis es una de las más grandes calamidades de la sociedad moderna.

De suerte, pues, que todo agente capaz de propagar la tuberculosis debe condenarse como uno de los más grandes enemigos del hombre, y el que lo precociza se haría acreedor a severísimos castigos.

Pero es que esta acusación es una pura quimera, y en mi informe de 1891, yo lo he demostrado de una manera terminante y sin réplica.

Sin embargo hay allí un argumento que puede con testarse con cierta apar encia de ciencia positiva

Decia yo allí que en las pústulas de la vacuna no se había hallado jamás el bacilo de Koch Puede de cirse, en verdad que el bacilo de Koch no se halla a veces en líquidos o masas tuberculosas perfectamente auténticas, como lo prueba la practica de la inocula cion

Pues bien, por la práctica misma de la inoculación, se puede demostrar que no hay el menor germen de tuberculosis en las pustulas de la vacuna

Strauss, que ha escrito un libro potente sobre el bacilo de Koch, ha tomado el pus de la vacuna de cinco personas y de una vaca tísica y lo ha inoculado en la cámara anterior del ojo de los cobayos El cobayo es el animal más sensible a la tuberculosis que existe, basta casi la simple vecindad de un bacilo para que se produzca la tuberculosis

Pues bien Strauss no ha podido obtener el menor sintoma de tuberculosis

Josserand, ha inyectado el líquido de las pústulas de 13 vacas tuberculosas a 50 cobayos El resultado ha sido absoluta e invariablemente negativo

Nocard, el celebre profesor de Alfort que todos co nocen, ha repetido esta experiencia un gran numero de veces Ha inoculado el pus de las vacunas de vacas tuberculosas a los cobayos Jamas ha obtenido el me nor sintoma, la menor lesión de tuberculosis en un número infinito de experiencias Puede decirse pues, con toda certeza, que no hay germen ninguno de tu berculosis en las pustulas de vacuna de las vacas tisi cas Pero, si las pustulas de los animales tuberculosos no tienen el bacilo de Koch ¿como han de tenerlo las

pustulas de las terneras sanas cuya salud perfecta se comprueba por autopsias minuciosas y sabiamente conducidas? La cosa es decisiva, y por consiguiente es completamente indudable que la vacuna, sobre todo la vacuna de ternera sana no puede en ningún caso transmitir la tuberculosis, pero los antivacunistas son gente de inagotables recursos y de ingenio rápido y siempre alerta. Vencidos en la cuestión de la transmisión de la tuberculosis se atrincheran detrás de la predisposición. La predisposición es una cosa muy vaga, es casi aérea, casi incorpórea, casi espiritual, como que es una propiedad sutil de los organismos vivos, y soporta todas las calumnias que quieran acumularse. No obstante, se puede demostrar por el razonamiento y por la estadística, que todo cuanto pretenden los antivacunistas es una pura fantasía. La vacunación no predispone a la tuberculosis ni a nada. ¿Como ha de predisponer a la tuberculosis una enfermedad tan banal, tan ligera que apenas altera el curso ordinario de la vida?

Si esta causa insignificante tuviera poderes tan grandes y tan funestos, los tendrían igualmente los resfríos, las fiebres catarrales, la tifoidea, el sarampión — todas las indisposiciones y todas las enfermedades que atraviesan y tuercen a cada instante el curso de nuestra vida.

En este caso ¿qué sería del hombre?

Todo el mundo sería tuberculoso o mejor, todo el mundo estaría muerto y ni siquiera tendríamos esta amable discusión sobre la vacuna.

- Pero, sobre todo ¿como separa la portentosa sutileza de los antivacunistas una causa tan universal que comprende a todo el género humano, de otras e innumerables causas predisponentes a la tuberculosis?

¿Cómo un individuo que ha tenido dos mil resfriados, cien fiebres catarrales, el sarampión, la escarlatina, la fiebre tifóidea, como ese individuo se separa de la acción de la vacuna que se aplica a todos ellos y a todos los otros? Si solo los vacunados fueran tuberculosos, había ahí un principio de prueba racional, pero como lo son todos

Se ve, pues, por estos simples razonamientos que las acusaciones de los antivacunistas son completamente gratuitas

Ensayemos de pedir a los antivacunistas la prueba de lo que afirman: responden con el silencio o con vanas escapatorias

Acusan a la vacuna de distribuir la muerte por el mundo, sembrando por todas partes la tuberculosis, la acusan de ser el instrumento de la peste moderna, acusan a la vacuna obligatoria de ser la tuberculosis obligatoria, acusan a la vacuna de ser en este sentido uno de los azotes de la humanidad. Y bien, yo no puedo ir más lejos sin decirles, sin gritarles que están en la obligación imperiosa, ineludible, de probar sus monstruosas acusaciones. Demuestren lo que afirman o tendremos el derecho de llamarles vulgares calumniadores

Las pruebas pido a los antivacunistas, pruebas de lo que avanzan. Un hombre honrado no puede profesar tales horrores sin tener las manos rebozantes de pruebas. Un hecho, un hecho solo, neto, limpio, preciso, o vago u oscuro si se quiere, y me doy por vencido, pero ese hecho no lo presentan, no lo han presentado, no lo presentarán porque no existe

De suerte que se les pide pruebas, hechos, y responden con palabras: ¡Y no sé como tenemos el coraje de discutir con semejante gente!

Pero, hay más se puede demostrar que estas acusaciones son completamente falsas. En efecto si la vacuna predispusiera a la tuberculosis, habría cierta proporcionalidad entre la vacunación y la tuberculosis, los países mas vacunados serían los países de más tuberculosis, las épocas en que más se vacuna, serían las épocas en que habría mas tuberculosos, y en los países en que todo el mundo está vacunado, casi no habría gente que no fuese tubercu'osa.

Así, pues, Alemania, el país más vacunado del mundo, sería un país de tuberculosos, y en las épocas que en Alemania se ha vacunado mas, es decir, del año 74 para adelante, sería la época en que habría mas tuberculosos, pero es precisamente lo contrario, es decir Alemania es el país de los hombres sanos y vigorosos, y es el país en que el porcentaje de la tuberculosis ha alcanzado n veces mas bajos y justamente es en los últimos veinte años, es decir, la época en que más se ha vacunado, que tales cifras se han obtenido. Y la tuberculosis baja a medida que la vacuna sube, y en estos últimos años en que las cifras de la tuberculosis son las mas bajas, es la época en que la vacunación ha llegado a su máximum, como que ha llegado a hacerse casi absolutamente universal.

Ahora, señores, entramos en el momento fastidioso de este discurso, en el momento de las cifras.

Con permiso de la Cámara voy a leer "En Prusia — dice el doctor Salterain en una nota que se ha servido comunicarme — la mortalidad por tuberculosis va disminuyendo siempre. Mientras que en Prusia la media de los fallecimientos por tuberculosis era de 31 por 10 000 vivos en 1885-1886, no era más que de 19 en 1902-1903. En otros términos, a pesar del aumento

de población hay en Prusia en 1902 1903 19 700 fallecimientos menos por año que en 1885 1886”

Y en otra parte de la misma nota completa así el doctor Salterain “Los documentos oficiales prusianos permiten comprobar que la mortalidad por tuberculosis pulmonar ha sensiblemente disminuido en los últimos veinte años. De 31 fallecimientos por 10 000 habitantes en 1886, ha descendido progresivamente a 17 por 10 000, quiere decir que Alemania ha reducido en 20 años los estragos de la tuberculosis en 43 %”

Y esta disminución progresiva de la tuberculosis coincide con el aumento de la vacunación. Y lo que pasa en Prusia pasa en Berlín Viena, Londres, París, Nueva York, cuanto más se vacuna más disminuye la tuberculosis. Se ve por estas estadísticas, a qué queda reducida la famosa acusación de los antivacunistas.

Yo no quiero decir con esto, naturalmente, que la vacuna sea la causa de la disminución de la tuberculosis, lejos de mi ánimo tan necia afirmación pero es menos infundada que la acusación de los antivacunistas, que no tienen por base hecho ninguno bien o mal observado. Y está además en contradicción con hechos brutales y poderosamente sugestivos. No obstante, es indudable que si la vacunación fuera una causa eficaz, una causa predisponente real de la tuberculosis, siendo un hecho tan universal, debería hacer equilibrio a las causas múltiples que en las sociedades modernas tienden a abatir la mortalidad por tuberculosis. En todo caso se vería difícilmente que mientras la vacunación se generaliza y cuando llega precisamente a la universalidad casi absoluta, la tuberculosis caiga con tal rapidez, tal fuerza.

En tal caso, lejos de hacer leyes de equilibrio a las demás causas de descenso, es lo contrario lo que su-



cede La vacunacion parece dificultar la marcha de la tuberculosis Asi, pues, resulta bien claro, bien probado, que la tuberculosis ni se trasmite por la vacuna ni la vacuna predispone a la tuberculosis, que eso no es más que una fantasia siniestra de los antivacunistas Nosotros debemos rechazar con la ultima energia esa acusación temeraria, no como un hecho científico mal observado, sino como una calumnia vulgar e insensata, porque tiende a comprometer una practica preciosa y abrir de par en par las puertas al mal asqueroso que es el fantasma de todos los hogares

Vamos ahora a otra acusación tanto o mas formidable Nosotros sostenemos que la vacuna es completamente inofensiva que practicada en las condiciones exigidas por la ciencia, no hace jamás daño alguno, los antivacunistas sostienen lo contrario Wallace habla de millares de niños muertos asesinados por la vacuna cada año en Inglaterra, Ruatta habla de millares y si lo dejan suelto hablaria de millones, acabaria por decir que hasta en Montevideo los vacunados perecen a centenares Ya he hecho notar el otro dia el calculo pintoresco a que se entretiza porque hay 150 incidentes banales denunciados en Florencia, aunque no hay ninguno en todo el resto de Italia, sus calculos milagrosos le llevan a afirmar millares de muertos

En fin nuestros antivacunistas no han contribuido poco a popularizar estas objeciones y a crear con estas estupendas exageraciones cierta atmosfera hostil a la vacuna, han publicado, como ustedes saben retratos tragicos acompañados de sonetos abracadabrantés y tiradas sentimentales, capaces de conmover a las piedras

Bien a pesar de todas esas cosas, digo que la vacuna es completamente inofensiva, pero para que lo sea, se tienen que llenar ciertas condiciones

Es necesario que la linfa sea sembrada en rigurosas condiciones de asepsia, que sea cultivada con el mismo cuidado y recogida con la misma precaución.

Es necesario que no sea muy reciente porque entonces es demasiado virulenta, que no sea demasiado vieja, porque no lo es bastante. Además debe ser bien conservada, porque de otro modo entraría en putrefacción, y tendría, naturalmente su inoculación, consecuencias, si no graves, desagradables.

Pero si se llenan estas condiciones relativas a la linfa, la linfa por sí misma será completamente inofensiva.

Pero una vacunación perfecta debe llenar condiciones de otro orden, pero absolutamente indispensables, una vacunación perfecta exige imperiosamente ciertas condiciones fisiológicas y excluye toda enfermedad aun leve y en todo caso grave.

Es claro que si se vacuna a un débil recién nacido, si se vacuna a un hipertífico, si se vacuna a un moribundo, los resultados pueden ser más o menos desagradables, pero en este caso la culpa es del vacunador ignorante y desidioso y no de la vacuna.

La vacuna como todo agente médico, poderoso, tiene sus salvables contraindicaciones.

Respetense estas contraindicaciones realízese la operación en las condiciones de la ciencia y jamás hará daño a nadie.

Por eso es que como yo respeto siempre esas contraindicaciones, me comprometía el otro día a firmar todos los documentos que quiera el señor diputado Paullet. Y en ello no corría riesgo alguno.

Pero entonces ¿como se explican las hecatombes de Wallace y de Ruatta, y los retratos espeluznantes que han publicado los antivacunistas?

Esta acusación de Wallace es una impecionable ligereza, y demuestra, además su falta completa de preparación médica y su ignorancia del medio en que vive, en cuanto a la medicina bien entendida

Todos los hechos de Wallace son el fruto de interpretaciones torcidas o groseros errores de diagnóstico.

Yo he tenido el coraje de revolver todos los volúmenes del "British Medical Journal" adonde van a parar casi todos los casos denunciados, de incidentes debidos a la vacuna

Pues bien no he podido convencerme, en ninguno de los casos que he leído, que la vacuna sea la causa real del incidente o la muerte

Son madres ignorantes que vacunan a sus hijos de brazo a brazo y les inoculan la sífilis, son médicos más ignorantes que las madres que vacunan con limfas en putrefacción, en un medio horriblemente infectado, y que abandonan a la estúpida ignorancia de la gente, o al azar de todas las infecciones y todas las inoculaciones secundarias, una herida que requiere, como toda herida, ciertos indispensables cuidados

Además muy a menudo, la enfermedad es una infección de todo otro origen desconocido por los médicos y la muerte completamente ajena a la vacuna

Todo esto, no lo digo yo esto lo dicen las encuestas severas que en casi todos los casos se provocan, y la conclusión de las cuales es invariablemente ésta la vacuna no hace nada que ver con la muerte del vacunado

La culpa es de la madre, la culpa es del vacunador, la culpa es de la vacuna empleada

Es curioso que estos casos casi no pasan sino en Inglaterra.

Yo me explico eso por el médico científico inglés

El médico inglés es el más mal preparado del mundo. Su ignorancia es legendaria. Yo no hablo, naturalmente, más que de los médicos comunes, de los médicos de uso diario, que lanzan todos los años a millares las fábricas inglesas; no hablo de la ciencia inglesa de los maestros ingleses, que son a menudo de primer orden, y a ellos se deben muchos de los más grandes descubrimientos de este siglo y de otros siglos.

En cuanto a los retratos de nuestros anti-acunistas eso no prueba nada absolutamente, es puramente infantil.

¿Quién puede tomar en cuenta una observación clínica transmitida por telegrafo, de segunda mano, después de haber sufrido los comentarios, la deformación de todos los intermediarios, más o menos ignorantes, más o menos fanáticos más o menos interesados?

Una observación clínica, es algo muy grave, muy serio. La ciencia, verdaderamente es difícil para los hombres serios; es fácil para los ignorantes o los charlatanes.

Una observación clínica debe ser tomada desde sus principios, seguida en toda su evolución, en todos sus accidentes hasta la caída final, seguida por hombres idóneos, serios y desinteresados. En ese caso podrá indagarse rigurosamente todo lo que hay que saber, para juzgar con sinceridad e independencia, a saber: si la linfa era pura, si fue bien vacunado, si la herida se ha cuidado como se debe, si un nuevo proceso no ha intervenido, como sucede a cada instante en medicina.

¿Acaso están prohibidas las coincidencias en este orden de fenómenos? No, señor, así es que todas estas afirmaciones no prueban absolutamente nada y las observaciones que voy estudiando deben ir como otras tantas que una ciencia demasiado fácil acumula

todavía en las gacetas al panteon de las cosas muertas o falsas enteramente fuera de la ciencia

La vacuna hecha en buenas condiciones repito será siempre inofensiva y la prueba es lo que pasa en nuestro medio, y lo que pasa en nuestro medio es lo que nos interesa sobre todas las cosas. No vamos a hacer una ley para Inglaterra, país individualista, fanático, evangelista vamos a hacer una ley para nosotros con nuestros defectos y nuestras cualidades con nuestra viva sensibilidad, con nuestra humanidad profunda y simpática, con nuestra ligereza, si se quiere pero con nuestra inteligencia alerta y comprensiva de latinos impenitentes. Pero ¿qué es lo que pasa entre nosotros?

Lo que pasa es esto primero, que la cultura media de nuestros médicos comunes es muy elevada, y que la vacuna no tiene secretos ni aun para nuestros simples estudiantes. En cuanto a los médicos formados en esa admirable escuela de asepsia que son nuestros hospitales, saben todo el meticoloso cuidado que la mas leve herida exige imperiosamente, y no vacunarán jamás con linfa impura y en medios infectados. La asepsia es en ellos un hábito feliz, una cualidad de sus nervios, casi una segunda naturaleza.

Pasa que la linfa que preparan nuestros institutos es perfecta, es admirable. Sembrada con un cuidado exquisito, cultivada casi con amor, es recogida y conservada en condiciones de pureza insuperables. Y en este instante, al celebrar las bondades de nuestra vacuna no puedo menos que descubrirme ante la memoria de mi antiguo amigo y nobilísimo compañero el doctor Honore, que, levantándose sobre egoismos y ambiciones legítimas, consagro a esta obra patriótica y humanitaria lo mejor de su corazón, de su inteligencia.

Si tenemos, pues, médicos hábiles y concienzudos y tenemos vacuna impecable, no habra no puede haber accidentes, y esto es justamente, lo que pasa En Montevideo no hay accidentes de vacuna

¿Que no los hay? ¿Y quién lo sabe? Pues, señor, si los hubiera aparecerían en la superficie de la vida social! Si existieran ¿como esos antivacunistas cuya atención enfermiza esta perpetuamente tendida sobre la vacuna y todo lo que pueda serle adverso, todo lo que pueda comprometer su prestigio, como esos hombres que tienen corresponsales en todo el mundo, y saben al día y por telégrafo, todo lo que pasa en la China, en Alemania o en Santiago del Estero, cómo esos hombres que tienen en estas cuestiones la sutileza penetrante de los odios inextinguibles, dejarían escapar un caso de accidente por vacuna, ocurrido en nuestro medio? ¡Imposible! Irían a buscar al enfermo al fondo de su propio hogar, enfocarían sobre el desgraciado todos los "Kodaks" de la República, lo arrancarían de su lecho aun por la violencia, y lo llevarían a la plaza pública para exhibirlo ante los ojos de las muchedumbres asombradas

Ahora bien como estos casos no se denuncian, ni de ellos se oye la más vaga y discreta referencia hay que concluir que no existen

Pero yo tengo otra prueba de que tales casos no existen entre nosotros, una prueba mucho mas concluyente, es el testimonio de los médicos interrogados en la intimidad de una plática amistosa

¿Qué dicen, pues, los médicos? Yo soy el primer interrogado y he aquí lo que contesto tengo una larga vida de médico, fecunda en peripecias rica en hechos, en observaciones, he vacunado millares de niños y de adultos, he observado muchas veces los

efectos naturales de una vacuna intensa, la enfermedad llamada vacuna, no he visto jamás nada que hubiera puesto en peligro la existencia del vacunado, ni aun remotamente, y cada vez mi asombro sube más alto y va más lejos cuando leo las referencias espe-luznantes de los antivacunistas. He interrogado a todos mis colegas, y la respuesta y la sorpresa han sido las mismas, nadie ha observado nada que sea verdaderamente grave en la práctica de la vacunación.

Los señores diputados tienen aquí tres o cuatro médicos

Casi ninguno de ellos es joven — con perdón del doctor Sanguinetti — todos tienen una vida médica larga y accidentada, todos han visto muchas cosas, que ellos digan si han observado jamás un accidente mortal, grave siquiera, por la vacuna, que ellos digan si tienen en la retina uno solo de esos cuadros de horror, de esas imágenes siniestras que nos pintan los antivacunistas, que digan si tienen en la retina otra cosa que cuadros amables, de imágenes consolantes, niños frescos y sonrientes, flores de vida arrancadas a la muerte, formas puras, líneas impecables, juventud resplandeciente arrancadas a la mutilación pavorosa. ¡Oh los griegos! ¡Qué de estatuas hubieran levantado al padre Jenner, guardián de la belleza!

Así, pues, es incontestable si se respetan las contraindicaciones, si se realiza la vacunación en las condiciones que la ciencia imperiosamente exige, el resultado será sólo benéfico, y jamás se asistirá a ninguna de esas escenas trágicas que nos pinta la imaginación sombría de los antivacunistas.

Si hay accidentes — es posible que los haya, yo no conozco ninguno, pero es posible — es en seguros, será debido, no a la vacuna, sino al vacunador igno-

rante, criminal o desidioso pero ¿va esto a detener nuestra mano? ¿Porque haya operadores inhábiles, operadores sin conciencia, que dejen transformar un arañazo en una herida mortal hemos de renunciar a las operaciones? No, castigaremos al culpable y seguiremos defendiendo la vida humana de todos los azotes que la amenazan

La objecion más grave y más seria contra los antivacunistas, no es ninguna de las que ya he expuesto es otra que tiene otro alcance

Las cifras que apoyan la vacuna, son verdaderamente formidables se presentan en columnas compactas que vienen de todos los países de la Tierra y cuentan la historia de un siglo de experiencia

Esas cifras, épicas por la fuerza ruda de los hechos acumulados, alaban la vacuna y celebran la gloria de Jenner Los antivacunistas no pueden negarlas sus palabras se romperian sobre estos hechos, como el mar sobre las rocas Pero las atacan de flanco y les niegan su significación verdadera

Esas cifras, que han nacido con la vacuna, que la han seguido en toda su gigantesca evolución, en las altas y bajas y en todos los incidentes y todas las oscilaciones parciales de sus diagramas esas cifras no serian el efecto de la vacuna

En otros terminos, la estadística prueba que la mortalidad por viruela ha disminuido enormemente en el siglo pasado y a partir de la época de Jenner

Pero, dicen los antivacunistas "Ese descenso de la mortalidad que es muy real no se debe a la vacuna, se debe al progreso de la higiene general"

"Estudiese, si no, la marcha de las enfermedades infecciosas y la viruela conjuntamente, en todo el siglo XIX se verá que marchan en curvas paralelas cuyos



infinitos accidentes se superponen hasta la caída final al fin del siglo XIX y al principio del siglo XX”

“Y entonces se observa que si la mortalidad por viruela disminuye, también disminuye y paralelamente la mortalidad por todas las demas enfermedades infecciosas”

“De suerte que no ha de ser la vacuna preventivo particular, propio o específico de la viruela, sino una causa mas general, que las comprenda a todas, la que explique esa disminución de mortalidad, y esa causa sería la higiene”

“La higiene, en efecto, empieza a mostrarse todavia muy incierta al fin del siglo XVIII Después crece, avanza, se desenvuelve y penetra en todos los países, en todos los rincones de las ciudades y los campos, y alcanza todo su desarrollo magnífico, maravilloso, al fin del siglo XIX”

“De suerte que la higiene y la mortalidad de las enfermedades infecciosas, marchan en sentido inverso, cuanto más higiene, menos mortalidad por enfermedades infecciosas”

Tal es la doctrina que ha sustentado seriamente Wallace Los demas han hecho esta observación, pero sin base, sin estudios y sin argumentos serios Wallace ha consagrado al contrario, estudios profundos a esta cuestión Bien, pues, nada demuestra mejor que esta afirmación de Wallace, la necesidad de una cultura médica vivida, para intervenir con seriedad en estas cuestiones de la vacuna

A mí pueden demostrarme, sin duda alguna, que lo que yo he visto con mis ojos, tocado con mis manos y sentido en mi carne, es una ilusión, es una pura fantasía, pero las pruebas han de ser formidables, las cifras colosales, de una limpidez impecable, y presenta

das de tal manera y en tal forma que obliguen y fuercen a las mas rebeldes convicciones. Al contrario, los que no han visto, los que no han vivido, por decirlo asi, la vacuna, se dejan facilmente deslumbrar por los mirajes de las cifras más o menos artificiosas.

Es lo que ha pasado a Wallace ha arreglado las cifras a su manera, obedeciendo a la ilusion anterior que llena toda su obra, y esas cifras han servido simplemente a sus lamentables prejuicios.

Yo voy a demostrar, sin salir de sus propias cifras, la eficacia victoriosa, indiscutible, de la vacuna. Después, acaso, hare una excursion en documentos de otra clase y de otras naciones que Inglaterra, a la cual se refiere Wallace casi siempre, lo que falsea su obra manifiestamente.

Voy a leer, con permiso de la Camara

“Antes de 1800, año en que empieza la vacuna, la viruela, no sólo se mantiene a una gran altura, sino que oscila alrededor de esta misma altura.

“Así, en 1760, la viruela da una mortalidad de 3 000 por millón de vidas, y hasta 1800 oscila alrededor de esta cifra, pasandola en muchos casos, yendo mas abajo en otros, pero manteniéndose constantemente en lo alto del diagrama. A partir de 1800 la linea se mantiene constantemente, y por todo el siglo en cifras bajisimas, generalmente por debajo de 1 000 en los primeros cuarenta años del siglo y en todo el resto hasta 1896, por debajo de esta cifra.

“En los últimos diez años, 1886 a 1896, las cifras son casi nulas. Así las cifras se abren por 3 000, y llegan casi a cero en 1896 es decir, una cifra 3 000 veces inferior en 1896 a la de 1760.

“Las enfermedades infecciosas también han bajado en este período, pero ¿qué diferencia en la marcha

del diagrama y en la caída final! Entre 1760 y 1838, las enfermedades infecciosas comienzan por 4 000 y llegan en 1838 a 2 000, después de haber oscilado constantemente hasta 1800 alrededor de 4 000, y después de 1800, alrededor de 3 000, manteniéndose constantemente sobre los 2 000, es decir, que en 80 años bajan a la mitad

“Después de 1840 las vemos oscilar constantemente alrededor de 3 000 hasta 1870, y después por encima de 2 000 hasta que en 1896 la cifra es de 2 500”

Resultado las enfermedades infecciosas han disminuido en la proporción de 4 a 2  $\frac{1}{2}$ , mientras que la viruela ha disminuido en la proporción de 3 000 a 1

En la viruela salvo ciertas epidemias, oscila constantemente alrededor de una cifra seis veces inferior a la del siglo XVIII y en las demás enfermedades infecciosas oscila alrededor de una cifra casi igual a la del siglo anterior hasta 1870, y después de este año, alrededor de una cifra vecina de 2 500 para ser en 1896 de 2 500, es decir, los dos tercios de las cifras de 1760

El tercer diagrama de Wallace da la mortalidad comparada de las enfermedades infecciosas y viruela en Inglaterra y País de Gales, desde 1840 a 1895.

Las enfermedades infecciosas comienzan en 3 000 y acaban sensiblemente en 1 500. Han disminuido en la proporción de 2 a 1. La viruela comienza en 400 y acaba casi en cero, es decir, que ha disminuido en la proporción de 400 a 1.

Y no se diga que estas cifras son accidentales. Desde hace más de 20 años las cifras no llegan a pasar, sino rarisimas veces, de 100, y casi siempre se mantienen poco arriba de cero, y en los últimos diez años casi a cero.

En Escocia, a su vez, se ve en el cuarto diagrama de Wallace, que la mortalidad por sarampión y es carlatina es de 1 000 en 1864, o sea de 2 a 1, y se mantiene en 500 en 1894, en los primeros diez años se mantiene constantemente por encima de mil y en los últimos por encima de 500 disminución de 2 a 1.

La viruela comienza en 1864 por 500 y en 1894 es casi cero relación de 500 a 1, y no es cifra accidental, porque en los últimos diez años la mortalidad se mantiene casi constantemente cerca de cero.

Hay evidentemente en los últimos veinte años, la recrudescencia epidémica de 1871 y 72 pero lo mismo sucede con las otras enfermedades infecciosas, y las recrudescencias epidémicas son en ellas más graves y mucho más numerosas.

En Irlanda, siempre según los diagramas de Wallace, la mortalidad es 500 en 1864 y 500 en 1894 relación 1 a 1.

Para la viruela en 1864 es de cien y en 1894 es cero relación, 100 a 1.

Resulta, pues, que, según las mismas cifras de Wallace, de las cuales, por lo demás no me hago responsable, hay desde el siglo pasado hasta el presente una disminución en la mortalidad por viruela y en las enfermedades infecciosas, pero la disminución es incomparablemente superior para la viruela que para las demás enfermedades infecciosas, superior, a veces, en proporciones fantásticas la viruela casi baja a nada, y las demás enfermedades infecciosas se mantienen en cifras, para algunas, vecinas del siglo pasado.

Ahora bien ¿el progreso de la higiene general puede ser la misma causa de este hecho extraordinario?

Si la higiene general fuera la causa, la acción sería la misma, y paralela sobre unas y otras enfermedades infecciosas, y las cifras no presentarían esas monstruosas diferencias en la marcha y la caída final.

La higiene general, el ambiente, los individuos, las costumbres todo es igual, ¿por qué, pues, el descenso de la mortalidad en las enfermedades infecciosas ha de presentar esa extraordinaria diferencia? Es que debe haber una circunstancia especial que favorezca de un modo particular a la viruela, que le sea propia, característica y por decirlo así específica, y ¿cuál puede ser esta causa propia sino la vacuna?

Se ve, pues, que las mismas cifras de Wallace, tan laboriosamente acumuladas, solo sirven para dar la demostración más rotunda, mas incontrastable de la eficacia triunfante de la vacuna como profiláctica de la viruela.

Inglaterra no es el país más favorable para estas comparaciones. Es, en efecto, el país de las ligas antivacunistas, de las protestas universales, de la resistencia casi violenta a la vacuna, un país, por lo demás, en que las estadísticas mortuorias son ciertamente defectuosas, y son casi inservibles antes de 1838.

Si tomamos los países en que se vacuna bien y son al mismo tiempo los países de higiene y estadísticas más perfectas, como Alemania, Suecia y algunas ciudades de Francia, entonces la diferencia en la marcha de las enfermedades infecciosas y la viruela se hace desmesurada, sorprendente, y el famoso argumento de la higiene queda reducido a polvo.

Tomemos la Prusia. Antes de Jenner la viruela era una de las enfermedades más mortíferas, y se absorbía el 12 % de la mortalidad general, lo que es enorme, en el día, no absorbe nada o casi nada.

Así, desde 1874, época de la vacuna obligatoria, se ve descender la viruela con tal fuerza, que llega en 1905 a ser de 10 en todo el reino y en el día es de cero. ¡De muchos miles por año que era en el siglo pasado, a cero!

Por el contrario, las demás enfermedades infecciosas siguen dando siempre una mortalidad considerable.

Tomemos algunas cifras al azar, en los últimos veinte años

El sarampión conserva su mortalidad en 1875 fue de 7 924, en 1880, de 10 039 en 1885 de 16 042 en 1890, de 10 744, en 1900 de 9 702, una mortalidad sensible, igual en los primeros y en los últimos años.

La escarlatina es de 11 585 en 1875, de 16 484 en 1882, de 18 000 en 1901, de 12 427 en 1903.

La tos convulsa era de 10 455 en 1875 y de 13 327 en 1905.

Se ve que estas enfermedades conservan su mortalidad muy considerable, mientras que la viruela, enfermedad de una difusibilidad tanto más grande que cualquiera de las otras, se extingue casi por completo.

¿Como, pues, sostener que es la higiene la causa de este profundo cambio en la viruela, cuando las mismas medidas sanitarias en el mismo medio realizadas con el mismo rigor, modifican apenas la marcha de las otras enfermedades infecciosas?

Es evidente, pues, evidente de una evidencia aplastadora, que no es la higiene la causa del abatimiento que a la higiene se suma otra causa mucho más eficaz, mucho más potente y enteramente especial a la viruela, y ¿cual puede ser esta causa, sino la vacuna?

Así, la objeción más formidable de los antivacunistas, porque se funda en estudios verdaderamente serios, y no en conversaciones vagas como todo el resto

del sistema, cae estrepitosamente, y así ha sido y yo lo espero, así también caeran todas las que se hagan.

Es que un hecho como la vacuna, que es puesto durante todo un siglo a las críticas serenas de los sabios, al escarnio de los charlatanes, al fanatismo de las multitudes, y que ha resistido a todas las violencias, ha sobrevivido a todas las revoluciones en las ideas, a todos los derrumbes de los sistemas, un hecho que después de estos ilustres combates se hace pensamiento en la cabeza de los sabios, y sentimiento en el corazón de las muchedumbres, y aparece todavía en la aurora de este siglo XX, firme, enhiesto, luminoso, magnífico impasible como la montañas, un hecho así, es verdadero, ¡un hecho así es definitivo, o hay que desesperar de toda ciencia humana!

Y ahora vamos a conversar con el doctor Paulher, conversación embarazosa, desagradable casi. Se trata de una cuestión de medicina, y el doctor Paulher es abogado. Yo no sé siquiera qué tono y qué giro debo dar a mi réplica para que no parezca una agresión poco generosa. Además, ésta no es una cuestión parlamentaria.

Los gobiernos y los parlamentos deben pedir las bases de las leyes higienicas a sus consejos, a sus cónclaves científicos, deben votarlas o rechazarlas pero nunca discutir las, porque no tienen calidad ni preparación, y es en realidad lo que se ha hecho en todos los países serios del mundo.

En Inglaterra, en 1857, se votó la ley de vacunación obligatoria, por un informe luminoso, por otra parte, del doctor Simón.

En 1897, cuando se discutió la excepción de conciencia obtenida por una verdadera sorpresa — porque no era ese verdaderamente el sentimiento de la

Camara — obtenida por una habil manobra parlamentaria, se pronunciaron por los partidarios de la excepcion de conciencia — y para producir obstruccion — veintitrés discursos seguidos sobre el asunto

Pues bien en ninguno de esos discursos se dijo una sola palabra contra la vacuna. Y es porque aquellos hombres comprendian perfectamente que estaba fuera de su rol, que si hablaban de la cuestion cientifica, violaban el principio fundamental de las sociedades modernas, el principio de la division del trabajo, y casi ofendian a la natural eutimia y seriedad de su raza

En Francia fue votada la vacunacion obligatoria en dos o tres artículos incorporados a una ley sanitaria general. En Italia sucedio exactamente lo mismo. No nosotros hacemos excepcion y yo lo lamento!

Lo que puede consolarme de este desagrado es la calidad del adversario que me ha cabido en suerte

Conoci hace veinte años, al doctor Paulher, y desde el primer momento me apercibi de que tenia una sensibilidad tan exquisita como sana y fuerte. Después, lo he visto mezclado en todas nuestras controversias religiosas. Iba a todos los clubes se mezclaba en todas las discusiones mas agrias y mas violentas. No habia alli mas que golpes que recibir y enemigos arteros que concitarse, pero el doctor Paulher iba siempre adelante, y no escatimaba su palabra cuando habia que hablar en favor de la libertad y contra todas las sombras y todos los fanatismos

Este de-precio de los vastos intereses personales, esta religion de la verdad, este amor a las cosas del espíritu y de la inteligencia, esta idealidad superior, es, sin duda, uno de los mayores títulos de un hombre y de un ciudadano. Pero declaro que por eso siento



verlo mezclado a esta cuestión que lo desborda por todas partes. Es una cuestión eminentemente científica, eminentemente médica, profundamente médica, y el doctor Paullier es un abogado.

Ya he dicho antes que no se puede comprender la vacuna sin saber sólidamente la anatomía, la fisiología, la patología, la higiene que se puede tener sobre este punto una cultura superficial, pero que al primer intento de traducirla en doctrina o en discursos, la fragilidad y los vacíos insalvables aparecen.

Es verdad que el doctor Paullier se coloca en un terreno relativamente sólido. El dice:

“Yo soy un ignorante, no sé nada de la vacuna, y no quiero discutir la vacuna; yo vengo solamente a traer aquí a la Cámara testimonios contrarios a esta doctrina para que se sepa que en la ciencia hay disidencias, que no todos están de acuerdo con la doctrina vacunista”

Muy bien, pero esos testimonios que trae a la Cámara, son testimonios médicos. Para apreciarlos se precisa ser médico. ¿O todos los testimonios son iguales?

¿Es que un testigo falso de profesión vale lo mismo que un hombre que por nada haría traición a la verdad? Y aunque le concediéramos a todos la más perfecta honestidad, ¿un imbécil vale tanto como un hombre de talento?

Los testimonios, pues, son todos de un valor muy distinto, son todos testimonios médicos, y para traerlos a esta Cámara se precisa ser médico.

El doctor Paullier dirá “pero es un doctor en medicina”. Esto demuestra su completo desconocimiento de estas cuestiones.

El título de doctor en medicina no es un título científico es un título profesional que autoriza para sanar o matar, pero no se cotiza en la ciencia, los sabios no le acuerdan ningún valor, ninguna autoridad, ningún respeto

¿Y entonces? ¿Cuáles son los títulos? Los títulos resultan de la obra personal del médico, resultan de lo que él añade por su trabajo propio al patrimonio intelectual del hombre, a las riquezas de la ciencia, y no en trabajos de segunda mano, sino en hechos positivos, en hechos nuevos, en contribuciones reales al progreso de la medicina

Esas contribuciones y esos trabajos se traducen en segunda por títulos y son esos títulos los que nos dicen, a veces claramente, si el hombre es digno de fe o si, al contrario, debe oponerse una duda prudente a todas sus afirmaciones

¿Cuales son, pues, estos títulos y cómo se obtienen en el mundo de la ciencia? Voy a decírselo al doctor Paullier

Supongamos que estemos en Francia — que es donde yo personalmente conozco mejor el valor exacto de los títulos. El hombre que vale comienza, si quiere seguir la enseñanza, por el clinicato. Llega luego a ser médico de los hospitales, más tarde, profesor agregado, profesor efectivo, miembro de la Academia de Medicina, miembro de la Academia de Ciencias, y así se completan los honores que puede alcanzar un médico que quiere consagrarse a la enseñanza

Hay otras carreras hay otras direcciones puede llegar a ser profesor en el Museum, puede llegar a ser profesor de la Sorbona, y el que se mantenga independiente, el que no entre ni sueña con la enseñanza, puede todavía crearse muchos títulos haciéndose ad-

mitir en las diferentes sociedades Sociedad de Medicina y Cirugia de París, Sociedad Medica de los Hospitales Sociedad de Cirugia de los Hospitales Sociedad de Biología, Sociedad de Pediatría, Sociedad de Neurología, Sociedad de Psiquiatría, Academia de Medicina Academia de Ciencias.

Obteniendo uno cualquiera de estos títulos empieza a ser un hombre, a inspirar cierto respeto, pero se necesita ser médico para apreciar el valor la autoridad que confieren estas diferentes sociedades Algunos son ínfimos, y sólo dan un poco de oropel, un cierto brillo pálido — si puede decirse así — suficiente para deslumbrar a los burgueses, atraer la clientela, otros, al contrario, consagran a un hombre para toda la vida Pero, para saber esto, para hacer esta distinción, se precisa ser medico, se precisa haber entrado a fondo en la medicina científica

Resulta pues, que el doctor Paulhier no puede estar seguro, de ningún modo, del valor de los testimonios que nos ha exhibido en este recinto

Es verdad que a veces la obra revela al autor — muy bien, pero la obra es una obra médica, y yo pregunto al doctor Paulhier, abogado, cómo es que él juzga de una obra médica

Desde las primeras palabras, le faltan todos los elementos, y naufraga necesaria y fatalmente

Bueno Veamos, estudiemos los testimonios que nos ha traído aquí, veamos cuales son sus títulos, cual es la importancia de las obras de que son autores

El primero que aparece es Bagueira Leal Títulos ninguno, igual a "cero" Es un médico cualquiera de un regimiento, lo que no implica, de ningún modo, título científico No es miembro de ninguna sociedad, no es miembro de la Academia de Rio, no es miembro

de ninguna institución que preste, que confiera verdadero lustre y verdadera autoridad a un hombre de ciencia. Además, me consta los maestros de Rio de Janeiro, los pocos que lo conocen, tienen por él una estimación muy dudosa. Pero, en fin prescindamos del hombre y vamos a la obra.

La obra es todo un poema. Me cuesta buscarla en mis papeles y voy a decir, poco más o menos, de memoria lo que contiene.

¿Qué es lo que dice, pues, el señor Bagueira Leal? Dice "Vacunación es sinónimo de sifilización, vacunación obligatoria es sinónimo de sifilización obligatoria." Y el doctor Paulher añade que estas palabras le han tocado su corazón de padre y no se han borrado jamás de su memoria.

Lo lamento por el doctor Paulher, porque estas palabras no merecen tocar a nadie, sobre todo a un hombre de la cultura y de la ilustración del doctor Paulher, merecen tocar solamente lo que en Histerología llamamos nosotros la "zona de la risa", y la risa homérica, de la risa inextinguible. Tampoco eso es demasiado grotesca la obra, para que inspire risas muy largas.

Y bien, señor Presidente las palabras de Bagueira Leal son la reunión mas pintoresca de disparates, de barbaridades inmensas, que hombre alguno haya podido expresar en menos palabras.

Y voy a probarlo a probarlo de una manera irrefutable, inequívoca brutal.

Hubo un tiempo en que los médicos no admitían que la sífilis pudiera transmitirse por la vacuna, después se presentaron algunos hechos dudosos que hicieron vacilar un tanto a los maestros. Aparecieron

otros hechos, y otros, y otros, y por fin los maestros, con su independencia habitual, procediendo con la libertad de espíritu que los caracteriza, haciendo honor a la verdad — como lo han hecho en todos los tiempos — volvieron sobre sus pasos y admitieron que la sífilis podía realmente trasmitirse por la vacuna. Pero ¿por qué vacuna? Por la vacuna de brazo a brazo únicamente, de ahí que en todas las leyes se haya excluido este modo de vacunación. En cuanto a la vacuna animal, ésa, en ningún caso — ni se ha presentado uno solo ni se presentará jamás porque es imposible — en ningún caso puede trasmitir la sífilis, y éste no es un principio banal, es un principio de vida, es un principio fundamental, es una de las piedras angulares de la medicina.

Ahora bien el señor Bagueira Leal afirma que vacunación animal es sinonimo de sifilización. Ignora, pues, ese extraño medico, uno de los principios más inconcusos, mas invariables, más intangibles de la medicina.

Pero hay más. La sífilis es una enfermedad humana, esencialmente humana, exclusivamente humana, se observa desde hace quinientos años. Desde Fracastor hasta Fournier se han constatado en materia de sífilis los mayores horrores: la simple macula, la pustula, la excrecencia, la costra pequeña, la costra inmunda y formidable que cubre todo un miembro, la ulcera localizada, la ulcera que camina, que avanza destruyendo, royendo siempre, que horada la cara, que se come las narices, el mal atroz, implacable que entra por todas partes, que gana el hígado que gana los riñones y que gana el corazón y consume todas las fuentes de la vida, que gana el cerebro y hunde en la sombra para siempre, mentes luminosas.

Todo se ha observado, todo se ha visto, todo se ha registrado por centenares de años con cuidado, con amor, con conciencia y casi con piedad

Ahora bien cuantas veces se ha seguido un accidente de sífilis, hasta su origen, se ha visto, siempre, invariablemente, inevitablemente, que ese accidente humano, placa, costra o ulcera, va al hombre o va a la mujer, que la sífilis se contiene toda entera en la especie humana hecho de una firmeza, de una constancia sorprendente

Si se parte del mar para seguir un río hasta su origen — se llega sin falta, fatalmente, al torrente, a la cascada a la fuente y a la montaña

Pues bien si se toma un accidente de sífilis humana y se le sigue hasta su origen, se encuentra siempre tan invariablemente como se encuentran las fuentes y las montañas en el nacimiento de los rios, se encuentra un accidente de sífilis humana

Ahora bien si la sífilis es una enfermedad exclusivamente humana ¿cómo puede decirse esta enormidad, que la sífilis es transmitida por la vacuna animal?

Pero, hay más, mucho mas todavía la sífilis no se ha constatado nunca en ningún animal, los observadores mas sagaces que se han aplicado a este problema lleno de seducciones que han escudriñado con ansiosa curiosidad con ardor, con verdadero anhelo de encontrar la verdad y mas aun de encontrar lo que buscaban, jamas han constatado un accidente de sífilis en ningún animal

Hay mas los animales son refractarios a la sífilis, aunque se les frote o se les desuelle, se les pique y se les corte la piel, empapada en virus, aunque este se les inocule en las venas o en los tejidos, la rechazan — la destruyen y jamas la cultivan.

Los animales son, pues, enteramente refractarios a la sífilis, mientras que, como se sabe, reciben la mayor parte de las enfermedades infecciosas, y hasta el cáncer se ha podido injertar en sus tejidos

Han sido necesarios los esfuerzos inauditos de Mechnikoff para llegar a inocular la sífilis en el animal más cercano al hombre el macaco, y una sífilis palida una sífilis precaria, una sífilis inferior, infinitamente inferior, como gravedad, a la del hombre

Ahora bien, si la sífilis no existe en los animales, si sólo puede darsele a un animal especial, metiéndosela, inoculándosela después de grandes esfuerzos e inmensos fracasos ¿cómo puede venir la sífilis de la vacuna animal? ¿Como vacunación animal puede ser sinónimo de sifilización, y vacunación obligatoria, de sifilización obligatoria?

Pero hay mas todavía hay otro hecho que es enteramente fundamental, que es también una de las piedras angulares de la medicina — hecho en que todos estamos de acuerdo, vacunistas, antivacunistas, homeópatas, todo el mundo, todo el que ha visto, todo el que ha leído, el más misero libro de medicina, todo el que tiene la mas vaga, la mas superficial, la mas insignificante noción de ciencia, y ése es que la sífilis vacuna para toda la vida, que la sífilis no se reinocula, que la sífilis no se tiene dos veces, que el que la tiene una vez, sera sifilítico para toda la vida, pero otra sífilis no tomara, salvo casos excepcionales y dudosos.

Ahora bien, si vacuna animal es sinónimo de sífilis, si vacuna obligatoria es sinonimo de sífilis obligatoria, todos los vacunados seran completamente refractarios a la sífilis, pero son tan refractarios, que todos los que vienen a consultarnos invariablemente, han sido vacunados dos o tres veces.

No se puede dar una demostración más noble y más brutal del enorme error que enraña la extravagante doctrina de Bagueira Leal

Y estos hechos, repito, son fundamentales son hechos de vida, son las piedras angulares de la medicina, o estos hechos son verdaderos o nosotros no sabemos nada de nada no hemos descubierto la bacteriología el bacilo de Koch el suero antidiférico el suero antirrábico, no hemos creado la higiene no hemos creado la profilaxis, somos unos sonámbulos que andamos por el mundo paseando nuestros sueños insanos y nuestros delirios trágicos

Y si no lo somos nosotros, es el señor Bagueira Leal elija el doctor Paulhier

Ya ve el doctor Paulhier que no es fácil terciar en estas intrincadas cuestiones de medicina y que cuando se cree presentar un testigo honorable y fehaciente, se presenta simplemente un testigo falso, de la confianza de los antivacunistas, falso por su insinceridad — lo que en este caso no tengo el derecho a suponer — o falso por su prodigiosa ignorancia o su prodigioso olvido de los hechos más fundamentales de la ciencia que cultiva

Yo creo que después de estas demostraciones no quedará duda en el espíritu de la Cámara de la autoridad del señor Bagueira Leal y del valor de sus extraordinarias afirmaciones

Vamos ahora a otro testigo el doctor Ruatta, profesor de higiene y de materia médica en la Universidad de Perugia

El título me contenta, un título de profesor en Italia, aunque sea de una pequeña facultad, es un título respetable, sin embargo, desconfío un poco de este



señor Ruatta porque es profesor de higiene y de materia médica, dos cosas tan diferentes un profesor en dos cátedras al mismo tiempo es una cosa singular y mismo en Europa extraordinaria anomalía O debe ser una facultad de muy poca importancia, o hay algún error grave que no comprendo Será tal vez profesor libre y no profesor oficial no lo sé

De cualquier modo me contento y acepto sus títulos

Por este lado el testimonio no sería recusable, pero el contenido de las declaraciones eso ya es otra cosa Por lo pronto, estoy prevenido contra el señor Ruatta, yo desconfío de cuanto dice este señor Ruatta y desconfío por las razones que van a oírse

En la primera página del libro de Wallace hay una estadística comunicada por el doctor Ruatta, y que establece lo siguiente de 1901 a 1904-5, no sé no estoy seguro, en tres o cuatro años, ha muerto en Italia de viruela un cierto número de hombres y de mujeres Pues bien el número de hombres es dos o tres veces mayor que el de las mujeres

Como todos los hombres están vacunados porque pasan por el ejército y en el ejército se vacuna y se revacuna a todo el mundo, resulta entonces que los seres más seguramente protegidos por la vacuna son los que toman en mayor número la viruela

El argumento parece importante contra la vacuna Pero es el caso que yo he revisado las estadísticas italianas de otras épocas, y en ningún año se nota más esa extraña coincidencia, he revisado las estadísticas de Alemania, las estadísticas de Francia, y las de Suecia, y en ningún caso hay semejante diferencia entre los hombres y las mujeres, y se trató en todos esos países de pueblos que tienen el servicio obligatorio y que vacunan religiosamente a todos sus soldados

Y entonces me he preguntado ¿por que el señor Ruatta presenta esta estadística él que es un profesor de higiene y debe conocer lo que pasa en Italia en todas las épocas y lo que pasa en los demás países del mundo?

¿Por qué presenta este documento que parece demostrar que la vacuna es ineficaz si él sabe que ese documento es un documento parcial, sin fuerza ninguna demostrativa? ¿Por qué lo presenta? Indudablemente por lo que presentan los antivacunistas casi todas sus estadísticas y casi todos sus argumentos para engañar a las gentes incompetentes. Ellos no quieren ciertamente convencer a los médicos a la gente ilustrada, porque saben que ésta no cree fácilmente cuanto se le dice, y va a las fuentes a verificar la exactitud de los datos.

Entonces, naturalmente si este hombre sabe lo que pasa en otros países si ese hombre sabe que ese documento es un documento parcial, sin valor ninguno absolutamente porque es un caso de esas coincidencias milagrosas de que yo hablaba el otro día ¿por qué lo presenta? La buena fe es por lo menos discutible.

Ahora vamos a los documentos que nos presenta el doctor Paulher.

Primer documento en el ejército italiano han enfermado, no sé en cuantos años — ahí puede verse en la versión taquigráfica — 3 023 individuos. Ahora bien, dice Ruatta “En el ejército italiano se vacuna y revacuna a todos los reclutas. Por consiguiente esos 3 098 individuos han sido vacunados en un plazo que nunca sube de tres años, y que en muchos casos sera de seis meses o de menos”.

Naturalmente, éste es un golpe mortal contra la vacuna. Si hay 3 098 individuos que toman la viruela

## SELECCION DE DISCURSOS

---

después de un año de vacunados, o de dos o de tres, todo cuanto sabemos falla por su base, y tiene razon el señor Ruatta en sus afirmaciones

Antes de seguir adelante, voy a permitirme leer, porque es un documento de estadística que viene del ejército italiano, de una autoridad absoluta es uno de sus medicos distinguidos que ha puesto a contribución todos los datos que existen en Italia sobre este asunto

Voy a leerlo con permiso de la Cámara con los pequeños comentarios que yo hice al recoger los cuadros. El doctor Rodolfo Levi, medico militar, ha publicado en la Revista de Higiene de 1907 una estadística del ejército italiano extraordinariamente importante y una de las mas precisas, de las mas rigurosas, de las más demostrativas que se conocen. Gira sobre muchos cientos de miles de hombres de la misma edad aproximadamente, de una resistencia muy satisfactoria, sometidos a las mismas condiciones higiénicas y todos observados y clasificados con un rigor absolutamente militar.

Yo no voy a seguir al doctor Levi en su interesantísimo desarrollo, que seria difícil de presentar aquí. Voy a dar el resumen de una labor inmensa en pocas líneas, o mejor, en un solo cuadro. Aquí tenga piedad la Cámara, pero, en fin, si pueden seguirme, voy a leer con la mayor lentitud

	Enfermedad por 10 000 Viruela 1882 a 1897	Mortalidad por 10 000 Viruela 1882 a 1897
Nunca vacunados ni vario- lizados en la infancia, ni vacunados en los cuerpos	290 0	55 80

**FRANCISCO SOCA**

---

	Enfermedad por 10 000 Viruela 1882 a 1897	Mortalidad por 10 000 Viruela 1882 a 1897
Vacunados o variolizados en la infancia, no vacunados en los cuerpos	42 2	3 59
Nunca vacunados ni variolizados en la infancia, vacunados en los cuerpos		
Sin éxito	11 3	0 57
Con éxito . . .	9 3	0 42
Vacunados o variolizados en la infancia, vacunados en los cuerpos		
Sin éxito .	4 3	0 10
Con éxito	3 2	0 07

“Este cuadro demuestra de una manera brutal la eficacia de la vacunación

‘En efecto sobre 10 000 soldados nunca vacunados ni variolizados en la infancia, enferman 290 y mueren 55 con 80”

Ruego a la Cámara que me siga en este desenvolvimiento, que es muy interesante

“Sobre 10 000 soldados vacunados en los cuerpos, pero nunca variolizados ni vacunados antes, enferman, sobre los vacunados sin éxito 11 3, sobre los vacunados con éxito 9,3, y mueren 0,57 y 0,42 respectivamente”

Cifras. 55 con 80, 0,42 y 0,57 para los vacunados

“Sobre 10 000 vacunados o variolizados, antes vacunados en los cuerpos, enferman, de los con éxito,

## SELECCION DE DISCURSOS

---

43, de los sin éxito 3,2 y mueren de los sin éxito, 0,10 de los con éxito, 0,7

“En resumen, de los no vacunados ni en la infancia ni en los cuerpos enferman 290 y mueren 55 con 80 por 10 000

“De los vacunados en la infancia y en los cuerpos con éxito, enferman 32 y mueren 07 De 290 a 3,2, de 55 con 80 a 0,7 La cifra es cien veces menor en los vacunados que en los no vacunados, para la enfermedad, y ochenta a noventa veces menor para la mortalidad

“Y esta diferencia es sólo atribuible a la vacuna, porque todas las demás condiciones son absolutamente iguales la resistencia personal media, el medio higiénico, la edad, etc No hay más que la vacuna que separe a los que mueren por viruela y a los que la resisten victoriosamente, y como la estadística gira sobre un gran número de años, unos veinte, como el número de individuos comprende efectivos que se elevan a uno o dos millones de hombres, la demostración es absolutamente irrefragable, aplastadora, y están justificadas las conclusiones del autor, que son las siguientes 1º Que la viruela ataca en una proporción enormemente mayor a los individuos no vacunados que a los vacunados, 2º Que cuando ataca, por excepción, a individuos vacunados, presenta una gravedad infinitamente menor No sabríamos por consiguiente, concebir en que pruebas podría apoyarse una oposición seria y científica a la vacunación”

Bueno todo esto prueba ya, brutalmente, que las conclusiones de Ruatta deben ser falsas, pero no solamente son falsas voy a probar que son de mala fe

Tres mil noventa y ocho individuos que enferman o mueren al año, a los dos o a los tres años de vacu

nados ¿quiere decir que, según él, todos son vacunados al entrar a los cuerpos?

Pues bien por diferentes circunstancias nos demuestra terminantemente Levi que hay un gran número que no está vacunado, puesto que aquí vemos enfermarse a 290 sobre cada 10 000, y después, otra cosa, que aquí está señalada que ciertos individuos son vacunados sin éxito. ¿Por qué? Porque tienen una vacuna anterior que los inmuniza todavía.

Quiere decir que hay un gran número de individuos en el ejército italiano que, o no están vacunados o tienen una vacuna que remonta, a veces, a muchos años atrás.

Por consiguiente, los 3 098 casos no se refieren a individuos vacunados desde menos de tres años, sino que se refieren probablemente, seguramente a todos los que no han sido vacunados al entrar o que han sido vacunados sin éxito. Esto lo prueba acabadamente el cuadro de Levi, pues se ve por él que enferman y mueren sobre todo los no vacunados o los vacunados sin éxito, y que gozan solamente de una inmunidad ya muy debilitada, como que es conferida por una vacuna ya demasiado antigua.

Ahora bien Ruatta, profesor italiano ¿puede ignorar estas cosas? ¿Puede ignorar que un gran número de reclutas no están vacunados que un gran número se vacunan sin éxito, porque se han vacunado anteriormente?

Y entonces ¿por qué se dice que hay 3 098 enfermos de viruela sobre un ejército completamente vacunado, desde un tiempo menor de tres años?

Yo no comprendo esto, si es de buena fe. Para comprender sería preciso suponer en un profesor de higiene una ignorancia o una estulticia imposibles.

Ruatta no puede ignorar las cifras elocuentes, brutales que he leído, y que son conocidas por todo el mundo

Por consiguiente, su buena fe es sospechosa

Ahora vamos a otras cifras

“En esta ciudad hubo en 1902 setenta y cinco casos de viruela” (creo que es un error, deben ser sesenta y cinco), “uno solo no estaba vacunado”.

En estos sesenta y cinco habían cinco niños Murieron 12 sobre los 65, mortalidad sin duda muy grande para vacunados, cosa que presenta Ruatta como un argumento contra la eficacia de la vacuna Este documento prueba precisamente lo contrario Se sabe que la viruela ataca sobre todo a los niños Ahora bien, en estos 65 casos hay sólo cinco niños y la proporción natural debía ser la inversa

¿Qué es, pues, lo que protege aquí a los niños? Evidentemente una vacuna reciente ¿Qué es lo que protege tan mal a los adultos? Claramente también una vacuna demasiado antigua En cuanto a la mortalidad muy grande en vacunados, tampoco prueba nada, porque los vacunados muy antiguos tampoco están suficientemente protegidos Pero sobre todo, este documento, a suponer que sea exacto, falla por la base Era, en efecto, preciso que nos dijeran como se constató la realidad de la vacunación y por quién Es posible que muchos de esos sean vacunados ineficazmente y estén por consiguiente sin protección real Como Ruatta no dice nada de esto, nada puede concluirse en ningún sentido de este documento Pero aunque los datos fueran reales, nada probarían porque las estadísticas son demasiado pequeñas y son conocidas las series milagrosas en materia de vacuna Si esta estadística demuestra algo en contra de la vacuna, no ten-

driamos mas que ponerla enfrente de la estadística de Levi que prueba absolutamente lo contrario y es mil veces más demostrativa porque gira sobre 20 años y sobre millones de hombres, no tendríamos mas que ponerla enfrente de las estupendas estadísticas de Shephield que figuran en mi informe y que son absolutamente aplastadoras, absolutamente decisivas, y que nadie se ha atrevido a tocar hasta ahora Wallace mismo, que a tanto se atreve a menudo, ha pasado sobre ellas como sobre ascuas

Es curiosa esta pretensión de los antivacunistas de hacer pasar sus miserables series enteramente accidentales y la mayor parte de las veces imaginarias y prescindir de las cifras mas colosales que se conocen y las recogidas con mas honradez y en condiciones más absolutamente insospechables

Otras cifras

“En 1902 dice Ruatta, se presentaron en la ciudad de Bolonia, dos casos de viruela, inmediatamente se aislaron en el lazareto, donde se vacunaron las nueve personas que debían estar en contacto con los varicelosos, con éxito en todos los casos Pero de estas nueve personas, cinco contrajeron la viruela y una falleció”

Por consiguiente, hay dos enfermos en Bolonia Llevan a esos dos enfermos a un lazareto, y vacunan a las nueve personas que debían cuidarlos, pero de estas nueve personas, cinco enfermaron y una murió

Parece naturalmente que esto sea una demostración palmaria de la ineficacia de la vacuna

Pues bien este documento no demuestra nada sino que Ruatta no escribe para hombres de ciencia, que escribe para dileantes, para antivacunistas legos que tragan todas las enormidades que quiere servirles



Voy a probarlo de una manera decisiva y terminante

En primer lugar, sospecho — y tengo para ello buenas razones — que estos individuos que fueron a cuidar al lazareto a los variolosos, eran en parte, al menos, los mismos que estaban en la casa de éstos

La primer prueba es que no ha habido al parecer en esa época mas casos de viruela en Bolonia

Entonces, las personas que rodeaban a los variolosos en sus casas, o estaban protegidas por la vacuna, cosa que rechazaron los antivacunistas, o debieron tener la viruela, porque una enfermedad de una agresividad tan extraordinaria como la viruela, no respeta a nadie que se ponga a su alcance sin estar protegido Pero la viruela no la tuvieron, puesto que, como he dicho no hubo más casos en Bolonia por esa época Entonces parece que debieron ir al lazareto

Esta sospecha se confirmaría, porque hay un individuo que enfermo de viruela al octavo dia de estar en contacto con los variolosos

Ahora bien la viruelã tiene una incubación de catorce dias, generalmente Quiere decir que ya estaba enfermo antes de entrar en el lazareto

Entonces, pues ¿donde tomó la enfermedad cuando en Bolonia no había viruela?

Probablemente en la misma casa del enfermo

Pero en fin, esto yo no lo sé, porque no tengo el documento original, si lo tuviera, probablemente podría leer cosas muy curiosas

Pero la demostración de que el documento no sirve, es ésta primero, que se vacunan diez personas, y de las diez, muere una sola.

Quiere decir que de las diez, nueve estan protegidas por la vacuna, cinco protegidas para la enfermedad, cuatro protegidas para la muerte

¡Una sobre diez, no es que digamos un desastre! La protección de la vacuna resulta demostrada por este solo hecho

Pero hay más de los cinco individuos enfermos, Ruatta dice, de cuatro de ellos cuando ocurrió la enfermedad. Sobre el otro guarda un "singular silencio" Yo no se por que él tendra sus razones

Uno dice, enfermó a los ocho dias de ser vacunado y de estar en contacto con los variolosos

Pero la vacuna no protege bien completamente, sino desde el undecimo día

Quiere decir que ese enfermo no estaba todavía protegido por la vacuna cuando recibió la viruela. ¿Por qué? Porque la viruela tiene catorce días de incubación, por consiguiente recibió la viruela seis dias antes de ser vacunado, es decir que lo vinieron a vacunar cuando ya tenía la viruela en las entrañas

Muy bien otros dos casos tienen la viruela a los catorce días de la vacunación. La viruela tiene catorce días de incubación, luego recibió el mismo día la viruela y la vacuna. Sea este dia el 1º de enero

Ahora bien como la vacuna no protege sino desde el undécimo dia, resulta que sólo lo protege desde el 11 de enero. Pero el enfermo había recibido la viruela el 1º, es decir, once dias antes de que la vacuna lo protegiera. En nada deponen semejantes casos contra la vacuna. ¿O quieren que la vacuna viole sus leyes naturales para complacer a los antivacunistas?

Otro de los casos sobreviene a los veintitrés días de la vacunación. Este tampoco es favorable a los antivacunistas. En efecto supongamos todavía que el enfer-

mo hubiera sido vacunado el 1º de enero. El 11 de enero el sujeto estaria protegido por la vacuna. A los veintitrés dias aparece la viruela, pero esta enfermedad entró realmente en el organismo el 9 de enero (14 dias de incubacion). Ahora bien, como hemos dicho, la vacuna no daba proteccion a este sujeto sino desde el 11 de enero por consiguiente, dos dias despues de aquél (el 9) en que el enfermo recibió la viruela en incubación. ¿Cómo se quiere, pues, que la vacuna proteja a este enfermo si lo han vacunado después que tenia la viruela en la sangre? Nadie ha pretendido jamas que la vacuna proteja a los no vacunados.

¿Es esto lo que pretende Ruatta? Lo parece, a juzgar por la importancia desmesurada que acuerda a hechos que, como se ve, no tienen ninguna importancia.

Se ve, pues, en qué quedan los famosísimos casos de Bolonia con que los antivacunistas han hecho tan formidable ruido. Para pretender probar algo contra la vacuna en esos casos, se precisa una ignorancia incommensurable y el más completo desconocimiento de las leyes de la vacuna. Que el señor Paulhier, que no sabe absolutamente nada de estas cuestiones presente tales cuestiones, aunque las discute con dos medicos, se comprende y se excusa. Pero que las presente el señor Ruatta, que conoce tan bien como yo cuál es la incubación de la vacuna y cual es la incubacion de la viruela, así como el momento desde el cual protege la vacuna, eso no lo comprendo. Esos casos demuestran una sola cosa: la falta de buena fe del señor Ruatta. Y si no, ¿por qué los cita? No será ciertamente para convencer o engañar a los hombres de ciencia.

¿Para el uso especial de los antivacunistas legos, que admirados, reverentes y reconocidos los propagarán por el mundo cubriéndolos de flores y dando a

su autor una notoriedad que no se ha ganado por trabajos mas serios? Yo no sé nada, pero lamento que la incompetencia absoluta del señor Paullier traiga a este recinto con la más completa buena fe documentos de esta clase

Ahora vienen los ingleses

Un ingles y un americano

¿Qué dice el inglés? ¿Cuales son sus palabras? No dice nada. Hace una afirmacion autoritaria, una afirmación brutal, sin pruebas de ninguna clase y nada más. Que la vacuna no sirve para nada, que la vacuna es un crimen — una superstición imbecil es el estribillo de siempre que han aprendido de Wallace

Pero ¿le vamos a creer, bajo su palabra a ese señor? Es preciso que nos diera una prueba, que nos dijera por que la vacuna no sirve. En este caso comenzariamos, puede ser, a tomarlo en serio, pero creo que ni así, porque es uno de los tantos medicos ingleses sin ningun titulo y sin ningun valor. Como este hay centenares de antivacunistas en Inglaterra. Lo he dicho en mi discurso anterior y lo repito ahora, como éste podríamos encontrar toda una legion, pero éstos son hombres absolutamente insignificantes

Dicen que han hecho muchas obras, pero esas obras son desconocidas por todo el mundo. Ni el nombre de su autor ni sus títulos figuran en ninguna parte. Y el hombre y los libros de todo hombre que ha hecho algo serio se hallan citados en todas las obras y en todas las bibliografias

Yo no sé por qué el doctor Paullier no nos cita una de las grandes figuras inglesas y va a buscar esos infelices que nada representan, que nada significan y al fin, que nada valen

*Sr Paullier* — Me había propuesto no interrumpir al señor diputado, pero él me pregunta por qué no le cito ningun hombre de valer científico

Hasta ahora el señor miembro informante no ha hablado de Crookshank, en quien él mismo ha reconocido que valía científicamente. Pues ese hombre de ciencia llega a la conclusión que yo he citado

*Sr Soca* — El señor diputado no trajo aquí esa conclusión. Si la hubiera traído, le hubiera discutido también a Crookshank. Le hubiera indicado que vale menos de lo que el señor diputado piensa, que no tiene autoridad ninguna ni en Inglaterra ni en ninguna parte del mundo. Esta equivocado, no tiene autoridad ninguna

Pero, en fin, el señor diputado no me trae el testimonio, y no me creo obligado

*Sr Paullier* — Señor doctor Soca. He citado aquí en la primera sesión la opinión expresada, que se encuentra en las últimas páginas del primer tomo del libro escrito por el doctor Crookshank titulado "Historia y Patología de la vacunación" obra que, dicho sea de paso, es el resultado de veintitres años de estudios y comprende dos enormes volúmenes

*Sr Soca* — Yo conozco perfectamente todo el volumen, pero no puedo discutir sino los testimonios que el señor diputado traiga aquí expresamente a la Cámara, también discutiremos a Crookshank si el señor diputado quiere presentarlo y le probaré el valor exacto de su obra y la exacta autoridad que tiene en Inglaterra y en Europa

Tiene una autoridad tan grande que en 1891 estuvo discutiendo en la Academia Francesa por espacio de 4 meses la vacuna obligatoria. El libro de Crookshank es de 1889 y nadie lo citó, no lo conocían absoluta-

mente, nadie sabia nada de Crookshank y si lo conocían no le hacían absolutamente el honor de mentarlo

*Sr Paullier* — Eso no prueba nada

*Sr Soca* — Y no me diga, señor diputado, que es por orgullo de clase, de ninguna manera, los hombres notables, los que valen realmente, fuerzan todas las puertas, violan todos los conciliábulos se imponen siempre y sin réplica

*Sr Paullier* — ¡Quiere decir, que esas obras vacunistas, de médico y profesor en Londres, no valen absolutamente nada!

*Sr Soca* — De los vacunistas, de los antivacunistas y de todo el mundo todos los que valen se imponen absolutamente, ahí no hay clase, ni castas ni sectas, esta es la ley eterna de la medicina y de la ciencia.

De manera que los títulos que cita el señor diputado no valen nada, no representan nada, no significan nada, ni aun en Inglaterra. Quiero que se me cite un hombre eminente, un hombre de primer orden, un Lyster un Horsley, un Ferrier un Mackenzie, uno de esos tipos de primer orden que tiene Inglaterra, pero no lo citará ciertamente porque todos son adversarios

*Sr Paullier* — Esa misma argumentación, esos mismos argumentos, se le hicieron a Galileo cuando sostenía que la Tierra se movía

*Sr Soca* — ¡Pero, señor, el siglo XIX no es el siglo XV! El siglo XV es el siglo de la opresión, es el siglo del oscurantismo, el siglo en que las conciencias estaban supeditadas a las tiranías religiosas, y el siglo XIX es el siglo de la libertad, el siglo en que todas las ideas pueden abrirse paso, el siglo en que todo hombre puede imponerse, si tiene ideas, si tiene

fuerzas, si tiene energías, si tiene entereza viril. Solo las ideas ruines y falsas y los hombres pusilanimes quedan en la sombra. Las ideas grandes y justas fuerzan todas las consignas y rompen todas las vallas.

Si Galileo apareciera ahora, todos nos levantariamos para saludarlo.

Lo que se niega un día en este siglo, se admite al día siguiente, porque los médicos se entregan, apenas se les demuestra la verdad, porque son hijos de la verdad porque ante la verdad se inclinan.

Todo se ha negado, pero el siglo XIX hace justicia a sus grandes hombres, y esa justicia nunca tarda siquiera lustros en un siglo que marcha a saltos formidables.

Tengo que volver, ante todo, sobre el señor Ruatta.

Yo desconfiaba, por la multiplicidad de funciones acumuladas en el señor Ruatta, que no era un hombre serio, pero no lo sabía y no me atrevía a afirmarlo.

Ahora, por datos precisos que he tenido, resulta que he perdido mi tiempo lamentablemente, que lo que debía hacer, fue simplemente no discutir con el señor Ruatta.

Este señor no es profesor. Se pone Profesor de Perugia, pero ésa no es una facultad oficial: es un colegio privado en que se dan lecciones a los bancos, que no tiene ninguna autoridad, cuyos títulos no tienen sanción legal, el Estado no los acepta.

De suerte, pues, que ese título de Profesor es puramente fantástico, pero eso no sería nada. Yo admito que un hombre sin título pueda hacer una obra buena, y esa obra es su título, pero es el caso que este señor no puede hacer ninguna obra buena, a lo que parece.

En efecto, carece en apariencia, de toda seriedad. Ha inventado un remedio y escribe artículos en la prensa diaria, en la cuarta página, para hacer el reclamo de su remedio.

Bien, esta conducta pierde para siempre a un hombre en cualquier centro científico del mundo. Además, si se añade que ese remedio no vale nada, según la opinión de profesores eminentes, que es una pura mistificación, esto me parece que completa bastante el retrato del señor Ruatta.

En Italia ningún hombre, ningún médico eminente, le llama su colega, en ningún congreso se admite ninguna comunicación del señor Ruatta, porque se sabe que se trata siempre de cosas poco serias, y se sabe que los congresos admiten comunicaciones del último de los médicos de cualquier parte. Si hay un congreso en París, puede un médico del último rincón del mundo enviar una comunicación y se la reciben. Pues bien, en Italia ningún congreso recibe una comunicación del señor Ruatta.

Además la idea que tienen de él sus colegas italianos es terrible, y se condensa en una palabra que no quiero pronunciar, movido por respetos humanos que se adivinan.

Resulta, pues, que no había para qué discutir con semejante personaje, que no había para qué tomar en serio las cifras que presenta, esas cifras son seguramente fantásticas.

Ya ha podido verse la inconsistencia absoluta que tienen. Improvisando aquí, me fue fácil destruirlo casi todo, pero, repito, había que dejarlo simplemente donde está sin ocuparse de él para nada. No es serio — me ha dicho un profesor eminente de la escuela italiana que lo conoce — discutir con el señor Ruatta.



Este pequeño incidente tiene un corolario singular un hombre honrado y sincero, como el que mas, como lo es el doctor Paullier, presenta a la Camara en favor de su doctrina — inocentemente bien entendido — un testigo falto, de una falsedad palmaria y chocante Esto prueba la dificultad de tocar la mas simple cuestion de la vacuna, sin la necesaria instruccion medica

Otro corolario singular la ciencia entera italiana, una brillantísima escuela, como se sabe que tiene sabios ilustres y de una gran autoridad como di Giovanni Gracco, De Renzi, Murri, Cardarelli Castellino, nuestro eminente compatriota, Luciani Mosso Golgi, estos últimos potentes y originales creadores, la ciencia italiana, que comprende centenares de ilustraciones, cuenta un solo antivacunista Todos los sabios italianos son sinceros y ardientes partidarios de la vacuna Ahora bien enfrente de ellos está solo, aislado, el señor Ruatta que no tiene titulos, ni trabajos de ningún género — y que la ciencia rechaza de su seno casi violentamente por su falta de seriedad y sus procederes poco conformes con las costumbres de la medicina universal

El señor Ruatta, pues, de un lado y toda la brillantísima escuela italiana del otro, tal es la sugestiva proporción de los vacunistas y antivacunistas, y así pasa siempre con todos los antivacunistas en todos los paises casi sin excepción ninguna, son antivacunistas los menos autorizados, los que menos titulos tienen, los que menos valen aquellos a quienes la ciencia re pudia ¿No dice esto mas que cien discursos la es imación que la ciencia universal consagra al antivacunismo? Este desprecio absoluto ¿no es una prueba de la insanable fragilidad del sistema?

Y ahora prosigamos con los ingleses o — mejor dicho — con el inglés, porque es uno solo el que ha citado el doctor Paullier, y es a ese solamente al que yo me refería cuando hablaba de Inglaterra. Yo no pretendía ejecutar a los ingleses, como dice un diario, con un perfecto mal gusto. No llegan a tanto mis humildísimas fuerzas, y aunque bastaran, la Inglaterra es una de las naciones más grandes del orbe grande no solo por su extensión y por su fuerza sino por su elevación moral, única, acaso en el mundo. Es un noble ejemplar humano por sus incomparables virtudes públicas — modelo de pueblos libres — ejemplo de luchadores recios, de triunfadores viriles en todas las contiendas del progreso — nación a la que la civilización universal debe los más grandes servicios y a la que la América debe estar sinceramente reconocida, pues supo acordarle su confianza en las horas inciertas de las dolorosas iniciaciones. En cuanto a la ciencia inglesa, he dicho ya muchas veces que es una de las mas elevadas y fecundas y que tiene maestros e investigadores.

Lo que hay es que ese señor que nos citaba el doctor Paullier no tiene título serio ninguno y si no tiene título serio ¿por que lo hemos de escuchar? ¿Por qué le hemos de creer bajo su palabra?

Que diga a lo menos, cosas serias y fundadas pero lo que dice es una afirmacion sin prueba de ninguna clase, un credo solemne que apenas podia estar bien en la boca de un sabio consagrado y por quien hablan sus grandes trabajos y sus grandes servicios.

Así, pues debo pasar por sobre ese sujeto, y en esto no peco de altivo.

Los ingleses, repito, tienen sabios eminentísimos y una ciencia rica en memorables descubrimientos, pero,

como lo dije el otro día, el común de los médicos tiene una instrucción detestable, casi no es una instrucción médica. La disciplina científica de estos médicos es casi nula y sus pasiones, sus prejuicios, sus preocupaciones corren, a menudo sin freno como las de gentes extrañas a la medicina. Voy a citar un ejemplo perfectamente real del fanatismo verdaderamente inconcebible de que son capaces estos supuestos hombres de ciencia con todos los títulos de que los colma el doctor Paullier con amable complacencia.

Un médico inglés, cuyo nombre puedo dar, si se me pide, con ciertos títulos, los que tienen la mayor parte de los médicos ingleses comunes, decía que la vacuna no preservaba jamás de la viruela que cuando un individuo escapaba de la viruela era porque tenía armas con qué defenderse, que era su propia resistencia natural la que intervenía en ese caso, y añadió "Voy a probarlo". Y se embarcó para Sud Africa, donde había una formidable epidemia de viruela entre los negros, y dijo "Voy a volver tal cual voy". Fue realmente, tomó una espantosa viruela negra, y volvió todo derrengado, lleno de cicatrices, tuerto, sin parpados ni pestañas, sin voz y respirando difícilmente. Pues bien no había perdido su fe, siempre profesaba la misma doctrina. Yo pregunto si estos hombres pueden considerarse médicos. Tienen por lo menos una fe que se parece más al fanatismo religioso que a la ciencia. Deben tener, pues, una instrucción muy rudimentaria, al menos los del montón porque supongo que habrá numerosísimas excepciones, aun entre los médicos comunes. Esto no quiere decir que para opinar sobre la vacuna se necesite ser un sabio. De ningún modo. Todo médico puede tener sobre la vacuna una instrucción perfecta y decir sobre ella cosas nuevas y sólidas; pero

es necesario ser verdaderamente médico, es necesario tener una instrucción médica sistemática, perfectamente organizada

Pero, en fin, vamos adelante, el señor Paullier se ha empeñado en que yo discuta a Crookshank. Pues bien si él quiere, vamos a discutirlo

Crookshank ha escrito varios trabajos y sobre todo un trabajo voluminoso titulado "Historia de la vacuna", los demás trabajos, fuera de éste, puedo afirmarlos, no valen gran cosa. Es muy fácil aun en medicina, aun sin haber leído estos trabajos, saber exactamente lo que valen basta para ello recurrir a los textos y trabajos científicos que hacen autoridad, y casi siempre el trabajo que vale, el trabajo que tiene una idea propia original, que trae una contribución real a la riqueza de la ciencia, está citado inevitablemente. El más modesto de los médicos, si ha publicado un hecho nuevo puede estar seguro que su nombre está en todas partes y en todas las lenguas. En el movimiento vertiginoso de la ciencia moderna y en esta época de comunicaciones universales y fáciles, nada escapa al investigador que merezca ser conocido

Pues bien yo me he tomado el trabajo de revisar los artículos y tesis diversos sobre todos los asuntos de que trata el señor Crookshank, en las cuestiones ajenas a la vacuna, y no he encontrado su nombre en ninguno de los libros verdaderamente autorizados

Ahora en cuanto al tratado de la vacuna, hasta saber que su conclusión es contra la vacuna, y bien, recorramos, si quiere el doctor Paullier, el mundo en un minuto, y si quiere, en Francia, en Alemania, en Inglaterra, hay una plejada de sabios de primer orden a quienes la humanidad y la ciencia deben los más grandes servicios

Todos esos sabios, sin excepcion ninguna, son vacunistas

En Inglaterra mismo, los sabios altísimos y consagrados, como Lister, Horsley, Mackenzie son todos vacunistas sin excepcion ninguna. Se ve, pues, que ese hombre que no ha logrado convencer a nadie que sea verdaderamente serio y superior, no debe tener una grande autoridad en la ciencia

La autoridad la tiene sólo entre los antivacunistas, pero, como se ve no ha logrado penetrar en los centros científicos, ni convencer a los sabios que, como dije anteriormente, hablan horas y dias enteros sobre la vacuna y no se acuerdan de que Crookshank existe. Eso no pasa nunca con un hombre superior. Ese hombre se impone a todos los cerebros, abre todas las puertas, viola todos los conciliábulos y todas las consignas, y repito, se impone brutalmente a todas las inteligencias

Cuando un hombre, pues, de esta clase es completamente desconocido entre los verdaderos sabios de todas las naciones, es que su valor real es muy discutible y su autoridad en extremo sospechosa

Yo le pedía al doctor Paullier que me señalara un hombre consagrado, consagrado por la ciencia universal, que no fuera favorable a la vacuna, le pedía que me señalara, por ejemplo, un hombre como Lister. Que alguien pronuncie el nombre de Lister en una academia, en una reunión de hombres de ciencia y vera lo que pasa. todas las cabezas se descubren, todas las bocas alaban, todas las manos aplauden porque es uno de los más grandes benefactores de la humanidad, porque es un hombre verdaderamente superior, porque todos los hombres superiores se imponen

en el mundo entero, de una manera brutal e irresistible

Pronuncie el nombre de Crookshank responderá la indiferencia o el desden

Yo hasta aquí no niego ni afirmo nada por mí mismo constato simplemente un hecho universal

No me parece legitimo, y has'a me parece ligeramente ridículo que yo empiece a analizar aquí en el Parlamento el libro de Crookshank Es por eso que prefiero presentar a la Cámara el formidable análisis que importa la imperturbable indiferencia de los sabios Sin embargo, obligado por el doctor Paullier, diré sobre él algunas palabras, las menos que me sea posible

Es profesor, se dice, en un colegio de Inglaterra No sé lo que vale este título, no le concedo ninguna autoridad ni se la quito Paso, pues, sobre él, y voy a las obras

El libro de Crookshank tiene dos volúmenes el primero es el único que le pertenece, el otro es una serie de resúmenes de otros autores, y trata todo entero de la historia de la vacuna Lo que parece ser más esencial, y digo parece, porque el libro no es nada claro, hasta el punto que es preciso llegar a la conclusión para saber realmente si es favorable o desfavorable a la vacuna lo que parece ser más esencial en ese libro, son dos cosas

Primero trata de probar que la obra de Jenner y de sus inmediatos sucesores no es seria no es científica que arranca de una superstición y se funda en estudios que no son rigurosamente científicos Yo creo que esto no es verdad, yo creo que esto es completamente inexacto y enteramente caprichoso, pero no creo, por el momento deber discutir una cuestión con

plicada y que me llevaria demasiado lejos. Dire solamente que esto no prueba nada, que los mas grandes descubrimientos han tenido por ocasion un hecho al parecer, banal, insignificante. En realidad esto tal vez no es exacto. El hecho, lo que hace es suscitar el genio, despertar, traer a la luz una idea que duerme en gestación profunda y oscura.

Así por ejemplo, un sabio ha entrevisto una idea, al través de espesas nubes, sus contornos le aparecen vagos, inciertos, movibles, fugitivos, la idea resplandece un instante, luego se esfuma como un ensueño. Pero el pensamiento la persigue, se tiende, se agita, hierve, las ideas revolotean como confusos enjambres, se encuentran, se reúnen, se atropellan, pero la idea huye, nada se precisa ni se aclara — es siempre la fiebre del trabajo en la noche, en la sombra. Luego, cae una teja y se deshace el pavimento. El cuerpo se crispa, se cristaliza en una visión suprema, una chispa ha saltado en el interior del cráneo, la luz se enciende — se agranda — penetra en todos los rincones, todo se ilumina y resplandece — el cerebro es una aurora.

La gravitación universal ha sido hallada. Y esto que se produjo con la gravitación, se repite con otros inmemorables y fecundísimos principios fundamentales. nacen de un hecho vulgar y miserable y suscitan al genio grueso de ideas. ¿Y reniegan jamás estos grandes principios de su humildísimo origen? ¿Y fueron por eso menos grandes, menos comprensivos, menos ricos de grandiosas consecuencias?

Así, pues, esto en realidad no probaria nada. Si se quiere probar, hay que hacer el balance de las formidables masas de experiencia, como dice el doctor Simón, que nos ofrece la labor inmensa del siglo XIX. Si esto prueba la bondad de la vacuna ¿qué importan

los primeros pasos vacilantes del gemo que busca en las sombras? La otra conclusion es ésta que la vacuna es completamente distinta de la viruela hecho que pondría a la vacuna fuera de las condiciones de inmunidad fijadas por la ciencia moderna, pero ésta es una afirmacion sin pruebas por el momento

No hay todavia elementos de juicio rigurosos y absolutamente decisivos para llegar a una conclusion cientifica

Se podra solamente afirmar o negar en conciencia el dia que se descubran los microbios de la vacuna y viruela Es, pues avanzar sobre la evolucion de la ciencia hacer tales afirmaciones, a lo menos en mi opinion, pero, repito lo único que yo quiero dejar constatado aquí, es que ese señor no tiene en el mundo de la ciencia propiamente dicha, autoridad ninguna, que la autoridad la tiene solamente entre los antivacunistas No me atrevo a decir de una manera definitiva si merece o no el desprecio absoluto que la ciencia le consagra O mejor me atrevería sin vacilar, pero no tengo interes ninguno en negar absolutamente toda autoridad y todo merito a todos los antivacunistas Que haya uno o varios de cierta distinción de cierto mérito, eso cambia poco lo fundamental de la cuestion en debate

Metchnikoff He aquí un nombre de hombre un nombre de grande hombre Es uno de los mas grandes bacteriologos de esta epoca, es el hombre que ha levantado el velo sobre el misterio de nuestras defensas en las enfermedades infecciosas, el que nos ha hecho asistir a las luchas epicas, a las ba allas nipo leonilas al poema colosal que realizan todos los dias en la intimidad de los tejidos los infinitamente pequeños



Es el hombre que ha querido realizar el sueño o la adivinación genial de Goethe y ha querido dar al hombre una larga vida y una casi perpetua juventud — no sé si una perpetua ilusión

En tal caso el pensamiento es soberbio y de una magnífica audacia

El hombre, pues, me satisface plenamente y el testimonio también me satisface, y va a verse una cosa curiosa que yo esté completamente de acuerdo alguna vez con el doctor Paulhier

¿Qué dice Metchnikoff, en efecto? Dice que el microbio de la viruela y que el microbio de la vacuna no se conocen

Muy bien eso lo sabemos, estamos perfectamente de acuerdo con el doctor Paulhier y con el señor Metchnikoff.

Eso se encuentra, además, en cualquier manual de bacteriología y en cualquier manual de patología

Lo que yo no veo, lo que yo no comprendo es lo que esto tenga que ver con la cuestión de la vacuna obligatoria. Durante cien años hemos discutido si la vacuna es eficaz o no, sin conocer el microbio, y no hay nadie que haya pretendido que se suspenda por esta causa el debate

Así, pues, no veo la conexión que este hecho tenga con la vacuna

Creo que lo mismo habría sido citar a Cicerón o a Tácito

Pero, en fin el doctor Paulhier tal vez no se da cuenta de la manera como la cuestión de la vacuna está puesta

No tratamos de averiguar, por el momento, lo que la vacuna contiene, sino si ese líquido complejo que llamamos vacuna, inyectado o inoculado, es capaz de

producir todas las pestes y todas las enfermedades o si es completamente inofensivo si previene o no la viruela, y nada más que esto ¿O cree el doctor Paullier que no se pueden emplear las sustancias complejas, que es necesario conocer la esencia de las cosas para utilizarlas?

Pero esto es completamente contrario a la experiencia de todos los días

Desde hace muchos cientos de años, todos los hombres comen ¿Saben acaso lo que comen? Recién empiezan a saberlo ¿Les hacia falta semejante conocimiento?

De ningún modo

Sabian que esas cosas sostienen, nutren y engordan, y eso les bastaba

Pero hay más respecto de los agentes médicos A cada instante manejamos agentes complejos con un éxito absoluto, sin saber lo que contienen

Nuestros padres manejaban el opio con una habilidad extraordinaria no sabian lo que contenia, pero eso no les impedía realizar la obra divina, que decía Platón, de calmar el dolor humano

Manejabamos nosotros mismos, hace algunos años, con una perfecta seguridad, las hojas de digital, y con ellas hemos hecho volver a la vida a muchos corazones vacilantes

Nuestros padres no conocían la quinina, pero manejaban magistralmente la quina integral y con ella han salvado a muchos hombres de los horrores del chucho palúdico

Pero hay más. conocemos la rabia de una manera perfecta, conocemos su incubación, sus sintomas, su delirio, sus parálisis, sus construcciones, toda la evolu-

ción, su término funesto, aunque no conocemos el microbio

Pasteur ha manejado con una habilidad sorprendente, sin conocer el microbio, el virus rabico, ha estudiado de una manera precisa y matematica la enfermedad en los animales — sus lesiones y la localización del virus, ha creado el estupendo sistema de organoterapia que se conoce, sistema que ha librado a la humanidad de uno de sus mayores horrores, de una de sus mas sombrías pesadillas, descubrimiento que basta para la gloria de un hombre y aunque no fuera el creador de la bacteriología moderna, sería uno de los más benefactores de la humanidad

Ya ve, pues, el doctor Paulher, que se puede manejar un líquido complejo sin necesidad ninguna de conocerlo en todas sus intimidades

Pero hay mas el doctor Paulher nos cree más ignorantes de lo que somos

Si los antivacunistas aplicaran a una cuestion de pura ciencia otra cosa que la simple y pura fantasia y un sentimentalismo que ha hecho su tiempo, no desconocerian los hechos luminosos a que voy a referirme.

A ellos les basta con el éxito habitual de sus grandes frases de efecto “No violéis el cuerpo de mi hijo inyectándole un virus que va a ir por todos sus organos, que va a inundar todos sus tejidos, que va a darle todos los males, que va a herirle en las fuentes mismas de la vida, y después es un virus inmundos un líquido de putrefacción, de supuración asquerosa, cargado de gérmenes maleficos, cargado de ponzoñas mortales”, etc, etc

Yo no sé lo que los antivacunistas se imaginan cuando piensan en la vacuna Yo no sé lo que creen

que los médicos inyectamos, cuando inyectamos la vacuna ¿Creen, sin duda, que inyectamos algún virus terrible, de esos que la alquimia de la Edad Media fabricaba en sótanos sombríos o en cavernas iluminadas por luz roja o uno de esos venenos sutiles que los profesionales del siglo XV llevaban en redomas misteriosas colgadas al cuello, prontos siempre para los grandes hechos a que estaban destinados? ¿Creen, por lo tanto, que inyectamos sustancias como la famosa pasta infernal en que entraba la piel de víbora o sangre de vampiro, después de lo cual el cuerpo del infeliz paciente se caería a pedazos?

Yo no sé lo que ellos piensan pero a juzgar por sus gestos y por sus palabras vengadoras deben tener delante de los ojos espectáculos dantescos.

Peró esto prueba solamente la ignorancia o la mala fe de los antivacunistas, porque si conversaran un poco con los hombres verdaderamente instruidos, no ignorarían que la vacuna es un líquido simplísimo y que nada contiene de misterioso, que en rigor, nos es tan conocida como el agua de nuestras fuentes o como los vinos de nuestras cepas.

Peró, como, dirá el doctor Paulhier ¿conocéis el microbio? No lo hemos visto, no lo hemos coloreado, pero sabemos su historia como si la hubieramos leído en un libro y sabemos además, que contiene solamente microbios de la vacuna y bacterias inofensivas y que no contiene ninguna otra cosa capaz de dañar al organismo.

Peró ¿por qué análisis milagroso? dirá el doctor Paulhier. Por una cosa más milagrosa que todos los análisis: por el proceso, por la evolución por la corriente de la bacteriología moderna esa ciencia maestra, esa ciencia poderosa, esa ciencia que, al marchar,

deja tras sí un reguero de ideas grandes y nuevas, de esa ciencia que, nacida ayer, ha creado ya un mundo.

¿Que dice pues, la bacteriología? La bacteriología ha descubierto un gran numero de microbios Pero es inútil enumerarlos, casi todos los de las enfermedades conocidas, la neumonia, la tuberculosis, la fiebre tifoidea, la sífilis, etc etc

Pero no sólo los ha descubierto, sino que ha determinado, con una sagacidad y un rigor absoluto el ciclo entero de su vida pasando al través de nuestro organismo

Tomemos un microbio que vive en el exterior en condiciones diversas

Lo lleva el agua, lo lleva el aire, lo lleva un cuerpo solido cualquiera, al contacto de nuestra piel o de nuestras mucosas Penetra, primero, se repliega sobre sí mismo, se esconde entre las células, permanece silencioso durante un cierto numero de dias, dos, seis, ocho, diez, etc, muy variables segun los casos

Se prepara para el ataque Luego, se multiplica y se lanza al asalto de nuestras celulas

Los fagocitos, segun nos lo ha hecho conocer Metchnikoff, lo han presentido, y se preparan esperan en orden de batalla, en columnas, en avanzadas en protecciones, etc Los microbios lanzan las cascadas de sus ponzoñas Los leucocitos o los fagocitos contestan y así la batalla se empeña, avanzan los microbios los proyectiles nada han hecho Se acercan, se tocan, casi, es el cuerpo a cuerpo, es el abrazo mortal

Todo esto, que es lo que pasa en realidad en nuestro organismo, se revela por lo que se llama enfermedad, es decir, el delirio, la fiebre, el agotamiento de las fuerzas, etc

Bien la lucha continúa así un número variable de días Después todo acaba, poco a poco la fiebre desaparece, las fuerzas renacen, el delirio cesa

¿Qué ha pasado?

Ha pasado simplemente que los fagocitos han devorado a los microbios ¡es el triunfo de la vida! Otras veces, al contrario el delirio llega hasta el embrutecimiento, la fiebre sube, las fuerzas decaen y se extinguen

¿Que ha pasado? Que los microbios han destruido a los fagocitos ¡es el triunfo de la muerte!

Tal es el proceso, en sustancia, de la vida de los microbios pasando a través de nuestro organismo, y este ciclo es una ley, una ley incommovible, una ley que no tiene excepción ninguna, una ley tan invariable como es la ley que expresa la evolución de la vida humana los hombres nacen, se nutren, crecen, se reproducen, mueren

Y esta ley no tiene excepción ninguna, ni puede tenerla, ni la tendrá jamás porque es la síntesis del hombre Pues bien tan segura como esta ley, es la ley que determina el ciclo biológico de los microbios a través de nuestro organismo.

Ahora bien lo que pasa con un microbio pasa con todos mutatis mutandis Esta ley se cumple en todos los casos, se cumple en todas las enfermedades infecciosas Tenemos una enfermedad infecciosa cuyo microbio no se ha descubierto la escarlatina

Pues bien potentes, luminosas e irresistibles analogías nos prueban claramente que el microbio de la escarlatina se comporta como todos los demás y conocemos de antemano su historia

¿Qué hace? Vive en el exterior en formas diversas llega a nuestra piel, a nuestras mucosas, penetra en el

organismo, se repliega sobre sí mismo, se prepara para el ataque y luego avanza los fagocitos esperan, es la lucha y la expresión de esta lucha es la escarlatina, es decir, la coloración roja de la piel, el mal de garganta, fiebre, etc. No quiero hacer aquí la descripción. Luego, al cabo de un cierto número de días, todo desaparece es el triunfo de la vida, o todo se extingue es el triunfo de la muerte.

Y esto, aun cuando no se ha descubierto el microbio de la escarlatina, lo sabemos con una precisión matemática absoluta, esto es lo que pasa y lo que debe pasar, de toda necesidad.

Ahora bien la vacuna es una enfermedad infecciosa, la vacuna encaja en las enfermedades infecciosas, la vacuna sigue todas las leyes de las enfermedades infecciosas y, por consiguiente, tiene un microbio que obedece a las leyes del ciclo vital como los demás microbios.

¿Qué hace este microbio? Vive en el exterior en diferentes formas, después llega a la piel, generalmente inoculado, se repliega sobre sí mismo, vive cuatro o cinco días en silencio, luego se lanza al ataque de nuestras células, la lucha se empeña y se exterioriza por síntomas que todos conocen un poco de fiebre, a veces una pequeña aureola roja en el brazo, la pústula, etc. Es la enfermedad llamada vacuna, enfermedad que acaba siempre por el triunfo de los fagocitos, por el triunfo constante e invariable de la vida.

Por consiguiente, llegamos a esta conclusión la vacuna tiene un microbio cuyo ciclo completo conocemos de una manera perfecta, lo mismo que si lo hubiéramos coloreado. Sabemos, pues, que la vacuna contiene microbios de vacuna y sus toxinas, y si la cultura es pura, podemos decir que es completamente inoculada.

fensiva ¿Por qué? Porque lo demuestra una experiencia secular, demuestra que la vacuna típica no es jamás grave, que si la vacuna puede ser más o menos seria, eso es debido a la mala preparación y a las infecciones secundarias. Por consiguiente hay en el virus vacuna una cultura pura de microbios de vacuna, pero esa cultura ¿es siempre pura? ¿No tiene otras bacterias? ¿No tiene otras toxinas? Y bien podemos asegurar — en tanto que la ciencia permite asegurar estas cosas — podemos asegurar que no tiene más que microbios de vacuna cuando es legítima, cuando es bien preparada, cuando se inyecta en la hora oportuna.

¿Cómo lo sabemos?

Por los procedimientos mas infalibles de la bacteriología, por los procedimientos que ha creado la bacteriología moderna, por los procedimientos de que han nacido los más grandes descubrimientos medicos de que nos enorgullece nuestra época, lo sabemos por la cultura, lo sabemos por las inoculaciones en los animales, lo sabemos por el examen directo en la platina de nuestros microscopios, y así podemos asegurar que no tiene microbios de ninguna enfermedad de las que existen en el mundo, que son todas las que actualmente conocemos y curamos, que no tiene bacilos de tuberculosis, que no tiene bacilos de fiebre tifoidea, que no tiene nada absolutamente. Y entonces ¿qué tiene? Si no tiene ninguno de estos bacilos, no tiene más que el microbio de la vacuna y algunas bacterias inofensivas. Esto también se ha podido comprobar.

De suerte que, como he dicho antes, la vacuna en realidad, no sólo es inofensiva, sino que es tan conocida como el agua que bebemos, que la vacuna bien preparada e inyectada a su hora, en resumen, no con-



tiene sino germen de vacuna y bacterias inofensivas que no tiene ningún germen ni ninguna sustancia misteriosa, que todo es claro y limpio en la composición de la vacuna

Y esto resulta demostrado, no ya por la experiencia directa, que podría ser contestada, sino por todo el proceso de todo el movimiento de la bacteriología moderna, resulta como una conclusión casi matemática de principios biológicos que tienen la misma firmeza, la misma inmutabilidad que el principio de la gravitación universal

De esta manera, la ciencia demuestra por los principios lo que ya la experiencia ha demostrado por otros caminos más cortos, pero menos seguros y más sujetos a caprichosas contestaciones

Así, pues si esto es así, si la ciencia responde de esta afirmación ¿en qué quedan las blasfemias de los antivacunistas? Son, para mí, fruto, como dije antes, de la ignorancia en los legos, de la mala fe en los instruidos, y en ciertos espíritus muy nobles, instruidos o legos, de una sensibilidad excesiva, que ponen siempre un grano de fanatismo en las más puras cuestiones de principios

Pero esas acusaciones deben cesar, o mejor, que no cesen. Los antivacunistas pueden dar rienda suelta a sus fantasías enfermas, yo no aspiro a curarlos, yo no aspiro a convencerlos. ¿Se convence, acaso, la pasión en delirio? ¿Calman las palabras de los hombres las furias del mar desencadenado? Yo hablo a los hombres serenos e independientes de esta Cámara y les digo un hecho que es una deducción directa de los más altos, de los más fijos, de los más inmutables principios de la biología, un hecho que está demostrado por los procedimientos más rigurosos de la ciencia mo-

derna, este hecho ¿puede negarse? No, sin negar la ciencia, y la ciencia no se deja negar, porque la ciencia es realidad viviente, realidad brutal realidad que aplasta, porque es realidad la radiología, porque es realidad el vapor, porque es realidad la electricidad, porque es realidad esa portentosa higiene moderna, que aspira, en su audacia generosa, a suprimir el dolor y a vencer casi a la muerte

Sin la ciencia ni los individuos ni los pueblos pueden dar un paso, porque la ciencia es el instrumento mas formidable de las sociedades modernas

Así pues, la vacuna no contiene mas que vacuna y no contiene nada extraño ni misterioso, todo cuanto contiene es claro, sano y benefico y esto sólo pueden negarlo los que niegan la luz que deslumbra, los que niegan los ruidos que atruenan los aires, los que niegan el hierro que hiere su piel y desgarras su carne

Ahora tal vez, seria preciso considerar la estadística que ha presentado el doctor Pauller Esa estadística establece en resumen lo siguiente

En el siglo pasado, 1760, la mortalidad por viruela era, segun Tissot, de 15 % En el siglo presente, en algunos hospitales ingleses llega a ser, en ciertos casos, hasta del 83 %

El argumento parece decisivo, el argumento, sin embargo, no vale nada

Primero, esa estadística es falsa, completamente falsa ¿Por que? Porque en el siglo pasado, en Inglaterra no habia registro mortuario Si no se conoce el numero de muertos ¿cómo, pregunto yo, se puede conocer el numero de enfermos? Mas ese número de enfermos era imposible conocerlo, porque la viruela era en esa época una enfermedad tan común y banal como un resfrío, y por un resfrío no se llama a los

médicos, de suerte que los médicos seguramente no asistirían a la inmensa mayoría de los enfermos de viruela, y eso falsea completamente toda estadística, como se ve

Ademas, había un gran número de casos de viruela en individuos que habían sido inoculados, viruela infinitamente más benigna que la viruela espontánea, lo cual falsea también la estadística, pero sobre todo, el hecho capital es que no hay estadística general, que eso tendría que ser una estadística personal privada, muy limitada, y por consiguiente, sin valor alguno

Pero aunque fuera exacta, porque por otro camino se pudiera demostrar también que es exacta buscando estadísticas de otros países, no en Inglaterra, suponemos que fuera exacta entonces sucede que en el siglo pasado en 1760 muere el 15 % y en este siglo muere el 83 %

¿Por qué esta diferencia tan enorme?

Estamos en la época de la vacunación. Pero hasta ahora nadie ha sostenido que la vacunación agrave la enfermedad porque eso sería un puro delirio, y ni siquiera discutiríamos con quien sostuviera semejante cosa

Prescindamos, pues, de la vacuna y entonces tropezamos con este hecho enorme en el siglo XVIII muere el 15 % y en el siglo XIX el 83 %

Quiere decir que hay una causa que separa el siglo XIX del siglo XVIII, y esta causa no puede ser la vacuna, porque la suponemos completamente inútil

Quiere decir que no se puede comparar en materia de mortalidad de viruela dos épocas distintas, que eso es simplemente absurdo

Ademas, la estadística de Tissot es una estadística media, y no se puede comparar una estadística media

con una estadística de epidemias porque durante las epidemias la mortalidad es infinitamente mayor que en los casos comunes, más no se puede ni siquiera comparar dos epidemias, porque las epidemias tienen una gravedad muy distinta según los casos y a veces por excepción, una mortalidad menos que en los casos comunes.

Yo he visto, personalmente una epidemia de cien enfermos en un batallón, todos los casos fueron benignos y ninguno estaba vacunado hará de eso veinticinco o treinta años, lo que prueba que a veces las epidemias son excesivamente benignas mientras que en otros casos son excesivamente malignas. Quiere decir, que no solamente no se pueden comparar dos épocas distintas, separadas por un siglo, sino que ni siquiera se pueden comparar dos epidemias del mismo año. Todas estas comparaciones no llevan a conclusión ninguna utilizable.

Pero hay más supongamos que se puedan comparar épocas tan distintas. Lo único que sería útil saber es esto en esta época de vacunación cuantos sobre cien muertos, estaban vacunados, y cuantos no, basta que hubiera cincuenta no vacunados para que ya la estadística estuviera falseada por completo.

Además, se necesitaría averiguar también de que clase de enfermos se trata pues a los hospitales van generalmente los enfermos más graves, si los individuos habían perdido la inmunidad de la vacuna después de muchos años, o si la conservaban todavía activa.

Todas estas cosas sería necesario saberlas, todas esas cifras sería necesario conocerlas, de otra manera no demuestran nada, son inútiles y si el doctor Paulier no fuera abogado, no habría presentado esta es

estadística en la forma que lo ha hecho, forma en que es absolutamente nula

Otro antivacunista ha presentado esa misma estadística, pero con más habilidad, aunque no demuestra nada de ningún modo, porque no se pueden comparar épocas tan distintas del siglo XVIII, época de variolización e inoculación, y el siglo XIX, en que semejantes prácticas han desaparecido

A otra cuestión voy a consagrarle algunas palabras

El doctor Paulher acusaba a la Comisión de falta de lógica. El Poder Ejecutivo, dice el doctor Paulher, ha sido perfectamente lógico cree que la vacuna es útil y necesaria, y la impone por la ley, pero la Comisión, creyendo que la vacuna es útil y necesaria la impone solamente a la infancia o en los primeros años de la vida. Hay en esto, dice el doctor Paulher, una contradicción, una falta de consecuencia evidente

Yo le dije entonces, resumiendo mi opinión en una interrupción, que era con el objeto de vencer las resistencias, y esto le dio al doctor Paulher motivo para una tirada sentimental que pudo conmover a la Cámara “¡Ah! vacunáis a los niños, porque los niños no pueden resistir no vacunáis a los adultos, porque tienen biceps poderosos y pistolas para defenderse, porque pueden resistir victoriosamente”

¡Pero eso es una monstruosidad! El doctor Paulher, que es un abogado distinguido, debería conocer la cuestión legal, por lo menos, de la vacuna, que desconozca la cuestión científica, nada más natural

El señor doctor Paulher no sabe que no se trata de resistencia física, que nunca se va a vacunar a un niño a viva fuerza, que lo que se hace es imponer una simple multa al padre; pero que el niño queda intangible, inviolable, en todos los casos. y si los niños

resistieran, ¿acaso no resistirían más violentamente que los adultos? Es que detrás del niño está el padre, cualquier padre será capaz, por poco que se le fustigue, de entregar su brazo al vacunador oficial pero si se trata de su hijo, si cree que se le va a inyectar un veneno formidable, el padre se pondrá enfrente del vacunador y éste comprenderá que no llegará al niño sin una lucha llena de consecuencias y seguramente retrocederá.

Los niños ofrecen una resistencia física tal vez mil veces superior a la del adulto, pero no se trata de resistencia física, se trata puramente de resistencia moral.

Ahora queda la acusación de falta de lógica.

La Comisión ha carecido de lógica, dice el doctor Paulhier, puesto que creyendo que la vacuna es buena absolutamente, no la impone sino a la infancia. Si, señor, ha carecido de lógica, yo lo confieso francamente. Pero es que yo creo que en este caso llevar la lógica al extremo sería un grave error.

En realidad, los hombres en cuestiones como éstas, en cuestiones de política y de legislación, deben ser eminentemente flexibles.

La política, como la sociología resultan de una serie de transacciones entre el ideal y la realidad, la materia de las leyes es el pueblo, y hay que acomodar, ajustar la ley a las cualidades del pueblo sin virtudes y sin defectos, sin pasiones y sin fanatismos. Y es por eso que nosotros descendemos de la altura de nuestros principios, transigimos con la realidad y buscamos una ley de vacunación que provoque la menor resistencia posible porque de esta manera, los resultados serán infinitamente más beneficiosos. Puede ser que vacunemos a un 80 % de los niños con esta medida, y si

la ley fuera estricta, brutal, rigurosa, es posible que no vacunáramos a un 50 %

Por consiguiente, todas las exigencias de la política y de la sociología imponen, a cada instante de la vida de los pueblos, estas inevitables transacciones

Por lo demás, está en mi trabajo de 1891 tratada esta cuestión minuciosamente

Yo no quiero imponer a la Cámara la lectura de una o dos páginas, pero allí está tratada la cuestión de una manera completa y en todas sus fases, pueden leer los que quieran la página 195, pues yo no quiero imponer a la Cámara la molestia de una larga lectura.

Ahora, el otro reproche se refiere a limitar la vacunación a la infancia.

Con el permiso de la Cámara voy a dar lectura de esas páginas de mi trabajo

“Las consideraciones que anteceden muestran bien claramente que bajo el punto de vista de los principios que dominan esta grave cuestión de higiene pública, vuestra Comisión está completamente de acuerdo con el señor diputado Pérez, y os aconsejaría sin vacilar, la sanción en general del proyecto que le pertenece. Pero, en cuanto a los detalles, a la traducción en ley del principio de la obligación, vuestra Comisión tiene el sentimiento de diferir en opiniones con el señor Pérez. El proyecto de nuestro honorable colega tiene el defecto de una excesiva severidad en la aplicación de los principios científicos. Es sin duda la realización de un ideal a que todos aspiramos, pero la realización neta, brutal y simple, y como sucede siempre que los ideales abstractos quieren aplicarse a la vida de una manera demasiado absoluta, ese

proyecto tal vez justo y bueno de un punto de vista científico, es irrealizable e inutilmente atentatorio de un punto de vista práctico. Es que las leyes para ser fecundas, han de amoldarse al nivel intelectual del pueblo, traducir directamente sus grandes necesidades, sus grandes aspiraciones. No es el principio el que da la ley es la realidad, es la sociedad con sus creencias tradicionales y sus anhelos de progreso, con sus amores y sus cóleras, con sus miserias y sus grandezas y si es permitido perfeccionar a las naciones por medio de leyes que se anticipen a los tiempos en que han de regir, es necesario que la experiencia si no ha de ser peligrosa se contenga dentro de límites insalvables”

Aquí están los principios. Sigue este capítulo tratando de la cuestión

Así, pues, esa cuestión es simplísima y está completamente resuelta

El otro reproche que se nos hacía es el de limitar a la infancia, la vacunación. Eso también ha sido tratado plenamente en el informe y tratado en condiciones especiales, cuando esta cuestión no se conocía tan perfectamente como se conoce ahora

La razón capital que yo tenía es que el Estado comparte con el padre la patria potestad, y la comparte de una manera indudable. No voy a imponer tampoco la lectura de dos o tres páginas a la Cámara

Yo me fundaba, naturalmente, en que el Estado toma al niño y lo hace instruir obligatoriamente y ejerce sobre él otros actos de paternidad evidentes. Ahora la cuestión ha cambiado, no sólo se han votado leyes limitando la patria potestad, sino que el derecho del Estado en formar el alma del niño se ha acentuado extraordinariamente desde aquella época



Mr Lefort, por ese tiempo, decia precisamente "Vos no podéis tomar el cuerpo del niño, como no podéis tomar el alma"

El cuerpo se le toma todos los días para la guerra y no para vacunarlos solamente, sino para destrozarlos En cuanto al alma, se la toma toda entera puesto que en Francia se ha dictado una ley de laicizacion de la enseñanza

Las escuelas eran un semillero de enemigos de traidores a la Republica, y el Estado, a pesar de las creencias de los padres, quiso hacer de los niños pequeños republicanos, y les impuso la instrucción laica

Se ve, pues, que el Estado tiene grandes derechos aun sobre el alma del niño, pero yo no quiero discutir ahora esta cuestion, en la discusion particular, con motivo del artículo 1º vendra la oportunidad Entonces, si ella fuera impugnada, yo volveré sobre este asunto, y si no yo, alguno de los distinguidos abogados que componen la Comisión, mas competente que yo en estos asuntos legales Es claro que en la cuestion legal me pasa a mí lo que le pasa al doctor Pautier en la cuestion médica tropezaré a cada instante con dificultades insuperables Afortunadamente tengo buenos asesores y espero que me sacarán de cualquier apuro

Quedaria todavía un inmenso número de cuestiones que tratar

Este asunto es interminable y podria durar veinte sesiones, pero, repito, yo quiero limitarme, porque añadir nuevas pruebas seria, como dije antes, inútil y fastidioso Además, combatir objeciones que no se han hecho en esta Camara, me parece poco oportuno

Si alguien las hiciera en las siguientes sesiones, entonces volveré sobre este punto y trataré la cuestion

con la extensión que el caso requiere iré tan lejos como me lleven mis adversarios, sin retroceder ni un instante

Por el momento voy a terminar

Me queda sólo una última pequeña cuestión que tratar, y ésa sí es indispensable que la dilucide en este momento

Yo tengo una fe profunda en la vacuna, y no es una fe que se expanda en vanas palabras; es una fe que sufre todas las pruebas y va adelante de todos los peligros

Tengo una hija única y me acompañaba a hacer mis visitas a mis variolosos en la última epidemia ¿Qué tenía que temer? La había vacunado Y no es una fe de sentimiento se funda en treinta años de observación y estudio, es por eso que no soy fanático, y es por eso que voy a hacer algunas pequeñas concesiones a mis adversarios, para ponerme en su terreno, para batirlos con sus propias armas

Voy a suponer que haya diez o doce hombres de ciencia en el mundo que nieguen la vacuna — hombres de ciencia serios Bien pero esto lo acuerdo como hipótesis y no de otro modo, porque no es de ninguna manera mi opinión real

Los antivacunistas me impresionan mal, el sistema me parece de una fragilidad insanable, sus estadísticas, arregladas con más ingenio que solidez, sus razones, más sutilezas que verdaderas razones y su buena fe, muy a menudo contestable

Pero no es eso lo que me impresiona más lo que más me impresiona es la indiferencia, es el desprecio con que la verdadera ciencia la ciencia universal, trata a los antivacunistas, pero, en fin, pasemos sobre todas estas cosas y supongamos que haya diez o doce hom-

bres de ciencia serios y respetables que estén contra la vacuna. Como los demás están a favor, resultaría que hay sobre este asunto disidencias, que hay opiniones encontradas.

Ahora bien. ¿es ésta una razón para que la vacuna sea descartada, para que la ley se considere injusta o atentatoria? Yo no lo creo de ningún modo, y voy a demostrarlo.

Las leyes tienen, en cada época de la historia, su base en el alma de los pueblos, en la ciencia y las controversias de los sabios, el arte, las costumbres, las creencias, las supersticiones, todo lo que emana de la vida y del movimiento de las sociedades, y se condensa en esta palabra: civilización.

En otros términos, la civilización integral es la base de las leyes en los diversos momentos de la historia.

Las civilizaciones sucesivas dejan tras sí un saldo de ideas definitivas, que quedarán, como faros eternos alumbrando la ruta del hombre, a todas las demás se las traga el abismo sin fondo de la historia, y quedan como ejemplos de grandes errores y lamentables caídas, pero aquellas verdades y estos errores formaron, en su síntesis de una hora, la trama de las leyes. Quiere decir que no hay error, que no hay iniquidad, que no hay injusticia que no haya sido artículo de leyes vividas.

Licurgo hacía arrojar a los débiles y a los deformes de la roca Taigetes. Los romanos han ultrajado la naturaleza humana en los miserables esclavos, pasto de las fieras del circo. La Edad Media ha legislado las mayores injusticias y las más abominables desigualdades, y en la época moderna, la propiedad, base, piedra angular de las legislaciones históricas, empieza a con-

moverse y se entrevén ya días mejores para los eternos ilotas

Hav, pues, necesariamente leyes injustas en cada época de la historia, porque cada época ha de hacer sus leyes con el lote de civilización que le cae en suerte. La ciencia, el arte, las creencias, las costumbres, son, en un momento dado, limitadas, rudimentarias, bárbaras, impuras. Más tarde, la ciencia sera más grande el arte mas elevado, las creencias mas racionales y las costumbres mas puras pero no se puede precipitar el curso de los tiempos y los pueblos se ven, por consiguiente, delante de este dilema ferreo o hay leyes injustas, o no hay leyes, o hay leyes injustas, en parte al menos, o no hay leyes

Así, pues leyes injustas pero orden, movimiento y vida, o no hay leyes, y entonces es la anarquía, es la inmovilidad es la muerte

Ahora bien por no tolerar un grano de injusticia fatal en las leyes ¿vamos a pararnos, a morir? ¡No! ¡Hacia adelante, hacia la cumbre hacia la luz, con el dolor con la miseria con todos los males inevitables que son el gaje del progreso y con el estigma de nuestra raza! Tal es el grito de la humanidad en todas las edades, y así va cumpliendo su oscuro destino en las jornadas de la historia

Ahora, descendamos de estas alturas y vengamos a esta cuestion mas terrena y mas palpitante de la vacuna

Hay disidencias, como he dicho, como he supuesto por hipotesis, sobre la vacuna. Hay unos pocos que la atacan, aunque la ciencia la defiende. Ahora, pregunto otra vez ¿es esta una razón para que la ley sea desearada para que se la considere injusta o atentatoria? De ningún modo si esto fuera así, no habría

lev ninguna de base científica, porque sobre todas las cuestiones de ciencia hay controversias entre los sabios. No habría leyes sobre cuarentenas, desinfecciones, aislamientos, supervivencia, infanticidios, suicidios, responsabilidad penal, etc., etc, porque sobre todas estas cuestiones no está la ciencia plenamente de acuerdo Pero esas leyes son necesarias, indispensables, absolutamente indispensables, y entonces ¿que hacemos? No hay más que un camino consultar la ciencia universal, la civilización del momento, tal cual resulta de todas las oposiciones y de todas las armonías de los sabios Pero ¿cómo averiguarlo? Indagando cuál es el pensar de los hombres de ciencia, de los primeros, de los mas grandes, de los mas preclaros, indagando cual es el pensar de las Facultades, de las Academias, de los Consejos, de las sociedades medicas que, en su conjunto personifican y encarnan la ciencia y la civilización universal en este momento histórico

Pero ¿cómo averiguarlo? Nosotros no tenemos cómo, los Parlamentos y los Gobiernos no tienen cualidades para hacerlo porque son completamente incompetentes en cuestiones de ciencia pura, en cuestiones de medicina Pero cada Estado tiene sus Consejos, tiene sus Academias, sus Facultades, que, en pequeño, representan la ciencia universal, a la cual siguen, sirven y se amoldan Los Consejos, las Academias y las Facultades deben, pues, dar a los Parlamentos las bases de las leyes científicas las bases que son la resultante de todas las oposiciones entre los sabios y que son la expresion de la ciencia universal y la civilizacion de la época El Estado no puede hacer más que seguir a sus conclave científicos, que son sus consejeros naturales, el Estado no puede tomar en cuenta las disiden-

cas, no ya cuando son escasas y sin autoridad como en la vacuna, sino cuando sean numerosas y respetables ¿Por qué? Porque no tiene competencia para dirimir las cuestiones que dividen a los sabios, que dividen a los medicos, de otro modo las leyes serian imposibles, los gobiernos estarían condenados a la inmovilidad y harian correr al pueblo los mayores peligros. O los Gobiernos siguen a sus cuerpos sabios sin mezclarse en oscuras y complicadas controversias o renuncian a la acción, que es su destino y su fuerza, para convertirse en una banda de ergotistas estériles, que hablan de lo que no entienden, mientras que las enfermedades, las miserias y la muerte pasan sobre los pueblos

Un buque llega cargado de coléricos al puerto, las Academias, los Consejos, las corporaciones públicas, le dicen, le gritan, le imponen al Gobierno que lo detenga porque ese buque trae la desolacion y la muerte. Unos cuantos extraviados le dicen abridles las puertas, son inofensivos ¿Qué va a hacer en esta alternativa el Gobierno? ¿Va a seguir la opinión, las voces perdidas de unos cuantos desorientados? ¿Va a condenarse a la inmovilidad musulmana, mientras el desastre avanza? ¡No! seguira a sus Consejos, a sus Academias, a sus Facultades, y mandara al buque a la desinfección y a los enfermos al lazareto

Hacer otra cosa, seria pura demencia

En efecto, deteniendo al buque, siguiendo a sus consejeros científicos, se conforma con lo que es la regla y la norma universal en las naciones civilizadas en las mas grandes como en las mas pequeñas, en las mas cultas como en las mas atrasadas, sin excepción ninguna, ni en ningún tiempo. Es que se trata de un principio orgánico y absolutamente fundamental, de un

principio de buen gobierno, de un principio vital e irrevocable, tan necesario, tan indispensable como el Poder Ejecutivo, el Parlamento o la justicia un principio que es la característica misma de toda civilización y sin el cual no se concibe ni se comprende una nación moderna

Pero, se dirá entonces "la ley puede resultar injusta" No en un caso como la vacuna, porque el consenso de los sabios es universal, pero aunque así fuera ¿no es una ley sociológica la más alta, la más permanente, la más inevitable, que los pueblos, en la necesidad suprema de marchar y de vivir, deben resignarse a veces a legislar injusticias? Los pueblos no pueden, como Hamlet, detenerse ante el peligro a escudriñar los secretos motivos de la acción

Oyen a la ciencia, ven la ancha vía iluminada que la ciencia les señala, y entran en ella seguros, confiados y resueltos, porque saben que toda debilidad es una falta, acaso un crimen

Los pueblos y los parlamentos, no pueden, pues, hacer otra cosa que seguir a sus cónclaves científicos que son sus consejeros naturales, hacer otra cosa, sería demencia, ruina, muerte, desastre

Ya ve, pues, el doctor Paulier, que en este proyecto no podemos consultar a Wallace y sus secuaces que si tal cosa hicieramos seríamos la risa del mundo y nos pondríamos fuera de la civilización de esta época y de todas las épocas

Seamos, pues, de nuestro tiempo

Votemos esta ley que nuestro tiempo aconseja votémosla con la conciencia tranquila, con la seguridad de que cumplimos un grave y noble deber. Jamás ley alguna tuvo base más ancha en la ciencia de su época, nos lo dicen las voces que llegan de todo el

mundo, nos lo dicen nuestros cuerpos médicos, nos dicen que todos los sabios, los primeros del mundo, los mas grandes, los más serenos, aquellos a quienes la humanidad debe los mas ilustres servicios que todas las Academias, sin exceptuar una sola que todos los Consejos, sin exceptuar uno solo, que todas las Facultades, sin exceptuar una sola que todas las Sociedades Médicas, sin exceptuar una sola, declaran que la vacuna es un hecho definitivo que la vacuna es una de las mayores conquistas de la humanidad en todas las edades, nos dicen que la vacuna es eficaz que es inofensiva, que la vacuna es necesaria. Y esa es la ciencia que habla se la reconoce a signos inequívocos.

Y entonces ¿hemos de escuchar las voces aisladas que se pierden en el clamor de la ciencia, esas voces aisladas que estan contra la ciencia, que estan fuera de la ciencia, exteriorizadas por sus órganos mas conspicuos, nobles y más autorizados? ¡No!

¿Buscáis ejemplos?

Las naciones mas grandes del mundo las que estan a la cabeza de la ciencia y de la civilizacion, han votado leyes de vacunacion obligatoria y esas naciones, las mas serenas, aquellas en que el derecho es mas respetado aquellas en que la verdad es mas luminosa, aquéllas en que la justicia es mas pura, aquellas en que la piedad es mas grande y comprensiva ¿esas naciones se habrían unido para atacar la libertad y violar los derechos de la conciencia humana? No, no puede ser.

Pero ese consenso de las naciones es una nueva prueba de que la ciencia y la civilizacion universal aconsejan la vacuna, imponen la vacuna, y entonces ¿nos hemos de resistir a lo que es como un movimiento de nuestra propia vida y de nuestra propia fuerza?



Ni los individuos, ni los pueblos pueden ponerse enfrente de sus destinos los primeros caeran vencidos en la lucha por la existencia, porque han hecho abandono de su fuerza, los pueblos seran los ultimos en la inmensa columna humana que marcha hacia el progreso

He dicho \*

\*  
\*\*

*Sr Soca* — Aunque ése es el procedimiento correcto y honroso para la Cámara, ese documento lo han publicado varios diarios, exponiéndose a una acusación criminal que vendra sin duda para "L'Italia" diario que me merece consideración y respeto. En cuanto al otro, propagador oficial de mentiras y calumnias, no sé si me resolveré a dispensarle semejante honor. Los rozamientos con ciertos individuos, sean ellos los que fueren, me inspiran una repugnancia instintiva y casi estética

---

\* Las expresiones del Dr. Francisco Soca respecto del Profesor Ruatta determinaron a éste a dirigir una comunicación a la Cámara de Representantes de la República cuyo Presidente dio cuenta de ella en la sesión del 9 de mayo de 1911.

La Mesa debe dar cuenta a la Honorable Cámara que días pasados recibió una comunicación del señor profesor Carlos Ruatta, de la Universidad de Perugia defendiéndose de algunas apreciaciones formuladas en Cámara por el señor diputado doctor Soca durante la discusión del proyecto de vacunación obligatoria. Como en esa comunicación figuran varias expresiones ofensivas para el señor diputado Soca, la Mesa consideró de su deber, cumpliendo un precepto reglamentario no dar curso a esta exposición e invitar al señor Ruatta a que modificara los pasajes agresivos de su petición y los redactara en terminos parlamentarios a fin de poder decretar el trámite correspondiente. Cumple la Mesa con el deber de dar cuenta de su conducta en este asunto y someterla a la consideración de la Cámara. Si no se hace uso de la palabra se va a votar. Si se aprueba el proceder de la Mesa en este caso.

Los señores por la afirmativa, en pie Afirmativa

A continuación, el Dr. Soca hizo una exposición que complementa su discurso sobre la vacunación obligatoria

Por estos motivos y a pesar del rechazo del escrito del señor Ruatta, yo creo que condna el derecho no de hacer un gran discurso, sino de decir cuatro palabras sobre este asunto

Sin querer, para nada, modificar la conducta adoptada por el señor Presidente que la Cámara ha aprobado, pedina a esta que me permitiera decir algunas pocas palabras al respecto. No ocupare mas de diez minutos la atención de la Cámara

No me parece que yo deba hacer una exposición completa, porque al fin y al cabo el asunto es como va a verse muy simple y así es que renuncio a leer el discurso que tengo en mi bolsillo pero me parece natural, tratándose de ataques de esa naturaleza, que la Cámara oiga algunas breves explicaciones que yo quiero dar

*Sr Presidente* — Si no hubiera oposicion, quedaría autorizado el señor diputado Soca para pronunciar las palabras a que se ha referido

Queda autorizado el señor diputado

*Sr Soca* — Ese documento, que todos conocen, es de una fragilidad y de una ligereza inconcebible en quien pretende en términos enfáticos ser un grave hombre de ciencia

Se funda todo él en un error de interpretacion o de lectura y bastará apenas tocarlo para que se desmorone como un castillo de naipes. Y no quedara bien parada la conciencia científica y literaria de este famoso señor Ruatta que sin respetar las bases y los motivos de mis afirmaciones se entrega a proccidades indignas de sus años

Yo prescindire de estos excesos que no puede consentir este alto Cuerpo y me limitaré a destruir fatal-

mente ese documento ridículo en dos palabras decisivas, irrevocables, que más no necesita ni merece

El solo juicio del señor Ruatta que me es personal lo he emitido en mi segundo discurso sobre la vacuna. Allí he demostrado que es de una inconcebible ignorancia en cuestiones de vacuna o de una mala fe consumada. No dije más porque más no consentían los documentos que tenía a mi disposición.

Uno o dos días después volví sobre el asunto y entonces pronuncié las palabras que tanto han lastimado al señor Ruatta. Pues bien, esos juicios, salvo en lo que se refiere a Perugia en que seguía una simple broma comentada con mi adversario del momento el doctor Paullier no son míos no me son personales, y proceden de una fuente que los hará mucho mas sensibles y dolorosos para el señor Ruatta proceden y son la expresión auténtica de la ciencia italiana, de la grande de la noble de la admirable ciencia italiana. En efecto en las palabras mismas que reproduce el señor Ruatta está la prueba terminante de lo que afirmo. "Me ha dicho un eminente profesor italiano", esta ahí escrito con todas sus letras y hubiera debido hacer pensar a un hombre sereno y seguro de si mismo que había al menos dudas que desvanecer antes de largarse como un niño enfermo en la vía de las insensatas violencias.

Mis palabras no son, pues, mas que la reproducción de, cuanto ha dicho entre nosotros un profesor de la escuela italiana. Cierzo haber seguido fielmente su pensamiento, pero si no lo hubiera hecho, estaré siempre dispuesto a hacer todas las rectificaciones que impongan la verdad y la justicia.

He aquí cómo pasaron las cosas

Por la época en que yo pronunciaba mis discursos sobre la vacuna, recibimos la visita de un sabio italiano de los mas considerables. Hallandose al frente del primer Instituto de Psicología de toda Italia, vive en intensa y constante comunión de ideas y sentimientos con los más ilustres médicos italianos y conoce a fondo su pensar sobre todas las cuestiones y sobre todas las personalidades médicas. El mismo, muy sabio, muy eminente, de grandísima autoridad y por consiguiente eminentemente representativo y encarnando las tendencias de la moderna escuela italiana.

Pues bien, el sabio italiano a que me refiero no sólo vino a Montevideo, sino que vino a esta Cámara y siguió personalmente las discusiones sobre la vacuna. Entonces en las antecámaras dijo a un gran número de diputados cuanto yo he dicho en mi discurso, sin cortapisas, sin reservas, como si se tratara de hechos conocidos, de hechos admitidos por todo el mundo en el ambiente italiano y que no se prestaban siquiera a réplicas ni a discusiones. Los diputados que lo oyeron son la mayor parte de los de la Cámara anterior, entre otros el doctor Manini actual Ministro de Gobierno, el doctor Arena, actual senador, el señor Gómez, el señor Sanguinetti, el actual Secretario de la Cámara. Los que no tuvieron ocasión de oírle directamente lo supieron en segunda por sus colegas y por éstos toda la ciudad y todo el país, que se interesaba en estas cuestiones. El ilustre profesor lo declaró igualmente en la imprenta de "El Día" y creo que en otras, de suerte que cuando yo lo llevé a la tribuna de la Cámara era ya cosa sabida, vulgar y enteramente del dominio público, y no hice mas que repetir lo que ya sabia la Cámara entera.

Y es por estas razones que no me creo obligado a ninguna reserva. Si se tratara de una confidencia hecha a mí personalmente, jamás la hubiera nadie conocido, jamás hubiera trascendido el nombre de mi ilustre informante.

Y es por eso que no me creo obligado en estos momentos a citar ese nombre que está en todos los labios, que todos pronuncian en este instante y en este recinto, que mañana pronunciará todo el mundo en toda la ciudad y en el país entero. Y si no lo sabe ya el señor Ruatta es que no lo quiere saber o se lo ha ocultado el corresponsal anónimo tres veces infame que tiene en Montevideo. Ni por honor del ilustre profesor podría callarlo por más tiempo, pues se trata de un hombre de altísimo pensamiento, de altísima honestidad que no dice sino lo que sabe y lo que siente y que sabe y sabrá siempre hacer honor a fuertes y muy leales convicciones. He nombrado al profesor Castellino, jefe del Instituto de Patología de Nápoles y una de las jóvenes glorias de la nueva escuela italiana.

Se ve pues, el error enorme y pueril en que ha incurrido el señor Ruatta. Lo lamentará toda su vida, pues en vez del modesto profesor sudamericano, con que soñaba, de autoridad mediana y de una fuerza de desden infinita, se vergue delante de él una de las más formidables autoridades a quien no podrá fácilmente contar los cuentos amables de su rica y variada vida científica. Es, pues, una boca italiana quien lo repudia, es, pues, de una gran voz italiana que le viene la excomunión mayor que lo hiere.

Y ahora pregunto: ¿quién le creería al señor Ruatta, si pretendiera que el noble profesor de Nápoles era capaz de calumniarlo? ¿Calumnian, acaso hombres de tan elevada alcurnia científica, calumnian hombres

que tienen una situación social y profesional tan alta que les coloca por encima de los celos, por encima de las envidias, por encima de todas las miserias que florecen en los bajos fondos de la medicina como en toda corporación en que se debaten glorias, posiciones o intereses? Sería ridículo suponerlo.

Es verdad que el señor Ruatta hace una exposición de méritos para sincerarse de los cargos que se le han hecho. Esta exposición convencerá a muchos legos, a mucha gente extraña a la medicina no convencerá ciertamente a los que conozcan el secreto de los trabajos científicos y el valor real de los títulos médicos, a los que sepan distinguir los movimientos de superficie, las agitaciones estériles, con los verdaderos esfuerzos de los sabios.

No está el sabio en las vanas concepciones abortadas y en las simples y limitadas realizaciones parciales. El sabio está todo entero en la creación en el hecho nuevo, en el hecho fecundo y trascendente que pasa los tiempos y las fronteras y queda como un hecho incorporado al capital intelectual del hombre.

Se pueden hacer correr arroyos de tinta sobre el papel sin hacer dar un paso a la humanidad hacia sus destinos finales. Ahora, ¿dónde está el hecho fuerte, trascendental y fecundo, debido al señor Ruatta? En ninguna parte, porque no existe porque si existiera estaría en las páginas de todos los libros, memorias y revistas que están en nuestras manos.

Y ahora, ¿vale la pena seguir en todos los detalles de la autobiografía complaciente y amable que se consagra? Sólo diré muy breves palabras.

Desde luego, la palabra del señor Ruatta, juzgándose a sí mismo, refinando su historia tal vez trunca y fragmentaria, está sujeta a grandes y legítimas re-

servas Si una parte de los sabios italianos le acusa, él debió buscar el equilibrio y su justificación, no en sus afirmaciones interesadas, sino en testimonios directos y fehacientes de los grandes médicos italianos.

El señor Ruatta debió presentar consultas directas, típicas, precisas, de los magníficos sabios italianos, tocando la entraña misma de la cuestión que yo he suscitado. El señor Ruatta ha presentado algunos fragmentos, pero tan banales que producen un efecto penoso y contraproducente. ¿Qué médico de aldea en el tumulto de las relaciones profesionales del día tan variadas y tan ricas, no ha recibido de las más grandes eminencias médicas cartas a montones con el principio y el fin de las muy pocas que señaló? Mio caro signore, *Mon cher Monsieur*, lo saluto con amicitia, *Agréer Monsieur* mes amitiés bien sincères es la jerga habitual de la correspondencia médica y hasta de la correspondencia universal. Y nótese que yo no afirmo que el señor Ruatta no posea testimonios de estima de sus ilustres colegas italianos.

Digo sólo que los que presenta no tienen valor ninguno y son de una banalidad desesperante.

Estuvo en el Congreso en representación del Gobierno, fundó una sociedad al parecer de socorros entre médicos y tuvo el singular honor de actuar como secretario de De Giovanni, Grocco, etc., y Di Rudini le había encargado un proyecto sanitario. Muy bien, pero estas glorias administrativas o estos triunfos políticos son títulos de ciencia que no prueban que "en el día" el señor Ruatta tenga la estima y el respeto universal de sus colegas. Digo "en el día", porque en otro tiempo el señor Ruatta, profesor, al fin, aunque de una escuela libre, y en cuanto a la medicina muy por debajo de las grandes escuelas italianas del Estado,

ha debido mezclarse necesariamente a todo el movimiento científico de su patria

Ha fundado, dice, un periódico de Higiene y lo ha sostenido por 20 años y ha publicado, dice en él numerosos trabajos Pero, ¿por quién toma el señor Ruatta a los americanos? Un periódico como un libro es un gran título o un título negativo Escribir en medicina es una obra en sí misma indiferente y vana Lo que vale triunfa y se impone es el contenido Y el contenido no debe ser extraordinario porque ese periódico, si tiene algún valor sera puramente local — no figura entre los grandes diarios medicos italianos ni en el extranjero se le conoce para nada

Se vuelve indignado contra el hecho de que le rechazan en algunos congresos y cita varios en que ha figurado Bastaría que hubiera uno que le hubiera cerrado el paso para que el hecho tuviera significacion decisiva y aplastadora ¿Existe ese congreso? Quien lo ha afirmado es un hombre de ciencia y no dirá ciertamente nada que no tenga detras hechos incommovibles

En todo caso, ¿qué valen todas esas alegaciones y todos esos hechos cuando tiene enfrente hechos y alegaciones tan autorizadas?

Pero veo que me dejo llevar, a pesar mío, por el movimiento de improvisacion y que voy mas allá de mi pensamiento y mi deseo Yo no quiero de ninguna manera demoler al señor Ruatta, yo no quiero desconocerle el menor de sus méritos científicos no tengo en ello interés de ninguna especie crea el que quiera en sus palabras y elevelo si le place a las más altas cumbres de la ciencia y de la gloria ¿Qué puede importarme? Mi único fin, el unico objeto que persigo es poner al señor Ruatta y su fastuosa autobiografía enfrente de las afirmaciones decisivas de la ciencia



italiana, enfrente de un hombre fuerte y sano en quien creo como en el evangelio

Yo no tengo por qué mezclarme más en ese debate, y en rigor debo dejar ahí al señor Ruatta debatirse y protestar bajo la montaña de plomo que lo aplasta

Sin embargo, yo he revelado inocentemente al señor Ruatta un sentimiento de la ciencia italiana que le era casi desconocido, a lo que parece Estoy, pues envuelto en esta cuestión y no puedo abandonarla sin la completa certeza de que no dejo detrás de mí ninguna injusticia.

Es verdad que ha querido ofenderme gravemente. Yo no tengo, ciertamente, la mansedumbre que predicaba el Nazareno, pero tengo la virtud que hacía de algunos filósofos antiguos tan admirables cristianos sé comprender

Recibo la ola de esos desahogos seniles, ciegos e insensatos vacilo un instante, pero pronto recobro mi apostura Veo de dónde vienen, sonrío y paso y puedo todavía, después de la injuria impotente, ser justo

Y bien, la exposición del señor Ruatta ha logrado modificar un tanto mis ideas sobre su persona Se ha sentido tan vivamente herido por mis palabras y ha puesto un dolor tan elocuente en la réplica, que no puedo menos de admitir en él un grande y fuerte sentimiento de dignidad profesional.

No me parece, sin duda, un profesor eximio ni mucho menos un sabio Pero es un laborioso No se lo que habrá dado su esfuerzo, pero tiene sin duda la virtud del trabajo

Ademas, parece haber consagrado su vida a la higiene, ciencia que trata de suprimir las enfermedades para no curarlas Es la ciencia más noble de la medicina o los que a ella se consagran con sinceridad me-

recen ser alabados, sea cualquiera la fecundidad de sus esfuerzos. Puede decirse que el señor Ruatta nos aparece al través de su exposición como un hombre bueno y honrado y un trabajador bien intencionado.

Esto, naturalmente, juzgándole por sus propias palabras y en la completa ignorancia del medio italiano. Es claro que se nos escapan hechos y factores considerables que se condensan en las palabras del ilustre profesor de Nápoles, palabras que no pueden ser sino la absoluta expresión de la verdad. De esos hechos y esos factores descubro desde aquí, uno importantísimo que acaso explica por sí solo la comunión mayor de la ciencia italiana — es el antivacunismo militante y furioso del señor Ruatta.

Es permitido a un lego ser antivacunista, puede serlo también un médico común, no puede serlo un profesor de Facultad, es que la vacuna es una de las piedras angulares de la facultad y de la ciencia médica. El que está puer, contra la vacuna, está contra la facultad y contra la ciencia médica, está fuera de la facultad y fuera de la ciencia. Los profesores comienzan en sus relaciones con el antivacunista por la cortesía helada — luego por la indiferencia — que hace paso al alejamiento al dudar, y en fin se forma alrededor del profesor que ha abandonado la buena doctrina un verdadero cordon sanitario que nada ni nadie será osado a violar. Y esto se comprende: el antivacunista da fatalmente a los médicos y sobre todo a los profesores una impresión de desequilibrio profundo. El profesor antivacunista nos aparece como un desorientado que camina por los espacios siderales al impulso de una fantasía desbordada, nos aparece fatalmente como un extravagante y para algunos de nosotros muy exaltados y acaso injustos, como un loco.

o un inconsciente. Nosotros en efecto, no concebimos un hombre de ciencia que niegue la ciencia — que niegue sus principios más elementales — aquellas verdades de sentido común sin las que la ciencia es un contrasentido un sueño morboso o una peligrosa fantasía. De aquí que si el antivacunista tiene una obra sana y vasta, la formidable claudicación la vicia, la oscurece, le quita esta fuerza superior e irremplazable de todas las grandes concepciones, la autoridad es decir, la fe y la confianza en el poder, la salud y el equilibrio del cerebro que las ha engendrado. ¿Qué será, pues, cuando se trata de una obra mediocre y vacilante? En breve la irrespetuosidad y el desden no dejarán nada en pie en todo el ancho campo laboriosamente recorrido.

¿Cómo se quiere, pues, que los profesores de medicina respeten a un antivacunista? ¿Como se quiere que lo tomen en serio? ¿Cómo se quiere que hagan justicia a una obra que la duda vicia de una manera insanable? Esto es tan cierto que si Ruatta no fuera profesor de una escuela libre, su antivacunismo le habria costado la cátedra. Los italianos son, en esos asuntos, excesivamente duros, y hay profesores que por meras declaraciones contra la obligación no han conservado su cátedra sino por una retractacion solemne y en forma.

Y es muy probable que la proscripcion, que la excomunion mayor que hiera al señor Ruatta no tenga otras razones que su ardiente e irreflexivo antivacunismo. ¿Y es acaso a esta situación que ha querido referirse el profesor de Nápoles? Tal vez no ha querido, porque no necesita ir mas lejos.

Y ahora concluyo parodiando a los personajes de la comedia célebre. A côté-En face, donde usted quiera,

señor Ruatta, pero no aquí, en Montevideo no hay calumniadores

Y añado tampoco en Italia, afirmando así mi solidaridad y mi profunda fe en el sabio fuerte y sereno, en el caballero sin tacha que es el profesor Castellino

## DISCURSO EN DEFENSA DE LA SALUD DE LOS CAMPESINOS Y TRABAJADORES DEL MEDIO RURAL \*

Yo sé todo lo que dice el doctor Salterain, pero sé también que eso no ha tenido consecuencias practicas en manera alguna, que nada, absolutamente nada, se ha hecho, y es sin duda porque los estudios no han sido suficientemente completos, suficientemente especializados, porque esto no es solamente cuestión de Consejos de Higiene, sino de cuerpos de ingenieros y de Consejos de Higiene, y de hombres, y de otros cuerpos sabios

Por lo demás, el único objeto que tiene este artículo es forzar la mano al Poder Ejecutivo para que se ocupe especial y empeñosamente de este asunto, nada mas, sin desconocer las facultades y atribuciones del Consejo, ni las facultades, ni las atribuciones de nadie. Yo solo digo que esas facultades han quedado inactivas, han sido hasta el momento inútiles o vanas, a pesar de la buena voluntad y la competencia del Consejo de Higiene. Es verdad que se han hecho estudios, pero esos estudios son insuficientes y no han dado base a ningún trabajo ni proyecto, ni plan especial encaminado a modificar la lamentable higiene de la campaña. Y no podía dar lugar porque el Consejo no tiene los

---

\* 'Diario de Sesiones de la H. Cámara de Representantes' Sesión del 3 de setiembre de 1912 Tomo CCXX, pags 249-256 Montevideo, 1914

medios de resolver la múltiple cuestión que mi artículo abarca

Por lo demás, he aquí los fundamentos que yo iba a dar a este artículo. Iba a decir que esta ley en su conjunto, me parecía una de las más interesantes que se hubieran votado en esta administración, no solo por los hechos que abarca sino por las tendencias que revela

El Poder Ejecutivo, en efecto, se ocupa en esta ley de problemas absolutamente fundamentales, de problemas centrales por decirlo así, de nuestra nacionalidad y de todos estos jóvenes países de América el problema de la población

Se ha dicho hasta el cansancio que bastara poblar estas tierras fecundas para que se conviertan en países de ensueño. Pero poblar, ¿cómo? Con la inmigración, responde la rutina banal, hecha de palabras. Hasta ahora, en este asunto no se ha hecho nada positivo. Parece que empieza a hacerse algo serio por el Poder Ejecutivo, que actualmente tiene en estudio una serie de leyes que acaso conduzcan a la solución del arduo problema

Pero, si no podemos provocar, forzar, violentar la inmigración, podemos por lo menos defender la población que nos da el movimiento vegetativo, que no es escasa, ni despreciable. Y ¿que hacer para esto? Pues, imitar a los grandes países europeos que están pasando por una crisis de civilización aguda, y ven disminuir o estancarse su población

Hacer competencia a la muerte limitar los estragos de las enfermedades, por medio de leyes sanitarias numerosas y bien entendidas. Tal es la obra en que está empeñada la Francia

En cuanto a nosotros, si tenemos poca gente, procuremos por todos los medios conducentes que esa gente viva sana, por lo menos, y de origen a generaciones robustas, capaces de servir las esperanzas de la raza.

De aquí la sabiduría de esta ley que responde a una necesidad real y honda

De esta manera, si no aumentamos nuestra población por los medios directos de una inmigración, tal vez imposible, la aumentamos por un camino desviado, disminuyendo los estragos de las enfermedades

Así, pues, esta ley es útil y sabia y merece los más grandes elogios, pero por un capricho incomprensible es singularmente incompleta

Comprende, por ejemplo, un gran número de ciudades, villas, pueblos, y proyecta para ellos una serie de trabajos higiénicos, metódicamente escalonados, graduados severa y experimentalmente y armonizando con gran prudencia las fuerzas económicas con las exigencias de la profilaxis, pero olvida por completo la campaña, la campaña verdadera, no la de los villorrios y las pequeñas ciudades, sino la campaña de la llanura y los prados, de las cuchillas y los valles de las estancias, las chacras y los ranchos, la que es la fuerza y el nervio de la Nación y la que es nuestro vivero de hombres, la masa de los trabajadores verdaderamente fecundos, de los creadores de fuerza y de riqueza, en los cuales reposa el porvenir del país. Es verdad que se dirá ¿higiene en la campaña? ¿Qué podrá hacer allí nuestra complicada profilaxis?

La campaña tiene el aire, la luz, el agua en sus formas más ricas, más puras y más abundosas y puede pasarse de nuestras alcantarillas, nuestras aguas co-

rrientes y todo el arsenal de la higiene pública moderna

Yo respondo que en el aire y la luz se mueren los pueblos y languescen nuestros humildes paisanos. El gaucho se va, decía Juan Carlos Gómez. Yo no sé si se va o no, pero sé que está enfermo seriamente enfermo, y debemos a ese trabajador magnífico, cuidados maternales.

Un gran número de males alcanza en nuestra campaña una difusión singular y algunas veces hace verdaderos estragos.

No se cuanta será la gravedad y la extensión exacta de este mal, pero se sí, que el mal existe, que es un hecho brutal e incontestable.

No quiero, sin embargo, ir demasiado lejos, no quiero sostener que seamos un pueblo de enfermos y valetudinarios. No quiero horrorizar la imagen de fuerza, de energía acerada de grandeza física por decirlo así con que el héroe de nuestras luchas civiles palpita en la imaginación del pueblo.

Yo quiero al contrario, que esa imagen perdure porque es real, porque es verdadera y porque constituye el orgullo y el honor de la raza, pero sin ir hasta esos extremos, quiero dejar testimonio energético de que el mal es real y hondo, que requiere y que exige que los hombres bien intencionados y patriotas se detengan un momento ante ese inquietante problema.

Yo no puedo dar una demostración rigurosamente científica de la realidad, de la extensión y de la intensidad de esos males, y no puedo darla porque esa demostración es imposible en el momento actual. Hay estadísticas o si esas estadísticas existen, son viciosas, falaces o fantásticas. En la campaña todos los



diagnósticos son caprichosos o equivocados, los certificados los dan los Jueces de Paz, que no saben, naturalmente, lo que tienen entre manos

Además, los paisanos van a morir a los pueblos, o vienen a nuestros hospitales, a nuestros hoteles, fondas o sanatorios, y jamás tiene nadie en sus departamentos la mas leve noticia del mal a que sucumbieron. De suerte que me parece completamente imposible, con las estadísticas del Consejo de Higiene, fundamentalmente viciosas, hacerse una idea exacta de la naturaleza y magnitud de los males que aquejan a nuestros humildes campesinos

Sin embargo yo creo que puede afirmarse que ciertas enfermedades tienen una frecuencia insólita en la campaña: la tuberculosis, el cancer, el quiste hidático, la sífilis, la lepra, las enfermedades infecto contagiosas y, en primer término y por encima de todas, la terrible tuberculosis

¿Como sé yo esto?

Repito que no lo sé de una manera rigurosa

No puedo hacer otra cosa que dar mi impresión personal, reforzada y confirmada por la impresión concordante de todos los colegas de la campaña que yo he consultado

He aquí lo que yo he visto, poco mas o menos

Desde el principio de mi practica veía llegar a mi consultorio y encontraba en las salas del hospital, muchos magníficos, vigorosos, bien batidos, armoniosos y rítmicos, bellos ejemplares humanos, en una palabra, y sin embargo, esos hombres atletas heridos, tenían fiebre y los pulmones enfermos, a pesar de que se entregaban a los trabajos mas rudos del campo

Esos hombres me contaban además, cosas extraordinarias e historias abracadabrantas

Así, por ejemplo, familias enteras desaparecían en el mismo rancho fatídico, segadas por un mal demasiado visible y demasiado conocido en sus siniestras costumbres la tuberculosis

Y ese espectáculo se ha repetido todos los días de todas las semanas y de todos los meses durante 23 años de incesante e intensa labor profesional

En esos 23 años ha pasado delante de mis ojos una verdadera oleada humana, un verdadero pueblo cargado con todos los dolores y todos los males. De suerte que he recibido una impresión de mal intenso grave y profundo, que ha sido para mí una verdadera y terrible pesadilla y he exteriorizado en muchas y diferentes ocasiones

Ese mal no acaba siempre en la muerte, lejos de eso esos hombres llevan la tuberculosis como un fardo, pero viven larga y tenazmente, eso sí, sembrando por todos lados la muerte o dando la vida a seres frágiles, raquiticos y anémicos, a generaciones miserables que se abatirán a la primera agresión de los germen morbosos

Lo que yo he visto en estos 23 años lo han visto y lo dicen todos los médicos distinguidos que practican en la campaña. He interrogado a muchos de ellos la respuesta ha sido a veces lapidaria

Uno me decía en mi pueblo todos son tuberculosos, en tal seccion, me decía otro, todos son tuberculosos, otro que ejercía algunos meses en una villa de campaña, respondía de cada diez paisanos que me ven por males diversos, ocho tienen fiebre y los pulmones enfermos

La impresión, pues, que han recibido mis colegas, completa la mía de una manera exacta y sorprendente. Y esto, si no es una prueba científica, si no es una

demostración decisiva y completa, establece, por lo menos, la dolorosa e incontestable realidad del mal y que este mal, como decía anteriormente, merece que se pare un momento ante las gravísimas aprehensiones que suscita la atención de los hombres bien intencionados de esta Honorable Cámara y el conjunto de los Poderes públicos

Se dirá, es verdad, que los médicos prácticos estamos mal colocados para juzgar del estado sanitario de los pueblos, porque estamos expuestos a singulares errores de óptica profesional

En efecto tenemos por oficio salvar vidas humanas, curar llagas vergonzosas, aliviar dolores y consolar tristezas, y es natural que todos los que sufren vengan a nosotros. los sanos, los felices los contentos se quedan en sus casas Colocados así en la encrucijada de todas las miserias humanas, acabamos por creer, por poco, que el vértigo nos arrebate, que la muerte, el dolor y la miseria que aúllan alrededor nuestro, son la sola cosa real que haya en el mundo, y no vemos la salud y la vida que irradian y desbordan más allá de nuestro limitado horizonte

Los que esto dicen, olvidan por completo la índole y la naturaleza de la profesión médica La medicina es una batalla angustiosa, siempre decisiva y siempre indecisa Si se pierde, allá va una vida humana y conflictos irreductibles de conciencia

Para ganarla se necesita llamar a todas las fuerzas profundas del pensamiento, poner en tensión dolorosa todos los sentidos, apelar a los instintos del caos y superiores que ponen a los hombres bien dotados en comunión con la realidad palpitante

Por honradez profesional, por amor propio, por orgullo, por dignidad, tenemos, pues, el deber de cerrar

todas las avenidas del error vivimos en perpetua fiebre de atencion, casi enfermedad Hemos asi adquirido el habito de abarcar los problemas en todos sus multiples y sutiles engranajes

Tenemos, pues, repito, por la fuerza misma de nuestra profesion extraordinaria, algo como un sentido superior que nos libra de errores pueriles y nos hace adivinar la vida y la alegria mas alla del dolor y de la muerte

No obstante, yo no digo que no haya algo de verdad en estas afirmaciones aparentemente inconsultas, y que no estemos expuestos a veces a errores de optica profesional muy explicables Es posible, pues, que esto que he visto yo, esto que han visto todos mis colegas no sea toda la verdad, tampoco lo pretendo Pretendo, solamente, que hay ahi un hecho grave, delante del cual es necesario detenerse Que hay un mal real y positivo, que el estado sanitario de nuestra campana es tal vez inferior al estado sanitario de nuestros pueblos y ciudades.

Por eso es que he presentado ese articulo del cual creo que se ha dado ya lectura

Es, como se ve, un articulo muy modesto no pretende nada, no concluye nada pide solamente que se estudien, que se escudriñen los hechos, que se investiguen las causas profundas, y que se les busque un oportuno remedio Que se haga eso enérgicamente, activamente, con el proposito de llegar a un plan de trabajos completo, preciso, determinado en todas sus partes, a una conclusion practica ¿Y cual podría ser — se dirá — la conclusion practica?

¿Que vamos a hacer en materia de higiene, en la campana? ¿Qué pueden, como decia antes, nuestras

alcantarillas, nuestras provisiones de agua, y toda la maquinaria de la moderna higiene pública en nuestra campaña? Nada, sin duda

Yo no pretendo tampoco, de ninguna manera que se hagan alcantarillas y que se establezcan provisiones de agua. Quiero simplemente que se estudie y determine el mal en sus rasgos precisos y fundamentales, que se estudien y determinen sus causas y se busque, como decía hace un instante, el oportuno remedio serio, eficaz, viril y sincero, el remedio que saque esta cuestión vital, angustiosa trascendental y decisiva, de los expedientes de oficina, inútiles y complicados

Hasta el momento nada práctico y útil se ha intentado, a pesar de todas las estadísticas del Consejo Nacional de Higiene, a quien, por lo demás, quiere pedirse más de lo que puede y debe dar, y desde luego, ¿cual sería el mal o los males en tanto que puede juzgarse por simples impresiones, por simples y casi puras adivinaciones?

¿El mal? Es muy sencillo el mal es la tuberculosis, el mal es el cáncer el mal es la sífilis, el mal es la lepra, el mal son las enfermedades infecto contagiosas, el mal son las enfermedades parasitarias ¿Las causas?

Yo sólo puedo consignar las que entreveo desde lejos y de una manera incierta y vaga. Si las supiera, no hubiera propuesto ese artículo. Lo propongo para que se investiguen seria y científicamente. Sin embargo, algunas se me ocurren

En la campaña todo es error. Todos los modificadores higiénicos se usan de una manera deficiente, anómala, a veces monstruosa, hasta el aire y la luz, que se les ofrece tan generosamente, los sofistican o los desdeñan.

La habitación, el vestido, el agua los alimentos, los hábitos, las costumbres, todo es irregular todo es erróneo y todo supone una ignorancia profunda

La habitación ¿Quién, al pasar por nuestra campaña, al galope de nuestras locomotoras, no ha sentido el corazón oprimido ante esos verdaderos tugurios solitarios silenciosos, tristes, pequeños, miserables, y quién que haya entrado en el rancho sórdido de nuestros campesinos no se ha conmovido de la dolorosa condición en que vive el bravo y valiente trabajador de nuestros campos?

Ese rancho bajo, oscuro, húmedo, con su piso de tierra que absorbe y cultiva amorosamente todos los gérmenes que se le arrojan y que los devuelve multiplicados y enfurecidos a sus infelices moradores, que hacinados y en condiciones de inferioridad lamentable los reciben y cultivan de nuevo de nuevo multiplicando y generalizando las más grandes miserias y los más grandes males ese rancho es un resabio de la vida nómada y salvaje

El vestido Yo no quiero abusar de la imaginación, ni servirme de un lenguaje demasiado pintoresco por que me duele remover tan ingratos recuerdos y evocar tan crueles imágenes

Apelo solamente a la memoria de los colegas que han viajado por nuestra campaña

Ellos dirán lo que el vestido tiene de sumario insuficiente y a veces miserable

El alimento es siempre inadecuado a menudo insuficiente y jamás en relación con el rudo trabajo que se exige del valiente obrero de los campos

No quiero fastidiar a la Cámara con largos y engorrosos detalles y sólo consagraré al mate, un ligero comentario

El mate, que es en sí mismo una bebida higiénica, es, en la forma en que se toma una práctica infame un monstruoso anacronismo un ultraje a todas las conquistas de la moderna ciencia de las enfermedades infecto-contagiosas.

El mate en rueda, el mate que va de mano en mano, de boca en boca, que pasa de labios cancerosos, pustulosos, tuberculosos o sífilíticos a labios virginales, que como pone en camino las voluntades en una amable plática social, pone en común las enfermedades más asquerosas, más terribles, más mortíferas llegando a constituir un verdadero mal social contra el cual deben levantarse, con la última energía, todas las almas honradas

Y me detengo, porque, como he dicho hace un instante, no quiero hacer una descripción demasiado viva de males que me hieren en carne propia como a todos aquellos — y son todos sin duda — que tienen por la campaña la simpatía profunda e inextinguible que yo experimento y me ha impuesto mi modesta intervención en este debate. Las investigaciones que derivan del pequeño artículo aditivo que he propuesto podrán en claro los hechos y aconsejaran sin disertaciones dolorosas y prematuras, las necesarias resoluciones.

He aquí algunas de las causas. Añadiré solamente que nuestros paisanos hacen un uso lamentable de los grandes modificadores higiénicos. Así se sirven de aguas infectadas, cargadas de parásitos, causa de numerosas enfermedades, singularmente generadas endémicas podría decirse y que las más sencillas prácticas higiénicas harían evitables.

He aquí, pues, decía algunas de las causas, ¿y cuáles podrían ser los remedios? Desde luego, una propia, la propaganda tenaz, enérgica, ardiente, oficial,

pagada, la única eficaz, o si no la única eficaz, a lo menos la mas eficaz de todas. Esta propaganda, llevada con amor, con entusiasmo, con fe, ira sin duda al alma sencilla de nuestros paisanos y en breve abandonarian las practicas viciosas que son, entre ellos, causa de tantos males

Fuera de la propaganda, no tenemos más que inspirarnos en los grandes países que estan a la cabeza por la conquista de la higiene. ¿Como han modificado la Inglaterra y la Alemania la mortalidad por la tuberculosis?

Yo no niego el valor que puedan tener los sanatorios ni la utilidad relativa de las ligas contra la tuberculosis. Ni tampoco sería oportuno criticarlas en el momento en que la sociedad de Montevideo en un tan magnífico movimiento de caridad ha hecho la apoteosis de uno de los hombres más buenos y mas sinceramente altruistas que conozco y se sienta entre nosotros en esta Cámara nuestro colega el doctor Salterain

No quiero pues, hablar de los sanatorios y las ligas, pero digo que ahí no está la verdadera orientación científica de la higiene moderna

Los grandes países que han logrado disminuir la mortalidad, se han servido de los medios puramente higiénicos, han hecho que el aire la luz y el agua, se distribuyan mas equitativa y fraternalmente, que alcancen tambien a los miserables, han mejorado la habitación, han mejorado los alimentos, han elevado el salario, han perfeccionado las condiciones del trabajo y los grandes locales han acercado en una palabra el pobre al rico en tanto que lo consiente la tirania social que parece ser una de las extrañas e irreductibles fatalidades del hombre



Y bien muchas de estas cosas podrian hacerse por medio de leyes prudentes, leyes a las cuales no han dado todavía origen, en las cuales no han hecho pensar siquiera todos los reglamentos y todas las estadísticas del Consejo de Higiene, que han permanecido inútiles, vanas, estériles en las carpetas. Tal vez porque este asunto no es un asunto de higiene pura, sino de alta medicina, de ingeniería y de arquitectura, de altísima economía social. No se puede pedir al Consejo que salga de su rol natural, que él cumple siempre honradamente, soy el primero en reconocerlo. Y es para llamar la atención sobre estas cosas, es para herir la imaginación del pueblo, que ha de volver un día por sus derechos, e interesar en este grave asunto a los Poderes públicos, que yo tomo la palabra en estos momentos.

No quiero que todo se limite a simple expedienteo y a la acumulación platónica de cifras inútiles. Deseo y pido que haya de hoy en adelante, acción real y fecunda, una acción generosa, decidida y resuelta, acción en que intervenga no sólo el Consejo de Higiene, sino todas las Facultades y todos los Consejos que, en su conjunto dominan esta vasta cuestión, porque es necesario, porque es patriótico, porque es un angustioso deber, el modificar y mejorar las tristes condiciones en que viven nuestros paisanos, es decir, los más nobles y fuertes de nuestros conciudadanos.

Así, por ejemplo, tienen que venir leyes prudentes que destruyan para siempre el rancho infame, el rancho fatídico y lo sustituyan por casas más civilizadas más modernas y más humanas. Eso será, sin duda, una obra laboriosa y ruda, y debe ser motivo de largas meditaciones y profundos estudios de todos los hombres eminentes y todos los cuerpos sabios de la Repú-

blica Pero leyes de esa índole vendrán necesariamente, vendran por el declive natural, la fuerza de los sucesos Estas leyes herirán sin duda muchos intereses Pero es necesario y es justo que los propietarios fastuosos sufran un poco del mal de que mueren los desventurados que por ellos se sacrifican para hacer sus fortunas

Pero esas leyes no vendrán no pueden venir, sino después de estudios graves, de estudios que revelen, que exhiban el mal en toda su deformidad, y nos hagan entrever todo el bien que puede esperarse de la union de la voluntad y de la ciencia, confundidas en este patriótico propósito

He aqui, pues, a dónde yo voy a parar

Ya sé que el Consejo de Higiene tiene la obligación de estudiar todo esto, y que lo estudia, que cumple con su deber muy noblemente en todo lo posible, pero se precisa asociar, como acabo de decirlo, muchas Facultades y muchos Consejos en esta acción vasta y compleja sin contar la intervención inevitable de los financieristas y los hombres políticos pues hay en este asunto graves cuestiones de derechos y decisivas cuestiones económicas

Ademas para que todas estas concepciones lleguen a la acción y se traduzcan en hechos útiles e iniciativas fecundas, se necesita una ley que dirija, encamine y fuerce la acción pública, que fije de una manera especial, terminante y precisa, los límites de las cuestiones y no un vago artículo de reglamento que da al Consejo de Higiene una facultad enteramente platónica dada la magnitud y la complejidad del problema ¿Qué hubiera hecho el simple artículo del Reglamento del Consejo? Lo que ha hecho hasta ahora acumular cifras inútiles que se pierden, como he dicho, estériles y va-

nas en las carpetas. Y eso a pesar de la buena voluntad y la absoluta competencia del Consejo, que nadie pone en duda. Es que el asunto es demasiado vasto y pide otras fuerzas y otros poderes que los del Consejo.

He aquí, pues, el solo objeto de esta ley: dar el grito de alarma, llamar violentamente la atención del Poder Ejecutivo sobre un problema inquietante y acaso decisivo, marcarle los límites de la acción, y darle los medios de emprender estos estudios vastísimos por medio de sus cuerpos sabios y todos los hombres de ciencia que pudieran ser colaboradores útiles, pedir a todos los hombres dirigentes que se detengan un instante ante estas cuestiones que atañen a la parte más interesante de nuestra población, la que, repito, tiene sin duda el secreto de los destinos de la Patria.

He dicho.

## DISCURSO APOYANDO LA SOLICITUD DE LA REVISTA MEDICA DEL URUGUAY \*

Voy a decir algunas palabras en favor de este proyecto.

La América Latina ha sido, en general, poco propicia al cultivo de la ciencia, y tal vez del arte fuerte hondo, humano, el unico que dura y honra a los pueblos

Sin ir hasta las exageraciones de Guyau que se lo niega todo, puede decirse que la América española ha contribuido poco a formar el capital de ideas que son el patrimonio del hombre

¿Por qué? Porque es joven porque es rica, y puede eludir, en cierto modo, la dura ley del trabajo que pesa como una montaña sobre las viejas sociedades, por filiaciones étnicas por fatalidades históricas, por otras mil razones escabrosas y sutiles sobre las cuales saltaré con presteza

¿Que ha hecho, pues, la América Latina en su vida, si no larga, muy atormentada y muy movida? Sentir, amar, batirse por ideales generosos y vagos, sin ponerse resuelta y virilmente enfrente al vasto problema de sus destinos

En el orden de la ciencia, para circunscribir a lo que me es mas familiar, ha estudiado ha incorporado las ideas que se agitan en el ambiente y ha creado con

---

\* "Diario de Sesiones de la H. Cámara de Senadores"  
Sesión de 23 de junio de 1916 Tomo CIX págs 470-474

ellas realidades no despreciables. Estéril en el orden de los principios, se ha mostrado fértil en sus aplicaciones útiles y prácticas. No tiene una ciencia propia, pero tiene instituciones altamente científicas. La ciencia americana es una ciencia de realizaciones, puramente profesional y subordinada.

Esta subordinación llegaba, en otros tiempos a ser absoluta, servil y humillante. De allá lejos nos venían las sentencias pitagóricas, y nosotros nos inclinábamos reverentes y sumisos. "Magister dixit".

Pero los viajes fáciles nos devolvieron la conciencia de nuestra fuerza. Fuimos todos los países de América, en peregrinación casi devota, a los grandes centros de ideas que nos aparecían como templos preñados de misterios, nos mezclamos al movimiento universal por la ciencia, sentimos de cerca el halito rudo de los grandes trabajadores, las vibraciones del ambiente, el crepitar de las ideas que nacen, y aprendimos a pensar con nuestro cerebro y modelar la masa de las ideas con nuestras propias manos.

Habíamos visto como se creaba la ciencia, y nos sentimos capaces de crearla. Era la conciencia de la fuerza que llegaba, era el sentimiento de la altivez intelectual que renacía, esa altivez que está en la base de todas las alivices y todas las nobles rebeldías en la sociedad y en la vida.

Traíamos algo más: traíamos aquel grano de desdén por los augures, que es como el relieve interior de nuestra propia fuerza y sin el cual toda obra de ciencia está condenada al fracaso porque tiene en sus entrañas el veneno de la vacilación y de la duda. Desde ese instante podíamos y sabíamos trabajar. Lo debíamos al decoro de América. Y cumplimos ese deber honradamente.

Llenas estan las grandes revistas europeas de trabajos de americanos, trabajos acogidos con respetuosa simpatia y leídos con curiosidad e interes evidente. Pero los medios son ricos en hechos y aspectos nuevos, los problemas americanos, complejos y atrayentes, los trabajadores, empeñosos y enérgicos. Los trabajos desbordaban y no fue ya posible pedir asilo para todos en las grandes revistas europeas, abrumadas, por otro lado por una produccion exuberante, verdaderamente formidable.

De aquí nacieron las revistas americanas. Algunas de ellas, después de ensayos tímidos, vacilantes y muchos fracasos, plasmaron resueltamente en varios países, sobre todo en la Argentina y el Brasil, y forman en el día documentos científicos consultados con provecho e incorporados definitivamente a todas las grandes bibliografías.

“La Revista Médica del Uruguay” que viene a pedir nuestro apoyo, responde a ese movimiento americano. Ha sido hasta ahora, y sera en adelante, con otra publicacion interesante que acaba de aparecer, el exponente de nuestra cultura médica, el archivo de nuestros trabajos, la expresión genuina de la contribucion del Uruguay al progreso de la ciencia. Sin esa revista habríamos hecho un papel desairado.

El Uruguay habria aparecido mudo, inmóvil y desdénoso, enfrente del trabajo universal y americano por la salud y el bien del hombre. Zanganos de la colmena, viviríamos así en el parasitismo científico, tan humillante, que ha sido el mal de América. Además, nos calumniaríamos a nosotros mismos. Nuestro silencio no hubiera nunca dejado entrever el calor, el fuego, la riqueza y la fecundidad de este pequeño medio, uno de los mas fecundos de América. Sin esa re-

vista providencial ¿dónde habrían ido a parar los hechos innumerables, variados y nuevos que surgen en nuestro ambiente rebosante de magníficos materiales de ciencia y de trabajo? Se perderían sin remedio para la ciencia universal, y sobre todo para la ciencia americana.

El eminente profesor Vidal, que nos hizo el honor de visitarnos hace un par de años, se espantaba de que, en un medio tan rico y tan laborioso no hubiera una Sociedad Médica en que los hechos preciosos que el observaba fueran discutidos, debatidos, filtrados, para condensarse luego en una revista que los llevara a los grandes centros, y añadía "Yo me encargo de introducirla en Europa en todas las Sociedades y todos los medios, y hacerla resumir y honrar como se merece".

Como se ve, la "Revista Médica del Uruguay" es una publicación necesaria

Responde a un movimiento americano, absolutamente incontenible, y a una necesidad angustiosa de nuestra patria. Esa revista, pues, merece vivir, debe vivir, debemos acordarle la protección que solicita

Algunos espíritus demasiado severos dirán "Si esa revista merece vivir, que viva, es decir que se imponga y desenvuelva en el medio a que está destinada. Si es útil, los médicos le acordarán su protección sin escatimarla".

Todos los principios demasiado escuetos, demasiado rígidos, y por decirlo así, demasiado virtuosos, son, en esta ciencia de las elasticidades humanas, que es la política, necesariamente falsos. Y aquella afirmación, demasiado radical y tajante, es también radicalmente falsa

En todas partes los lectores verdaderos, que son el alma de las revistas, es decir, los que leen para instruirse, para dilatar el círculo de sus conocimientos, para gozar y para aprender y para aplaudir, son raros ¿Y cómo no han de serlo entre nosotros, en que el medio médico es tan reducido y tan disperso?

A esa revista, abandonada a sus propias fuerzas, le faltaría el numero, que es el alma de estas publicaciones, y entonces haría una vida miserable sórdida, llena de transacciones poco encomiables, y al fin se moriría sin remedio

Y ya que respondemos a una suprema necesidad nacional, y a un movimiento americano, no podemos dejarla morir, y le debemos nuestra simpatía y nuestra ayuda

Es verdad que puede decirse “pero esa revista, por su valor propio ¿merece realmente la subvencion que le vamos a acordar?”

Debo a mi altivez científica una respuesta leal a esta pregunta, un tanto escabrosa, pero necesaria

Esta revista tiene un pasado en que hay de todo, oro y hojarasca, pero el balance final le es favorable

Muchos hilvanes superficiales, sin aquel núcleo de hechos nuevos, que es el alma de toda obra de ciencia, algunas exposiciones sonoras y huecas, en que la urdimbre de la frase deja adivinar la intencion, el objetivo personal flagrante y poco plausible, pero tambien muchos hechos nuevos, expuestos con gran vigor, que han pasado las fronteras y figuran honrosamente en las grandes bibliografias Son ya materiales de la ciencia universal

Sin esa revista, todos estos hechos se habrían perdido irremediabilmente Y los hechos señor Presidente, son oro puro Que se pierdan las palabras, no



hay un gran mal en ello, pero los hechos deben guardarse

Y nosotros debemos nuestro aplauso y nuestra ayuda a los que se encargan de esta mision casi piadosa

El balance final, pues, como se ve, le es favorable, y la revista merece nuestro apoyo, no sólo por el momento historico a que responde, sino por su propia historia y por su propia marcha, a pesar de sus caidas, útil y fecunda

Pero el pasado, en este caso particular, no responde del porvenir En el pasado, abandonada a sus propias fuerzas, ha debido llevar una vida languida, llena de compromisos, y aceptar sus colaboraciones donde las hallaba En el porvenir tendra vida propia, y sus directores podran consagrarse a contralorear, con vigor e inflexible independencia, los trabajos que han de ir a sus columnas

¿Y quienes seran sus directores?

Si se acepta una modificación que voy a proponer en la discusion particular, sus directores seran las primeras cabezas medicas de la Republica

En efecto, esta revista es el organo de la Sociedad de Medicina y en ella estan todos los medicos distinguidos del país

Hay alli muchos jóvenes llenos de ardor y de ambicion, capaces de trabajo y capaces de sinceridad, (esa sinceridad sin la cual la ciencia es una casi mala accion), muchos maduros y muchos viejos, de tradicion honrosa, llenos de entusiasmo, llenos de saber y de experiencia, y de una alta conciencia cientifica Estos no querran, estoy seguro de ello, sustraerse a los graves deberes que les crea el apoyo y la ayuda de los Poderes Públicos Se consagraran, pues, a poner la revista a la altura del solemne momento americano a que res-

ponde, y al diapasón de las necesidades y la gloria de nuestro admirable medio medico, que ya empieza a ser famoso y respetado. La revista pues, en tales manos, cumplirá noblemente su destino. Esos hombres sabrán hacer útiles, preciosas y atrayentes sus paginas honradas. Ellos se esforzarán en que sea un honor y un titulo llenar sus columnas, y en que las preocupaciones personales entren sólo en ellas por el deseo de renombre y de gloria que es el justo premio de los grandes trabajadores.

Acordemos, pues, a la "Revista Médica del Uruguay" esta modesta subvención. Realizaremos así un acto patriótico, serviremos a los anhelos mas íntimos y mas ardientes de nuestra juventud médica, que será mañana nuestro Areópago de maestros, y serviremos a uno de los mas imperiosos desideratos de la ciencia americana en esta hora de su historia.

Propondría como artículo 2º el siguiente (poco mas o menos, porque no lo he redactado)

"Artículo 2º La "Revista Médica del Uruguay" se publicara bajo la direccion científica de un Comité compuesto del Presidente de dicha Sociedad y tres de sus miembros, que serán necesariamente profesores de la Facultad de Medicina"

Al acordar su subvención, la acuerdo con esa condicion y esa condicion no es tampoco onerosa, es honrosa para la Revista, es facil de realizar. Todos los profesores son miembros de la Sociedad de Medicina y actualmente el mismo Comité se compone de tres o cuatro de ellos.

Eso será, pues, fácil de realizar. Mi objeto es darle seriedad, autoridad científica aumentando así sus probabilidades de éxito, y evitar, si es posible, que, en

manos más o menos inexpertas, caiga la publicación de esta Revista, que siempre sea cubiérta por nombres distinguidos e inminentes. Sin embargo, el doctor Gallinal me hacia, a ese respecto, una pequeña objeción.

Yo no tengo ningún interés en que esto pase. Me basta a mí, haber salvado mi responsabilidad a este respecto. Yo apoyo la subvencion a la Revista y la apoyo a condición de que sea en el futuro tan seria o mas que en el pasado. Y me ha parecido que esta condición del Comité Directivo formado de personas cuya competencia es absolutamente reconocida le preste, indudablemente, la autoridad que de otro modo no tendría.

Es lo que yo he creído, pero repito a mí me basta haber expresado este pensamiento y no tengo inconveniente en que el Senado no lo aprobara si encuentra que éste tiene algún inconveniente. Es una cuestión de conciencia científica a la que yo no podía sustraerme.

## EL MEDICO \*

*El médico en la antigüedad, el medico en la época moderna, condiciones y facultades del medico saber vasto y profundo, erudición universal poder de intuición o de síntesis, facultad de análisis, sentido de la realidad, la acción en el medico, el médico es un soldado, paralelo entre el soldado y el médico la sensibilidad del médico, la conciencia, la experiencia, la diplomacia, el psicólogo, el filósofo, el artista, el hombre de mundo, el valor físico y el valor moral, la tristeza, la abnegación en el medico, el optimismo, la fe en la ciencia, el trabajador, síntesis del médico*

### I

La Medicina en la historia tiene algo de sacerdotal y de augusto. Realizase en templos llenos de misterios y sus hierofantes se presentan con la majestad y el prestigio de los augures. ¿Por qué los antiguos daban a la medicina esa significación casi religiosa y al médico esa función casi divina? Es que, sin duda, comprendían mejor que los modernos todo lo que hay de grande y terrible en ese poder de entrar en los secretos de las almas y de los cuerpos, y mandar a la muerte, al dolor y a la vida. ¿Crear no es oficio de dioses? La muerte insaciable ¿no esta en manos de las poten-

---

\* Conferencia pronunciada en la Facultad de Medicina el 2 de setiembre de 1918

cias fatídicas que dominan el mundo? El que salva una vida, la crea, y se impone a la muerte ¡Vive! dice el médico desde su tripode extraña, y el hombre que va a morir se levanta y anda ¡Paso a la muerte! decreta su voz grave, vencida y triste la anuncian los dioses infernales y nada podrá detenerla Y la muerte pasa inevitable y funesta ¿Es un hombre, es un dios? — dicen a la vez el labriego humilde y desvalido y el príncipe altivo y fastuoso — los dos de rodillas, temblorosos, anonadados, unidos, fundidos al fin en el mismo terror humano, en la misma cobardía de la carne, ante esa potencia formidable que todo lo iguala y todo lo nivela, y puede dispensar o arrebatarse los más grandes bienes de la tierra.

## II

En la época moderna los pueblos son, en el conjunto de sus variadas jerarquías, ya que no en la masa, menos simples y más sabios No creen en los oráculos ni en los dioses, los milagros han dejado la tierra o, mejor, andan por las calles mezclados a la vida burguesa más vulgar y más materializada Los centauros de hierro y los hipogrifos alados cruzan la tierra y los cielos, sin obtener una mirada del hombre que se asemeja a un Dios, por su soberbio desdén o por su magnífica indiferencia Es que los milagros se han convertido en hechos banales y sucesos caseros ¿Qué diría el hombre antiguo si despertase de su largo sueño y hallara sus vagas leyendas convertidas en realidades luminosas y sus fanatismos siniestros en ideas de vida, de fuerza y de grandeza?

¡Que grandes adivinos eran los poetas de las primeras alboradas del hombre!

Pero en medio de estos derrumbes y estas prodigiosas resurrecciones, en medio de tantas realidades muertas y tantos sueños que viven y palpitan, al través de tantas revoluciones históricas, en las que ninguna majestad humana ha sido respetada, el médico se mantiene todavía en la altura y conserva aun su fuerza y su invencible prestigio. No lleva ya el traje sacerdotal ni tiene la voz honda y grave de las dolorosas adivinaciones pero entra siempre en el misterio de las almas y de los cuerpos y todavía está en comunión con las grandes fuerzas de la naturaleza que son las divinidades modernas, todavía es fuerte y terrible, porque todavía decide del destino humano porque todavía manda a la vida y a la muerte. No se sirve, sin duda, de los terrores y de las supersticiones de las tristes multitudes ni tiene en sus manos el rayo de las cóleras divinas. Sus instrumentos son la verdad y la ciencia, la ciencia más fuerte que el fanatismo, más nueva y milagrosa, más grande que todas las viejas legiones de dioses inmortales, fuerza buena generosa y sin límites, que ha transformado la tierra haciéndola más bella que el cielo y ha realizado el sueño audaz de Prometeo, encadenando el mundo, después de torturas milenarias, el fuego sagrado que arrancara el gigante a la bárbara tiranía del Olimpo.

Es la ciencia quien ha hecho del médico una de las más portentosas fuerzas sociales de los tiempos modernos. Por la vida y el dolor tiene al hombre en sus manos es decir la fortuna y el poder la guerra y la paz, la prosperidad y la ruina, la gloria y el oprobio, el amor y el odio, — todas las potencias subterráneas y celestes que dirigen y llevan a las sociedades humanas hacia sus oscuros destinos. El médico aparece

Es inútil que queráis desdeñarlo descubridor. Tiene el prestigio y la fuerza de la masa, es un mundo que se vuelca sobre vos ¡seguidlo o apartaos!

Justifiquemos estas premisas

### III

La Medicina es una ciencia severa y voraz, que pide todo el espíritu y todo el hombre. El médico, en toda la energía y la nobleza del vocablo, debe tener las más raras, opuestas y agudas facultades. Saber vasto y profundo todas las ciencias puestas al servicio de la Medicina, es decir, todas las que ha creado y cultivado el genio humano: la física y la química, las matemáticas y la mecánica, la meteorología, la bacteriología y la botánica.

Todas las ciencias médicas intrincadas y vastísimas y estas ciencias no deberán ser asimiladas en noches de insomnios, en lucha porfiada y embrutecedora con los libros. Deben ser vividas, realizadas, palpitantes, y entrar en el espíritu en largos meses, en largos años de intimidad con los males y las miserias del hombre, viéndolas nacer, echar sus raíces en las profundidades de la vida, crecer, desenvolverse, ahogar, deshacer y matar. Para comprender los males del hombre casi debemos sentirlos en nuestra propia sangre y en nuestra propia carne.

Nuestro saber debe ser copioso, rebosante, rápido y matemático, como un reflejo. El arte médico, toda acción, no da tiempo, ni consiente esperas: o se sabe o se cae, saber difícil porque, hecho de individualidades, ha de abarcar todos los tipos y todos los matices — ciencia de matices infinitamente movable y variada, casi superior a la experiencia humana.

Todas las facultades de la inteligencia, todas las energías del carácter, todas las exquisiteces de los sentidos, y estas facultades no pueden ser aisladas, formando como picos abruptos en el espíritu deben ser armoniosas, proporcionadas, capaces de un equilibrio casi milagroso, y dando como resultante un hombre, en toda la fuerza de la palabra

Un médico es, ante todo, un hombre a quien, en el tipo superior, nada falta ni nada sobra una armonía humana Veamos algunas de estas facultades en la acción

#### IV

El médico ha de tener un raro poder de intuición o de síntesis, un golpe de vista fulgurante y certero Ha de abarcar, de una mirada, el conjunto y los detalles en su individualidad y en su engranaje, en su subordinación y en su independencia Ha de encadenar mil juicios, mil raciocinios mil sensaciones, mil recuerdos — todo el pasado volcándose sobre el presente en un instante improrrogable y fugitivo, y llegar, por una especie de adivinación rápida y penetrante como un dardo a la noción justa y casi siempre definitiva, del mal y del remedio He aquí la fuerza médica en toda su magia y todo su brillo, y que fue la gloria de nuestros abuelos

-Pero el poder de síntesis, la intuición o el golpe de vista deparan, a quienes los cultivan con demasiada confianza, dolorosos fracasos Es que a esta facultad luminosa, hecha de fe, de ardor y de entusiasmo, ha de oponerse en el mismo espíritu esta otra facultad, hecha de duda, de serenidad, de sabiduría y ponderada frialdad el análisis



Cuando la intuición ha sometido a la realidad y llegado, de un aletazo, al mal que nos atrae y nos provoca, en el fondo mismo del espíritu surge un juez nuevo que reclama tiempo y calma. Os detenéis helados, sobrecogidos, libres casi de vuestra alucinación y de la embriaguez de vuestro propio genio, y veis desfilar, de nuevo las largas teorías de hechos vividos, ahora precisos, destacados, limpios y vigorosamente individualizados. Comparais, medís, pesáis, buscáis las armonías y los contrastes y empezáis a ver sombras y dudas en lo que creíais claro como la luz del mediodía e inmovible como una roca. En fin después de largos combates íntimos entre las ideas luminosas y las pasiones oscuras que quieren fijaros en el error, llegáis a la visión justa de las cosas y de la realidad, esta vez imperiosa e incontrastable. Ibais a caer en falta que pudo ser lamentable o funesta, y el análisis os ha salvado ha salvado acaso una vida.

Pero si la síntesis audaz y fogosa que os deslumbra, os enceguece, si el análisis enmarañado os envuelve en las redes de vuestra ciencia minuciosa o libresca, todavía el espíritu humano tiene fuerzas y recursos fértiles para evitar el desastre.

Por encima del análisis y de la síntesis hay una facultad oscura y humilde, pero grande y luminosa en los minutos decisivos y que es como la fuerza subterránea del genio en las ciencias de acción, el buen sentido, el sentido común el sentido de la realidad, la facultad de ver las cosas en su orientación natural y justa, algo como una visión de verdad que penetra, inunda, desborda y vence las más irreductibles resistencias.

Cuando vuestra intuición genial y vuestro saber profundo os llevan de consuno al error, surge el buen

sentido, análisis y síntesis supremos y os muestra con dedo profético el despeñadero fatal. Entonces os replegáis sobre vosotros mismos y volvéis a recorrer de nuevo, armados de vuestra duda, que es ahora vuestra fuerza, el empinado y tortuoso camino, y llegáis por fin a la verdad definitiva y sin replica.

¡Ay del médico que carezca de esta facultad soberana el sentido de la realidad! Tendrá el espíritu abierto y un saber deslumbrante, será acaso capaz de vastas síntesis, pero si, al mirar las cosas las ve fuera de su plano real, avanzadas u oblicuas, su vida será una cadena de desastres. Ni la experiencia, ni los derribes podrán salvarlo. No olvida, ni aprende, porque a ello se opone la óptica peculiar de su espíritu. Sabrá acaso ocultar con destreza sus faltas, pero sus noches no serán envidiables. Por fortuna este médico en todo el rigor del tipo, no existe. Cuando un médico sobrevive a sus caídas, es que tiene una fuerza real y profunda que hace equilibrio a los momentáneos desfallos de su espíritu.

## V

Quien quiera entrar en nuestro santuario, he dicho yo, en otra ocasión, que consulte su horoscopo sea solamente médico, si el destino le hace soldado. En efecto, la Medicina es una ciencia de acción, angustiosa, decisiva, fulminante como una carga de coraceros.

Os llaman para salvar una vida: el enfermo ansioso, atormentado, inquieto ante un mal que parece venir de lo hondo y amenazar todas las fuentes de la vida, os interroga, os suplica, se estremece, se ahoga: va a morir. Llamáis en vuestro auxilio a todas las fuerzas

de vuestro corazón y vuestra mente juicio, raciocinio, intuición, adivinación buen sentido, experiencia, visiones del pasado, piedad, deber, orgullo y todas acuden vigilantes, resueltas y sumisas y todas se tienden en un espasmo supremo, casi hasta romperse Tras este esfuerzo, en que se resume y se condensa una existencia, el velo se descorre surge el alba, la luz penetra en todos los rincones de nuestro cerebro, vemos, tocamos el mal, el peligro, la crisis y el órgano que mata Pronto un bisturí, un cuchillo, una lanceta, todo lo que corte o hiera La sangre corre, el rostro del enfermo se ilumina, el pecho se dilata, el aire entra, el corazón tumultuoso se calma, la montaña que oprime al pobre moribundo se derrumba respira, vive, ¡está salvado! General ¡os saludo!

Y esta lucha emocionante, esta tensión brutal que hace casi estallar el cerebro, esta angustia, esta fiebre, este prodigioso consumo de energía, es la obra de toda una existencia que no consiente tregua, ni reposo, ni respiro Una vida salvada, otra lo llama ¿Se detiene siquiera a recibir el justo premio de su esfuerzo magnífico, la efusión al menos de las almas agradecidas? Casi no cree que lo merece ¿Salvar vidas? Cosa banal y corriente, casi despreciable ¿No es su oficio? Además no tiene tiempo para detenerse en tales bagatelas Su emoción de un minuto si la hay, morirá en el minuto siguiente, arrastrada por el torbellino Va, pues, rápido a donde le llama el drama eterno Nuevo y rudo combate Esta vez la muerte triunfa Dolor profundo, que se proyectara acaso sobre toda la vida ¡Tiene tiempo para sufrir! Y nuevas vidas que salvar y nuevos angustiosos combates, siempre enfrente la muerte, implacable y siniestra Y así, por los años de los años, la batalla, el triunfo, la derrota, alegrías

breves, fugitivas, dolores largos, tenaces, inacabables, siempre la acción, siempre la lucha, siempre el vertigo, he aquí nuestra profesión

¿La hay en que la acción sea más grande, prolongada, violenta y decisiva? Solo el soldado puede compararse al médico, pero le es inferior. El soldado, asiste, sin duda, a terribles o locas hecatombes y pasa por todas las mortales zozobras de la lucha pero es un minuto en una larga existencia. Después viene el reposo, la calma, la molición y la gloria.

La acción del médico es continua, implacable, inevitable, interminable, larga como la vida. El soldado tiene, sin duda, un escenario más vasto y nada iguala al horror trágico a la grandeza apocalíptica, a la estupenda belleza humana de estas guerras modernas, prodigio de energía insospechada y milagrosa, revelando en los pueblos y en los hombres las fuerzas que los antiguos reservaban a los titanes fabulosos o a los hijos de los dioses. Pero si reunis en un haz de dolores y alegrías, triunfos y desastres, todos los dramas íntimos que pasan todos los días en todo el mundo, en nuestras almas de médicos y en el secreto de los hogares, os resultara un drama inmenso y silencioso, de una hermosura y una pujanza que asombran, aplastan y anonadan.

Además, la guerra no es útil ni necesaria, aunque Moltke haya dicho lo contrario. La guerra es un crimen satánico, cuando no es un delirio furioso de los pueblos. Respetemos a los que la hacen para defender sus hogares amenazados, para defender su civilización, que es el alma de su alma para defender la libertad y el derecho de nobles pueblos indefensos, brutalmente agredidos. Inclínemonos, penetrados de una admiración que es una inmensa emoción religiosa y una pro-

funda piedad, ante esos héroes que han vencido a la historia y han muerto por grandes y generosos ideas. Saludemos con tristeza infinita las sombras de esos hermanos, a quienes deberemos el no ser esclavos pero condenemos virilmente, desde todos los sitios, aun desde esta eminencia, a los que provocan esas fantásticas masacres humanas por puro anhelo de expansión y de dominio y para extender el reinado de su cultura y de su raza.

¿Y por qué de su raza? Si esta oscura vida nuestra tiene un fin, si es algo más que el connubio fortuito de los gérmenes errabundos en una de las caprichosas voluptas de la tierra, ese fin no puede ser otro que el de vivir en paz bajo la caricia del sol padre de todos, y gozar fraternalmente los dulces bienes de la naturaleza y los que ha creado el genio del hombre. De la destrucción no nace nada. ¿Lo comprenderán, al fin los que han desencadenado esta lucha fabulosa e inútil? ¿Comprenderán, como el Cristo, que en su candor supremo fue un gran filósofo y un prodigioso adivino, que fuera del amor o, al menos, de la armonía no hay para nosotros ninguna esperanza, ni en el hogar, ni en la patria, ni en la tierra? Yo lo dudo. La historia nos muestra la invencible tenacidad del hombre en la obra del mal. Los mismos sueños trágicos, eternamente ahogados en la sangre, vuelven con una monotonía desesperante. ¿Nacera esta vez la vida de tantas tumbas dispersas y la luz del caos en que nos sentimos sumergidos? Pero dejemos que las cosas y los hombres marchen a su destino. Hagamos Medicina. En el torbellino que nos lleva, creemos llegar más pronto al fin de esta lucha en que combaten las ideas, las pasiones y los fantasmas de todos los siglos, y casi oremos menos estrépito de los mundos que se desmoronan y de los pueblos que

mueren ¡Oh! la Medicina ¡Qué filtro prodigioso contra los dolores íntimos y los que corren en bandadas por todas las rutas humanas!

Si la guerra es un crimen, la Medicina es una virtud, la virtud más alta, ya que la vida es y debe ser la religión del hombre

La guerra es la desolación, la ruina, el deshonor la violación de todo lo que el mundo ha creado de puro e inmaculado, la ignominia, la sombra, el oscurantismo, el fanatismo, los instintos brutales victoriosos, el pensamiento vencido la guerra es una inmensa negación El soldado es el sacerdote de la muerte

La Medicina tiende toda ella a la construcción y a la vida Quiere salvar todo lo que la guerra mata, quiere salvar al hombre sus sueños inmensos y sus inmensas esperanzas Quiere mas luz, más amor, mas vida, que el pensamiento vuele a las alturas, que la voluntad pueble el mundo de maravillas, que el corazón halle nuevas y sutiles sensaciones, que los hombres sean más fuertes y las cosas mas bellas, que todo florezca en la naturaleza para bien y regalo nuestro, que la ciencia penetre el mundo y los seres y el arte nos dé la sensación sobrehumana del vasto universo; que en otros terminos, el hombre siguiendo la luz interior que lo guía trabaje, sufra luche, cree y señale nuevas formas y nuevos derroteros y nuevas razones de amar y celebrar la vida, que las larvas de ideas y los instintos oscuros, que apenas se agitan en nuestros cerebros, lleguen a todos los esplendores y todas las armonias de la forma y el ritmo, que el hombre, en fin, realice todo su destino, todo el amor, todo el dolor todo el pensamiento, toda la acción, la Medicina es una inmensa afirmación El medico es el sacerdote de la vida

## VI

Tanto como la aptitud para la acción, hace falta al médico una noble sensibilidad, no tan exquisita que turbe su juicio, ni tan mísera que le prive de la simpatía humana, que es una de sus fuerzas, y sin la cual su ciencia, por vasta que sea, corre al fracaso. ¿Qué, sino el amor, puede sostenernos en esta lucha aspera y perpetua con la muerte, el dolor o la miseria humana, que es el fondo del arte grave a que nos consagramos? ¿En donde sino en el amor hallaremos resortes para volver a empezar a cada instante este eterno y doloroso trabajo de Sísifo? ¿En dónde sino en el amor hallaremos resortes para desafiar los peligros a veces mortales que nos amenazan, o para galvanizar este triste instinto que el terror enloquece y aniquila? ¿En el interés y en el celo por nuestro nombre? ¡Fuerzas pequeñas para levantar una voluntad agotada y soñolienta, que tiende, por una inevitable ley de la naturaleza, a la inmovilidad y al reposo!

Además, el interés y el nombre lo salvan siempre los que conocen las rutas trilladas por donde va el pensamiento de la gente. ¡Es tan fácil escudar nuestra ceguera o nuestra culpable negligencia detrás de las inevitables fatalidades de la vida o de la muerte! En todo acto médico hay una cuestión de conciencia oscura e impenetrable.

Al contrario, si amamos a nuestro enfermo, si sentimos su dolor en carne propia, si nos sentimos unidos a él por una fraternidad cálida y generosa, nuestro pensamiento vigilante y alerta, ni se cansa, ni se agota y, por una especie de clarividencia superior que solo se halla en los instintos y en las pasiones presentimos o adivinamos las catástrofes que amenazan. Además,

ninguna cobardía será entonces más fuerte que nuestro deber austero e ineludible

Un problema medico no es, pues un problema algebraico es un problema humano y palpitante Nadie sabrá resolverlo si no tiene en el alma esa doble vista que sólo dan el amor y la profunda religion de la vida

## VII

Graves asuntos maneja el médico como arbitro indiscutible e indiscutido la fortuna, el honor, el orgullo, la vanidad, la salud, la belleza y la vida, es decir todo lo que hay en el mundo y responde a un interes o a un anhelo humano Esta tática prodigiosa exige, como lo vamos viendo las mas raras cualidades, pero sobre todas ellas, sobre la ciencia misma, se cierne a gran altura, esta cualidad maestra, sin la cual la Medicina sería un largo delito la conciencia

El hombre honrado no ira jamas más allá de lo que ven sus ojos y consienten su saber y su experiencia, porque sabe que mas allá está la falta casi inevitable, acaso el crimen Y él sabe tambien que hay barreras sagradas que nadie puede saltar sin envilecerse *Primum non nocere* tal es la ley suprema, y como la divisa de la Medicina tradicional El que haya sabido hacerle honor durante una vida, es un justo y merece una estatua

El deber es rudo y difícil en nuestro arte lleno de sorpresas, de acechanzas y perfidas seducciones Esta a menudo enfrente de nuestros intereses, de nuestras pasiones, de nuestro orgullo, de nuestra vanidad todo lo que halaga, envuelve y manda en nuestras almas He aqui un enfermo Mi saber no alcanza a comprenderlo por entero. ¿Lo opero, lo trato? Si lo opero, mi



mano podría traicionarme, y, además, un simple elixir lo curara acaso. Si lo trato lo expongo a serios peligros, si no lo opero ni lo trato, lo pierdo sin remedio. Y, ¿mi situación en la sociedad y en el mundo, la vida y sus exigencias, el renombre, la notoriedad, la auleola y la gloria, que son la piedra angular de las fortunas médicas? ¿Cederé a otros el pedestal que el azar me destina? ¿Me quedare en la sombra humillado y empequeñecido, para que otro surja a la luz? He aquí el problema, he aquí la lucha impresionante, que se libra todos los días en la conciencia del médico. El hombre honrado triunfa de sus vacilaciones, triunfa de sus egoísmos, triunfa de todas las fuerzas oscuras que quieren encadenarlo y cumple con su deber simple y noblemente. Es un hombre y, sin saberlo, casi un héroe.

He aquí un ser que sufre, padece un mal contagioso y terrible. Si tomo el mal, morire sin falta. ¿Lo abandono, pues por una razón convincente y falsa, de esas que ponen a mi alcance por millares el genio de la mentira tan fino y sutil en nuestro arte? Del fondo de mi conciencia surgen voces seductoras que me lo aconsejan: ¡Morir! ¡La sombra, el caos, el silencio, la nada!

¿Y esta savia de juventud que me inunda y me ahoga, esta sed, esta hambre de todo, este inmenso deseo, esta vasta esperanza que hierve en mis entrañas y el amor, la esposa, el hijo, el amigo, todos los afectos, todos los goces humanos, tan dulces, tan consolantes? ¿Dejaré esa luz del sol que acaricia mis pupilas, ese aire blando y amigo en que siento vibrar mi ser entero, las armonías de la vida, que son la eterna música de los que viven, los regalados frutos, las flores, los perfumes, todas las cosas gratas y sen-

suales de que la tierra rebosa? ¿Y el mundo moral con todas sus grandezas, las ideas y la ciencia, los triunfos y sus asperos placeres, la acción sobre los hombres y el imperio sobre las almas, el prestigio, el poder, la gloria, todo el magnífico destino prometido a mi fuerza y a mi audacia?

Siento que esas voces de sirena me arrastran voy a huir puedo hacerlo en el misterio, en el silencio Me detengo de mas alla, de mas lejos de lo mas hondo sale una voz grave, ruda y serena que suena como un apóstrofe del Bautista "Deteneos, dice, pobre medico y mal hombre si el deber no te atara a tu enfermo con lazos sagrados, te ataria tu propio interés y tu propia ambición La Medicina es un arte implacable y sin entrañas mata a los que lo traicionan Fuera del deber como en el infierno del poeta, no hay para el médico ninguna esperanza Defendeos como sabéis y después morid, si debéis morir ¿Por que queréis escapar a la fatalidad que aceptaste al recibir vuestra noble investidura? ¿Eres medico solo para los casos amables y los histerismos elegantes y perfumados? Podéis iros sin embargo, pero a una condición que dejes la Medicina a almas más fuertes y voluntades mejor templadas Los negocios os esperan pobre cartagines, has errado tu vocación Este oficio de todos los poetas no es el vuestro ¿Querriais seguir siendo médico después de esa cobardía sin nombre? No, la Medicina os expulsa Si no sois capaz del deber no sois capaz de nada La Medicina es un arte de abnegación y sacrificio Si no cumplis ahora vuestro deber, alma floja y rampante, no lo cumplireis nunca ¿Y pretendereis marchar por el mundo fuera del deber y pretendereis cometer mil veces la misma cobardía, la misma falta? ¿Ignorais que nadie ha logrado jamas en-

ganar al tiempo? Algún día, y no lejano, sólo vos no sabíais que eris un miserable, y los miserables estan fuera de esta función augusta que la sociedad ha cometido al médico Creed en Medicina arte extraño y sorprendente, la única cosa útil y fecunda es el deber El deber y el interes se confunden”

Después de mi terrible pesadilla, me vergo y tomo mi puesto al lado del desgraciado, que todo lo espeta de mi valor y de mi ciencia He tenido una caída momentanea, pero me he vencido, he triunfado y me siento mas grande despues de mis terribles vacilaciones ¿Vencerse a cada instante no es la obra de toda la vida? ¿No es la más grande de las obras viriles? En tal caso, en presencia de ese drama íntimo en que se ha envejecido en un minuto, descubrios y contemplad, si podéis, las lejanias insondables que descubre la conciencia humana en esta profesión extraordinaria y única

Otro caso he aqui un hombre que os entregan los jueces para que decidáis de su destino Intereses sordidos le acusan de demencia y quieren matarle para la ley y para el mundo Le estudiáis con uncion profunda, como rezan los cristianos por los humildes y los desamparados Se trata de la vida del espiritu mil veces mas grande que la vida de la carne Los que mueren por el cuerpo van a la calma y a la paz inviolables de la disolución suprema Los que matan por el espíritu, si están sanos, pasaran su vida en los últimos círculos infernales del Dante Piedad, pues y simpatía, noble sacerdote de la religion mas grande que han conocido los siglos ¿la religion de la verdad y de la ciencia!

Entrais en esa alma que el terror encoge y oscurece tocáis todos sus resortes, asistis a todas sus operacio-

nes, sentis sus inquietudes y sus infinitas tristezas De repen e todo vues'ro pasado de rectitud y de pureza, de odio profundo por las grandes iniquidades, de simpatía vibrante por todas las miserias del hombre, de lucha ardiente e incansable por los debiles y por los pequeños, acude a vuestro espíritu por una especie de espontánea evocación y todo vuestro ser se yergue en un arrebató de generosa indignacion De un gesto, que es el honor de vuestro arte rechazais el oro que quiere venir a vuestras manos, confundis con vuestro silencioso desdén a la avaricia que quiere matar el pensamiento, avaricia doce veces infame y devolveréis al paria, al desgraciado que sucumbía bajo el oprobio, que sentia ya las cadenas sobre sus hombros y la cólera impotente, el martirio supremo de las almas viriles, revolverse en sus entrañas devolvers, decía, al miserable a la sociedad, a la dignidad y a la vida

Salvar una vida es poca cosa para qu en lo tiene por oficio, pero salvar un alma es una obra emocionante y honda que pone en nuestros corazones la embriaguez y el ardor purísimo de los actos religiosos, y nunca nuestro arte soberano aparece mas grande en su inmensa misión de paz y de justicia

Y no se trata aquí de entusiasmos mas o menos generosos o de fantasias amables Se trata de hechos vividos y palpitantes

Un juez bueno, desorientado por la violencia de las pasiones que se agitaban alrededor de un desgraciado que era dueño de una gran fortuna, y por contradicciones de orden científico que llenaban el proceso, quiso entregarlo sin reservas a mi honor y a mi conciencia.

Lo vi estaba enconado y receloso. No creía en nada ni en nadie, y los médicos, sobre todo, le inspiraban un horror invencible. En cada uno de ellos veía un enemigo o un instrumento bajo y servil de sus verdugos. Supe inspirarle confianza y me abrió su alma ulcerada.

Le encerraron por sorpresa en un manicomio. Allí sufrió torturas indecibles, todo lo que un hombre puede sufrir sin morir. A este ser altivo le atormentaba sobre todo la idea de haber perdido su condición de hombre. Nada pedía, nada mandaba, — él que había mandado siempre, — que no fuera una locura para aquellas gentes, que parecían tener la locura en el fondo de los ojos. Los deseos más sagrados, los actos más razonables, las protestas más cultas y más humildes, no lograban otra cosa que golpes o befas sangrientas de aquella servidumbre amaestrada en todas las crueldades y todas las bajas tiranías. Los locos eran los únicos que se mostraban a veces razonables y piadosos.

Estaba así, en la soledad más espantosa que sea dado concebir en la vida, porque era la trágica soledad de la conciencia en medio de una multitud sorda y hostil, herida por el prejuicio, que es la muerte anticipada del pensamiento. ¿Qué podría importarle a esas almas serviles, cristalizadas en el error, sus gritos de desesperación y de angustia? ¿Por qué habían de escuchar a esa bestia enferma, cuya mente era delirio, cuya voluntad era impulsión ciega, cuyas pasiones eran vértigos monstruosos? Así el mundo le repudiaba como un animal dañino, y por eso le habían encerrado en aquella jaula guardada por perros hambrientos.

Él se sentía sano, fuerte y bueno, pero ¿cómo transmitir a los otros sus irreductibles convicciones? Jamás lo podría y su destino parecía ser morir en su abandono en su inmensa miseria con el estigma irreparable de locura que le habían impuesto los hombres. ¿Y su mujer y sus hijos, y sus amigos y los hombres de bien, de que el mundo rebosa, y la justicia inmanente de las sociedades humanas? Nada ni nadie acudiría jamás en su auxilio un macizo de rocas inviolables lo separaba de todo. Y en su dolor infernal llamaba a la muerte que, más piadosa que los hombres, esperaba la hora de la reparación y de la justicia.

Un día huyó del manicomio y fue a refugiarse en casa de un amigo.

¡Qué ligereza de cuerpo y alma qué consuelo, qué alivio, qué extraña y profunda dicha en sentirse otra vez libre y hombre! Todo crecía en mí y se agigantaba. Me sentía capaz de todas las empresas, y comprendía apenas mis terribles desfallecimientos del asilo. A cada paso que daba me parecía avanzar un mundo. La conciencia de mi libertad me dio el solo instante de felicidad absoluta aspera candente que he gustado en la vida.

Mi dicha no fue larga. Mi amigo era bueno y generoso, pero, aunque ponía toda su bondad, que era su genio, en disfrazar sus reticencias las leía yo como en un libro en los ojos de su mujer y de sus hijos. Había en ellos una inquietud extraña un temor vago, como el que nace de la vecindad de una fuerza humana misteriosa y fatal libre de las trabas morales que son las leyes de equilibrio de la voluntad algo como la visión de un peligro al cual el azar les librara sin defensa. De noche corrían los cerrojos.

Sali a la calle Hallé muchos amigos que me saludaron cordialmente, pero ponían en sus saludos sonrisas enigmáticas que me atormentaban A veces hablaba las mismas sonrisas estereotipadas en rostros desconocidos Un niño, que sin duda me conocía, al encontrarse conmigo de improviso retrocedió a la carrera, y no se detuvo a examinarme sino a la distancia En fin, un día llegó a mi oído, silbando como un dardo, una palabra que me heló de espanto ¡loco! gritó una voz infantil Terrible niño Con una palabra acababa de matar a un hombre

Estaba, pues, siempre en el manicomio En el mundo no hay más que guardianes de locos Por huir de la pequeña prisión en que mis verguenzas se pasaban en privado, he caído en este inmenso manicomio del mundo, en que se pasan en la plaza pública Por recobrar mi imperio de hombre, lo pierdo para siempre y por completo Huyo de la tiranía de unos pocos y caigo en la tiranía de todos Aquel coro de befas dolorosas y humillantes que moría en los muros de mi prisión, se ha hecho un clamor resonante y formidable que llena la ciudad entera Esperaba apelar ante la sociedad de la condena infamante ¡y la sociedad me condena sin oírme!

Pero, ¿tiene tal fuerza la calumnia interesada y baja? ¿Un alma vil, miserable, *doce veces infame*, puede así imponer sus monstruosas maquinaciones a la sociedad entera? ¿El desgraciado a quien mata la mentira está, pues, muerto para siempre? ¿No hay, pues, fuerzas de equilibrio en la sociedad humana? ¿Vivimos, pues, de la piedad y el perdón de los asesinos, es decir, de los calumniadores? ¿Qué me queda que hacer en esta horrible emergencia? ¿Morir? Esta palabra me tranquiliza Ahora estoy libre y tengo el

remedio en mi mano ¿Matar? y, ¿para que? ¿Qué le importa al polvo de los caminos de las miserables pasiones de los hombres? ¿Volverme al manicomio? Será tal vez lo más sabio Mis perseguidores dejarán siempre caer algunas migajas de mi fortuna para costear mi humilde vida

En estos terribles trances, una voz amiga y valiente vino hasta mí ¡No!, pobre desesperado y poltron indigno ni morir, ni matar, ni volver a la tumba del asilo Luchar y vencer, he aquí tu deber y tu bandera La sociedad tiene hermosas defensas e inmortales resortes de justicia Hay jueces en esta tierra de promisión hay almas llenas de piedad, hay conciencias puras como el cristal e inmovibles como una roca, a las que nunca llegara la escoria que arroja la marea humana, y más allá de los jueces y los verdugos esta la ciencia incorruptible que no se hara nunca traición a sí misma, que puede tener desfallecimientos, ciencia humana al fin, pero que, cuando tome conciencia de sí misma estara siempre y valerosamente heroicamente si es necesario del lado de la verdad, del lado de la inocencia, del lado de los calumniados y las víctimas y enfrente de los victimarios y los miserables calumniadores

Y el desgraciado creyó en la justicia y en la ciencia, creyó en el juez bueno, que el azar le había deparado, luchó y venció

Vino a verme después del triunfo Cayó de rodillas No dijo nada, pero yo oí una oracion inmensa, ardiente, una de esas oraciones en que el alma mística se entrega de una manera absoluta y sin reservas y quiere morir para cristalizar en una eternidad la emoción que la embarga Y senti entonces la belleza severa, la magnífica grandeza, la formidable trascenden-



cia social del arte que profeso, y jamas fue mayor en alma alguna el orgullo de ser médico — ¡Sublime misterio! — Yo sentí en aquel momento que habia creado un hombre.

Los médicos que cumplen así su noble destino merecen de la sociedad los más grandes homenajes. Ésta debe colocarlos y los coloca entre las más bellas figuras humanas, aquéllas ante quienes todos se inclinan, aquéllas que deben inspirar e inspiran las devociones más fícales y más hondas.

¡Oh!, con qué emoción profunda recuerdo yo siempre a mi ilustre maestro Potain, el prototipo de la conciencia profesional y la figura más augusta de su tiempo en la medicina francesa. Potain fue un sabio profundo pero su honestidad y su bondad eran todavía superiores a su ciencia. La conciencia impecable se revelaba en este viejo sublime hasta en las minucias de su arte prodigioso, y ella era tan grande que llegó casi a comprometer sus magníficos destinos. El horror a la mentira encadenaba sus audacias y detenía los vuelos de su grande espíritu. En cambio lo que hacia era de hierro y ahí queda consagrado al tiempo.

Permitidme que salude, al pasar al caballero sin tacha que fue la encarnación del honor en su arte y en su raza.

En el polo opuesto tenemos al hombre de conciencia ligera y vacilante. Éste no se detiene ante tan frágiles barreras: trata, opera o descalifica y sigue su camino a veces entre aplausos y alabanzas de esta triste grey humana, e, ernamente infantil o candorosa, casi tan ciega y fanática como las multitudes de los tiempos sacerdotales. ¿Noufrof no es de nuestros días? Por fortuna, la carrera de estos hombres no es larga, la propia Medicina, por los medios de defensa que le son

peculiares, los reduce, en general a la inmovilidad o a la impotencia

Esto para los casos comunes ¿Pero, qué sucedería si un alma siniestra se extraviara en nuestro campo? ¿Y qué faltas, a qué odiosos abusos, a qué violaciones a qué bajas concupiscencias a qué crímenes no podría llegar en la impunidad que le aseguran la dignidad, y el misterio de su arte? La mente se oscurece y el corazón se cierra de dolor y de vergüenza al solo pensarlo

Añado ¿qué grave, trascendental e imponente es una profesión que da tan espantoso poder para el mal y un imperio tan absoluto y despótico sobre la vida y los bienes del hombre! Y por este ángulo la Medicina me aparece en toda su terrible majestad, más grande que la de los reyes de la tierra

Estos abusos de poder serán raros en una ciencia que cubra la realidad es decir la verdad suprema. La sinceridad y el honor que son la verdad moral nos aparecen así como una enseñanza casi mecánica de los hechos y de los sucesos en que se desenvuelve nuestra vida. Y si esto no es verdad, el hombre enfrente de este coloso hecho de fuerza y de misterio, que es el médico no tiene más que una defensa eficaz y siempre decisiva entregarse a nuestro honor y nuestra conciencia profesional. Honremos, pues, a la conciencia y pongámosla en nuestros corazones y en nuestros juicios por encima de la ciencia y las más altas y luminosas facultades. Así crearemos nuevas generaciones de prácticos, que serán el orgullo de la Medicina nacional. En todo caso, admirad conmigo a cre ser grande y extraño, en cuya conciencia íntima, impenetrable e inviolable descansa todo el misterio de la vida humana

## VIII

Todas estas cualidades y virtudes serian inútiles sin una larga, sólida y muy nutrida experiencia. La efigie de la Medicina es un viejo. No quiere esto decir que la vejez sea una condición de la fuerza y del saber médicos: si así fuera, la Medicina seria una monstruosa ironia o una burla tragica. Para llegar a ser medico habría que sembrar el mundo de miserias y de dolores. No esto solo quiere decir que el medico, eficaz y benefico, debe tener una experiencia tan vasta, variada y segura, que venza a los años y precipite las etapas de la vida: una experiencia vieja.

La clínica — y a la clínica tiende la Medicina entera, — es una obra personal, es necesario haberlo visto todo con sus propios ojos y tocado todo con sus propias manos.

Los bellos libros, acicalados y armoniosos, son jeroglíficos o inscripciones frustraneas, que sólo os enseñarían descifrar vuestra propia experiencia. Las lenguas son incapaces de pintar las fisonomias medicas como son incapaces de pintar las fisonomias humanas. Ved, tocad, controlad, individualizad, fijad, vivid las realidades que pasan en tropel delante de vuestros ojos. Cuando lo hayáis visto todo, experimentado, tocado y vivido todo durante largos meses o largos años, en todos los estados del cuerpo y del espíritu, empezareis a ser médicos.

En cuanto a serlo por completo, aun dentro de la limitación humana no os dejesis mecer por esperanzas falaces, ¡no lo seréis nunca! Continuareis siempre subiendo la áspera cuesta y alla, al fin de la vida, la cumbre os aparecerá como una blanca vision lejana y

pensareis acaso, iluso incurable que la alcanzaran vuestros nietos

Resignaos o renunciad la vida y la ciencia no ofrecen mas vastas perspectivas Saber siempre mas, "nunquam satis" tal debe ser vuestra única bandera

La experiencia, pues, la experiencia interminable y personalísima, es la condición de la Medicina El genio mismo, con todos sus vuelos y sus prodigiosas adivinaciones, no escapara a esta ley inquebrantable Si quiere marchar en este terreno ondulante y movedido debiera también inclinarse, ver, oír, trabajar con sus manos y ponerse en comunión ardiente, con la realidad y la naturaleza Armad si no al genio de libros, y ponedle entrente de uno de esos problemas vagos o sutiles de la Medicina diaria, el vacío, con sus lejanías vertiginosas, se abre adelante de sus ojos, todo es confuso, esfumado impreciso y enigmático Lo que en los libros era claro como una fórmula algebraica, se vuelve oscuro e ininteligible Si el buen sentido no lo salva, si no siente o comprende su debilidad o insuficiencia, si le engañan los locos arrestos de su fuerte temperamento, que vaya adelante ¿A donde le lleva su audacia? Al error, al desaliento, a la desesperacion a la caída, al derrumbe, a la falta, al crimen, a todo lo que lleva este grave juego en que se empañan o pierden vidas humanas El bello cerebro fracasa y se desmorona, — trasto inútil como el de un imbecil o un insensato Es que, como lo he dicho antes, esta ciencia voraz y severa, que pide todo el hombre y toda la vida no se aprende, ni puede aprenderse en los libros Para aprenderla es necesario mezclarse, sin vacilaciones y sin escrúpulo a todos los horrores del sufrimiento y la desdicha Es necesario entrar en el hospital, como un templo, para asistir, lleno de interes y de respeto, al

gran drama de los males del hombre, desafiar todos los peligros y vencer las más rebeldes repugnancias, curar todas las heridas, lavar fraternalmente todas las llagas, seguir la lucha homérica del mal y el organismo en todas sus alternativas y todas sus angustiosas peripecias, ver como triunfan y matan o perecen y se disuelven los infinitamente pequeños, presenciar todas las agonias y todos los derrumbes, el dolor infinito o el trágico abandono de las supremas partidas, la dicha sombría de los que vuelven trayendo en la retina visiones de mundos dantescos, los lamentos de los que quedan solos, como muertos vivos, privados de su alma, los desórdenes del espíritu, la locura corriendo desatentada en la noche tempestuosa, como en el Rey Lear, el hombre lanzado fuera de su órbita y de su ley, como un astro vagabundo en las esferas celestes debe, en suma, quien quiera aprender la Medicina, oír entera la vasta y terrible sinfonía de las miserias humanas. Y el médico no ha de contemplar estos inmensos dolores un instante, punto trágico y borroso en la historia de una existencia debe vivir entre ellos, vivir de ellos, impregnarse de ellos, hacer de ellos su ambiente, y como su envoltura moral, y eso durante largos años, siempre, toda la vida, sin descanso y sin tregua. La experiencia del médico, experiencia necesaria, inevitable, fatal, es una larga comunión con el dolor y casi un dolor o una angustia inacabable. Vivir dolorosamente en nuestro ideal más alto si hay ideales en el mundo, decía Nietzsche. Si esto es así, la Medicina es la más grande de las ciencias del hombre.

## LA ENSEÑANZA DE LA MEDICINA \*

Señor Decano, señores

Agradezco esta fiesta singular, brillante y honrosa, agradezco mas que nada este título de profesor honorario que me discernis. Este título no viene de afuera, viene del propio ambiente y es un don fraternal, grato a mi alma, mas que todos los dones

Yo nada pedí la idea nació de vosotros, de vuestras almas amigas y caballerescas, antes de que ninguna honra extraña viniera a consagrar mi nombre. Creísteis en vuestro fuero interno, en el silencio austero de vuestra conciencia, que me debíais ese honor insigne y me lo acordasteis sin vacilaciones, con una simplicidad antigua. Así, poníais la justicia y el deber sobre las pasiones candentes que son el gaje de esta recia y despiadada lucha que es la vida y lo hacíais con la espontaneidad y la gracia de las acciones en que ponemos el alma. Este gesto, magnífico de grandeza moral, es sólo posible en estas tierras jóvenes y pródigas en que la lucha no es todavía un combate sino una colaboración por el bien y por la patria, una forma de la humana fraternidad. Gracias pues, nobles amigos

Este título me es particularmente grato porque corona la obra de mi vida, que si no es mi gloria es por lo menos mi orgullo mi obra de profesor

Amé la enseñanza porque amé la juventud y su va-

---

\* Discurso pronunciado en la Facultad de Medicina de Montevideo el 3 de julio de 1917 al recibir el diploma de Profesor honorario de esa Facultad

lerosa esperanza, su optimismo, su impetuosidad, su audacia cándida, su generosidad sin fondo y sin límites, toda la idealidad y toda la poesía de la vida

La amé más que nada acaso porque es un libro en blanco en que pueden escribirse cosas grandes y bellas. Y yo puse siempre sobre todas las otras, las cosas de la inteligencia y sobre todas las embriagueces y todos los encantos, la suprema embriaguez de las ideas y el encanto doloroso del pensamiento. Del pensamiento nace toda dicha fuerte y durable

Vivir delante de la juventud las horas casi épicas de la medicina, enseñar a pensar con el latir de alas de las propias ideas, ora ordenadas, armoniosas y sumisas, ora rebeldes, indisciplinadas o indomables, enseñar a sentir la gravedad, la grandeza augusta del arte médico en las propias y mortales emociones, enseñar la voluntad y la resolución por la acción decisiva y terrible que salva o que mata, que nos glorifica o nos hunde, que nos hace vivir en un minuto siglos de indecibles angustias, todo eso es una de las más fuertes obras del hombre. La juventud sigue ansiosa ese trabajo ardiente y vive las horas crueles que son el gajo de la medicina, y unida al maestro alina sobre alma cerebro sobre cerebro, va con él hasta el fin, vida, muerte, derrota, victoria — siempre hacia la acción redentora, fin y triunfo de toda energía humana

Y esta comunidad de altas ideas, nobles emociones y actos trascendentales y decisivos, crea los más férreos vínculos entre los hombres, una paternidad superior que respetara la realidad y sus miserias y será un venero inagotable de dichas puras, exquisitas, elevadas y aristocráticas. Esos placeres del espíritu compensarán con creces a los que han dado su vida a la obra viril de formar almas y forjar destinos.

Peo la enseñanza es algo más que un placer ideológico o una expansión sentimental es un grave y solemne deber y, para nosotros, el deber de formar médicos, es decir, uno de los más formidables elementos del cuerpo social, especie de juez despótico y absoluto sin control ni sanción o de sacerdote misterioso e irresistible a cuya conciencia inviolable esta librado, como lo he dicho en otra parte, todo el destino humano. Y que cumplí mi deber con entusiasmo y eficacia lo prueba ese título singular que habeis querido otorgarme la mas alta y hermosa distinción de que disponeis. Es por eso que el título de profesor honorario me es tan grato. El consagra lo mejor lo mas sano y durable de mi obra medica — aquello por lo que quisiera vivir una mañana en la memoria de mis conciudadanos.

Ayer era la juventud sencilla y ardiente quien aclamaba mi obra universitaria, hoy sois vosotros maestros consumados y llenos de autoridad, quienes confirmáis el veredicto conmovedor. Gracias a vosotros vivo en este instante una hora sagrada, una hora inolvidable — os debo una inmensa gratitud, maestros y amigos. Os la debo a vos mas que a nadie, señor Decano e ilustre amigo, a vos que con tan bellas palabras habeis propuesto mi candidatura.

Por vuestra hidalguia mereceriais estar a la cabeza de la medicina uruguaya si no lo estuvierais ya por vuestro saber y el voto unánime de vuestros colegas.

Estáis donde debéis estar. Teneis la alta ciencia y una magnífica experiencia, la inteligencia fina y fuerte, aguda y ponderada en que se funden el pensamiento y la realidad, fuerza soberana de los maestros. Y teneis esta otra cualidad superior la conciencia de donde deriva vuestra honestidad profesional, ya legendaria, y vuestra vigorosa y fecunda enseñanza. De esa



cualidad altísima deriva aún otra que es en vos una virtud la imparcialidad impecable y serena. Teneis también la fraternidad cálida que no altera vuestra inflexible equidad. Completa vuestra personalidad tan simpática, un espíritu artístico de que habéis dado tantas muestras y las dais todos los días en vuestra palabra siempre elegante y de una bella elocuencia.

La Facultad ha ganado en autoridad y brillo desde que sois su director espiritual. Le habéis creado un ambiente de ciencia y de trabajo y vuestra mano firme y hábil, la llevará lejos. La juventud os debiera grandes servicios y la ciencia sus triunfos definitivos en el continente. En fin, creed a un hombre sincero y un poco brutal a veces de esta ceremonia en que habéis puesto todas las cualidades eminentes de vuestro espíritu, salís más grande, porque habéis sido más que justo, habéis sido benévolo y generoso. Me siento abrumado por este inmenso homenaje. Muchas gracias.

Esta fiesta celebra otro suceso menos íntimo, menos fraternal, menos amable, pero sin duda trascendental y decisivo no por lo que a mi persona se refiere, sino por lo que interesa a la ciencia uruguaya: mi entrada en la Academia de París como asociado extranjero.

En las horas dolorosas de nuestra Facultad, cuando apenas se iniciaba con los hombres y las cosas que podía, nuestro espíritu vivía en una perpetua opresión y un perpetuo e infantil deslumbramiento. Nuestros maestros no figuraban entre los productores del mundo. Eran médicos disunguidos, fuertemente preparados para las luchas crudas de la medicina profesional, pero extraños por completo al mundo de la ciencia pura. La ciencia europea nos aparecía como una institución casi sagrada, templo o claustro misterioso, en que los sabios eran majestuosos augures, dueños del presente.

y ebrios ya de los secretos del porvenir. Nosotros y nuestros maestros teníamos apenas el derecho de pensar y nunca hubiéramos sido osados a oponer nuestras ideas, frágiles, vacilantes y precarias, a las ideas luminosas e intangibles de los sabios. Pitágoras, viejo de veinticinco siglos mandaba todavía en nuestras almas. Habíamos renunciado a nosotros mismos.

Desde entonces ¡qué largo camino hemos recorrido!

Fuimos a Europa y nos mezclamos a los misteriosos hierofantes que herían desde lejos nuestras imaginaciones juveniles. Eran hombres fuertes sin duda pero eran hombres, hombres buenos y generosos. Pero, singular descubrimiento nosotros también lo éramos, teníamos un pensamiento, nos sentíamos capaces de ideas y nuestra mirada penetraba a veces más hondo y llegaba más lejos. Nos atrevimos, pues, a pensar por nosotros mismos y aun llegamos tímidamente a la misma prensa médica de los grandes centros de ciencia. Extendióse este movimiento. De todas partes de América fueron trabajos a las grandes revistas, y estos trabajos cambiaron a menudo la orientación de la ciencia. El Uruguay está representado en este vigoroso renacimiento por todos nuestros profesores, y su contribución es una de las más abundantes, sólidas y variadas.

Los viejos augures vinieron a nuestras tierras y empezaron a tomar en serio a los latinoamericanos. Ofrecieron de nuevo a nuestra actividad devorante sus revistas y sus laboratorios y aun nos dieron entrada en algunas de sus sociedades sabias. Estábamos, pues, ya al nivel de los viejos y sagrados augures.

En fin para el Uruguay, como para el Brasil, llega un día solemne y casi histórico. Dos de sus profesores son recibidos en la Academia de Medicina de París,

no como corresponsales, que de esos ha habido y hay algunos, sino como miembros efectivos de la ilustre compañía. Tienen, pues, el derecho de sentarse en el más encumbrado areópago de sabios del universo y discutir con ellos los grandes problemas de la medicina. La ciencia de nuestro país tiene, pues, desde ahora, una posición oficial en los grandes centros científicos de Europa, con voz y voto en las grandes deliberaciones en que se decide a menudo la suerte de los hombres. El esfuerzo de todos nos ha llevado, pues, a una igualdad de que tenemos el derecho de estar orgullosos. Sería tan inmodesto como impertinente creer que soy yo quien ha forzado las puertas de la Academia. Es mi país, es su largo y noble esfuerzo, es su Facultad, son sus hombres, es la gran obra uruguaya por la ciencia y la verdad, es su devoción por la Francia, es su devoción por las ideas de que esta tierra generosa ha llenado el mundo y que son la fuerza y el alimento intelectual de la América Latina, es un conjunto de fuerzas y de hechos formidables en que mi personalidad y mi obra desaparecen o se esfuman, lo que ha operado el milagro. Yo he sido solamente el hombre elegido, alguno había de ser, para premiar al Uruguay de su valeroso amor por la Francia inmortal de la gran Revolución, de los grandes principios de fraternidad y de justicia, de la ciencia, de la gracia y del arte, y quiero decirlo aparte porque tiene un lugar aparte, un lugar inmenso en el corazón de los hombres, de la Francia heroica, de la Francia que ha opuesto los pechos de sus nobles hijos como un dique a la ola de barbarie que subía a esclavizar el mundo.

Los hunos avanzaban en el estruendo de sus armas fantásticas. Habían hollado, mutilado, violado y asesinado a la Bélgica inocente, culpable de altivez y dig-

midad heroica. Lo habían arrasado todo y entraban triunfalmente en la libre Francia.

Un paso más y París, la ciudad de la luz, del arte, de la belleza y de la gracia, de la ciencia, de la fraternidad y eterna justicia, tabernaculo, meca sagrada de las almas libres hacia donde van las devociones filiales de la tierra entera, cerebro y corazón del mundo, fuente de toda civilización armoniosa y fecunda. París decía, iba a ser mancillada por la barbarie. Entonces, la Francia inmensa de resolución y audacia, consciente del rol humano que jugaba en esa hora decisiva, reunió en un haz gigantesco a todos sus hijos y los lanzó a la hecatombe o a la victoria. El choque fue terrible: parecían dos astros que se despedazaban en el espacio. La Francia quedó ensangrentada pero erguida sobre las ruinas, magnífica en la apostura de la victoria.

El humo estaba vencido. La humanidad estaba salvada. Habría de nuevo pueblos libres en el mundo.

¿Qué hombre, qué pueblo olvidara jamás esta hora acaso la más grande de la Historia? La Francia habrá pagado una vez más con su sangre la libertad humana. ¿Qué sería de los pueblos indefensos sin las jornadas eternas del Marne? ¡Viva Francia!

La inmensa distinción recibida nos impone deberes graves.

A todos los estímulos que está creando y creará todavía el esfuerzo tan atinado del Consejo y su ilustre Decano, se añada el estímulo de este honor extraordinario que es casi un mandato. El Uruguay está desde ahora dentro de la ciencia universal y debe hacerse digno de esta altísima posición. Trabajemos, pues, sin descanso para elevar el nivel de nuestra cultura, todos, maestros y discípulos, unidos en el mismo propósito,

en la misma resolución inquebrantable. No dejemos morir sin nacer a la luz universal, ninguna idea fecunda. Nuestro mal, el mal de España y sus hijas americanas, es la pasión y la fantasía que nos dejan apenas tiempo y calma para rendir culto a las cosas graves del espíritu.

Combatamos sin tregua esos vicios de raza. Ofrezcámosle ideales fuertes y elevados a nuestra juventud, hagámosle sentir con vigor y ruda elocuencia la belleza suprema del esfuerzo creador, y la superioridad de la ciencia sobre todas las cosas y sobre todas las fuerzas. Los sabios mandan, los emperadores obedecen. Enseñémosles que es tres veces despreciable el que se muere sin haber contribuido a aumentar el capital intelectual del hombre, el bien de los otros, el que sólo ha vivido para sus apetitos y sus miserables sensaciones, mascaradas de dolor al fin, que son únicamente desventurados, de una desventura trágica los que, como en el Limbo del Dante, ni tienen acción ni tienen pensamiento. Solo son grandes los que trabajan, sufren y crean, los que viven en la fiebre y el dolor del pensamiento para robar a las ideas sus prodigiosos secretos, los que diseccionan el cuerpo para rebelar los misterios de las almas y hallar la fuente de nuestros males, y toda nuestra inmensa miseria, los que interrogan las reortas incendiadas para sorprender las armonías y los conflictos y toda la vasta tragedia silenciosa de las fuerzas físicas, los que exploran todas las rutas del hombre dejando en ellas su sangre y su espíritu, para mostrar a la humanidad desorientada, perdida en el desierto infinito, sin rumbo y sin fe, su derrotero y su destino, los que al sentir un mundo agitarse en sus entrañas, libran el gran combate con la inercia humana, combate épico en que

queda a veces el alma, para arrojarlo a la gran circulación de la vida y convertirlo en luz, calor, fuerza, amor, dicha y esperanza, los que, en suma, van tras un ideal superior, impersonal y generoso y le dan todos los minutos de su vida y todos los fervores de su alma, todo su dolor, toda su alegría, todo su esfuerzo y toda su viril energía. Esos son los hombres, los otros son muñecos. Trabajemos, pues. Pongamos las ideas eternas por encima de nuestras fugitivas sensaciones.

Tengamos ideales, templemos nuestra voluntad para todas las luchas y el alma para todos los dolores; al fin hallaremos la única dicha grande y definitiva que hay en el mundo: la dicha de sentirse fuerte y hombre.

Pongámonos pues, a la obra, unidos en el corazón y el pensamiento y crearemos una ciencia nacional que sera acaso el orgullo de América. Y crearemos una patria, que las patrias son por mucho, hijas de la ciencia, una patria ideal con cuya visión lejana o imposible, pero seductora, podremos desde ahora encantar nuestras imaginaciones y consolar nuestros anhelos.

Una patria en que la mas grande de las ciencias, la mas revolucionaria de las hijas de la medicina, la higiene, ayudada de la sociología, que va cada vez más hacia la medicina y las demás ciencias del hombre, hayan acercado los palacios a las cabañas, hayan impuesto la igualdad en la repartición de los bienes de la tierra que es de todos, hayan suprimido los odios mortales que envenenan las sociedades modernas y son el sedimento de las bárbaras injusticias de la historia, una patria en que los humildes valgan tanto como los grandes, en que los grandes sólo lo serán por su esfuerzo valeroso y sincero en bien de todos, en que una justicia superior y piadosa regule las relaciones

de los hombres, en que todo será sólido, estable y casi definitivo porque nada habra venido por la obra de las fuerzas accidentales y ficticias y los valores falsificados, sino por la evolución de los sucesos, la resurrección de la conciencia, y el triunfo final de la fuerza immanente de las sociedades oprimidas por los prejuicios de los siglos. La ciencia libertará al hombre, viejo Prometeo, a quien enseñará que sus cadenas son de arcilla. La ciencia es el nuevo Mesias que llega y que ya anuncian con sus resplandores de incendio y sus rugidos de volcán en erupción, las fantásticas catástrofes a que asistimos.

## DISCURSO PRONUNCIADO EN LA CAMARA DE SENADORES CON MOTIVO DE LA CELEBRACION DEL ARMISTICIO \*

El armisticio acaba de firmarse entre Alemania y las potencias aliadas, armisticio que es la paz irrevocable Y la paz tiene en esta hora una significación inmensa Se cierra el más grande, el más monstruoso duelo de todas las edades, y se abre una era nueva que nos aparece como el fin de la vieja historia de sangre y concupiscencias y el principio de una época luminosa de fraternidad de justicia, de igualdad y de amor, que será como el reinado de los humildes y de los débiles, escudados en su derecho, desde ahora más grande y fuerte que todas las legiones de todos los déspotas de la tierra

El materialismo alemán, que representa el dominio del mundo por la crueldad y la fuerza, cae vencido por el idealismo universal, que representa la armonía y el derecho La paz ha vencido a la guerra, el amor al odio, el derecho a la fuerza bruta ¿Se planteo jamás una lucha histórica en terminos mas grandes y decisivos? Y ¿cuando, en todos los tiempos, terminaran estas luchas entre hombres por el triunfo definitivo de todos los ideales generosos sobre las ambiciones, los apetitos y la animalidad devoradora de nuestra espe-

---

\* *Diario de Sesiones de la H Cámara de Senadores de la Republica O del Uruguay* Sesión del 12 de noviembre de 1918 Tomo CXV, págs 198-201 Montevideo



cie? Nunca, o casi nunca, y jamas en estas colosales proporciones. En la historia todo es ambicion, sangre y lujuria. El hombre, pobre ciego, juguete de todos los apetitos, instrumento y fin de todas las ambiciones, fue siempre el único vencido en estas guerras inicuas, hechas para aprisionarlo mejor y atarlo más aún al carro de los vencedores, payasos siniestros cargados de oropeles y de crímenes.

Esta es la única gran guerra por el derecho, por la libertad, por la dicha y la emancipación del hombre. Y el hombre ha triunfado, esperemos que para siempre. De aquí la grandeza inmensa de esta magnífica victoria. La historia empieza, es decir, el trabajo del hombre para el hombre, trabajo largo, doloroso, lleno todavía de luchas y de tristezas, y acaso de sangre, pero se entrevén ya grandes días en que todas las monstruosas esclavitudes en que han vivido siempre los miserables no serán más que un recuerdo siniestro, en que los locos, ebrios de una igualdad imposible, y en que los déspotas, llenos de una rabia de dominación insana, habrán sido desterrados de la República.

Después de esta guerra funesta y esta paz prodigiosa, una humanidad nueva, formada en el dolor infinito y en la visión de horror en que ha pasado largos años, vivirá una vida nueva en que habrá días de amor y de esperanza. Y si no sirviera para esto esta catástrofe colosal, no serviría para nada. ¿Que importa vencer al teutón, brutal e implacable, si quedan iguales las inmensas miserias del hombre? Pero no quedarán. A la luz de este incendio fantástico, la libertad ha entrado en todas las conciencias y la piedad en todos los corazones.

Pero, sin ir tan lejos, sin abandonarnos en las brumas de un porvenir todavía incierto, lleno, sin duda,

de grandes dias, pero lleno tambien de cimas, abismos y recias tempestades, esta gran guerra y esta paz milagrosa tienen ya sobre el destino de las sociedades, y la tendrá por todos los siglos, una influencia decisiva y grandiosa

De estas batallas furibundas de estas justas formidables en que parece haberse dado cita los siglos, de este choque apocalíptico de dos mundos salidos de sus órbitas ha quedado como triunfador único y glorioso, como fuerza de armonia y de equilibrio, el derecho de los pueblos y de los hombres, fuerza suprema, y desde ahora sagrada, a quien nadie será osado a agredir después de estas terribles catástrofes

No hay ya pueblos débiles y pequeños Estos tienen en el Derecho una armadura re-plandeciente e inviolable Quien la toque provocara la dislocación del mundo y le convertira en un lago de sangre y en un montón de ruinas

Belgica, la mártir, vivía feliz, entregada a sus obras de paz y de trabajo cuando el teuton audaz, sacerdote de la fuerza bruta, lanzó su reto de guerra a la noble Francia y a la impenetrable Rusia Pero la presa codiciada, París, centro y cerebro del mundo, se le escapaba, para herir a París era necesario la complicidad de Bélgica y fue pedida El pueblo heroico y su rey caballeresco la rechazaron indignados y resueltos, dispuestos a morir si la afrenta se consumaba

El Kaiser puso su mano sacrilega sobre la Belgica activa e inocente Y avanzaron sus legiones vomitando ríos de fuego El pequeño ejército no hizo traicion a su resolución y a su destino, que era, en esa hora única, el destino del mundo.

Se batió como se batían a menudo los antiguos espartanos. no para vencer, sino para morir por la pa-

tria El ejército belga fue vencido en la batalla imposible, pero del mundo entero se elevó una protesta vibrante e indignada y las maldiciones universales llegaron a Alemania antes que las balas Y esas maldiciones, cuando vienen de todo el universo, son más mortíferas que la metralla nadie escapa a la execración del mundo Desde ese instante el Kaiser estaba condenado, y dentro de la tierra no podía evitar su castigo Alemania estaba fuera de la humanidad

¿Qué había pasado? Que el mundo entero, los pueblos grandes y los pueblos pequeños, habían sentido en carne propia la brutalidad alemana, todos, grandes y pequeños, en esta inmensa violación de los principios fundamentales que rigen la vida de las naciones, se habían sentido heridos en su fuerza suprema el Derecho

A las execraciones siguieron los actos El mundo se erizó de cañones y la gran injuria fue ahogada en sangre Alemania fue vencida, y el Derecho, resucitado, se vergue de nuevo en Bélgica reconquistada, desafiando todas las violencias de la fuerza desbordada

Esta paz representa pues, genuinamente el triunfo del Derecho sobre la fuerza de la libertad contra el despotismo, de la democracia sobre la autocracia

Por eso es este día una gran fecha para la humanidad entera para los pequeños pueblos, porque sentimos que no estamos solos, que están a nuestro lado todas las fuerzas morales del universo, y que al conjuro de esas fuerzas inconmensurables podrán surgir soldados, cañones y metralla capaces de sembrar por la tierra la ruina y el desastre, los pueblos grandes y fuertes, porque saben que podrán seguir tranquilos su vida, sin que ambiciones criminales y monstruosas

vengan a perturbar sus trabajos por la redención del hombre y las sociedades obra de paz, de amor, de libertad y de justicia

Y no se crea que son éstos, sueños de libertad y de justicia, con que se embriagan los pequeños pueblos, de existencia incierta y frágil fuera de los grandes principios del derecho. Son realidades vivientes y casi legisladas, y ésa es la significación más alta y más humana de esta paz libertadora.

De este conflicto mundial ha surgido un principio que, abonado por tanta sangre y por tantos sufrimientos, será intangible e inviolable por todos los tiempos y hasta el fin de las edades, cada nación, cada grupo étnico, histórico y geográfico, tiene el derecho indiscutible de disponer de su destino y de su vida.

Y detrás de este principio, que será el evangelio de los pueblos oprimidos, ha surgido una institución grandiosa que será la salvaguarda de todos los pueblos de la tierra, en su misión de paz y de justicia: la Sociedad de las Naciones.

Así, en adelante, el derecho dejará de ser una palabra y una barrera irrisoria para los pueblos prepotentes y brutales, ebrios de orgullo y de violencia. El Derecho Internacional tendrá también su fuerza. Y esa fuerza será la del mundo. Los pueblos pequeños pueden así esperar con dignidad y altivez la justicia integral que impone su derecho.

Comprenderemos así, y sin esfuerzo, la grandeza de esta hora única y sagrada. Parece que asistiéramos al término de los siglos y al principio de una nueva creación. En adelante podemos esperar lo que nunca ha conseguido el hombre por completo a pesar de sus torturas monstruosas y sus trágicos derrumbes, a lo largo de toda la historia: paz, libertad, justicia y de-

recho. Con estas armas leales los miserables conquistaran el mundo. Esta guerra ha derribado a todos los tiranos, a todos los déspotas, a todos los autócratas. El mundo pertenece desde ahora a la democracia, que es la fuerza justa y luminosa de los humildes y el reinado de la igualdad y la fraternidad entre los hombres.

Debemos a los que han traído estos días de esperanza un inmenso homenaje, todos, sin duda, pero más que todos, los pueblos pequeños, que deberan al gran conflicto y a la paz dichosa que lo cierra, su situación en el mundo, desde ahora incommovible.

No necesitábamos esta gran victoria para amar a Francia, con cuya vieja alma épica vibro siempre al unísono nuestra joven alma americana, nutrida de sus ideales y de sus ensueños, pero esta guerra ha apretado nuestros vínculos y ha forzado nuestra admiración hasta la devoción filial, que es ya una religión del universo.

Tras mil atentados e infinitas violaciones, los teutones avanzaban, dejando atrás a Bélgica mutilada, en olas negras, inmensas e innumerables, hacia los últimos baluartes de Francia y del mundo. Si llegaban, Francia habría muerto y la libertad y la democracia estaban perdidas por largas centurias. Pero esto no podía ser y no sería. Francia se irguio sublime de cólera y magnífica de sobrehumana energía, y opuso el pecho de sus nobles hijos a la furia y la barbarie que llegaban. El choque fue terrible y su estrépito hizo correr por el mundo un estremecimiento de angustia que revelo una vez más el sitio que ocupaba en el corazón de la humanidad la gran nación latina. Triunfó la Francia inmortal, pero al mirar a su alrededor vio lo mejor de sus hijos entre la sangre y las ruinas. No importaba, le quedaba todavía su indomable resolu-

ción de vencer, y el viejo Joffre, el héroe de esta jornada legendaria, y sus magníficos tenientes Foch, Mannoury, Gallieni y Castelnau al frente de sus tropas diezmadas, pero siempre soberbias de valor y de esperanza

Francia y la libertad estaban salvadas, pero el suelo estaba mancillado y deshecho, y hasta el día de su liberación total, la victoria de la civilización no sería completa. Y siguió la lucha homérica, y solo al cabo de cuatro años de incesantes batallas, de horrores dantescos de sufrimientos que no tienen nombre en lengua humana, Francia llega al fin al día de la gloria, que será eterna, ensangrentada pero siempre altiva y fiera, magnífica de coraje y de fe y dispuesta aún a vencer todas las tiranías y todos los despotismos y a salvar de nuevo la libertad en el mundo.

¡Qué poema grandioso de energía, de resolución, de sacrificio, de amor irreductible por todas las grandes cosas de la tierra! ¿No hay, pues, en el mundo sino altos y generosos ideales, patria, humanidad, libertad, civilización y democracia? Y ¿el terror del vacío y de la muerte, de la nada terrible y eterna, la dicha de vivir aspera e invencible, el amor, la luz los halagos y los encantos de la existencia? ¿Todo lo ha sumergido, pues, esta guerra terrible en la ola de heroísmo que corre sobre la tierra? Nada hay, pues de grande ¿qué digo? de simple y natural, sino sufrir y morir por la libertad y por la patria. ¿Que Dios prodigioso ha transformado el mundo? Yo me inclino anonadado, vencido y mudo ante estas almas nuevas y colosales que parecen bajadas de otros mundos.

La grande y fuerte Francia ha sufrido martirios inenarrables. Vencida, triunfante, destrozada, muriendo cada día y cada día rehaciendo su fe, no ha desfalle-

cido un instante y su voluntad de vencer se ha robustecido en la lucha. Ahí quedan la mitad de sus mejores hijos en las lomas desoladas, pero la otra mitad está de pie y siempre dispuesta a ofrecerse a la matanza y al deguello. Sus grandes jefes, Foch a la cabeza, saben bien que con tales soldados se vence siempre, y sus hombres de Estado, Clemenceau sobre todo, el viejo admirable, hecho de acero puro, sabían también que no se rompe jamás el resorte maravilloso de Francia.

Esperaban confiados la victoria, y la victoria llegó, y esa victoria es la suprema apoteosis de Francia y será la efemerides más grandiosa de todos los siglos.

Saludemos de pie tanta gloria y tan noble grandeza.

No es Francia la sola nación que ha sabido morir por la civilización y por la libertad del mundo. Otras grandes y pequeñas la han acompañado con sus legiones o con sus votos.

La vieja Inglaterra merece, por sus grandes hechos y sus gestos sublimes, el aplauso y el amor de la humanidad entera. Violada Bélgica, Inglaterra no vaciló un instante se puso enfrente del coloso con todas las fuerzas de su corazón y de su pensamiento. Desde este instante el coloso estaba derribado. Lo que tenía, su flota inmensa, lo comprometió en seguida en la ruda empresa, y lo que no tenía lo creó en un día por la fuerza de su genio y las virtudes de su raza. Lo que hizo fue el mas grande poema épico de toda su historia.

Sus marinos triunfaron y murieron como saben morir estos hombres que no tienen más pasión que el orgullo de su patria y el sentimiento de la libertad y el derecho intangible. Morir, para un inglés, es una fun-

ción natural de su cargo, y sin la libertad y la victoria, la vida es una carga

Y allá van las legiones de sus soldados bríosos cantando alegremente Tipperary, a ganar las más grandes batallas de los siglos y a morir sin frases, cortados en pedazos, cada vez que era necesario oponer una barrera humana a la barbarie Inglaterra sale de esta guerra agigantada e imponiéndose a la admiración y al culto del universo. Se siente que sera desde ahora, y más que lo fue nunca, uno de los pilares de la historia

Hay mas Inglaterra tomó con tal calor la causa de los débiles y los vencidos, respondió a la guerra feroz e inícuca con tal piedad y nobleza, puso tanto amor en el alivio de los vencidos y los vencedores, que ha ganado para siempre nuestros corazones latinos, que no desdeñan la fuerza justa, pero que aman más que nada la generosidad caballeresca y la suprema piedad de los héroes

Por eso sentimos que de la efígie un poco fría y como hierática de la vieja Inglaterra se desprende un halito de simpatía humana que penetra y endulza nuestras almas ¡Viva Inglaterra!

Celebremos a la Italia nueva, tierra de heroes y de artistas, que tiene como la antigua Grecia la devoción del mundo. Ha sabido hallar en esta guerra de titanes la vieja alma romana, hecha de bronce y acero bruñido, grande en los combates, más grande en los desastres y que nunca hizo traición ni a la esperanza ni a la victoria sus triunfos oscurecen las hazañas legendarias de sus inmortales abuelos

Serbia, Montenegro, Portugal, que han dado sin vacilar todo lo que tenían a la causa de la civilización



y del derecho, merecen un saludo cordial de todos los hombres libres

Recordemos también, en este momento, al Japón glorioso y regenerado

Saludemos también al fabuloso pueblo del sol naciente, fabuloso, no por las nieblas y los misterios de su vida y de su historia, sino por su prodigiosa asimilación de los principios del arte, la ciencia y la industria occidental. Ha sabido salir de la eterna inmovilidad de los pueblos de Oriente para lanzarse en los caminos del progreso con una rapidez que asombra y anonada. Ha vivido en sesenta años la vida de muchos grandes pueblos de Occidente. Y ha ido más lejos: se ha asimilado también los nobles principios que rigen y tutelan la vida de las naciones.

Por esos principios se incorporó a la guerra contra Alemania y ha entrado así, por siempre, en la liga de los grandes Estados de la tierra.

Este hermoso día de la paz es, por lo tanto, el día del maravilloso imperio, lleno, hasta ayer, de misterio y de fabula.

A la América pura e inmaculada, grande y fuerte, a la América valerosa, que ha cambiado el curso de la historia y vencido a la fatalidad, a la América, que ha lanzado a la lucha y al estrago sus hijos y sus riquezas sin otro fin que salvar la justicia, la libertad y el derecho, franca y lealmente, sin las ambiciones miserables y las ansias secretas y traicioneras que son la mácula de la historia, a la América y a su Presidente tres veces ilustre, noble filósofo, maestro de ideas, en quien el pensamiento soberano ha sabido fundirse por un prodigio de equilibrio, raro entre los hombres, con la acción rápida, fulgurante y decisiva,

a la América nuestro saludo filial y nuestra admiración ardiente y sin reservas

América y Wilson idealismo superior y nunca visto entre los hombres, conciencia sin tacha voluntad de bronce al servicio del bien y de la justicia. En presencia de ese hombre y de ese pueblo que es un mundo, nos sentimos tranquilos y orgullosos, tranquilos porque sabemos que hallaremos siempre en ellos campeones irreductibles del derecho, orgullosos, porque son esas plantas de América y nos hace pensar que América la joven estará un día a la cabeza del mundo

Wilson y América nos aparecen algo así como la cosa más grande de la historia

Debemos recordar también a la América Latina, que supo unirse en la libertad a las grandes naciones que combatían sin tregua contra todas las tiranías y todas las autocracias coaligadas

El Brasil, libre y magnífico, que no pudo tolerar un día la violación de las leyes de la humanidad y declaró la guerra a los teutones y puso al servicio de los aliados sus hombres y sus riquezas, rasgo admirable de resolución y de audacia, porque tenía en su seno la amenaza de la brutalidad alemana, el Perú, Bolivia, Ecuador, Guatemala, Nicaragua y Cuba, todas quisieron formar parte de la Liga de Honor de las naciones que rechazan sin transacciones todas las violaciones del Derecho

En fin, también nosotros merecemos un pequeño lugar en este concierto de alabanzas

El Uruguay, pequeño por su territorio, pero rico de ideas y de inquietudes humanas, por un rasgo de intuición sorprendente que honrará siempre a nuestros gobernantes, mandó izar en sus torreones, en la gran fiesta nacional francesa, la bandera de la revolución

que resume el alma y la historia de la gran nación latina Y el 14 de julio fue, así, una fiesta de nuestra patria

Ese gesto era en ese momento un rasgo de valor y de audacia

Corrían, en efecto, por entonces, días sombríos para los aliados El teutón amenazaba de nuevo la libertad del mundo

Pero ¿qué importa? Era un deber de humanidad y de justicia y estaba en nuestros corazones vibrantes y entusiastas Lo votamos todos, y todos los partidos a manos levantadas Fue nuestra primera adhesión a la causa de los aliados, adhesión franca, leal y resuelta a la faz de América y del mundo

La adhesión íntima de nuestro pueblo estaba acordada desde el primer día de la guerra, y con una devoción y un fervor irrefrenables Y vivimos todos los vaivenes y todas las angustias de las inciertas batallas que sacudían dolorosamente nuestras almas libres El pueblo uruguayo pasó cuatro años en la obsesión de los terribles combates que dejaban en la sombra sus propios dolores Fuimos más lejos y declaramos todos, y todos los partidos, que nada podía haber de comun entre nosotros y los violadores irreductibles de las leyes de la humanidad y la justicia. Y de un salto nos pusimos al lado de los aliados, entrando, así, al menos, con nuestras invencibles y valerosas simpatías, en el concierto de los pueblos libres, a quienes deberá el mundo esta obra inmensa de redención y justicia

Así, pues, este día luminoso, resumen de los siglos, más grande que todos los que pasaron y más grande que todos los que vendrán, fin y principio de la historia, génesis prodigioso de donde partirá una humanidad nueva, con nuevos rumbos y nuevos destinos,

hacia la dicha integral y armoniosa que nos promete nuestra imaginación incendiada, y hacia una vida superior de equilibrio y de euritmia en que se fundan las dolorosas antinomias que son el gaje y la tiranía de las sociedades humanas, así, pues, decía, este día grandioso, que quedará como un faro eterno en la ruta del hombre, este día es también un día de la patria, la fiesta de nuestra patria Hemos merecido ese honor no dimos mucho de material a la guerra, pero le entregamos nuestro porvenir, nuestro entusiasmo, nuestra fe y nuestra invencible esperanza

Señor Presidente El fin de este discurso es hacer una moción para que la Mesa envíe un telegrama al Senado de Francia saludándolo en este gran día, conjuntamente con todos los aliados, pero sobre todo, especialmente para el Senado francés



## VOLUMENES PUBLICADOS

- 1 — Carlos María Ramírez ARTIGAS
- 2 — Carlos Vaz Ferreira FERMENTAPIO
- 3 — Carlos Reyles EL TERRUÑO y PRIMITIVO
- 4 — Eduardo Acevedo Díaz ISMAEL
- 5 — Carlos Vaz Ferreira SOBRE LOS PROBLEMAS SOCIALES
- 6 — Carlos Vaz Ferreira SOBRE LA PROPIEDAD DE LA TIERRA
- 7 — José María Reyes DESCRIPCIÓN GEOGRÁFICA DEL TERRITORIO DE LA REPÚBLICA O DEL URUGUAY (Tomo I)
- 8 — José María Reyes DESCRIPCIÓN GEOGRÁFICA DEL TERRITORIO DE LA REPÚBLICA O DEL URUGUAY (Tomo II)
- 9 — Francisco Bauzá ESTUDIOS LITERARIOS
- 10 — Sansón Carrasco ARTÍCULOS
- 11 — Francisco Bauzá ESTUDIOS CONSTITUCIONALES
- 12 — José P. Massera ESTUDIOS FILOSÓFICOS
- 13 — El Viejo Pancho PAJA BRAVA
- 14 — José Pedro Bellan DOÑARRAMONA
- 15 — Eduardo Acevedo Díaz SOLFEDAD y EL COMBATE DE LA TAPERA
- 16 — Alvaro Armando Vasselt TODOS LOS CÁNTICOS
- 17 — Manuel Bernárdez NARRACIONES
- 18 — Juan Zorrilla de San Martín TABARÉ
- 19 — Javier de Viana GAUCHA
- 20 — María Eugenia Vaz Ferreira LA ISLA DE LOS CÁNTICOS